



ANNE HOLT
LA BROMA

se

Hanne Wilhelmsen nació en 1960. O una fecha cercana. Resulta bastante difícil saber algo con certeza acerca de la discapacitada de mediana edad que vive ahora en la lujosa zona oeste de Oslo, en un exilio interior autoimpuesto.

Cuando el lector conoció a Hanne Wilhelmsen, a principios de los años noventa, era una atractiva mujer de treinta y tantos que, a pesar de sus reticencias, gozaba de cierta popularidad entre sus colegas. Sus notables habilidades deductivas y su intuición, así como su elegante capacidad para forzar al máximo las normas y reglas sin infringirlas, hicieron de ella la mujer policía más respetada y admirada del cuerpo de policía de Oslo.

La investigadora huye de la ciudad. Escapa de la pena y el dolor, y se ve obligada a enfrentarse a la persona solitaria que es en realidad. Viaja a Italia, donde se aloja en un monasterio de ambiente espartano y contemplativo donde permanece varios meses. Nadie en Noruega conoce su paradero ni tiene noticias suyas.

Esta es la historia crucial de Hanne Wilhelmsen, en la que se despliega una conspiración espectacular. Todo comienza con un brutal asesinato en la residencia de un importante abogado. Wilhelmsen se involucra en la investigación, que la llevará a un siniestro círculo pedófilo. Al mismo tiempo, su vida personal se verá salvajemente alterada cuando su compañera de toda la vida, Cecilie, afronte la muerte...

Esta quinta entrega de «Hanne Wilhelmsen» es la novela más compleja de la serie, en la que se despliega una de las conspiraciones más espectaculares.



Anne Holt

La broma

Hanne Wilhelmsen - 5

ePub r1.1

Titivillus 18.06.2019

Título original: *Död joker*
Anne Holt, 1999
Traducción: Lotte K. Tollefsen

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Para Tine

PRIMERA PARTE

1

La certeza de que solo le quedaban unos segundos de vida hizo que por fin cerrara los ojos al agua salada. Al lanzarse desde el altísimo arco del puente había tenido miedo, pero cuando impactó sobre el fiordo tras atravesar el aire, no sintió dolor. Probablemente se había roto los dos brazos. Sus manos, dobladas en un ángulo extraño, desprendían una luz blancuzca. Intentó dar unas pocas brazadas, en contra de su voluntad. Era inútil. Sus brazos no servían para nada en la intensa corriente. Aun así, no sintió ningún dolor. Casi al contrario. El agua le rodeaba con una calidez sorprendente. La atracción del abismo le daba sueño.

El anorak se mecía a su alrededor; un globo oscuro y fofo contra un mar más oscuro aún. Su cabeza subía y bajaba como una boya abandonada, y dejó de mover las piernas.

Lo último que pensó fue que era posible respirar debajo del agua. Ni siquiera resultaba desagradable.

2

Hasta hacía poco la mujer había tenido el cabello rubio ceniza. Ahora era imposible verlo. La cabeza estaba separada del cuerpo y su media melena se había enredado en los tendones de su cuello cercenado. También tenía la nuca aplastada. Los ojos, muy abiertos, observaban con aire sorprendido a Hanne Wilhelmsen, como si la comisaria fuera una invitada del todo inesperada.

Aún ardía fuego en la chimenea. Pequeñas llamas lamían el muro ennegrecido, y su luz no llegaba muy lejos. La electricidad estaba cortada y la oscuridad se pegaba a los cristales como un espectador curioso. Hanne Wilhelmsen reprimió el deseo de añadir más leña al fuego y encendió una linterna. El haz de luz pasó sobre el cadáver. Aunque la cabeza estaba separada del cuerpo, la distancia entre ambos era tan escasa que indicaba que cuando la habían degollado la mujer estaba tumbada en el suelo.

—Una pena esa piel de oso polar —murmuró el inspector Erik Henriksen.

Hanne Wilhelmsen hizo bailar el haz de luz por toda la habitación. El salón era grande, casi cuadrado, y estaba atestado de muebles. Resultaba evidente que el fiscal general y su esposa eran tan aficionados a las antigüedades como poco moderados. En la penumbra Hanne Wilhelmsen podía distinguir boles de madera con la pintura de flores tradicional de Telemark junto a porcelanas chinas

blancas y azules. Sobre la chimenea colgaba un mosquete. La agente supuso que era del siglo XV, y le pareció tan bello que sintió deseos de tocarlo.

Encima del mosquete había dos elaborados ganchos de hierro. De ahí debía de haber colgado la espada de samurái, pero ahora se encontraba en el suelo junto a la madre de tres hijos Doris Flo Halvorsrud, una mujer que no llegaría a celebrar su cuarenta y cinco cumpleaños. Faltaba algo más de tres meses. Hanne siguió revisando la cartera que había sacado de un bolso en el recibidor. Los ojos que habían mirado fijamente hacia una cámara de la Dirección General de Tráfico tenían la misma expresión sorprendida que la cabeza muerta junto a la chimenea.

En una funda de plástico estaban los hijos.

Hanne sintió escalofríos cuando vio tres adolescentes que sonreían a la cámara desde una barca de remos, todos equipados con salvavidas y el mayor con una cerveza en la mano. Los jóvenes se parecían entre ellos y a su madre. El bebedor de cerveza y su hermana tenían el mismo cabello rubio que Doris Flo Halvorsrud. El más joven tenía el cráneo afeitado, granos en la cara y aparatos de ortodoncia, y hacía la señal de la victoria con dedos huesudos sobre la cabeza de su hermana.

Era una foto de intenso colorido veraniego. Chalecos naranja atados con descuido a cuerpos bronceados, bañadores rojos y azules mojados que contrastaban con las verdes bancadas de la barca. Era una foto que hablaba de hermanos bienvenidos como casi nunca lo son, de una vida distinta a como suele ser.

Hanne Wilhelmsen guardó la foto en su sitio y pensó que desde su llegada no habían visto a nadie más que a Halvorsrud. Distraída, se pasó un dedo por una vieja cicatriz de la ceja, cerró la cartera y miró alrededor otra vez. Una cocina de madera de cerezo, semiabierta al salón, se prolongaba hacia lo que debía de ser la parte trasera de la casa. Los grandes ventanales daban al sudoeste y, a la luz de la ciudad que se extendía a los pies de la colina de Ekeberg, Hanne Wilhelmsen vio una terraza de buen tamaño. Más

allá se divisaba el fiordo de Oslo y el reflejo de la luna llena que se arrastraba sobre las colinas de Bærum.

Sentado en una silla tallada en un tronco de madera, el fiscal Sigurd Halvorsrud lloraba con la cara entre las manos. Hanne podía ver el reflejo de las llamas de la chimenea en la alianza que llevaba en la mano derecha. Su polo azul claro estaba cubierto de sangre. Su cabello ralo estaba lleno de sangre. Sus pantalones grises de raya planchada y bajo vuelto tenían manchas oscuras. Sangre, sangre por todas partes.

—Nunca consigo hacerme a la idea de lo que dan de sí cuatro litros de sangre —murmuró Hanne volviéndose hacia Erik.

El pelirrojo no contestó. Tragaba saliva sin parar.

—Caramelos de frambuesa —le recordó Hanne—, piensa en algo amargo. Limones, grosellas.

—¡No hice nada!

Halvorsrud estaba sollozando. Se apartó las manos de la cara y echó la cabeza hacia atrás. El hombre, grande y robusto, respiraba con dificultad y tuvo un prolongado acceso de tos. A su lado, vestida con un mono, había una aspirante a policía en prácticas. Al no saber cómo comportarse en el escenario de un asesinato parecía un militar en posición de firmes. Insegura, le dio al fiscal unos golpecitos en la espalda sin efecto aparente.

—¡Es horrible que no fuera capaz de hacer nada! —exclamó sollozando cuando por fin pudo respirar.

—Como si no hubiera hecho más que suficiente —dijo Erik Henriksen en voz baja escupiendo unas hebras de tabaco mientras daba vueltas a un cigarrillo sin encender.

El agente se había apartado de la mujer decapitada. Miraba por los ventanales con las manos a la espalda, balanceándose levemente. Hanne Wilhelmsen puso la mano entre sus hombros. Su compañero temblaba y no era de frío. Aunque la electricidad estaba cortada hacía más de veinte grados en la habitación. El olor a sangre y orina era agrio y amargo. Si no hubiera sido por la

presencia de los técnicos, que acababan de llegar con un retraso intolerable, Hanne habría ventilado la estancia.

—Error, Henriksen —dijo en lugar de insistir en abrir las ventanas—. Es un error sacar conclusiones cuando en realidad no sabes nada.

—¿Saber? —bufó Erik mirándola de reojo—. ¡Mírale, joder!

Hanne Wilhelmsen se giró hacia el interior de la habitación. Puso el antebrazo sobre el hombro de Erik y apoyó la barbilla en la mano en un gesto de confianza pero a la vez condescendiente. Hacía un calor insoportable. La habitación estaba más iluminada; los investigadores de escenarios del crimen peinaban la gran estancia por zonas. Apenas se habían acercado al cuerpo.

—Todos los que no tengan nada que hacer aquí deben irse —dijo con voz estruendosa el técnico de más edad mientras señalaba insistentemente la salida con la luz de su linterna—. ¡Wilhelmsen! Llévatelos a todos. Ya.

Ella no tenía nada que objetar. Ya había visto más que suficiente. Si había dejado al fiscal Halvorsrud donde lo encontró, sentado en una silla tallada en un tronco de madera que resultaba muy pequeña para un hombre de su altura, fue porque no tenía elección. Era imposible hablar con él y sus reacciones eran impredecibles. Hanne no conocía a la joven en prácticas de la brigada criminal. No sabía si sería capaz de ocuparse sola de un fiscal en estado de shock que podía haber decapitado a su mujer unos momentos antes. Hanne Wilhelmsen no podía abandonar el cadáver hasta que no llegaran los técnicos de la escena del crimen. Por su parte, Erik Henriksen se había negado a dejarla sola con los grotescos restos de Doris Flo Halvorsrud.

—Vamos —le dijo al fiscal tendiéndole la mano—. Ven, iremos a otro sitio. El dormitorio, tal vez.

El hombre no reaccionó. Su mirada era inexpresiva, tenía la boca entreabierta y las comisuras de los labios mojadas, como si estuviera a punto de vomitar.

—Wilhelmsen —dijo de pronto con voz herrumbrosa—, Hanne Wilhelmsen.

—Así es —sonrió Hanne—. Ven, salgamos de aquí, ¿vale?

—Hanne —repitió Halvorsrud sin sentido, y siguió sentado.

—Vamos.

—No hice nada. Nada. ¿Lo entiendes?

Hanne Wilhelmsen no contestó. Volvió a sonreír, y le cogió la mano que él no le había dado voluntariamente. Fue entonces cuando se dio cuenta de que también tenía las manos llenas de sangre coagulada. En la penumbra había confundido con sombras, o una barba incipiente, las manchas que las manos le habían dejado en el rostro. Le soltó en un acto reflejo.

—Halvorsrud —dijo en voz alta y en un tono más enérgico—, vamos. Ahora mismo.

Elevar la voz resultó efectivo. Halvorsrud se estremeció y levantó la mirada como si acabara de regresar a una realidad que no entendía. Se puso de pie con dificultad.

—Trae al fotógrafo.

La agente en prácticas dio un respingo cuando Hanne se dirigió a ella por primera vez.

—El fotógrafo —repitió desconcertada la chica del mono.

—Sí. El fotógrafo. Ya sabes, ese de la cámara que está ahí haciendo fotos.

Avergonzada, la joven bajó la mirada.

—Claro, sí. Por supuesto. El fotógrafo.

Fue un alivio cerrar la puerta de la habitación que contenía el cadáver decapitado. El recibidor estaba oscuro y hacía frío. Hanne respiró profundamente mientras buscaba el interruptor de la linterna.

—El cuarto de estar —murmuró Halvorsrud—. Podemos esperar ahí.

Señaló una puerta cercana a la principal. Cuando la luz de la linterna de Hanne iluminó sus manos se quedó paralizado.

—No hice nada, ¿cómo pude...? No moví un dedo.

Hanne Wilhelmsen le empujó con suavidad y él obedeció. Se abrió camino por el estrecho pasillo hacia el cuarto de estar. Acababa de poner la mano en el picaporte cuando se le adelantó Erik Henriksen.

—Yo me ocupo —dijo deprisa pasando junto a Halvorsrud—, así, póngase ahí.

El fotógrafo apareció en la puerta sin que nadie le hubiera oído llegar. Miró en silencio a Hanne y a Halvorsrud a través de los gruesos cristales de sus gafas.

—¿Te importa que te hagamos unas fotos? —preguntó observando al fiscal—, ya sabes que en casos como este hay que cumplir con un montón de trámites. Sería bueno que pudiéramos hacerlos aquí, antes de ir a comisaría.

—A la comisaría... —repitió Halvorsrud—. Fotos, ¿por qué?

Hanne se peinó con los dedos y sintió una impaciencia que no era buena ni para ella ni para el caso.

—Estás cubierto de sangre. Aunque conservaremos la ropa, nos vendrá bien tener fotos de ti con ella puesta. Por si acaso, ya sabes. De este modo podrás cambiarte. Mejor así, ¿no?

Hanne no obtuvo más respuesta que un carraspeo incomprensible. Decidió interpretarlo como un consentimiento y le hizo un gesto al fotógrafo. Al momento, el fiscal se vio bañado en la luz azul del flash. De vez en cuando el fotógrafo le indicaba con precisión cómo debía colocarse. Halvorsrud parecía haberse resignado. Extendió los brazos, se dio la vuelta, se puso de lado junto a la pared. Si se lo hubieran pedido, habría hecho el pino.

—Eso es todo —dijo el fotógrafo tres o cuatro minutos más tarde—. Gracias.

Desapareció tan silencioso como había llegado. Solo el sonido del carrete que daba vueltas en la cámara indicaba que se dirigía al salón y hacia el repulsivo asunto con el que tendría que trabajar la hora siguiente.

—Podemos irnos —dijo Hanne Wilhelmsen—. Antes cogeremos algo de ropa para que puedas cambiarte cuando lleguemos. Te

acompañaré al dormitorio. Por cierto, ¿dónde están tus hijos?

—Pero, inspectora —protestó Sigurd Halvorsrud dejando a Hanne ver el primer indicio de que era consciente de dónde se hallaba—, ¡yo estaba presente cuando mataron a mi mujer! ¡No lo entiendes! No hice nada...

Se dejó caer en una silla. O se había olvidado de que tenía las manos ensangrentadas o le daba igual porque se frotó con fuerza entre los ojos y se pasó la mano por la cabeza varias veces, en un intento inútil de consolarse.

—Estabas presente —dijo Hanne Wilhelmsen despacio sin atreverse a mirar a Erik Henriksen—. Debo recordarte que no tienes obligación de hacer declaraciones sin...

El hombre que le interrumpió no tenía nada que ver con el viudo reciente y lloroso que unos minutos antes estaba sentado, como un niño grande, sobre una silla tallada en un tronco junto al cadáver decapitado de su mujer. Este era el fiscal Sigurd Halvorsrud que conocía de antes. Su presencia la hizo callar. Su mirada era fría y gris, su boca ya no era un agujero desdibujado en su rostro. Sus labios enmarcaban unos dientes de perfección poco habitual. Las aletas de su nariz vibraban, como si de pronto hubieran olfateado una verdad que había decidido compartir con los demás. Por unos instantes a Hanne Wilhelmsen le pareció reconocer el gesto brusco, duro y arrogante con el que levantaba la cabeza y adelantaba la barbilla, un momento tan breve que Hanne creyó haberse equivocado.

—No solo estaba presente —dijo Halvorsrud manso y en voz baja, como si hubiera decidido esperar a recuperar su personalidad habitual en un momento más apropiado—, puedo darte el nombre del asesino, y hasta su dirección.

La ventana estaba entreabierta y era marzo, la primavera parecía llegar con un serio retraso. Un olor a amoníaco se deslizó por la habitación y el repentino maullido de un gato les hizo dar un respingo. Junto al portón de entrada, al reflejo de la luz de una

farola, Hanne vio que había empezado una nevada ligera y escasa. La agente en prácticas arrugó la nariz y fue a cerrar la ventana.

—Así que conoces al... ¿era un hombre?

El fiscal no debería decir nada y Hanne no debería escucharle. Hanne Wilhelmsen debía llevar al fiscal Sigurd Halvorsrud a la calle Grønlandsleiret 44 cuanto antes. Había que conseguirle un abogado. Necesitaba una ducha y cambiarse de ropa. Tenía derecho a salir de aquella casa en la que su mujer estaba muerta y mutilada en el suelo del salón.

Hanne debería cerrar la boca.

Halvorsrud no la miraba.

—Un hombre —confirmó moviendo la cabeza.

—¿Que conoces?

—No.

Por fin, el fiscal levantó la mirada y sostuvo la de Hanne en un reto silencioso que la mujer no comprendió. No supo interpretar la expresión de sus ojos. Los extraños cambios de actitud del fiscal la desconcertaban. En un instante estaba totalmente ausente y al siguiente era el hombre arrogante de siempre.

—No le conozco de nada —dijo Halvorsrud con voz sorprendentemente firme.

Se puso de pie y subió a la segunda planta acompañado de Hanne para preparar una pequeña bolsa de viaje.

El dormitorio era grande, con una doble puerta acristalada que daba a una terraza. Hanne apretó de forma inconsciente el interruptor de la luz que había junto a la puerta. Contra todo pronóstico se encendieron los seis focos del techo. No pareció que a Sigurd Halvorsrud le sorprendiera que las luces de la segunda planta del chalet funcionaran. Había abierto dos cajones de una cómoda verde y, encorvado, rebuscaba indeciso entre camisetas y ropa interior.

La habitación estaba dominada por una enorme cama con dosel. El pie de la cama estaba profusamente tallado y el artista no había escatimado en pan de oro. Con el mar de cojines y edredones

parecía sacada de un cuento, sensación que reforzaban tres óleos con motivos de Asbjørnsen y Moe en la pared del fondo.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Hanne Wilhelmsen.

El fiscal había dejado de buscar. Tenía la mano sobre una foto enmarcada en plata que ocupaba la superficie de la cómoda verde junto con otros cinco o seis retratos familiares. Hanne Wilhelmsen ni siquiera estaba segura de que el hombre respirara.

Se detuvo a dos pasos de Halvorsrud. Como era de esperar se trataba de una foto de su mujer. Montaba a caballo llevando a un niño pequeño. El niño parecía angustiado y se agarraba al brazo de su madre, que le cruzaba el cuerpo como un cinturón de seguridad. La mujer sonreía. A diferencia de la foto anodina que había mirado fijamente a Hanne Wilhelmsen desde un carnet de conducir rosa pálido, este retrato dejaba claro que Doris Flo Halvorsrud había sido una mujer atractiva. Era un rostro sonriente y sincero, y la nariz firme y el mentón ancho transmitían más una fuerza reconfortante que falta de femineidad.

Sigurd Halvorsrud sujetaba la foto con la mano derecha. Con el pulgar apretaba el cristal rodeado de un marco tallado. Tenía el dedo blanco, y el cristal se rompió con un pequeño estallido. Halvorsrud no reaccionó, ni siquiera cuando la sangre empezó a manar de un profundo corte en el pulgar.

—No conozco al hombre que ha matado a mi mujer —dijo—, pero sé quién es. Puedo darte su nombre.

La sangre oscura y los cristales rotos casi habían hecho desaparecer a la mujer y el niño. Hanne Wilhelmsen agarró la foto y la sacó de entre las manos del hombre. La dejó con cuidado sobre la cómoda, junto a un cepillo de plata.

—Vámonos, Halvorsrud.

El fiscal se encogió de hombros y se fue con ella. Del pulgar herido manaban gotas rojas.

3

El periodista Evald Bromo nunca se había sentido a gusto en el *Aftenposten*. Era un buen periódico o, por lo menos, un buen lugar de trabajo. Pagaban bien y no se dedicaban a prostituirse como la prensa amarilla. De vez en cuando hasta le daban tiempo para profundizar en un tema, para ser riguroso. Evald Bromo llevaba once años trabajando en la sección de economía del *Aftenposten* y solía estar motivado para ir a trabajar.

Pero hoy no era así.

Su mujer puso un plato con dos tortitas sobre la mesa. Estaban untadas de mantequilla y cubiertas de auténtico sirope de arce canadiense, como ella sabía que a él le gustaban. En lugar de engullir el desayuno con ganas Evald sujetaba con fuerza los cubiertos y daba golpes arrítmicos sobre la mesa sin darse cuenta.

—¿A que sí?

Dio un respingo y el tenedor cayó al suelo.

La esposa de Evald Bromo se llamaba Margaret Kleiven. Era una mujer enjuta a la que parecía que la ausencia de hijos, con la que nunca se había reconciliado, la hubiera consumido desde dentro. Era como si le sobrara piel para un cuerpo tan delgado, y parecía sacarle unos diez años a su marido aunque tuvieran la misma edad. Nunca se habían planteado adoptar y Margaret Kleiven había dedicado su vida a hacer su trabajo de profesora de enseñanza

secundaria lo mejor posible, además de a convertir a su marido en el sustituto del hijo que nunca tendría. Se inclinó sobre él para remeter la servilleta por el cuello de su camisa y recoger el tenedor del suelo.

—La primavera llega muy tarde este año —repitió algo molesta, y señaló con insistencia las tortitas—. Come, vas a llegar tarde.

Evald Bromo observaba el plato. El sirope se había extendido por el fondo y la mantequilla estaba fundida. Formaban una banda grasienta alrededor de las tortitas que le dio náuseas.

—Hoy no tengo mucho apetito —murmuró apartando la comida.

—¿Te encuentras mal? —preguntó ella ansiosa—. ¿No estarás incubando algo? Hay muchas enfermedades por ahí. A lo mejor deberías quedarte en casa.

—No pasa nada. No he dormido bien. Comeré algo en el trabajo... si me entra hambre.

Se obligó a sonreír. Aunque acababa de ducharse el sudor corría por sus axilas.

Se levantó bruscamente.

—Pero, querido, *tienes* que comer algo —dijo ella con firmeza, y le puso la mano en el hombro para que se sentara.

—Me voy —bufó Evald Bromo evitando un contacto físico que estaba claro que no deseaba.

El larguirucho rostro de Margaret Kleiven era todo ojos; su boca y nariz desaparecían en una interminable sensación de iris azul y gris.

—Tranquila —dijo él intentando sonreír—, pero a lo mejor luego voy a una reunión en... una reunión. Pero no es seguro. Te llamo, ¿vale?

Margaret Kleiven no contestó. Se apartó cuando Evald Bromo se inclinó hacia ella para darle un rutinario beso de despedida. Él se encogió de hombros y murmuró algo que ella no pudo oír.

—Que te mejores —dijo ofendida dándole la espalda.

Cuando se alejaba de la casa Margaret se quedó observando su espalda hasta que desapareció tras el seto asilvestrado del vecino.

Frotó la cortina entre sus dedos y tuvo un vago propósito de darles un lavado primaveral mientras se fijaba en que la espalda de su marido se había estrechado con los años.

Evald Bromo se detuvo en cuanto supo que su esposa ya no podía verle. Tomó aire con la boca abierta y notó el frío en una muela picada.

El mundo de Evald Bromo iba a ser destruido. Sería el 1 de septiembre. Tendrían que pasar una primavera y un verano. Cuando todo terminara el otoño estaría principiando. Evald Bromo tendría que aguantar durante medio año el dolor, la vergüenza y el miedo por lo que iba a pasar.

Cogió el autobús y se coló en un asiento delante de una anciana. No era algo que hiciera en circunstancias normales.

4

Evald Bromo no había ido a trabajar. Por costumbre había bajado del autobús cuando este se detuvo en la calle Aker, entre la sede del gobierno y el Ministerio de Cultura. No había mirado en dirección a las oficinas del *Aftenposten*, cincuenta metros calle abajo, mientras sus pies le llevaban hasta el cementerio de Nuestro Redentor.

El camposanto estaba en silencio. De vez en cuando pasaba corriendo un estudiante que llegaba tarde al instituto. A pesar de los carteles que recordaban la obligación de llevar a los perros atados, uno andaba suelto entre las lápidas. Era negro y gordo. Movía la cola como un poseso ante cualquier cosa que se encontrara. El dueño debía de ser un tipo gordo también, con gabardina negra, que leía el periódico apoyado en una farola.

Evald Bromo tenía frío.

Se bajó la cremallera de la cazadora de piel y se aflojó la bufanda. De repente tenía mucha hambre y, ahora que lo pensaba, también sed. Se sentó en un banco sucio junto a una lápida ilegible. Luego se quitó los guantes y los dejó a su lado sobre el banco; tenía mucho frío y el hambre y la sed le asediaban. Visualizó alimentos y recordó el agua helada llenándole la boca después de una larga carrera. Siguió el recorrido del agua desde el paladar, bajando por la garganta. Decidió quitarse la cazadora. Le castañeteaban los dientes. Había recibido dos cartas. Un correo electrónico sin firma y

con un remitente anodino: caradepoquer@hotmail.com. La otra la firmaba: «Uno que nunca olvida».

Olvida ¿qué?

Tal vez fuera posible rastrear la dirección de Hotmail. Puede que hubiera un registro. Evald Bromo sabía que a veces la policía tenía dificultades para que los proveedores de correos en internet les permitieran comprobar el origen de un e-mail. Para un particular sería aún más complicado. Había intentado pedir ayuda a un compañero que sabía mucho más de comunicación electrónica que él. No tuvo fuerzas para preguntarle. Cuando notó que le ardían las mejillas le pidió que le ayudara a abrir un archivo que se le resistía.

Lo peor era que los correos probablemente se encontraban en algún lugar del gran sistema informático del *Aftenposten*. Cuando entraron en su correo los abrió, los leyó dos veces, y los borró. Quería librarse de ellos, tenían que desaparecer. Fue después de borrar el segundo, el que había llegado la mañana del día anterior y que le había producido pánico de verdad, cuando cayó en la cuenta de que todavía podían existir en alguna parte. Evald Bromo tenía un vago recuerdo de una circular que habían dejado en su casillero unos meses antes. Como se trataba de un tema que no dominaba se había limitado a leerlo por encima. Pero había tomado nota de la advertencia. Que los responsables del sistema informático podían verse obligados a entrar en los correos privados. Que los documentos borrados podían permanecer un tiempo en el sistema.

Evald Bromo era un buen periodista. Tenía cuarenta y seis años y aún no se había cansado de su profesión. Llevaba una vida discreta y tranquila, con un círculo de amistades limitado y cuidando de su anciana madre con una dedicación que su entorno encontraba conmovedora. Con los años había adquirido cierta formación financiera; un cursillo de una escuela de negocios por aquí y un curso a distancia por allá. Lo suficiente para formular preguntas sensatas, más que suficiente para detectar debilidades y lagunas. El cometido de un buen periodista económico. Evald Bromo era tan

concienzudo en su trabajo como construyendo maquetas de barcos, una afición que cada vez le llevaba más tiempo.

Construir barcos y escribir consistía en lo mismo.

Ser detallista, fijarse; de la misma manera que en un barco han de encajar todas y cada una de las piezas, desde las bolas de los cañones hasta las costuras de las velas y los ropajes de los mascarones de proa, así debían ser las historias que escribía. Críticas, en ocasiones incluso algo sesgadas, pero siempre creíbles. Todos debían tener la posibilidad de expresarse. Todos recibían lo suyo.

Evald Bromo solo tenía una debilidad.

En su vida no faltaban las desgracias. Su padre había muerto durante una borrachera cuando él tenía seis años y aparecía en sus sueños desde entonces. Su madre había hecho todo lo que había podido por el chico. Incluso ahora, cuando su cuerpo no era sino un desgastado caparazón y su cabeza se había desconectado de todo, Evald Bromo sentía una sorda satisfacción en sus visitas casi diarias al sanatorio. Su matrimonio con Margaret Kleiven nunca había sido una fiesta, pero le daba tranquilidad. Durante catorce años su mujer le había proporcionado cuidados, alimentos y calma.

La debilidad de Evald Bromo eran las niñas pequeñas.

No podía recordar cuándo había empezado todo. Siempre había sido así. De alguna manera se había quedado enganchado a ellas desde su niñez. Las risas tontas de las niñas masticando chicle, niñas con trenzas y leotardos bajo las faldas cortas que le habían rodeado aquel verano cuando tenía doce años y una tía le había regalado quinientas coronas. Las niñas fueron creciendo, pero Evald Bromo no las siguió. Nunca consiguió olvidar lo que una de ellas le había dado a cambio de cincuenta coronas relucientes. Detrás del gimnasio y con una promesa de total discreción.

De joven enterró sus deseos con trabajo y deporte. Corría como un poseso, una hora antes de que el resto del mundo se hubiera levantado y, a veces, otras dos horas por la tarde. Sus estudios de derecho se estrellaron antes de terminar el primer curso. Las horas

de estudio en la biblioteca, inclinado sobre libros que no le interesaban lo más mínimo, se le hacían insoportables. Quedaba demasiado espacio para los pensamientos que no quería reconocer. Evald Bromo corría, corría como un loco dejando atrás la universidad y a sí mismo. Con veintidós años, en 1974, consiguió una suplencia en el periódico *Dagbladet*. Además, su afición a correr estaba poniéndose de moda.

El día de su veinticinco cumpleaños Evald Bromo se convirtió en un delincuente. Nunca había estado con una mujer. Su única experiencia sexual con otra persona la había comprado por una moneda de cincuenta coronas atada a un cordel cuando tenía doce años y medio.

Cuando tenía el doble, era capaz de distinguir el bien del mal. Volvía a casa tambaleándose después de una juerga en el centro con unos supuestos amigos, y la niña, que se había escapado de casa y pedía dinero, no tendría más de trece años. Le dio trescientas coronas y una cajetilla de tabaco. Evald Bromo obtuvo cinco minutos de intensa felicidad y noches interminables de arrepentimiento y remordimientos.

Pero ya se había puesto en marcha.

Siempre pagaba, y muy bien, y nunca era violento. A veces le sorprendía lo fácil que era encontrar a esas criaturas. Estaban extraviadas, sobraban en una ciudad que no las quería ver salvo que formaran bandas. Y no lo hacían. Esas niñas no. Estaban solas, y aunque se maquillaran para parecer mayores, Evald Bromo era un experto en adivinar lo que se ocultaba bajo las blusas ceñidas y los sujetadores rellenos de algodón. Era capaz de acertar la fecha de nacimiento de una niña. Compró sexo ilegal durante seis años. Entonces conoció a Margaret Kleiven.

Margaret Kleiven era callada, delgada y bajita. Amable. Era la primera mujer adulta que había mostrado por él un interés que iba más allá de la amistad. En el sexo exigía bien poco. Se casaron a los tres meses de conocerse y, al poner el anillo en su dedo, Evald Bromo sintió sobre todo alivio y esperanza. Ahora alguien le

controlaba. Por fin todo se haría mucho más difícil y al mismo tiempo más sencillo.

Nunca le había sido infiel, al menos él no lo sentía así. Cuando por casualidad vio una dirección en una revista pornográfica que andaba por la redacción, la tentación fue demasiado fuerte. Parecía seguro. Era mucho más caro que ir recogiendo perras callejeras, pero le permitiría mantener limpio el hogar que compartía con Margaret. Con los años había vuelto a buscar direcciones en revistas sórdidas, y de vez en cuando niñas más pequeñas, pero se había impuesto un límite en los diez años. Ahí decía basta. Lo que hacía estaba mal, espantosamente mal, pero era peor cuanto más pequeñas eran.

Nunca era infiel.

Compraba sexo una vez al mes.

Era, ante todo, periodista, y además construía maquetas de barcos. Evald Bromo tenía cuarenta y seis años, y faltó al trabajo por primera vez en su vida. El intenso tráfico de la mañana había amainado algo en la calle Ullevål, y algún que otro pajarillo parecía creer que la primavera ya había llegado. Oía a tierra mojada y vagamente a ciudad, y Evald tenía frío.

El 1 de septiembre el redactor jefe del *Aftenposten* recibiría un sobre por correo. Contendría una grabación en vídeo y cinco fotografías de Evald Bromo con una chica que no tendría edad para hacer la confirmación hasta al cabo de tres años. En el e-mail no había ninguna exigencia, ninguna amenaza. Nada del tipo: «Si no me das esto, entonces...». Solo información sobre un hecho. Breve y preciso. Ocurrirá. El 1 de septiembre.

Evald Bromo se levantó entumecido por el frío. Se puso la chaqueta y se ató la bufanda. No había nada que pudiera hacer. Solo podía esperar. Faltaban seis meses.

5

La comisaría de Oslo había cambiado de nombre. Como un eslabón más en una interminable cadena de reorganizaciones, el edificio alargado y grisáceo de la calle Grønlandsleiret 44 pasaría a llamarse Distrito Policial de Oslo. Nadie entendía muy bien por qué. Después de que en fechas recientes la policía local fuera fusionada con la nacional, y los jefes de la policía local pasaran a depender de policías de ciudad con licenciaturas en derecho y galones dorados en el uniforme, ya no existían las comisarías en Noruega.

El cambio de nombre no había dejado huellas visibles. El Distrito Policial de Oslo parecía sentirse tan mal integrado en su entorno como su antecesora la comisaría de Oslo. Hacia el este estaba la cárcel del distrito, el viejo penal al que el tiempo y los presupuestos habían dejado atrás. Al oeste se erguía la iglesia de Grønland, que tozuda y paciente aguardaba a los fieles en un barrio donde la mitad de la población era musulmana y la otra mitad no había puesto un pie en una iglesia desde el día de su bautizo. El optimismo que reinaba en el resto de la ciudad, que había duplicado el precio de la vivienda en la zona antigua de Oslo en tan solo dos años, nunca había llegado hasta la altura en que el Distrito Policial de Oslo se refugiaba con la calle Akebergveien pegada a las lumbaras como una piel de gato.

—Una comisaría es y será una comisaría —dijo Hanne Wilhelmsen con firmeza mientras tiraba el archivador de un caso a un rincón—, desde que empecé en la policía ha habido reorganizaciones. ¡No toques eso!

Dio un manotazo al hombre que se inclinaba sobre ella y ya había cogido cuatro chocalinas de plátano del cuenco de esmalte azul que descansaba sobre el escritorio. El tipo se aprovisionó con tres más.

—Billy T. —dijo Hanne cabreada, y le asestó una sonora palmada en el trasero enfundado en sus ceñidos vaqueros—. ¡Te he dicho que lo dejes! Además te estás poniendo gordo, gordísimo.

—La curva de la felicidad —sonrió Billy T. golpeándose la barriga antes de sentarse en la silla de las visitas—; últimamente me dan un montón de comida riquísima.

—Eso solo significa que te dan alimentos —dijo Hanne con ironía—, en lugar de esa basura con la que has subsistido desde que te conozco. Tengo mucho que hacer, ¿sabes?

Lanzó una significativa mirada hacia la puerta que él acababa de cerrar con un golpe atronador.

—Vale —sonrió Billy T. mientras cogía el diario *Dagbladet* de una estantería después de quitarle de encima un cenicero llenísimo—. Esperaré. Has vuelto a fumar, joder.

—De ninguna manera —dijo Hanne—, que fume un cigarrillo de vez en cuando no quiere decir que fume.

—De vez en cuando —murmuró Billy T., que ya estaba abstraído en la lectura de un artículo sobre los nuevos modelos de moto que llegarían en primavera— quiere decir dos veces al mes. Esas colillas son del último año, ¿no?

Hanne Wilhelmsen no contestó.

El hombre que leía el periódico y se hurgaba discretamente la nariz al otro lado de su escritorio parecía más grande que nunca. Billy T. medía más de dos metros de alto desde que tenía dieciocho años. Siempre había sido delgado. Ahora estaba a punto de cumplir los cuarenta y parecía haber engordado unos veinte kilos en los

últimos seis meses. Y el peso adicional también había afectado a su altura. Incluso sentado, su cuerpo parecía no tener ni principio ni fin. Llenaba la habitación de algo que Hanne no entendía qué era.

Hanne pasaba las páginas de un gastado manual de derecho penal y fingía leer mientras espiaba a Billy T. a través del flequillo. Ella necesitaba un corte de pelo. Él debería adelgazar.

Hacía mucho que Hanne Wilhelmsen había desistido de entender su relación con Billy T. Era su mejor amigo, eso estaba claro. Con los años se habían acostumbrado a una especie de convivencia propia de un matrimonio anciano y simbiótico; empleaban un tono medio enfadado y despectivo que se esfumaba en el momento en que uno de ellos percibía que el otro hablaba en serio. Hanne se preguntaba cuánta confianza se tenían en realidad. En los últimos meses había llegado a cuestionarse si era capaz de confiar en alguien, más allá de momentos aislados, de destellos.

Cinco meses antes, un jueves por la noche, había ocurrido algo entre Hanne y Billy T. Si cerraba los ojos podía verle entrar en tromba en su apartamento, borracho como un estudiante de fiesta de fin de curso. Toda la escalera pudo oír cómo gritaba feliz que iba a casarse con la madre del que sería su quinto hijo. Dado que no había convivido con ninguna de las madres de los otros cuatro, había motivos sobrados para celebrarlo. Cecilie, la pareja de Hanne desde hacía casi veinte años, había recibido a Billy T. con un café muy cargado, una leve reprimenda y sinceras felicitaciones. Pero Hanne se había quedado callada, sintiéndose entre dolida y ofendida, una sensación que no remitía. Reconocer lo que de verdad la molestaba le dolía mucho más que el sentimiento de perder algo que creía que iba a conservar para ella sola mientras viviera.

—¿Has preparado el discurso?

—¿Discurso?

—La boda, el discurso. ¿Lo has preparado?

Aún faltaban más de tres meses. Hanne Wilhelmsen iba a ser testigo, pero ni siquiera estaba segura de tener fuerzas para asistir.

—Mira esto. —Le tiró un cuadernillo con fotos tomadas con una Polaroid para cambiar de tema—. Advertencia: estas escenas pueden herir su sensibilidad.

Billy T. dejó el *Dagbladet* en el suelo y hojeó el cuadernillo. Una mueca que Hanne no recordaba haberle visto antes se dibujó en su rostro. Billy T. había envejecido. Sus ojos estaban más hundidos, y, si se miraban con mala voluntad, las arrugas que tenía debajo podían parecer bolsas. La cabeza afeitada ya no llamaba tanto la atención, podía deberse a la caída del pelo. Incluso su dentadura, que mostró cuando separó los labios para expresar su repugnancia ante las fotos, dejaba ver que Billy T. cumpliría cuarenta años aquel verano. Hanne apartó la vista del rostro de su compañero y la posó sobre sus propias manos. La piel reseca por el invierno no mejoraba pese a que les ponía crema tres veces al día. Las finas arrugas de la palma le recordaban que era solo año y medio más joven que él.

—Menuda mierda —dijo Billy T. cerrando el cuadernillo de golpe—. He oído hablar de este asunto en la reunión de esta mañana, pero...

—Es repugnante —suspiró Hanne—. Puede que lo haya hecho él.

—Lo dudo —dijo Billy T. frotándose la cara con las manos—, nadie me va a convencer de que el fiscal Halvorsrud ha atacado a su mujer con una espada de samurái en un ataque de locura. Ni de coña.

—Una conclusión muy rápida, me parece a mí. —Molesta, Hanne Wilhelmsen se rascó el cuello. Billy T. era el octavo policía que en menos de ocho horas y sin tener ni idea de los detalles del caso había tomado una postura inamovible sobre el posible culpable—. Por supuesto que puede haberlo hecho él —dijo con voz monótona—; es tan verosímil eso como que fue amenazado con un arma y por ello se quedó paralizado mientras un loco masacraba a su mujer. ¡Quién sabe!

Y tuvo ganas de añadir: «¡Y a quién le importa!». Otra señal de que iba a la deriva, de que carecía de destino. O de que todo, de

una forma vaga e indefinida, parecía estar cambiando. Algo se había introducido en su vida a un punto que Hanne sentía que no podía con todo, o que no le daba la gana. Sin querer se había vuelto más callada, más cabezota. Cecilie había empezado a observarla cuando creía que ella no la veía. Hanne ni siquiera tenía fuerzas para preguntarle por qué la miraba así.

Llamaron a la puerta cuatro veces, con fuerza.

—Adelante —berreó Billy T. con una gran sonrisa cuando una mujer policía con una enorme barriga entró bamboleante en el estrecho despacho—. ¡Mi futura mujer e hijo! —El hombre atrajo a su colega hasta sentarla sobre sus rodillas—. ¿Has visto algo más hermoso, Hanne?

Sin esperar respuesta frotó su cara contra la tripa de la policía e inició un diálogo de murmullos incomprensibles con el bebé que estaba allí dentro.

—Es una NIÑA —le dijo la mujer embarazadísima a Hanne moviendo la boca sin emitir ningún sonido—, ¡UNA NIÑA!

A Hanne se le escapó una risa.

—¡Una niña, Billy T.! ¿Por fin vas a ser padre de una niña? ¡Pobre, indefensa criatura!

—Este hombre solo fabrica chicos —dijo Billy T. dando unos golpecitos con el dedo índice sobre el vestido premamá—, y este, amigas mías, es mi hijo. El quinto de la serie. Seguro.

—¿Qué querías?

Hanne Wilhelmsen intentó ignorar a Billy T. La detective Tone-Marit Steen hizo un sincero esfuerzo por zafarse. Las dos fracasaron.

—¡Billy T.!

El hombre hizo una mueca y miró a Hanne con desconfianza.

—Pero ¡qué mala leche tienes últimamente! ¿Te va a venir la regla o qué? A ver si te calmas, mujer.

La mueca se transformó en una sonrisa dedicada a Tone-Marit y acto seguido Billy T. se levantó de la silla y se fue.

—¿Qué quería en realidad, niño o niña? —dijo Hanne abriendo los brazos en un gesto expresivo.

—Ni idea —contestó Tone-Marit sentándose con un gemido que no intentó disimular—. Pero tengo algo para ti. El tipo ese que supuestamente decapitó a la mujer de Halvorsrud...

—Ståle Salvesen —dijo Hanne rápidamente—, ¿qué pasa con él?

—Sí, ese que el fiscal insiste en que...

—Sé de quién me hablas —interrumpió Hanne irritada—. ¿Qué has averiguado?

—Muerto.

—¿Muerto?

Hanne Wilhelmsen sabía que nadie había dado con Ståle Salvesen desde que ella puso en marcha su búsqueda la noche anterior. Ahora tenía a Salvesen frente a ella, en una hoja de papel.

Edad: 52 años. Estado civil: divorciado. Profesión: invalidez permanente. Un hijo mayor de edad. Domicilio: calle Vogt 14. Ingresos declarados en 1997: 32 000 coronas. Ningún patrimonio. Ningún otro allegado aparte de su hijo, que reside en Estados Unidos.

Dos coches patrulla habían ido a Torshov para buscar a Ståle Salvesen a las tres de la madrugada. Como no se encontraba en casa y la puerta no estaba cerrada con llave habían echado un vistazo extraoficialmente. Un sitio tristísimo aunque muy ordenado. La cama hecha y ni rastro de Salvesen. En la nevera encontraron leche caducada. Toda esta información, redactada en un estilo telegráfico, estaba recogida en un informe que habían sujetado con grapas a la hoja del registro civil.

—¿Qué quieres decir con muerto? —preguntó Hanne con excesiva brusquedad.

Las noticias de la noche anterior según las cuales no había sido posible encontrar a Salvesen le habían hecho concebir una esperanza razonable de que Sigurd Halvorsrud podía estar diciendo la verdad.

—Suicidio. Se tiró al agua el lunes pasado.

—¿Se tiró al mar? —Hanne Wilhelmsen tenía ganas de reír, aunque no entendía por qué.

—Fue un... ¡uy! —Tone-Marit se llevó la mano a la tripa y contuvo la respiración—. Nada, una contracción —jadeó un instante después—. Un hombre que daba un paseo vio cómo un individuo se tiraba del puente de Staure un poco antes de las once de la noche del lunes. La policía encontró su viejo Honda muy cerca. Abierto, con las llaves puestas. En el salpicadero, una carta de suicidio. Una cosa sencillita, cuatro líneas sobre que no podía más, etcétera.

—¿Y el cuerpo?

—Aún no ha sido encontrado. Hay mucha corriente justo en ese punto, así que quizá lleve un tiempo. Salvesen pudo haber muerto al caer, son más de veinte metros de altura.

Se oyó el aullido de una alarma de incendios.

—Noooo —gritó Hanne Wilhelmsen—. Estoy hasta el gorro de las falsas alarmas. ¡Mierda!

—Últimamente estás hasta el gorro de casi todo —dijo Tone-Marit con serenidad, y se puso de pie—. Además, existe una posibilidad de que haya un incendio de verdad.

Se detuvo en la puerta y miró a su superior. Por un momento pareció que iba a añadir algo. Luego hizo un movimiento casi imperceptible con la cabeza y se marchó.

6

—Esto pinta mal —dijo Hanne Wilhelmsen en voz baja, y echó más café en la taza sin asa que Sigurd Halvorsrud tenía delante—. Lo entiendes, ¿verdad?

Halvorsrud había recuperado el control. Estaba recién duchado y afeitado. Hasta se había puesto corbata, y eso que de momento se alojaba en una incómoda celda de prisión preventiva. Asintió con la cabeza sin decir nada.

—Mi cliente acepta una semana de prisión preventiva. En ese plazo debería haberse aclarado el malentendido.

Hanne Wilhelmsen arqueó las cejas.

—Sinceramente, Karen... —un movimiento mínimo de los ojos de Karen hizo que Hanne se irguiera sobre su silla—, abogada Borg —corrigió—, estudie esto con detenimiento.

Hanne dejó una lista escrita a mano y punteada por guiones frente a la abogada de Halvorsrud. Luego fue marcando con el dedo todos los indicios que la policía tenía para mantener en prisión preventiva a Halvorsrud bastante más que una semana.

—Estaba en el lugar de los hechos cuando...

—Fue él quien llamó a la policía.

—¿Podría continuar sin que me interrumpieran?

—Lo lamento. Continúa.

Hanne Wilhelmsen sacó un cigarrillo. Halvorsrud ya se había fumado tres en el rato que habían tardado en cumplir con los requisitos formales, y en estos momentos a Hanne le daba igual que Karen se hubiera vuelto tan puritana después de tener dos hijos.

—El hecho es que Halvorsrud estaba presente cuando se cometió el crimen, sus huellas dactilares están por todas partes. En la espada, junto al cadáver... en todas partes.

—Pero él vive...

—Abogada Borg —dijo Hanne marcando cada sílaba mientras se ponía de pie y se acercaba a la ventana.

Le acababan de asignar aquel despacho y todavía no se hacía con él. Aquel no era su espacio. No había ningún objeto personal en aquella habitación. Aquella no era su vista. Los árboles que bordeaban el paseo hasta la entrada del antiguo penal aún estaban completamente desnudos. Una pelota de fútbol bajó rodando muy despacio por la gravilla del camino, pero no había ningún niño a la vista.

—Propongo —empezó Hanne Wilhelmsen de nuevo mientras recuperaba su vieja costumbre de lanzar un aro de humo hacia el techo— que me dejes terminar mi argumentación. Luego te daré la palabra. Sin interrupciones. —Se giró hacia ella con un gesto brusco—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Karen Borg esbozando una sonrisa mientras posaba la mano un instante sobre el antebrazo de su cliente—. Por supuesto.

—Además de lo que acabo de decir, está el hecho que Halvorsrud se ha atribuido una coartada... muerta, por así decirlo. Afirma que fue un tal Ståle Salvesen quien maltrató y asesinó a su esposa. Pero Ståle Salvesen murió el lunes.

—¿Qué?

El fiscal se abalanzó hacia delante y clavó los codos en la mesa con un sonoro golpe.

—¡Ståle Salvesen no está muerto! ¡Ni hablar! Estuvo en mi casa... ¡Asesinó a mi mujer ayer por la tarde! Lo vi con mis propios

ojos, puedo...

El fiscal se frotó el brazo entumecido y miró a Karen Borg como si esperara que la abogada refrendara su historia. No recibió ayuda. Karen Borg daba vueltas a un sencillo solitario y ladeó la cabeza como si no acabara de comprender lo que Hanne había dicho.

—Ståle Salvesen se suicidó el lunes por la noche. Al menos todos los indicios apuntan a que fue así. Un testigo presencial, su coche cerca del puente del que se tiró, la nota de suicidio.

—Pero ningún cadáver —dijo Karen Borg despacio.

Hanne levantó la vista.

—No, de momento no. Ya aparecerá, tarde o temprano.

—Puede que no esté muerto —dijo Karen Borg.

—Tienes toda la razón, claro —contestó Hanne con serenidad—, pero de momento no hay ni la más mínima prueba de que tu cliente esté diciendo la verdad. En otras palabras... —Aplastó la colilla y se irritó al pensar que era el séptimo cigarrillo del día. No empezaría otra vez. De ninguna manera—. Una semana es demasiado poco. Pero si aceptáis dos, trabajaremos a tope durante catorce días.

—De acuerdo —dijo Halvorsrud con voz monótona y sin consultar a su abogado—. No iré al juzgado. Dos semanas. Vale.

—Nada de correspondencia ni visitas —añadió rápidamente Hanne Wilhelmsen.

Karen Borg asintió.

—Y sin filtraciones a la prensa —dijo—. Me he dado cuenta de que aún no les ha llegado la historia.

—Sigue soñando —murmuró Hanne, antes de añadir—: Voy a intentar conseguirte un colchón, Halvorsrud. Mañana haremos un interrogatorio mucho más largo y detallado si le parece bien a...

Karen Borg se colocó el cabello detrás de la oreja a modo de asentimiento. Cuando un funcionario al que avisaron por el intercomunicador se hubo llevado a Halvorsrud, la abogada no hizo ademán de levantarse.

—Hace mucho que no te veo —dijo.

Hanne esbozó una sonrisa y empezó a guardar en el ordenador un documento inexistente.

—Demasiado que hacer. Cecilie y yo. ¿Y vosotros? ¿Cómo están los niños?

—Bien. ¿Y tú?

—Bastante bien.

—Håkon dice que te pasa algo.

—Håkon dice muchas cosas raras.

—Y muchas cosas inteligentes. Ve cosas. Lo sabemos las dos.

El año anterior Håkon Sand había sido nombrado fiscal. El nombramiento llegaba tarde, mucho más tarde de lo que era habitual entre los juristas de la policía. La norma era que se ascendía. Tarde o temprano. Solo había que aguantar, año tras año, caso tras caso. En dos o tres años la mayoría se había buscado un trabajo mejor pagado y menos gravoso. Håkon Sand resistía y poco a poco se había labrado una especie de respeto, si no admiración, en la fiscalía. En parte por su colaboración con Hanne Wilhelmsen y Billy T., que habían protestado enérgicamente ante la pérdida del jurista más benévolo con la policía. Pero Håkon Sand no podía más. Había pateado los suelos de linóleo y acarreado expedientes verdes en Grønlandsleiret 44 durante nueve años. Por fin pudo meter los retratos de la familia y una bella figurita de bronce de la Diosa Justicia en una caja de cartón y trasladarse a la plaza de CJ Hambro 2B. En línea recta no sería una distancia de más de kilómetro y medio. Pero se había esfumado. A veces llamaba para hablar un rato; de hecho hacía dos días la había telefoneado para proponerle que almorzaran juntos. Hanne no tenía tiempo. Nunca tenía tiempo.

—Creí que te habías convertido en la defensora de los desvalidos y en la amiga de todos —dijo Hanne secamente—. ¿Qué te lleva a aceptar el caso de su triunfante majestad Halvorsrud?

—Amigo de la familia. De mi hermano, mejor dicho. Además ya sabes que su caso es bastante difícil. ¿Qué te pasa, Hanne?

—Nada.

Hanne hizo un sincero esfuerzo por sonreír. Elevó las comisuras de los labios e intentó que los ojos no la traicionaran. Se le llenaron de lágrimas. Miró a un lado y a otro con los ojos muy abiertos, y comprendió que la sonrisa estaba a punto de convertirse en una mueca que decía lo que ella no quería ni podía contar.

Karen Borg se inclinó sobre la mesa y puso su mano sobre la de Hanne con mucho cuidado. Hanne la apartó, más como un acto reflejo que para rechazarla.

—De verdad que no me pasa nada —dijo con una risita mientras las lágrimas empezaban a correr por sus mejillas.

Karen Borg conocía a Hanne Wilhelmsen desde 1992. El comienzo de su amistad tuvo tintes dramáticos. Se vieron implicadas en un caso de asesinato que se convirtió en un escándalo político de dimensiones poco frecuentes. A Karen Borg estuvo a punto de costarle la vida. Håkon Sand la salvó de morir en una cabaña en llamas en el último segundo. Cuando más tarde Håkon y Karen se fueron a vivir juntos y tuvieron hijos, Hanne y Cecilie se hicieron amigas íntimas de la pareja. De eso hacía siete años.

—Nunca te he visto llorar, Hanne.

—Bueno, en realidad no estoy llorando —la corrigió Hanne secándose las lágrimas—. Solo estoy cansada. Agotada, siempre.

Volvía a nevar. Unos copos grandes y juguetones morían nada más impactar en la ventana, y Hanne no sabía si eran sus lágrimas o la nieve lo que había desdibujado los límites del parque hasta convertirlo en una foto gris y desenfocada.

—Ojalá llegue pronto el verano —susurró—. Calor. En cuanto haga un poco más de calor todo se arreglará.

Karen Borg no contestó. Sospechaba que nada ayudaría a Hanne Wilhelmsen, ni la ola de calor más intensa de todos los tiempos. Aun así no pudo evitar mirar el reloj. En tres cuartos de hora cerraba la guardería. Hanne seguía sin decir nada, se limitaba a balancearse adelante y atrás sobre la silla chascando los dedos.

Aún tenía la sonrisa forzada pegada al rostro. Las lágrimas seguían cayendo.

—Nos vemos entonces —dijo Karen Borg levantándose—. Mañana a las diez.

Cuando avanzaba a toda prisa por el pasillo de la cuarta planta, zona amarilla, se sintió mal. Y encima no tenía ni idea de qué iba a hacer para cenar.

7

La corriente había llevado los restos mortales de Ståle Salvesen hasta el final del fiordo. En el punto de encuentro entre el mar y el fiordo se originaban remolinos de agua que habían jugado con el cadáver todo lo que quisieron. Luego, cuando se cansaron, lo mandaron al fondo.

A treinta y dos metros de profundidad descansaba un viejo pesquero de unos cincuenta pies de eslora. Estaba allí desde una dura noche de invierno de 1952, y hacía mucho que era un lugar frecuentado por buceadores aficionados. La bitácora había desaparecido. El sólido timón de roble se lo llevó un jovenzuelo en la década de 1960. No quedaban cazuelas ni sartenes. Todo lo que quedaba era el esqueleto de un barco con la cabina sin cristales.

Ståle Salvesen ya no llevaba puesto el anorak. El agua se lo había quitado; ahora empujaba el anorak reblandecido sobre las rocas que la marea baja dejaba a la vista, dos kilómetros más al norte. Pero aún llevaba puestas las botas. Firmes, como si se las hubieran puesto al vacío, y cuando la corriente llevó a Ståle Salvesen hacia la cabina del pesquero, la bota se enganchó en un clavo que nadie se había molestado en quitar. Parecía una estrella de mar de cuatro puntas, oscilante en el frío mar de marzo.

8

Tuvo una intuición mientras accedían al jardín, ella con botas de tacón demasiado alto para el camino de gruesa gravilla y Billy T. con una cazadora de piel gastadísima que cerró mientras maldecía la nieve helada.

—Aquí hay algo —le dijo Hanne Wilhelmsen, tozuda, a Billy T.—. Sé que aquí hay algo.

—Tres hombres han registrado la casa durante cuatro horas —protestó—, y nada de nada. Lo más sospechoso que hemos encontrado es un trapo de cocina que según Karianne necesita un lavado con lejía y dos números de una revista erótica debajo del colchón del chico.

—¿Se puede saber dónde están?

—¿Quiénes?

—Los niños. ¿Dónde están y quién se ocupa de ellos?

—Ah, los niños. El mayor de excursión con el colegio en Praga. Los dos pequeños de vacaciones en una playa del sur con su tía o algo así. ¡Gracias al demonio! Menos mal que anoche no estaban aquí. Todo está bajo control. Curas y psicólogos viajan en vuelo chárter de un lado a otro a cuenta del erario público. Contamos con que los traigan de vuelta a lo largo del fin de semana.

—Pobres desgraciados —murmuró Hanne poniéndose en cuclillas frente a la chimenea que presidía el salón del fiscal

Halvorsrud—. Pues tómales declaración tú, dada tu habilidad con los niños.

—Niños, lo que se dice niños, no son; más bien son adolescentes.

—Eran dos plomos que habían saltado.

Hanne se puso de pie, se le había dormido la pierna izquierda. Dio unas pataditas y vio a una oficial que no recordaba haber visto antes.

—¿Ellos solos? Quiero decir, por causas naturales. ¿Sobrecarga?

—Es difícil saberlo —dijo la oficial con un entusiasmo que irritó a Hanne—, son plomos de los modernos, de esos que no hay que reemplazar, que se suben y se bajan. Claro que es posible que alguien haya dejado la planta baja a oscuras a propósito.

Se estaba haciendo de noche. Hanne sintió que se acercaba a ese punto en el que no le sería posible dormir si no tomaba pastillas. Antes podía aguantar tres días sin más descanso que una hora de sueño de vez en cuando. Eso también había cambiado. Una noche en vela como la del día anterior y su cuerpo decía basta pasadas unas pocas horas de la jornada siguiente. Ahogó un bostezo.

—En cuanto al ordenador del despacho —continuó la mujer desde la puerta—, podría decirse que hay algo... algo raro.

—Raro —Hanne miró a la inspectora y repitió—, raro. Vale. ¿Qué hay tan raro?

—Está completamente limpio —dijo la mujer sonrojándose.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Bueno, decir... —La mujer se retorció y el sonrojo no se daba por vencido, pero ella tampoco—. Es extraño que un ordenador que parece bastante usado, con el teclado sucio y huellas de dedos en la pantalla, no contenga nada. Nada. Ni un archivo de texto. El disco duro solo contiene programas.

—Por cierto, esta es Holbeck. —De pronto Billy T. se acordó de hacer las presentaciones—. Acaba de llegar del distrito policial de Bergen. Esta es Hanne Wilhelmsen.

Agitó el brazo hacia Hanne.

—Mmm —dijo Karianne Holbeck con una sonrisa—, lo sé. ¿Me llevo el ordenador para que lo examinen con más detalle?

—¿Puedes hacerlo sin que se dañe nada?

Hanne sabía de ordenadores lo justo para escribir un documento y archivarlo.

—Sin problemas —aseguró Karianne.

—Era la responsable informática en Bergen —susurró Billy T. lo bastante alto para que Karianne lo oyera—; también la han usado los de delitos económicos, pues lo sabe todo de las máquinas esas.

Hanne asintió indiferente, pero rectificó y sonrió a su nueva colega. Era demasiado tarde. Karianne Holbeck ya se había esfumado para empaquetar un ordenador que presentaba muchos indicios de haber sido utilizado y que, sin embargo, estaba en blanco.

—Una última visita al sótano y nos rendimos.

—Vale, venga —murmuró Billy T. malhumorado siguiendo a Hanne por el recibidor hacia la escalera.

El sótano olía a detergente y neumáticos viejos. Un pasillo largo, con cuatro puertas en uno de sus lados, desembocaba en un lavadero muy ordenado. La lavadora y la secadora eran del modelo más caro de Miele. Incluso la ropa sucia, que descansaba sobre un banco de melanina marrón, estaba clasificada en montones de ropa blanca, de color y delicada. Las paredes y el suelo, cubiertos de azulejos, se veían llamativamente limpios.

—Aquí no hay nada, desde luego —dijo Billy T. rascándose la entrepierna—; y estar aquí metido me produce tortícolis.

Hanne no le hizo caso y entró en la habitación contigua. Si el lavadero estaba limpio y ordenado allí reinaba el caos. En su origen debía de haber sido un taller de carpintero aficionado; así parecían indicarlo un banco y las herramientas colgadas de la pared. Pero debía de haber pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien hizo algo útil en aquel lugar. Contra una de las paredes se apoyaban dos bicicletas viejas, y tres neumáticos muy usados

apilados sobre cartones marrones casi impedían ver el suelo. En un rincón había un polvoriento balón de cristal para hacer vino casero, y por todas partes había ropa vieja y cajas llenas de lo que parecían libros en edición de bolsillo sin leer, un triciclo, y las ruedas de un cochecito de niño de los años ochenta.

—No parece que este sitio haya sido registrado muy a fondo —dijo Hanne Wilhelmsen dándole a una bolsa de basura negra con la punta de la bota.

Siete cucarachas salieron en estampida para encontrar un nuevo refugio.

—Les dije que miraran el sótano otra vez —dijo Billy T. malhumorado—, y tenemos gente que puede ocuparse de esto, Hanne. No hace falta que una comisaria se dedique a rebuscar en la mierda, joder.

—No se lo dijiste.

—¿El qué?

—No les dijiste que volvieran a revisar el sótano. ¿Qué es esto?

Sin esperar respuesta pasó por encima del triciclo. Se agachó para tocar algo que Billy T. no pudo ver.

—¿Y qué tenemos aquí? —dijo incorporándose—. Un botiquín, un botiquín muy viejo.

—¿Un botiquín abierto? —preguntó Billy T. con cierto interés.

Cuando Hanne Wilhelmsen, con las manos enfundadas en guantes de plástico, abrió con gran facilidad la sencilla cerradura con una navaja que le dio Billy T., este sostuvo el botiquín frente a él como si fuera un joyero.

—Te dejo el honor —dijo Billy T.—, ábrelo.

Ninguno de los dos esperaba nada. Aunque Hanne Wilhelmsen presentía que si registraban el chalet de la familia Halvorsrud a fondo descubrirían algo, el contenido del oxidado botiquín fue suficiente para dejarla callada durante medio minuto.

—¡Caray! —dijo Billy T. por fin.

—Y que lo digas —comentó Hanne.

El armarito, de aproximadamente medio metro de alto y unos cuarenta centímetros de ancho, no tenía baldas. Las habían quitado para dejar sitio a gruesos fajos de billetes envueltos en plástico, y lo que parecían ser unos quince o veinte disquetes. Cuando Billy T. levantó con sumo cuidado los paquetes superiores, aparecieron otros debajo.

—Va a ser muy interesante oír lo que tiene que decir sobre esto nuestro amigo de la celda —dijo Billy T. llevándose uno de los fajos de billetes a la nariz, como si quisiera adelantar la respuesta olfateándola.

—¡Billy T.!

Karianne Holbeck estaba sin resuello en la puerta.

—¡Mirad esto! Creí que sería buena idea revisar la basura...

Hanne Wilhelmsen adelantó un poco el labio inferior e hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Y allí estaba esto.

Parecía que Karianne Holbeck tenía dudas sobre a quién debía entregarle el documento. Billy T. la ayudó a salir del apuro.

—Una solicitud de separación —dijo leyendo el formulario que tenía manchas de posos de café y algo que debía de ser yema de huevo.

—¿Quién la firma? —preguntó Hanne a Karianne Holbeck—. He hablado con Halvorsrud cuatro veces desde ayer por la noche y no ha dicho ni una palabra de que estuvieran tramitando un divorcio en la familia.

—Doris Flo Halvorsrud. Solo ella. La casilla para la firma del marido está vacía. Pero lo peor es la fecha. O lo mejor, claro, depende de con quién estés... —Karianne sonrió con timidez y volvió a sonrojarse—. Doris firmó este documento ayer. Debió de ser una de las últimas cosas que hizo. Antes de que... antes de que alguien la decapitara.

Hanne se irguió y pensó que a Karianne Holbeck le vendría bien perder cinco o seis kilos.

—Son muchas cosas a la vez —dijo con voz queda—, parece que tendremos que adelantar el interrogatorio de Sigurd Halvorsrud previsto para mañana. Necesito saber qué contienen estos disquetes inmediatamente.

Era la tarde del viernes 5 de marzo y el reloj se aproximaba a las cinco y media.

9

—Billy T. insistió —dijo Hanne Wilhelmsen adormilada—, quería ocuparse del interrogatorio personalmente. Mañana. Dijo que todo el mundo necesitaba dormir, también Halvorsrud. Y también aseguró que yo necesito un día libre.

Había dado una cabezada con los pies apoyados en la mesa del salón. La despertó una copa de vino tinto al caerse. Cecilie Vibe fue a buscar una bayeta.

—Suenas sensato —dijo distraída mientras intentaba minimizar los daños sufridos por dos libros alcanzados por la creciente mancha roja—. Quitas los pies, porfa.

Hanne Wilhelmsen se acomodó en el sofá y se subió la manta que lo cubría hasta el cuello.

—No dejes que me quede dormida aquí —farfulló.

Cecilie Vibe volvió a llenar su copa, apagó la televisión y se cambió de sitio para poder observar a la mujer que dormía en el sofá. El vino no le sabía bien y hacía tiempo que la comida tampoco. Hanne ni siquiera había notado que Cecilie había adelgazado cuatro kilos en menos de un mes.

En algún momento se lo tendría que contar. Habían pasado dos días. El médico que le dio los resultados era un antiguo compañero de estudios, uno que nunca le había caído bien. Era igual de difícil conseguir que te mirara a los ojos ahora que entonces. Mientras le

hablaba en un murmullo a su taza de café no había dejado de estirarse el lóbulo de la oreja. Cecilie había fijado la vista en el lóbulo de su oreja derecha mientras sentía que el tiempo daba una eterna vuelta de castigo a la pista.

Cuando salió del hospital nada había cambiado. La nieve, que poco menos de una hora antes la había perseguido hasta las puertas automáticas del departamento de Oncología, seguía mordiendo con la misma furia. Pero no lo notó. Un chicle pisado sobre el asfalto mojado había acaparado toda su atención. Se convirtió en un globo terráqueo, una bola, un balón. En un tumor. Un camillero que empujaba camas vacías la había obligado a seguir caminando. No sabía adónde ir.

Cecilie Vibe tenía un tumor del tamaño de una pelota de tenis en el intestino grueso. Era probable que hiciera tiempo que lo tenía. Era demasiado pronto para saber si se había abierto paso por las paredes del intestino para penetrar en otros órganos. Tal vez sí. O no.

En la copa de vino vacía vertió agua fresca de una botella de agua mineral. Se tiñó levemente con los restos del vino. Hizo dar vueltas y más vueltas al agua rosada mientras intentaba pensar en qué harían en verano.

Cecilie no le había hecho una sola pregunta al hombre del lóbulo enrojecido. En ese momento no tenía ninguna. Luego había consultado todas las bases de datos a las que tenía acceso desde su despacho. Después fue caminando hasta su casa, llorando.

En realidad iba a contárselo a Hanne esa noche.

Hanne no sabía nada. Había estado distante, no le había prestado atención ni siquiera una mañana, seis semanas atrás, cuando Cecilie había descubierto restos de sangre en las heces. Ese día en que por primera vez sintió un zarpazo helado al darse cuenta de todo el tiempo que llevaba encontrándose cansada e indispuesta. El horror de lo que vio en el papel higiénico, el deseo de que todo fuera un error —tal vez era la menstruación, que se le había adelantado—, hizo que Cecilie tirara de la cadena a toda prisa

para lavarse los dientes con inusitada energía. Seguro que no era nada. Solo un miedo terrible e injustificado que la envolvió como una capa allí, en el baño, desnuda e invisible para Hanne, que se marchó sin ni siquiera decir adiós.

Pero sí que era algo, después de todo.

Hanne había llegado a casa agotada a las ocho menos cuarto. Por una vez había hablado sin parar, tal vez para mantenerse despierta hasta haber cenado. Hanne había hablado de un cadáver decapitado, de un hombre que había saltado al mar y de un fiscal que debía irse preparando para pasar unos cuantos años entre rejas. De unos adolescentes huérfanos de madre y con el padre encarcelado, y de Billy T., que cada vez estaba más insoportable y preocupado con los preparativos de su inminente boda. De su nuevo despacho al que no veía la manera de acostumbrarse, y del nuevo carburador de la Harley, que no llegaba.

No había espacio para la historia de una pelota de tenis con peligrosos tentáculos que estaba instalada en algún lugar del intestino de Cecilie. No había ningún espacio para Cecilie en ese atardecer breve y frío de primavera.

Hanne roncaba suavemente. De pronto se puso de lado y se quedó de cara a Cecilie, con la boca abierta y la cabeza medio levantada. La pierna derecha se acomodó sobre el respaldo del sofá y el brazo izquierdo colgaba desvalido sobre el suelo. Parecía incómoda, y Cecilie colocó con cuidado el brazo a lo largo del cuerpo de Hanne. Luego se sirvió más agua.

Hanne llevaba el flequillo demasiado largo y le tapaba un ojo. Su cabello castaño tenía vetas grises y Cecilie se sorprendió de no haberse dado cuenta antes. Las pestañas del ojo que quedaba a la vista se movían casi imperceptiblemente e indicaban que Hanne estaba soñando. La comisura de los labios se llenó de saliva y una mancha húmeda se extendía lentamente sobre el cojín en el que descansaba su mejilla.

—Pareces tan pequeña —susurró Cecilie—, ojalá pudieras ser pequeña más a menudo.

Llamaron a la puerta.

Cecilie dio un respingo. Hanne Wilhelmsen seguía inmóvil. Por temor a que volvieran a llamar Cecilie salió corriendo hacia el recibidor y abrió la puerta de golpe.

—Billy T. —exclamó dándose cuenta de que hacía mucho tiempo que no vivía un momento como aquel, la sencilla felicidad de encontrarse con alguien—. ¡Pasa!

Luego se puso el índice sobre los labios para indicarle que guardara silencio.

—Hanne está durmiendo en el sofá. Podemos ir a la cocina.

Billy T. echó un vistazo al salón.

—No —dijo decidido, y movió un poco la mesa para poder coger a Hanne mejor.

Billy T. levantó a Hanne Wilhelmsen como si fuera una niña que se hubiera quedado dormida viendo un programa de televisión para el que no tenía permiso. Era agradable sentir su peso contra el pecho. El suave olor a vino se mezclaba con el perfume que se había puesto el día anterior y Billy T. la besó en la frente sin pensarlo. Cecilie abrió las puertas y Billy T. colocó a Hanne en la cama sin que esta hiciera ademán de despertarse.

—Nunca me había pasado con un adulto —dijo Billy T. en voz baja, y se quedó observando a Hanne mientras Cecilie la arropaba con el edredón—, me refiero a que no se haya despertado al llevarla en brazos.

—Llevar en brazos... —susurró Cecilie sonriendo mientras le hizo una señal para que salieran.

—Algo le pasa a esta chica —dijo Billy T. inmóvil—. ¿Sabes lo que es?

Cecilie Vibe intentó esquivar los ojos de Billy T. Eran demasiado azules y familiares y veían demasiado. Cecilie quería alejarse del dormitorio, de Hanne dormida y del olor a ropa de cama y a sueño. Quería irse al salón, abrir otra botella de vino, hablar de películas que no habían visto y de listas de invitados y del nombre del bebé.

No podía moverse. Cuando por fin levantó la cabeza fue a ella a quien rodeó con sus brazos.

—Pero ¿qué demonios os pasa a las dos? —susurró—. ¿Una crisis o qué?

Billy T. estuvo con Cecilie hasta cerca de las cuatro de la mañana del viernes. Cuando se marchó, Cecilie tuvo remordimientos por que Hanne no fuera la primera en saberlo. Pero a la vez sentía alivio, algo que casi podría ser optimismo, cuando le quitó con mucho cuidado la ropa a Hanne antes de meterse en la cama.

—Creo que voy a vender la Harley —dijo Hanne medio dormida pegándose a ella—, es hora de hacerse mayor.

10

El fiscal Sigurd Halvorsrud tenía un sorprendente buen aspecto. Llevaba ropa limpia y la camisa recién planchada. En la corbata roja y verde brillaba un diamante montado en oro blanco. Solo el afeitado un poco descuidado daba alguna pista de las circunstancias en las que estaba viviendo. Su piel tenía buen color y estaba muy poco pálido para esa época del año. Su imagen podría haber chocado a espíritus más sensibles que el de Billy T., teniendo en cuenta que su mujer había sido asesinada dos días antes y que era sospechoso del crimen.

Pero le pasaba algo en los ojos.

Estaban inyectados en sangre y completamente faltos de expresión. Aunque el hombre intentaba mantener algo de dignidad en su postura, muy erguido y con su característica barbilla echada hacia delante, la mirada desesperada que pretendía disimular le delataba.

Billy T. pasó el dedo por el interior de dos tazas y las llenó de café de un termo.

—¿Solo?

—Con un poco de azúcar, gracias.

Los dedos del fiscal no temblaron cuando cogió dos terrones de azúcar de una cajita de cartón. Billy T. también cogió uno, lo mojó en café y se lo puso entre los labios.

—La abogada Borg llegará enseguida —dijo chupando ruidosamente el terrón de azúcar—. ¿La esperamos, o nos ponemos en marcha ya?

—Podemos empezar, si está a punto de llegar.

—Hablemos de Ståle Salvesen —empezó Billy T., y sorbió café para tragarse el resto del azúcar—, ¿de qué le conoces?

Halvorsrud miró desconcertado a Billy T.

—Pero —dijo dejando la taza de café de golpe sobre la mesa— me dijeron que había muerto. Que había... me dijeron que se había suicidado. Si es así, ¿por qué lo preguntas?

Billy T. se aprovisionó de otros dos terrones de azúcar, los mojó en el café y se los puso sobre la lengua.

—De momento no hay cadáver —dijo, y sorbió—. Además Hanne Wilhelmsen dice que insistes en que fue Ståle Salvesen quien mató a tu mujer. Así que te pregunto por Ståle Salvesen. ¿Vale?

Halvorsrud se pasó la mano por el cráneo que se intuía entre su fino cabello rubio y canoso. Parecía dudar de la utilidad de insistir en que su mujer había sido asesinada por un hombre muerto mientras él miraba. Parecía dudar de casi todo.

—No lo entiendo —dijo; regurgitó y se puso el puño sobre la boca—. Perdón. Claro que no me creéis, pero sé que el que estuvo en el salón de mi casa era Ståle Salvesen. Estuvo allí...

Se llevó la taza de café a los labios. Tragó dos veces y se dio unos golpes en el esternón mientras se disculpaba otra vez.

—Ståle Salvesen estuvo allí mucho rato. Es difícil decir cuánto, en esas circunstancias uno pierde la noción del tiempo. Supongo. Bueno, al menos a mí me pasó. Pero no tengo ninguna duda de que era él. El...

—Pero ¿cómo lo sabías? —le interrumpió Billy T.—. ¿De qué conoces a un tipo que tiene una pensión por incapacidad total y vive en un bloque de pisos de Torshov?

La abogada Karen Borg entró en el estrecho cubículo. Miró sorprendida al inspector.

—Billy T. —dijo en tono inexpresivo—, ¿no era la inspectora jefe Hanne Wilhelmsen quien iba a...?

—Está durmiendo —sonrió Billy T.—. Y veo que tú también has dormido poco, ¿una mañana movida con los peques?

Karen Borg se alisó el pelo con gesto avergonzado e intentó quitarse una mancha de cacao de la falda beige. La mancha crecía. La observó unos instantes, suspiró, y tomó asiento en la silla libre sin abrir su maletín.

—¿Y por dónde vais vosotros? —preguntó con una sonrisa severa.

—Estoy intentando averiguar de qué conoce el fiscal a un tipo sin amigos que ingresa menos de cincuenta mil coronas al año —bostezó Billy T.—. Y te aseguro que no es tarea fácil. ¿Quieres un antiácido, Halvorsrud?

Sacó dos pastillas de una caja de clips.

—Gracias —murmuró el fiscal, y se las tomó con un trago de café.

El ruido de un helicóptero que volaba a baja altura sobre la ciudad llenó el despacho. Billy T. se apoyó en la ventana y miró al sol con los ojos entornados. Por primera vez en varias semanas hacía un tímido intento de deshelar la capital congelada por el invierno. Pero no duró mucho. El agujero amarillo que había aparecido en el cielo se ocultó tras una pesada nube gris, y el helicóptero se esfumó hacia el oeste.

—Hace un tiempo Ståle Salvesen era un hombre de negocios exitoso —dijo Halvorsrud en voz alta mirando a su abogada—; en los años ochenta. Era el consejero delegado de una prometedor empresa informática, Aurora Data. Salvesen era el típico emprendedor, por así decirlo. No tenía formación ninguna, pero lo sabía todo sobre programas informáticos. En un momento determinado Microsoft estuvo a punto de comprarla, pero como Salvesen tenía la mayoría de las acciones, se quedó en el intento. El hombre quería llevarla a su manera; tenía una visión, eso hay que

reconocerlo. La empresa se había adelantado a su tiempo y había desarrollado un...

Halvorsrud se rascó el dorso de la mano y miró por fin al inspector.

—Sé muy poco de esas cosas. Lo supe en su momento, claro, pero no lo recuerdo con precisión. Era algo relacionado con internet, eso es seguro. ¿Un... buscador? ¿Me equivoco?

Se encogió levemente de hombros y observó una raya de la mesa. Su dedo índice la recorrió de arriba abajo.

—Luego llegó la crisis económica de finales de los años ochenta. Empresas nuevas que hasta entonces habían sido muy prometedoras se desplomaron como fichas de dominó. Curiosamente, Aurora Data capeó el temporal.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Billy T.—. Si tú mismo dices que era una empresa sólida.

—No exactamente sólida. Interesante, prometedora, con gran potencial. Aurora Data sobrevivió sobre todo por el éxito de otro de sus programas, creo recordar que diseñado especialmente para informativos de televisión, radio y prensa. Y salieron a Bolsa.

Billy T. era un hombre que presumía de sus debilidades. Su figura gigantesca alardeaba de todo lo que no sabía hacer, de todo lo que ignoraba. Nunca se cortaba a la hora de pedir que le explicaran las cosas más elementales. Cuando la presentadora Anne Grosvold convirtió la sencillez en una virtud y se convirtió en un icono de la televisión a base de una férrea inocencia, Billy T. colgó una foto suya a todo color en su tablón. Allí estaba, firme y sonriente, con los brazos abiertos, como si, entusiasmada, diera su bendición a Billy T. y a su cada vez más descarada relación con su autoproclamada ignorancia. Solo había una cosa que se negaba a reconocer: no tenía ni idea de economía.

Billy T. tenía una nebulosa idea de lo que implicaba salir a Bolsa. Agarró un bolígrafo de una lata de Coca-Cola sin tapa y apuntó la expresión en un post-it rosa claro.

—De acuerdo —dijo con voz neutra mordiendo el boli—, ¿y entonces?

—Salir a Bolsa tiene muchas consecuencias. Entre otras cosas mayor control, más concentración, por decirlo así, más atención de todo el mundo.

Hasta ese momento Billy T. le había escuchado sin mucho interés. Ståle Salvesen era un asunto del que había que ocuparse, pero que muy probablemente podría dejarse olvidado en un expediente cuando el trabajo estuviera hecho. Ståle Salvesen no era más que un patético perceptor de subsidios que además estaba muerto y Halvorsrud estaba mintiendo. Pero ahora surgía algo. Salvesen tenía una historia. No siempre había vivido en un apartamento de un dormitorio con cuatro comestibles en la nevera. Ståle Salvesen había sido el rey de la montaña. Y de eso no hacía más de diez años.

—Diez años no son muchos, joder —dijo Billy T. distraído.

—¿Perdón?

—Sigue.

—Conocí a Ståle Salvesen en 1990. Es decir...

Halvorsrud sacó una cajetilla de cigarrillos Barclay y la tendió hacia Billy T. para pedir permiso.

—Fuma, fuma —murmuró Billy T. sin preguntar a la abogada Borg.

—No llegué a conocer a ese hombre. En realidad nunca le he visto en persona. Pero le acusaron en un asunto muy feo. Tráfico de influencias. Y más.

Billy T. apuntó «traf. inf.» en la pegatina rosa y se sirvió más café.

—El hijo de Salvesen, no recuerdo su nombre, estudiaba económicas en Estados Unidos —prosiguió Halvorsrud—. Compró un número considerable de acciones a muy buen precio en una compañía en la que su padre era directivo. No... —Insistió en recalcar la palabra—. No era Aurora Data. Era otra. Muy poco después de la adquisición, cuestión de días, se supo que la

compañía había firmado un contrato muy ventajoso con una multinacional norteamericana. Las acciones duplicaron su valor. Y allí aparecemos nosotros.

—La Unidad Especial de Delitos Económicos.

—Sí. Yo acababa de ocupar mi puesto en la UDEF.

Por primera vez Billy T. pudo intuir la presencia de una sonrisa en el rostro del fiscal. Halvorsrud había ido contra la corriente. Después de muchos años de ejercicio como abogado de negocios, ese experto en derecho fiscal y corporativo, y en ganar dinero, lo había dejado todo para entrar en el servicio público. Había pasado de ganar cinco millones al año a poner su experiencia de valor incalculable al servicio de la UDEF por una retribución que para él debía de ser una minucia. En la pared de su despacho colgaba la placa que le habían dado los colegas que dejara atrás: «Dios los cría y ellos se juntan».

—Empezamos a hurgar, y encontramos cosas. Cuando uno empieza a investigar a alguien que ha salido de la nada y se ha hecho multimillonario en siete años, aparece de todo. Irregularidades, ilegalidades.

—¿Cuánto le cayó?

—¿Le cayó?

—Sí —dijo Billy T. impaciente—. ¿Qué pena tuvo que cumplir?

Halvorsrud volvió a sonreír con una mueca persistente, casi triunfante.

—No llegamos a imputarle.

Billy T. estaba a punto de hacerle notar que era inadmisibile que un fiscal difundiera rumores malintencionados sobre un hombre ya fallecido para luego reconocer que el caso nunca había llegado a ser lo bastante grave como para acabar en los tribunales. Luego cambió de idea. Se había visto en la misma situación en muchas más ocasiones de las que le gustaba recordar. La culpabilidad era evidente, pero las pruebas endebles.

—Lo que no quiere decir que el tipo fuera inocente —añadió Halvorsrud como si hubiera leído los pensamientos de Billy T.—.

Siempre pensaré que Ståle Salvesen debería haber sido condenado. Pero...

—Vale —dijo Billy T.—, lo entiendo, yo también he pasado por eso. Pero, aun así, a Salvesen no le fue muy bien, ¿verdad? Algo tuvo que pasar, digo yo. De motor de la Bolsa a ciclista en menos de diez años...

—No tengo ni la menor idea —dijo Halvorsrud cortante—, el caso fue archivado en 1996. Y para entonces estaba... bueno, digamos que no habíamos hecho mucho con él los últimos años.

Billy T. no hizo ningún esfuerzo por ocultar un prolongado bostezo. Le sonaron las mandíbulas y dejó escapar un pedo reprimido esperando que nadie se diera cuenta. Se inclinó hacia la ventana y la dejó medio abierta, por si acaso.

Los casos como el de Salvesen eran frecuentes. Un lío tremendo durante unos seis meses, la policía ponía boca arriba cualquier cosa relacionada con el asunto, daba vueltas a cualquier pequeño detalle, y luego el caso iba perdiendo fuelle poco a poco. El expediente se quedaba bajo un montón de otros casos en algún escritorio, y la única novedad que podía añadirse era una reclamación de algún abogado crecido que cada vez estaba más indignado por cuenta de su cliente. Al final se desenterraba el caso, era sellado y firmado con la clave para que fuera archivado, y luego se enviaba al archivo central.

—¿Cuándo dejasteis de trabajar en el caso? —preguntó Billy T.

—Lo siento, no lo recuerdo. ¿Tal vez en el 91? No lo recuerdo.

—En 1991 —repitió Billy T.—, y el caso no se archivó hasta el 96. ¿Qué hizo Salvesen mientras tanto?

—Como ya he dicho, no lo sé.

—¿Cómo le reconociste?

—Reconocerle...

—Afirmas que nunca has coincidido con ese hombre y sin embargo no tienes ninguna duda de que fue Ståle Salvesen quien mató a tu mujer. ¿Cómo...?

—La prensa —le interrumpió Halvorsrud frustrado—, los periódicos se ocuparon detalladamente del caso. Además había visto fotos tuyas con anterioridad. Ya lo he dicho varias veces. El tipo tenía mucho éxito. Estaba un poco más viejo, naturalmente, un poco más delgado tal vez. Menos pelo, eso seguro. Pero era él.

—¿Dijo algo?

—¿Mientras mataba a mi mujer?

La voz de Halvorsrud sonó más aguda, como en falsete. Tragó saliva de forma audible, negó levemente con la cabeza y miró el interior de su taza de café. Estaba vacía. Billy T. no hizo ademán de servirle más.

—De hecho no dijo nada —continuó Halvorsrud—, ni una palabra. Primero se fue la luz y al instante siguiente Salvesen apareció en la puerta del salón y nos apuntó a los dos con un arma. Un revólver. O... pistola. Sí, era una pistola.

Se estremeció y Karen Borg cogió el termo de café.

—Tal vez prefieras un poco de agua —dijo en voz baja.

El fiscal negó con un gesto casi imperceptible y sacó otro cigarrillo. Le dio unas caladas frenéticas al filtro mientras su pie derecho golpeaba la pata de la mesa con un ritmo nervioso y monótono.

—¿Y entonces?

—Me obligó a sentarme en la silla, la que está tallada en un tronco de madera. Mi mujer intentó hablarle, pero yo... Creo que no dije casi nada. Fue como si... Cuando cogió la espada perdí la conciencia por unos instantes. Creo. No lo recuerdo bien. En realidad no recuerdo... Yo...

—¿Tenemos que entrar en detalles, Billy T.?

Karen Borg pasó los dedos por la mancha de cacao y miró alternativamente al inspector y al fiscal.

Billy T. se estiró para poder cerrar la ventana. El helicóptero había vuelto. Las aspas giraron inclinadas y a baja altura sobre el agua del puerto de Bjørvika, antes de que el aparato diera un giro y saliera a gran velocidad en dirección a Grønlandsleiret 44. Un

estruendo ensordecedor les envolvió, hasta que poco a poco empezó a bajar de intensidad cuando el helicóptero por fin se decidió a poner rumbo al norte.

—¿Qué opinas de la nueva ópera, Halvorsrud? ¿Prefieres que la construyan en Bjørvika o en la vieja estación del Este?

El fiscal miró fijamente a Billy T. Algo que podía parecer ira asomó en sus pupilas, en su mirada gris y desfallecida.

—¿Perdón?

—A mí me da igual, la verdad. La ópera se oye mejor en un CD. Vamos a entrar en detalles. Hasta el más pequeño de los hechos en los que puedas pensar.

Se dirigía a Karen Borg.

—Hemos protegido a tu cliente día y medio. Ya es hora de que aclaremos este asunto. ¿No te parece?

Sigurd Halvorsrud cruzó las piernas y asintió.

—Se volvió loco —prosiguió—. No sé muy bien cómo explicarlo. Golpeó a mi mujer en la cabeza con una linterna. Y luego...

—¿La linterna era suya?

—¿Cómo?

—¿La linterna era de Salvesen, la llevaba con él?

—Sí. Tuvo que haberla traído él, nosotros no tenemos ninguna así en casa, al menos que yo sepa. Grande y negra.

Levantó las manos para indicar unas dimensiones de entre treinta y cuarenta centímetros.

—Mi mujer se desplomó delante de la chimenea, y vi que sangraba abundantemente por la nuca. Luego cogió la espada, Salvesen cogió la espada de samurái y...

Billy T. le escuchaba fascinado. En un primer momento había insistido en ocuparse del interrogatorio para proteger a Hanne Wilhelmsen. Para él también era una pesadez trabajar en sábado y sin cobrar las horas extra. Ese fin de semana le tocaban los niños y, aunque Tone-Marit tenía una paciencia rayana en la santidad con sus cuatro hijos, era mejor no tentar a la suerte. Para la boda aún faltaban tres meses y un bebé más.

Pero el caso empezaba a despertar su interés. O tal vez era el mismo Sigurd Halvorsrud quien había empezado a llamar su atención en serio. El asesinato en sí, la ejecución más macabra que Billy T. había visto en su vida, ya era suficientemente interesante. Pero Billy T. llevaba en la policía el tiempo necesario para no dejarse fascinar sin motivo. Un asesinato no dejaba de ser un asesinato. Este era un caso como todos los demás, un caso que debían resolver, y lo harían.

Pero Sigurd Halvorsrud era especial. Billy T. se dio cuenta de que le creía. Parecía absurdo. Todo indicaba que Ståle Salvesen había muerto, pero, por otra parte, el cadáver no había aparecido. Podía ser un montaje de Ståle Salvesen. Por lo que Billy T. sabía, Salvesen podía encontrarse en un bar de México. Tal vez paladeando un Tequila Sunrise mientras disfrutaba del dinero que había puesto a salvo en lugar seguro cuando todo iba viento en popa y se dio cuenta de que los buenos le estaban siguiendo la pista. Aun así estaban a años luz de saber por qué Ståle Salvesen iba a desearle la muerte a Doris Flo Halvorsrud.

Era una paradoja, la historia de Ståle Salvesen hasta parecía provocativamente creíble. Sigurd Halvorsrud tragaba saliva y empalidecía, tartamudeaba y se equivocaba, recordaba muy pocas cosas para, de pronto, rememorar detalles como que Ståle Salvesen tenía un lunar, o tal vez fuera una verruga en la mejilla derecha, cerca de la boca. En dos ocasiones Billy T. pudo ver que el hombre, arrogante y seguro de sí mismo, estaba a punto de echarse a llorar. Pero se contenía, se quitaba unas motas de polvo imaginario de las solapas de la chaqueta, se aclaraba la garganta y seguía contando su historia. El fiscal Halvorsrud se comportaba como alguien que dice la verdad.

—Te has puesto las cosas jodidamente difíciles —dijo Billy T. mirando la hora: era la una menos veinte.

—Así que te pasaste hora y media observando el cadáver de tu mujer antes de llamar a la policía. ¿Hora y media?

—Algo así —dijo Halvorsrud en voz baja—, no lo recuerdo, claro, pero lo he calculado. Después. No me pareció que fuera tanto tiempo.

—Pero ¿por qué?

Billy T. abrió los brazos y tiró la lata de Coca-Cola llena de lápices y bolígrafos. Cayeron sobre la mesa formando un juego de mikado al que nadie quiso jugar.

—Yo... yo no lo sé, de verdad. Estaba en estado de shock, supongo. Pensé en los niños, pensé en nuestra vida. Tal y como había sido, tal y como iba a ser. No lo sé muy bien. No me pareció que fuera tanto tiempo.

Billy T. entendía a qué había dedicado Halvorsrud hora y media. Si es que decía la verdad. Lo que muy probablemente no hacía, a juzgar por las pruebas disponibles.

—No podías entender que no hubieras intervenido —dijo Billy T. pensando que sonaba muy duro—, te avergonzabas profundamente de haber dejado que un hombre descuartizara a tu mujer sin que movieras un dedo. Seguro que te preguntabas si podías seguir viviendo. No querías ni imaginar cómo ibas a contarles a los niños lo sucedido. Entre otras cosas. ¿Acierto?

Halvorsrud respiraba con dificultad. Miraba a Billy T. a los ojos con una mezcla de profunda vergüenza y renovada esperanza.

—¿Me crees? —susurró—. Parece que me crees.

—Lo que yo crea no tiene ninguna importancia, y lo sabes bien.

Billy T. se frotó la nuca con la mano derecha y con la izquierda sacó una funda de plástico del segundo cajón del escritorio. La tiró sobre la mesa sin mirarla.

—Tu historia me resulta interesante —dijo secamente—, pero aún me lo parecería más si me explicaras por qué había una solicitud de separación en vuestro contenedor de basura. Firmada por tu mujer y fechada el 4 de marzo. El día de su muerte. El día en que alguien asesinó a Doris.

Por primera vez el rostro de Halvorsrud adquirió un intenso color rojo. Bajó la mirada y se sacudió la pernera del pantalón como un

poseso.

—Yo no lo sabía. No sabía que de verdad había... No creí que los problemillas que habíamos tenido en los últimos tiempos fueran relevantes para el caso.

—¿Relevantes?

Billy T. gritó y saltó de su silla.

—Relevantes —gritó otra vez, y se inclinó hacia el fiscal con sus enormes manos abiertas sobre la mesa—. ¿Y se supone que eres un miembro eminente de la fiscalía? ¿Eres gilipollas o qué?

La abogada Borg se levantó muy deprisa y puso un brazo delante de su cliente como si quisiera evitar que Billy T. le agrediera.

—De verdad, ni Halvorsrud ni yo tenemos por qué tolerar esto. O te calmas y te sientas o le aconsejaré muy en serio a mi cliente que no conteste a más preguntas.

—¿Tolerar? —siseó Billy T. entre dientes—. En esta carpeta —la golpeó con los dedos— tengo indicios de que algo estaba muy podrido en casa de los Halvorsrud. Y te advierto una cosa, Halvorsrud... —Billy T. se sentó de golpe y se rascó con fuerza la cabeza con las dos manos antes de señalar al fiscal con el dedo índice—, en esta casa solo tienes un amigo. En todo el mundo tienes un solo amigo, y ese soy yo. Karen, por ejemplo —movió el dedo hacia la abogada—, es una abogada estupenda. Una chica de una pieza. Una señora simpática. Pero no te puede ayudar ni lo más mínimo. Nada, ¿entiendes? Yo, por el contrario, te puedo contar que encuentro tu historia sobre Salvesen lo bastante increíble como para que me interese investigarla un poco más. Tu explicación se reforzará cada día que pase sin que la marea deposite el cuerpo de Salvesen en alguna playa. Si yo quiero. Si colaboras. Si contestas a lo que te pregunto y además ¡utilizas ese jodido gran cerebro tuyo para entender que también debes contarme lo que no te pregunte! ¿Entendido?

Enmudecieron. El pálido zumbido del ordenador solo servía para intensificar la sensación de total silencio.

—Lo lamento —dijo Halvorsrud por fin cuando había pasado más de un minuto—, lo lamento de verdad. Por supuesto que tendría que haberlo mencionado. Pero parece tan lejano. Quiero decir ahora. Es verdad que habíamos pasado una mala racha y que Doris y yo habíamos hablado de separarnos. Pero no sabía que hubiera rellenado una solicitud. El jueves, antes de que llegara Salvesen... —«Por lo menos hay que reconocer que es admirablemente consecuente con su historia sobre Salvesen», pensó Billy T. exhausto—, estábamos bien. Yo me había cogido el viernes libre, íbamos a pasar juntos todo el fin de semana. Solos. Los niños no están.

Cuando mencionó a los niños una sombra de dolor físico cruzó por su rostro, un músculo que se contraía debajo de los ojos, un movimiento oscilante bajo las mejillas.

—Tengo que tomar unas notas antes de continuar —dijo Billy T.

Giró la silla hacia el teclado. Escribía deprisa a pesar de hacerlo solo con tres dedos. El sonido de los golpes enmudeció a la abogada Borg y al fiscal Halvorsrud. Karen Borg cerró la boca y tuvo la sensación de que aún faltaba lo peor. Hanne Wilhelmsen le había prometido que le daría toda la documentación después del interrogatorio de ese día, y ella había aceptado. En principio no era normal presentarse en un interrogatorio trascendental sin haber visto ni un papel. Por otra parte sabía que Hanne nunca la engañaría. No directamente. Si Karen Borg tenía una premonición de algo desagradable era porque conocía a Billy T. Sabía lo que significaban las manchas rojas que habían aparecido a los lados de su cuello.

—Okey —dijo Billy T. de pronto, girándose de nuevo hacia Halvorsrud—. O sea que no sabías nada de esa solicitud de separación. Pero podrías contarme por qué había cien mil coronas muy bien empaquetadas dentro de un viejo botiquín en tu sótano.

El fiscal no se sonrojó. Ni siquiera expresó sorpresa alguna. Ninguna vergüenza. No se quedó boquiabierto ni abrió los brazos.

En lugar de eso miró fijamente a Billy T. con unos ojos que habían vuelto a su estado inicial, enrojecidos e inertes.

—¡Hola! —dijo Billy T. moviendo los dedos de una mano frente a él—. ¿Estás ahí? ¿Qué quiere decir ese dinero?

Halvorsrud se desmayó en silencio. Primero se le cerraron los ojos, como si hubiera decidido dar una cabezadita. Luego su cuerpo se deslizó despacio hacia un lado. No se detuvo hasta que la cabeza impactó en la pared con un golpe sordo. Luego se descolgó su mandíbula, también a cámara lenta. Halvorsrud parecía el pasajero de un avión que se hubiera cansado de ver la película. Su respiración era casi inaudible.

—¡Hostias! ¿La ha palmado?

Karen Borg agarró a Halvorsrud por las solapas de la chaqueta.

—¡Ayúdame, no! —siseó, y entre los dos pusieron a Halvorsrud en el suelo, de lado, en una postura más o menos estable antes de que Billy T. pidiera una ambulancia y dos agentes para acompañar al hombre al hospital.

—¿Hay algo más?

La mancha de la falda beige de Karen Borg había crecido. Intentó tapanla con la mano, pero desistió. Se quitó los zapatos y se frotó las plantas de los pies. Estaban solos en el despacho de Billy T. Él no contestó.

—Hanne me prometió la documentación para hoy —prosiguió Karen—. Supongo que eso sigue en pie.

Billy T. sacó un juego de copias de una estantería esmaltada. Pasó las páginas a toda velocidad antes de retirar dos páginas unidas por un clip.

—Esto es lo que puedo darte —dijo bostezando de nuevo mientras le entregaba el montón de papeles—. El resto tendrá que esperar hasta que haya podido hablar un poco más con tu cliente. Parece que eso del dinero le ha afectado, ¿eh?

Miró pensativo por la ventana. Había empezado a llover; gotas gruesas y pesadas se perseguían en regueros por el sucio cristal de la ventana.

—¿Puedo pasar a veros un día de estos? —preguntó Billy T. de manera repentina—. Mejor una noche, si pudiera ser. Quiero hablar con vosotros de algo importante. Quiero decir con los dos, contigo y con Håkon.

—Claro. ¿Me das una pista? ¿Para saber de qué se trata? ¿Es algo serio?

Intercambiaron una mirada tan prolongada que al final Karen hizo una mueca y se miró el pie entumecido.

—Eso creo —dijo Billy T. bajito—, me pasaré el lunes por la noche, ¿vale? Si es que este sitio no se quema antes.

—Este sitio seguirá aquí aunque se acabe el mundo —murmuró Karen, y volvió a calzarse—. No querrás venir esta noche, ¿no? Estaremos en casa y no tenemos planes.

Billy T. se lo pensó.

—No —dijo por fin—. Os veré el lunes, hacia las ocho.

Eivind Torsvik se cortó las dos orejas a los trece años. Su intención no era morir desangrado o a consecuencia de una infección. El día anterior había ido a la farmacia para comprar gasas estériles y tres rollos de tiritas con un dinero robado. Puso las orejas cortadas en una cajita con algodón y se presentó en el colegio con los conductos auditivos llenos de sangre para enseñarle a su profesor lo que había hecho.

Ese fue el detonante necesario.

Ya entonces sentía que para muchas cosas era demasiado tarde. Pero a la vez intuía que quedaba algo. Estaba destrozado para el resto de su vida, sí, pero aún había algo en su interior que merecía la pena conservar, si alguien se ocupaba de él.

Conseguir ayuda le había costado las dos orejas.

Ahora tenía veintisiete años, y opinaba que lo que había sacrificado no era demasiado. Era cierto que resultaba difícil sujetarse las gafas y tenía que comprar monturas estrechas que se agarraran a su cabeza. Y la gente le miraba raro. Pero no veía a mucha gente. En verano había muchísima gente en los alrededores de la cabaña en la que vivía, pero los veraneantes de siempre ya estaban acostumbrados al joven sin orejas que siempre sonreía y casi nunca hablaba. Respetaban sus límites; tanto los de su parcela

de cuatro mil metros cuadrados como los que rodeaban a su persona.

Los días como aquel eran agradables.

Era sábado 6 de marzo. La llovizna teñía la mañana de gris, mientras el viento dibujaba crestas blancas y espumosas sobre el mar. Eivind Torsvik había estado despierto hasta las cuatro de la madrugada, pero aun así se sentía fresco y animado. Casi había terminado su cuarta novela. Y eso estaba bien. En la recta final, más o menos por estas fechas todos los años, la escritura le atrapaba por completo. No podía dedicarle mucho tiempo a lo que era su objetivo en la vida. El sofisticado equipo informático, que ocupaba la mitad de su cuarto de estar y desprendía un olor como de fábrica cerrada, se convertía en un sencillo procesador de texto.

Eivind Torsvik paseaba descalzo por las rocas batidas por el mar. Su tacto era frío y rugoso bajo los pies, y se sentía fuerte. El agua salada le escoció la piel cuando se tiró de cabeza al mar. La temperatura del mar no sería de más de siete u ocho grados. Jadeando entusiasmado se alejó diez metros de la orilla y volvió nadando a gran velocidad con la cabeza metida en el agua.

Era hora de almorzar.

Luego culminaría su tarea.

12

¿Por qué ocurría lo mismo una y otra vez?

Hanne Wilhelmsen golpeó la mesa con los diarios *Dagbladet* y *VG*. Erik Henriksen se atragantó y lanzó una lluvia de migas de pan a medio masticar sobre la prensa.

—¿Qué? —preguntó el inspector Karl Sommarøy, y bebió un largo trago de su vaso de medio litro de leche.

—¿Por qué estos periodistas saben más que nosotros? ¿Por qué nadie me ha telefoneado para despertarme?

Nadie se sintió llamado a responder. Hanne Wilhelmsen tomó asiento en un extremo de la mesa de la sala de juntas espartanamente amueblada y empezó a pasar las páginas de *VG* cada vez más alterada.

—Te ha quedado bigote —dijo de pronto mirando a Sommarøy mientras se pasaba el dedo por encima del labio superior—. ¿Es verdad que Halvorsrud ya había sido sancionado por una acción violenta con anterioridad?

—Hace exactamente treinta años —dijo Karl Sommarøy ofendido mientras se secaba la boca—. A los dieciséis años le pusieron una multa de cincuenta coronas por haber pegado a un compañero el día de la fiesta nacional, el 17 de mayo. Un adolescente tonto y borracho, Hanne. Ese incidente ni siquiera le ha impedido colegiarse como abogado, o hacer carrera en la fiscalía. Hace mucho que el

incidente fue borrado de todos los archivos. Dudo que tenga relevancia alguna en este caso.

—Deja que sea yo quien decida eso —dijo Hanne cortante—, estoy harta de leer novedades sobre los casos que investigo en la prensa. ¿Cómo sabe la gente esas cosas?

Tiró el periódico con una mueca y se estiró para alcanzar una taza de café que estaba sobre una bandeja en el centro de la mesa rectangular.

—Soplos —dijo Erik Henriksen, que ya había recuperado la respiración—. Ante la posibilidad de ganar diez mil coronas libres de impuestos el noruego medio está dispuesto a vender lo que sea, no tiene límites.

—Tengo novedades sobre los disquetes —dijo Karianne Holbeck con una sonrisa.

Hanne ni siquiera se había dado cuenta de que Karianne estaba allí sentada.

—¿Los del botiquín?

Karianne Holbeck asintió.

—¿Y qué novedades son esas?

Hanne acercó su silla a la mesa.

—Contienen información de cuatro casos diferentes. Asuntos de la unidad de delitos económicos. Casos bastante importantes, por lo que he podido ver. Reconocí al menos tres de los nombres, gente influyente. Lo curioso es que los disquetes no contienen copias de documentos, sino una especie de resúmenes. Detallados, es cierto, pero en forma y contenido no se parecen a un informe policial.

La vieja sala de juntas no tenía ventanas y el aire era pesado, olía a sándwiches rancios. Hanne Wilhelmsen notó que estaba a punto de sufrir una jaqueca. Se masajeó las sienes con la punta de los dedos y cerró los ojos.

—¿Sabes quién puede haberlos escrito?

—Aún no. Los estamos examinando con más detalle, claro.

Hanne abrió los ojos y miró a Erik Henriksen. Esbozó una sonrisa y le revolvió el pelo rojísimo. Hubo un tiempo en que estuvo

enamorado de ella; un cachorro que daba vueltas entre sus piernas y era feliz con la más mínima muestra de confianza. Cuando por fin se dio cuenta de que la historia no tenía ningún futuro empezó a irritarse con las constantes alusiones de la inspectora a su inferioridad y poca edad.

—Ayúdala, Eric —dijo Hanne Wilhelmsen—. Y además...

Volvió a mirar a Karianne Holbeck. Había algo en la recién llegada que le resultaba atractivo. La agente no tendría más de veintisiete o veintiocho años, su figura era compacta pero no estaba gorda, y no dejaba de hacer un curioso gesto con la cabeza para echar su media melena rubia hacia atrás. Su mirada le recordaba a la de un perro al que solía sacar a pasear cuando era una niña, sus ojos de color castaño amarillento jaspeados en verde, a la vez despiertos y prudentes, directos pero no del todo fáciles de interpretar.

—¿Alguna novedad sobre el ordenador?

—Sí —asintió Karianne Holbeck—, el disco duro era nuevo.

La puerta se abrió de golpe y Billy T. entró en tromba en la habitación; su presencia enmudeció a Karianne Holbeck.

—Continúa —le rogó Hanne Wilhelmsen sin mirar a Billy T.

Este tomó asiento junto a Karl Sommarøy con aire ofendido y cogió uno de los combativos diarios de marzo.

—Cambiaron el disco duro —explicó Karianne Holbeck—, probablemente en fecha muy reciente. Hemos comprobado los números de serie. El ordenador era viejo, como creíamos, viejo y bastante usado. Pero su interior era...

—Nuevo —concluyó Hanne pensativa cerrando los ojos otra vez.

Desde que fuera atacada a la puerta de su despacho poco antes de la Nochebuena de 1992 sufría jaquecas recurrentes. Los últimos seis meses habían empeorado.

—¿Sabemos quién utilizaba el ordenador?

—Pues no —dijo Karianne intentando enroscar la tapa de un termo que se quejaba con un sonido agudo—, pero por las cosas que había alrededor diría que era de la señora. Quiero decir, de

Doris Flo Halvorsrud. Junto al ordenador había notas sobre la compra y cosas de la casa, y además el espacio era muy... ¿cómo diría...?, femenino. Plantas y un osito pegado a la parte superior del ordenador. Cosas así. Alguien tendrá que preguntárselo a Halvorsrud. Y a los chicos. Volverán mañana.

—¿Cómo fue el interrogatorio?

Hanne Wilhelmsen tenía las manos en la nuca y miraba a Billy T. Él se escupió en las yemas de los dedos y siguió pasando con rabia las páginas del VG.

—Pues fíjate, se desmayó.

—¿Qué?

—Se desmayó, en pleno interrogatorio. Le pregunté por la pasta esa del sótano y el tipo se nos fue. Se desplomó despacito y sin hacer ruido.

—¿Has transcrito el interrogatorio?

—Sí, pero está sin firmar. Halvorsrud se encuentra en el hospital de Ullevål. Dicen que no es nada grave, mañana estará de vuelta.

—Eso será si algún tipo de bata blanca no decide que el aire de aquí le va mal. —Erik Henriksen se puso un cigarrillo detrás de la oreja y continuó—: Sería bastante típico. Los raterillos de poca monta tienen que aguantar nuestras húmedas celdas durante semanas, pero cuando pillamos a uno trajeado no vienen con que es peligroso para la salud permanecer allí más de tres horas.

—¿Damos un paseo? —dijo Billy T. de pronto mirando a Hanne.

—¿Un paseo? —replicó ella incrédula—. ¿Ahora?

—Sí, tú y yo. Un paseo. Una vuelta de trabajo. Podemos hablar del caso mientras paseamos. Me vendría bien un poco de aire fresco.

Se puso de pie tan deprisa que estuvo a punto de tirar la silla; a continuación se dirigió a la puerta como si la decisión ya estuviera tomada.

—Vamos —ordenó dándole una palmada en la espalda.

Hanne hizo caso omiso y siguió sentada.

—Ponte en contacto con la UDEF, Karianne. Echa un vistazo a los casos de los que se habla en los disquetes. Averigua... —Hanne levantó las manos y contó con los dedos— si están siendo investigados, si se ha formulado alguna acusación, si se han archivado y... —Hanne se calló bruscamente—, en caso afirmativo, quién ha propuesto que se archive —prosiguió despacio—. Si se trata de Halvorsrud pídele a otro de los fiscales que lo revise, que vea si es razonable archivarlo. Y tú, Karl...

Miró fijamente al inspector Sommarøy. Siempre le resultaba difícil sostener su mirada, no podía evitar que sus ojos bajaran por el rostro del inspector, la casi ausencia de una barbilla era fascinante. Cuando le conoció creyó que su peculiar rostro era consecuencia de un desgraciado accidente. El hombre era alto y atlético, y tenía el cabello espeso y rizado; los ojos grandes y verdes, con pestañas cortas y masculinas. El arco de su imponente nariz le hubiera dado a toda su persona un aire de autoridad si no fuera porque su cara se terminaba repentinamente bajo una boca minúscula de labios muy finos. Era como si Dios le hubiera gastado una broma de mal gusto a Karl Sommarøy dándole la barbilla de un niño de cuatro años.

—Recopila todas las declaraciones que hemos tomado hasta el momento, haz un resumen y déjalo sobre mi mesa mañana antes de las nueve. Y adjunta copia de todos los interrogatorios.

—Estamos hablando de cerca de veinte declaraciones —se quejó Karl Sommarøy tamborileando sobre la mesa con los dedos de la mano izquierda— y en ninguna hay nada que tenga mucha importancia.

—Pues en ese caso parece tarea fácil. Mañana a las nueve.

Hanne Wilhelmsen se puso de pie.

—Voy a salir un rato —dijo con una sonrisa tan amplia que los nuevos la miraron sorprendidos.

En la puerta se dio la vuelta muy deprisa e hizo un gesto con la cabeza en dirección a Karianne Holbeck.

—¿Entiendes por dónde voy con los casos que aparecen en los disquetes?

—Ya lo había pensado —dijo Karianne con un profundo suspiro—. Si estamos en lo cierto Halvorsrud está bien pillado.

—Ya lo está —murmuró Erik Henriksen—. Me apuesto un billete de mil a que al tío le va a caer una condena de cuidado.

Nadie apostó en contra.

13

Evald Bromo nunca había utilizado internet para esas cosas. Sabía que había muchísimo ahí fuera, pero no se atrevía.

Observaba el dibujo sin sentido del salvapantallas con gesto apático. Un cubo se dividía en bolas que crecían, se convertían en flores para luego marchitarse hasta formar un triángulo de cuatro colores. Una y otra vez. Se quitó las gafas despacio, las limpió a conciencia con el faldón de la camisa y se las colocó otra vez. El triángulo se convirtió en un cubo, el cubo en bolas que crecían.

—La explotación petrolífera de Åsgard —se dijo a sí mismo a media voz, y agarró el ratón.

El salvapantallas desapareció. Una página en blanco ocupó su lugar, llevaba dos horas intacta.

Era probable que Statoil hubiera incurrido en un sobrecoste brutal en el que era el proyecto más ambicioso de la empresa petrolífera pública en sus treinta años de historia. La gigantesca estructura de Åsgard (construcción de las plataformas de Haltenbanken, conducción de gas hasta Kårstø, en Rogaland, ampliación de la refinería y planta de procesamiento, además de la conducción de gas Europepe II) debía de costar, según el proyecto, unos 25 000 millones de coronas. Según le habían confiado a Evald Bromo, las nuevas estimaciones añadían entre 10 000 y 15 000 millones más. De ser cierto, era difícil prever quién permanecería en

el campo de batalla dentro de un par de meses. El consejero delegado seguro que no. Tampoco la junta directiva.

Evald Bromo no fue capaz de escribir una sola palabra.

Pensaba en todo lo que había ahí fuera. A unas pocas pulsaciones sobre el teclado. La tensión de su cuerpo era tan fuerte que entrechocó las rodillas cada vez con más fuerza hasta que el dolor le hizo detenerse.

Evald Bromo sabía lo que quería decir esa tensión, lo que debía hacer, pero no quería. Esta vez no. Dos e-mails habían aparecido en su vida y lo habían convertido en imposible. Una vuelta por internet ayudaría, al menos por un tiempo. Pero no podía. Las huellas electrónicas quedaban almacenadas en todas partes. Evald Bromo decidió que iría a casa corriendo. Tal vez correría toda la noche. Se levantó, se quitó bruscamente la chaqueta, la camisa y los pantalones y se puso el chándal Adidas amarillo y negro. Cuando se ató las zapatillas se dio cuenta de que ya estaba sudando. Sus manos estaban mojadas y notó que olía a sudor antes de salir por la puerta.

Olvidó decirle al redactor de guardia que el artículo no estaría listo. Cuando se dio cuenta, después de un sprint de cinco kilómetros, frenó un momento antes de concentrar toda su energía en la carrera. Evald Bromo ni siquiera se molestó en llamar.

El aire cortante le mordía las mejillas y Hanne Wilhelmsen se detuvo. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, pero sintió que la humedad del suelo traspasaba las finas suelas de sus zapatos y subía por sus pantorrillas como una caricia helada. Respiró profundamente por la nariz y se dio cuenta de que por primera vez en mucho tiempo no tenía ganas de fumar. Los árboles flanqueaban el sendero del bosque aún con el color gris del invierno y su aire pesimista, pero algún que otro diente de león asomaba la cabeza entre las hojas putrefactas. Hanne tenía un poco de frío y se sentía bien.

—Buena idea —dijo cogiendo a Billy T. del brazo—. Me hacía mucha falta salir un poco.

Billy T. le contó cómo había ido el interrogatorio. La insistencia de Halvorsrud en su historia sobre Salvesen. Su convencimiento, muy a su pesar, de la inocencia del fiscal, su creciente fascinación por el caso que en un principio solo le había causado repulsión.

—Suponiendo que Halvorsrud diga la verdad —razonó Billy T.—, solo veo dos posibilidades. Una, que se esté equivocando. Cree que Salvesen es el asesino, pero en realidad fue otra persona, alguien que se le parece.

Hanne arrugó la nariz.

—Estoy de acuerdo —se apresuró a añadir él—. Parece poco probable, sobre todo porque estuvo allí mucho tiempo y Halvorsrud está muy convencido de que fue él. La otra posibilidad, claro, es que Salvesen no esté muerto.

—Puede ser —concedió Hanne—. Escenifica un suicidio el lunes, se esconde hasta el jueves para cometer el asesinato y luego se larga a la otra punta del planeta.

Intercambiaron una mirada cargada de escepticismo.

—He leído sobre casos así —dijo Billy T. insistente—, lo he visto en películas y eso, quiero decir. Pero, para ser sincero, nunca he sabido de un asunto así en la vida real.

—Lo que no quiere decir que no pueda suceder. A lo mejor habéis visto la misma película.

Se apartaron de la pista forestal por un sendero que pocos metros más allá desembocaba en un área de descanso junto al río Skar. El agua bajaba pesada y cargada de lluvia, una nube de fría humedad cubría las dos orillas. Hanne y Billy T. se sentaron cara al río sobre un banco maltratado por la intemperie que no se molestaron en limpiar.

—Deberían fabricar un perfume con este aroma —dijo Hanne mientras olisqueaba el aire—. Tarde o temprano vamos a necesitar un motivo.

—Tarde o temprano —repitió Billy T.—. Supongamos por un momento... como un juego, que Halvorsrud dice la verdad. Y tiene razón. ¿Por qué coño iba Salvesen a querer asesinar a la mujer de un fiscal? ¡Ni siquiera se conocen!

—No, pero Ståle Salvesen se arruinó a causa de la investigación de la que me hablaste. A principios de los noventa, esa que Halvorsrud inició y dirigió.

—Vale —dijo Billy T. volviéndose hacia Hanne—. Está claro que la vida de Halvorsrud dio un dramático giro a peor cuando la UDEF empezó a perseguirle, eso es así. Pero ¿por qué ahora? Si el tío odiaba tanto a Halvorsrud que quería ver muerta a su mujer, ¿por qué ha esperado siete u ocho años?

Hanne no contestó.

La historia de Salvesen no se sostenía. Hanne Wilhelmsen siempre se había guiado por el principio de que la explicación más sencilla suele ser la verdadera. Y la más evidente, también. Los delitos suelen cometerse por impulso, raramente son complejos y casi nunca producto de una conspiración.

Por supuesto que había excepciones a esa regla. No eran pocos los casos que había resuelto en los últimos años basándose en que todas las tesis tienen sus excepciones.

—Escenificar su falso suicidio...

Hanne arrancó una ramita de un pequeño abedul y se la metió en la boca. Tenía un sabor amargo y la savia se pegaba a los labios.

—Sin más motivo que una investigación de varios años atrás, sin que ni siquiera llegara a presentarse una acusación.

Hanne escupió, tiró la ramita de abedul y se acercó a la orilla. El estruendo del agua presionaba sus tímpanos y soltó una carcajada sin saber por qué.

—Te voy a contar otra teoría —gritó—. ¿Y si Halvorsrud vendía información de la UDEF a gente que estaba siendo investigada?

La orilla estaba resbaladiza. Hanne hacía equilibrios para ir de piedra en piedra. De pronto se le fue un pie y el agua helada le llegó hasta la rodilla antes de que, desconcertada, fuera capaz de volver a tierra.

—Tal vez su mujer lo había descubierto —continuó mientras sacudía con fuerza la pierna mojada—, a lo mejor incluso escribió sobre ello en su ordenador. Y como quería estar casada con un héroe y no con un villano, exigió divorciarse. Vamos a tener que volver corriendo al coche, esto me va a provocar una pulmonía.

Echaron una carrera. Se empujaron, se dieron codazos e intentaron ponerse la zancadilla mientras corrían hacia el coche como si les fuera la vida en ello.

—Pero Halvorsrud no quería divorciarse —jadeó Hanne mientras levantaba la mano para celebrar su triunfo—. Doris se había convertido en una amenaza, una amenaza muy seria. La mata, se

inventa una historia tan fantasiosa que alguien tendrá que creérsela, y la mantiene contra viento y marea, pase lo que pase.

—Pero, joder, Hanne —exclamó Billy T. intentando deslizarse en el interior del pequeño y obsoleto coche patrulla—, en ese caso por qué no fingió un accidente, una colisión, un incendio. Una espada samurái, Hanne. ¡Una decapitación!

El coche bajaba dando tumbos por la calle Maridal. No había mucho tráfico, a pesar de que era sábado por la tarde y estaban en una de las zonas de paseo más populares de Oslo. Al llegar a la curva de las ruinas de la iglesia de Maria el motor se apagó.

—¡Maldito coche!

Billy T. golpeó el volante con el puño. Hanne se echó a reír.

—Este coche es como un niño pequeño. Lo conozco bien. Empieza con mucho afán, pero cuando se le cansan las piernas se niega a seguir. ¿Y si lo llevamos a casa en brazos?

Hanne lloraba de risa cuando Billy T., en pleno ataque de ira, se enganchó en algo que le impedía entrar o salir del estrecho asiento del conductor.

—¡Llama a la comisaría! —bufó—. ¡Llama a los jodidos bomberos si hace falta, pero sácame de aquí!

Hanne Wilhelmsen se bajó del coche. Se cerró mejor la chaqueta y bajó hacia el lago de Maridal mientras se sacaba el móvil del bolsillo. Dos minutos más tarde le confirmaron que la ayuda estaba en camino.

El hielo aún no se había fundido. Cubría la fuente de agua potable de Oslo como una tapa sucia y gris. Hanne se detuvo cuando vio un alce bien crecido bebiendo de la superficie. Debió de oler su presencia, pues levantó la cabeza vigilante y salió trotando hacia el bosque.

Hanne Wilhelmsen tuvo de pronto una certeza inexplicable. Ståle Salvesen estaba muerto. No podía saberlo, claro. Pero lo sabía.

—Contrólate —se dijo enfadada.

Luego desechó la idea y fue a ayudar a Billy T., que seguía atascado en un viejo Ford Fiesta y lanzaba maldiciones que debían

de oírse por todo el valle.

15

Siempre celebraba el punto final con un pequeño ritual. Eivind Torsvik había abierto una botella de Vigne de L'Enfant Jesus por la mañana. El vino tinto había respirado durante diez horas. Levantó la copa a la luz de la pantalla y la hizo girar. Disfrutaba de la satisfacción de ir a presionar la tecla del punto por última vez.

Nunca fue un buen estudiante. En primaria casi no había ido al colegio. Después de cortarse las orejas, cuando a los trece años su vida fue algo más llevadera, no tardó en darse cuenta de que le faltaba la base. Más o menos se rindió. Se apañó sin estudios.

Eivind Torsvik sabía poco de la historia de la democracia parlamentaria. Por supuesto que había oído hablar de la guerra de Secesión en Estados Unidos y de la Revolución rusa, pero tenía una idea muy vaga de cuándo y cómo se habían desarrollado esos acontecimientos. Había leído tres novelas: *Moby Dick*, *Hambre* y la obra de Jens Bjørneboe *El sueño de la rueda*. Nada más. Los leyó todos en las tres primeras semanas de su estancia en la cárcel, y no pudo dormir. Luego los había vuelto a leer tres veces. Debido a la falta de sueño tuvo que pasar una semana en el hospital. Cuando decidió escribir también se dijo que nunca leería las creaciones de otros. Solo le distraían.

Cuando le hicieron un test de inteligencia para la pericial psicológica ante el tribunal, todos menos él se sorprendieron de que

sus resultados estuvieran muy por encima de la media. Eivind Torsvik había empleado su cabeza privilegiada en la escritura de libros que nadie era capaz de empezar a leerlos y no dejarlos hasta el final. Además era bastante bueno en inglés, un idioma que había aprendido viendo películas americanas de serie B mientras los demás niños estaban en el colegio.

Como no solía leer la prensa, la editorial le había mandado las críticas de su primer libro por correo. Por primera vez en su vida Eivind Torsvik se había sentido realmente satisfecho. No porque le halagaran los panegíricos, que también, sino porque por primera vez alguien se daba cuenta de su presencia, le entendía. Su primera obra era un tocho de más de setecientas páginas que trataba de una prostituta feliz que trabajaba en las decadentes callejuelas de Amsterdam. Eivind Torsvik nunca había puesto un pie en Amsterdam. Cuando un año más tarde supo que aun así el libro había sido un éxito de ventas en Holanda tuvo un cariñoso recuerdo para el funcionario de la prisión de Ullersmo que le había dejado un ordenador casi inutilizable sobre la mesa de su celda y le dijo:

—Toma, Eivind. Aquí tienes tu billete para el mundo exterior.

Eivind Torsvik no solía pensar en los años que pasó en la cárcel. No porque fuera especialmente doloroso recordar los años de encierro. En los cuatro años de condena que tuvo que cumplir por el asesinato que cometió el día de su decimoctavo cumpleaños, lo aprendió todo para tener una buena vida. Además de a escribir, aprendió informática de forma intuitiva. Los funcionarios nunca le habían causado problemas a Eivind Torsvik; le trataban con respeto y, en ocasiones, hasta con cierta bondad. El resto de los presos más o menos le habían dejado en paz. Le llamaban «el Angelito». El nombre seguramente se les había ocurrido para burlarse de sus rizos rubios y su eterna y misteriosa sonrisa; nunca le ofendió. «Angelito» estaba bien. Como estaba condenado por asesinato, hasta los nuevos dejaban que el Angelito hiciera su vida sin meterse mucho con él. Después de un par de meses nadie hablaba de sus orejas ausentes.

Si por primera vez en mucho tiempo se acordaba de la celda en la que había vivido durante cuatro años, era porque iba a poner punto final a su novela. Cerró los ojos para notar cómo se sentía. Cinco días antes de salir de la cárcel había experimentado por primera vez la alegría de dar un manuscrito por terminado. Como no tenía posibilidad de conseguir vino en la cárcel, había comprado un refresco espumoso de frutas mucho antes. Un funcionario había sonreído al oír su petición, pero aun así le había proporcionado una bonita copa. Cuando Eivind Torsvik brindó por sí mismo y su primera novela, sintió el cosquilleo del gas en el paladar como lo más cerca que había estado nunca de una buena experiencia sexual.

Bebió un trago de vino. En la cabaña hacía calor, estaba protegido, casi ardía. Eivind Torsvik vestía camiseta y vaqueros, y cuando por fin tragó el vino tinto dejó que su índice presionara la tecla del punto.

Aunque la labor que asumiría los cuatro meses siguientes no le hacía del todo feliz, estaba muy satisfecho con la idea de empezar una tarea diferente.

16

Hanne Wilhelmsen no quería dormir. Se le cerraron los ojos, sacudió la cabeza con fuerza y se esforzó en mantenerse despierta. De nuevo se había encontrado la comida en la mesa al llegar. Cecilie había encendido las velas y había puesto una bonita música que llenaba el salón y exigía que se le prestara atención. Y por enésima vez, semana tras semana, tal vez mes tras mes, Hanne se sintió sobre todo irritada. Sería por su mala conciencia. Se aferró a ella, se agarró a la sensación de no dar la talla e intentó que la ayudara a mantener los ojos abiertos.

—Me rindo —dijo por fin—. Lo lamento, Cecilie, pero es que tengo que dormir. Estoy que me caigo, yo...

La música se acabó. El silencio era tan intenso que por un momento Hanne creyó que sería capaz de aguantar media hora más. Para no discutir, por Cecilie.

—Me voy a acostar —dijo en voz baja—. Gracias por la cena, estaba buenísima.

Cecilie Vibe no dijo nada. Se quedó sentada con el tenedor levantado. Un trocito de mero estaba a punto de desprenderse, y lo observó hasta que cayó en la salsa de limón que se había quedado medio coagulada y con un aspecto poco apetitoso en el plato. Cuando oyó que Hanne cerraba la puerta del dormitorio no tuvo ni fuerzas para llorar. Se quedó despierta toda la noche leyendo un

libro. Amaneció el domingo 7 de marzo. La claridad grisácea se abrió camino en el apartamento. Por fin Cecilie se quedó dormida. Cuando Hanne se levantó hacia las ocho la arropó con una manta, sin despertarla, se olvidó de desayunar y salió.

Preben Halvorsrud era demasiado joven para comprender su desconcertante dolor. Su rostro expresaba terquedad y negación. Tenía enrojecidos los granos alrededor de la nariz y las pestañas, largas y rizadas como las de una chica, pegadas por las lágrimas y los mocos. Su boca estaba contraída en una mueca de rechazo con las comisuras húmedas que no se atrevía a secar con la lengua. Los ojos del chico apenas se habían posado sobre Billy T. cuando fue a recogerle a casa de una de sus tías. Desde entonces no habían intercambiado una mirada.

—Es una suerte que podáis quedaros en casa de vuestra tía, ¿no crees?

Billy T. estaba a punto de rendirse. No soportaba tomar declaración a niños. La comisaría no era para ellos. Para Billy T. todos los menores de veinte años eran niños. Cuando tenía diecinueve había cogido prestado un coche sin permiso y lo dejó siniestro total. Su agradecimiento al padre de su amigo era infinito. Como castigo puso a los delincuentes a pintar casas. Las autoridades nunca tuvieron conocimiento del caso. Cuando tres años más tarde Billy T. solicitó plaza en la academia de policía pudo presentar el certificado de penales inmaculado que le exigían. Aprendió dos cosas de aquel episodio: para empezar, que no había

límites para las tonterías que se le podían ocurrir a un joven y, para continuar, que casi todo se podía perdonar.

Preben Halvorsrud tenía diecinueve años y ni siquiera había robado un refresco. No había hecho nada. Y a pesar de todo estaba en un triste despacho de la comisaría mordiéndose los dedos hasta hacerse sangre porque ya no le quedaban uñas que comerse. Se retorció en la silla con las piernas abiertas sin darse cuenta de que resultaba más infantil que masculino.

—¿Cuándo voy a poder ver a mi padre, eh? —dijo hablándole a la pernera de su pantalón.

—Pues no es fácil saberlo —dijo Billy T.—. Cuando nos hayamos puesto un poco más al día y veamos qué es lo que ha ocurrido en realidad.

Nada más decirlo se dio cuenta de que no tenía ningún sentido. Eso no le aclaraba nada al chico. Preben Halvorsrud quería ver a su padre cuanto antes, ya.

—Pronto —se corrigió Billy T.—. Tan pronto como sea posible.

Ya no tenía más preguntas. Con mucho cuidado había intentado averiguar qué sabía el chico de la relación de sus padres. Preben contestaba a casi todo con monosílabos. Pese a todo el chico manifestaba una preocupación taciturna y casi involuntaria por sus hermanos. Sobre todo parecía pensar en su hermana de dieciséis.

—¿Cuándo será el entierro? —preguntó de pronto mirando fijamente por la ventana.

Billy T. no contestó. No lo sabía. Hacía tan solo tres días que la madre de Preben Halvorsrud había sido decapitada. Hasta ese momento Billy T. y el resto de los once investigadores que trabajaban en el caso se habían concentrado en recoger los hilos de un tapiz que terminaría por mostrarles quién había asesinado a Doris Flo Halvorsrud. Pero la mujer sería enterrada. En un momento delirante Billy T. visualizó dos ataúdes, uno grande para el cuerpo y otro pequeño y ligero para la cabeza. Reprimió una sonrisa muy poco oportuna.

—¿Mi padre podrá salir?

El chico le miró un momento. Era clavadito a su madre, a pesar de la nariz agrandada por una pubertad tardía y un cutis que no le haría muy popular entre las chicas.

—¿Salir de aquí? No. Va a tener que quedarse una temporada. Como ya te he dicho es...

—No me refería a salir de aquí, quiero decir salir para ir al entierro. El entierro de mi madre. ¿El viejo podrá ir?

Billy T. se frotó la cara y estuvo sorbiendo mocos con fuerza un buen rato.

—Pues la verdad es que no estoy seguro, Preben. Haré todo lo que esté en mi mano.

—Estaría bien, por mi hermana, al menos. Es... la niña de papá.

—¿Y para ti? —preguntó Billy T.

El chico se encogió de hombros.

—Bueno...

—¿Y crees que sería importante para tu padre? Quiero decir... ¿asistir al entierro?

Preben Halvorsrud hizo una mueca imposible de interpretar. Tal vez solo estuviera cansado.

—Eh... sí —asintió débilmente con un movimiento de cabeza.

—¿Por qué?

—Porque se querían, ¿no?

Por primera vez se vislumbró su ira tras su silencio y su actitud negativa. El joven se enderezó sobre la silla y se quitó la mano de la boca.

—Mis padres han estado casados durante más de veinte años. Entiendo que no siempre ha sido fácil, ¿no? Digo yo que no lo es para nadie. Tú, por ejemplo. —Señaló a Billy T. con un dedo índice algo sucio y con sangre en la punta—. ¿Estás casado?

—No —dijo Billy T.—, pero voy a casarme este verano.

—¿Tienes hijos?

—Cuatro. Pronto serán cinco.

—Vaya —exclamó Preben Halvorsrud guardándose el dedo—. ¿Con la misma tía?

—No. Pero no es de eso de lo que estamos hablando ahora.

Sin ninguna necesidad Billy T. cerró un cajón de golpe.

—Sí —dijo Preben—. Es de ti de quien estamos hablando. Si tus hijos tienen distintas madres sabes a qué me refiero. No todo es siempre jodidamente sencillo. Tú no has sido capaz, ¿no? De quedarte con la misma todo el tiempo. Si la madre de tus hijos muriera, ¿no crees que sería importante para ti ir a su entierro? ¿No lo crees?

Se le escapó un gallo, como si fuera un quinceañero. También tenía aspecto de adolescente. Estaba a punto de echarse a llorar. El fino escudo de indiferencia se resquebrajaba. Billy T. suspiró profundamente y se puso de pie. Inclinandose sobre el chico se sintió tan mezquino que casi no fue capaz de continuar. Preben Halvorsrud se encogió.

—Así que tenían problemas, ¿verdad?

El chico asintió con un gesto casi imperceptible.

—¿Qué clase de problemas?

Preben sollozó y se frotó los ojos con el dorso de la mano. Levantó la cabeza y miró a Billy T. directamente a los ojos. Las gruesas lágrimas que colgaban de sus pestañas y amenazaban con caer en cualquier momento brillaban en la grisácea luz de la mañana.

—¿Qué sabe uno en realidad de sus padres? —dijo con voz queda—. De ese tipo de cosas, quiero decir.

Billy T. tuvo un escalofrío y sin pensarlo acarició la cabeza de Preben. El chico se quedó rígido, pero no se apartó.

—Tienes razón —dijo Billy T.—, en realidad sabemos bien poco. Te llevaré a casa. Quiero decir, a casa de tu tía. Pero antes me gustaría saber si...

Billy T. abrió un cajón de su escritorio y sacó una gran linterna negra envuelta en una bolsa de plástico transparente.

—¿La reconoces? ¿Puede ser tuya, tal vez?

Preben extendió la mano hacia la linterna, pero cambió de opinión a medio camino.

—Es de Marius. O por lo menos tiene una así, igual que esa, quiero decir.

—Bien —sonrió Billy T., y luego dejó la linterna en su sitio—. Vámonos.

Cuando salieron de la comisaría lloviznaba, y Preben Halvorsrud se detuvo.

—¿También tienes que hablar con Thea y Marius?

Billy T. se encogió de hombros y pensó unos instantes. Luego le dio un golpe en la espalda al joven. Estaba más delgado de lo que daba a entender la ropa informe que vestía.

—No —respondió por fin—, te prometo que no molestaremos a tus hermanos.

—Bien —dijo Preben Halvorsrud—, Thea necesita tranquilidad.

Su sonrisa, la primera que Billy T. le había visto, hizo que el chaval de diecinueve años aparentara cinco menos. El pelo graso, cortado a la moda, le caía sobre la frente, y Billy T. deseó no haberle prometido algo que tal vez no pudiera cumplir.

18

El director de la policía del distrito de Oslo, Hans Christian Mykland, llevaba en el puesto exactamente dos años, dos meses, dos semanas y dos días. Los cuatro doses le estaban esperando en la puerta de la nevera aquella mañana. Estaban cuidadosamente dibujados con rotulador en un folio y los sujetaban dos imanes. Uno era un cerdo vestido de payaso y el otro una miniatura del reloj planetario de la plaza de Praga. El director Mykland estaba visiblemente molesto, pero dejó la hoja donde estaba. Cuando solicitó el puesto de máximo responsable de la policía de Oslo no les contó a sus superiores en el Ministerio de Justicia nada del acuerdo al que había llegado con su familia.

Como mucho, tres años.

Sus hijos, que en aquel momento tenían doce y quince años, habían apoyado en todo a su madre. Para colmo, el más pequeño se presentó con una especie de contrato que su padre debía firmar antes de darle el permiso para aceptar. Mykland obedeció al muchacho porque, por un instante, el chaval de doce años le recordó a su hermano mayor. Simen solo tenía veinte años cuando se suicidó. Estaba solo en la cabaña familiar cuando se hizo doce cortes brutales con una navaja vieja y oxidada. Cuando Mykland preguntó al médico cuánto había tardado en morir, este apartó la mirada.

Poco después de que Hans Christian Mykland fuera nombrado director de la policía, el 4 de abril de 1997 la entonces primera ministra Birgitte Volter fue hallada muerta en su despacho. Con un tiro en la cabeza. El caso llamó la atención en todo el mundo occidental, y Hans Christian Mykland le dejó claro a su familia lo que ya se habían imaginado desde el principio: el trabajo de director de la policía no podía desempeñarse de nueve de la mañana a cuatro de la tarde.

A él le gustaba. Era cierto que a veces se sentía como Sísifo. No había manera de reducir el número de delitos cometidos en Oslo. Aunque los recursos de la policía aumentaban, nunca eran suficientes. El distrito policial fue reorganizado y racionalizado, pero el crimen era como un tumor maligno que podías frenar, pero no detener. Aun así, merecía la pena. En Noruega imperaba la ley. Los ciudadanos todavía podían sentirse razonablemente seguros, incluso en la capital. Por lo menos los que sabían qué zonas no debían frecuentar y a qué horas era mejor quedarse en casa.

Hans Christian Mykland se estaba convirtiendo en un personaje popular. Sus comienzos fueron algo titubeantes. La transición del puesto de director de la policía judicial, de carácter administrativo, al trabajo de director de la policía, más general y expuesto al público, no había sido fácil. Pero se había adaptado. Sin prisa pero sin pausa. Ahora notaba que sus subordinados no solo le respetaban, sino que le habían empezado a apreciar como superior y como persona. El director daba gracias a Dios por ello todas las noches antes de irse a dormir.

El puesto de director de la policía era mucho más satisfactorio de lo que hubiera podido imaginar. Le gustaba el trabajo. Le encantaba estar en contacto con la gente. Sentía que sus subordinados le apreciaban. Hans Christian Mykland hacía bien su trabajo y no tenía deseo alguno de dejarlo. Pero le quedaban diez meses escasos. Una promesa era una promesa, aunque la hubiera hecho obligado.

Si Hanne Wilhelmsen hubiera sabido cómo había sido la mañana del director de la policía, a lo mejor habría entendido su mal humor.

La comisaria no tenía ni idea de a qué venían los gestos malhumorados y las preguntas que parecían ladridos.

—¿Cómo es posible que este caso no se llevara al juzgado el viernes?

El director Mykland se rascó irritado su incipiente barba oscura y miró fijamente a su subordinada.

—Sencillamente no tuvimos posibilidad de reunir... —empezó Hanne Wilhelmsen.

—¿Y el sábado? ¡Pero si cuando es necesario tramitamos un montón de prisiones preventivas en sábado!

El director de la policía sacudió la cabeza y de pronto sonrió.

—Perdona, Hanne —dijo en un tono de voz muy diferente—. He tenido una mala mañana. A la familia no le entusiasma que trabaje en domingo. Pero yo... —Se rascó la nuca y se tiró distraído del cuello rígido del uniforme—. Tres días y medio sin pasar por el juez...

Dejó el comentario en el aire. Hanne Wilhelmsen sabía muy bien que el abogado de la policía que tendría que comparecer en el juzgado de instrucción a la mañana siguiente se llevaría una buena bronca. El tribunal tenía que dar su bendición para mantener a Sigurd Halvorsrud encarcelado. Según las reglas debía ocurrir antes de que pasaran más de veinticuatro horas de la detención. Si era malo que hubiera pasado más tiempo, peor aún era que los documentos reflejaban sin lugar a dudas que el fiscal Halvorsrud había aceptado permanecer detenido dos semanas el mismo viernes. La policía podía haber tramitado el caso.

Pero Hanne Wilhelmsen había tenido la esperanza de conseguir más de dos semanas. No soportaba trabajar contrarreloj, hacía que todo el mundo estuviera innecesariamente estresado, las prisas estropeaban el trabajo, la gente se descuidaba y la investigación sufría las consecuencias. A pesar de que Hanne Wilhelmsen hasta cierto punto comprendía la insistencia de la fiscalía en que los plazos concedidos para la actuación policial fueran cortos, para mejorar su eficiencia y reducir el tiempo de prisión preventiva,

siempre se sentía decepcionada. Si dirigía una investigación se aseguraba que el tiempo de detención se destinara a su finalidad.

—Habrà que aguantar las críticas —dijo moviendo la cabeza de un lado a otro—. Por lo menos no le dejarán en libertad, tenemos más que suficiente.

El director de la policía ladeó la cabeza y se quedó observándola. Una arruga apareció en su entrecejo. Agarró un abrecartas de latón y sus dedos jugaron con el frío metal.

—Si nos conociéramos mejor, te invitaría a cenar —dijo de manera tan sorprendente que Hanne Wilhelmsen no supo muy bien hacia dónde mirar—, pero será mejor que lo deje. ¿Qué sensación tienes?

—¿Sensación? Bueno... Podría estar bien.

El director rio con ganas.

—No hablaba de la cena. Me refiero al caso. ¿Qué crees? ¿Lo ha hecho?

Hanne sintió una punzada en la sien. Intentó respirar deprisa para ocultar su incomodidad y empezó el resumen del caso que tenía preparado para la ocasión.

—Somos once efectivos asignados al caso, además de los técnicos, por supuesto. Se ha tomado declaración a los vecinos y se han realizado otros procedimientos rutinarios, pero de momento no se ha obtenido ningún resultado. Nadie tiene ni idea de quién querría ver muerta a la señora Halvorsrud. El puerta a puerta por el vecindario no trajo nada nuevo, nadie vio ni oyó nada. En total tenemos veintiséis declaraciones, entre ellas una bastante corta del hijo mayor de Halvorsrud, que tampoco nos dijo gran cosa. Solo que sabía que la relación de sus padres no siempre había sido de color de rosa.

Se detuvo: Cecilie. Hanne se había olvidado de llamarla. Echó una mirada al reloj y maldijo en voz baja.

—Pero lo que tenemos es mucho. En el arma están las huellas del marido y ninguna otra, ni siquiera los dedos de un niño curioso.

Nadie me va a convencer de que esa arma haya podido estar colgada de la pared durante años sin que ningún niño la tocara.

—Y eso puede indicar que limpiaron el arma antes de que Halvorsrud la tocara —dijo el director de la policía, y le indicó a Hanne que continuara.

—Por supuesto. Pero son especulaciones. Por lo demás sus huellas también se encontraron en la linterna que parecen haber utilizado para golpear a su mujer hasta dejarla inconsciente. Las tuyas, ninguna más. Niega tajantemente haberla visto siquiera, y mucho menos haberla tocado. Los patólogos afirman que murió entre las diez y las once de la noche. La llamada del fiscal no se produjo hasta las doce y diez, es decir, a medianoche.

Hanne Wilhelmsen ojeó los documentos que tenía en el regazo, más por entretenerse que por necesidad de consultarlos.

—Es decir que Halvorsrud permaneció sentado junto a su esposa muerta entre una y dos horas antes de dar aviso. Sus ropas estaban empapadas de sangre y por si eso no fuera suficiente... —cerró la carpeta de plástico verde y la deslizó sobre el gran escritorio hasta dejarla frente al director—, encontramos cien mil coronas en billetes usados escondidas en el sótano de su casa junto con disquetes con información sobre casos que lleva en la UDEF. Él niega saber nada del asunto.

—Pero —interrumpió el director de la policía cogiendo los papeles que le había dado Hanne— ayer me dijeron que el interrogatorio de Halvorsrud no pudo finalizarse. Me dijeron que se desmayó y lo ingresaron en el hospital.

—Por muy poco tiempo —dijo Hanne Wilhelmsen secamente—. Hoy está fresco como una lechuga y también terco como una mula. Le conseguimos un día más en la enfermería, pero se negó. Quería volver a las celdas del patio trasero, «como todo el mundo», dijo. Esta tarde le he interrogado durante varias horas.

Se puso de pie y se quedó contemplando el grandioso paisaje que se veía desde la séptima planta de la comisaría. La tarde plomiza se arrastraba hacia la noche. Nubes grises, casi negras, se

movían a gran velocidad hacia el sur. La noche iba a ser fría. Al este se divisaba la colina de Ekeberg maciza y con los contornos desdibujados. El fiordo de Oslo parecía blanco y un gastado ferry que hacía la travesía a Dinamarca maniobraba pesadamente hacia su lugar fijo en el puerto de Vippetangen.

—Una vez amé esta ciudad.

Hanne no sabía si lo había dicho en voz alta o solo lo había pensado. Hubo un tiempo en el que se sentía como en casa. Oslo era la ciudad de Hanne Wilhelmsen. Era cierto que no se había mudado allí hasta los diecinueve años, pero fue el principio de su vida. Su infancia eran unos recuerdos borrosos de algo que no había sido desagradable, pero sí por completo insignificante. La existencia de Hanne Wilhelmsen comenzó con Cecilie en el minúsculo apartamento de la calle Jens Bjelke. Dos años más tarde se mudaron de aquellos treinta metros cuadrados con el baño compartido en el descansillo y el ácido olor a ratas muertas en las paredes. Desde entonces habían vivido en tres pisos más. Cada vez más grandes y elegantes, como tenía que ser.

Hanne sintió una punzada en el estómago. Añoraba volver a la calle Jens Bjelke, al principio, a cómo eran las cosas entonces.

«Ahora vivo aquí», pensó Hanne Wilhelmsen y se dio cuenta de pronto de que la comisaría de Grønlandsleiret 44 era el único lugar del mundo donde se sentía de verdad en casa.

—¿Cómo lleva él todo este asunto? —oyó que preguntaba el director de la policía y se giró hacia él.

—De una manera bastante extraña —contestó.

Volvió a sentarse y pidió un café. El director de la policía fue al despacho de su secretaria y volvió con dos tazas blancas y un cenicero. Hanne Wilhelmsen aceptó el café y dejó el cenicero sin usar, a pesar de que llevaba una cajetilla de diez en el bolsillo.

—Hasta hoy ha tenido algunos bajones, un humor cambiante. Puede parecer distante, incluso en estado de shock y al momento siguiente se le ve centrado y alerta. Los cambios han sido tan repentinos que... que me los he creído. Pero hoy... —sus dedos

jugaban con el paquete de tabaco que llevaba en el bolsillo derecho del pantalón y se rindió—, hoy casi parecía que había decidido ser el fiscal de su propio caso, de verdad.

Saboreó el humo del cigarrillo y se preguntó de pronto por qué el director de la policía iba de uniforme un domingo en la oficina. Por otra parte, ahora que lo pensaba, no recordaba haberle visto nunca vestido de civil.

—Se mostraba exactamente como siempre le hemos conocido: correcto, insistente, casi agresivo, y bastante arrogante. Lo que resulta lógico, la verdad. ¿Por qué iba a quedarse sentado junto al cadáver, tocar la espada y mojarse con la sangre de su mujer si realmente la hubiera matado? Etcétera... Y además, ¿por qué no habría fingido un accidente si lo que quería era deshacerse de ella? Vamos, que hizo todas las preguntas que un buen fiscal plantearía en un caso así. Por no hablar del abogado defensor. Y en cuanto al dinero y los disquetes fue inamovible. Me dijo que no sabía nada de ellos, con sus ojos clavados en los míos. Ni pestañeó. Además estaba seguro de que no había entrado en ese desordenado almacén del sótano en los dos últimos años.

—¿Huellas en el dinero?

La silla del director de la policía necesitaba engrasarse. Un seco crujido acompañaba a su monótono balanceo.

—Todavía no lo sabemos. Tendremos los resultados esta noche o mañana.

—¿Y los hijos? ¿Le preguntaron al chico por el dinero?

—No lo creo. Hemos decidido guardarnos ese indicio de momento, por fortuna los periódicos no se han enterado.

—Todavía.

El director había empezado a limpiarse las uñas con el abrecartas. Sus manos eran bastas e indicaban que hacían mucho más que pasar páginas de informes y asistir a largas reuniones.

—Hoy parecía un hombre nuevo —dijo Hanne apagando el cigarrillo a medio fumar—, o mejor dicho, el mismo de siempre. No se rindió ni por un segundo. El viernes pareció dudar un poco de esa

historia de Ståle Salvesen. Durante un rato creí que había mentido, que se dio cuenta de que todo había terminado cuando supo que todos los indicios apuntan a que Salvesen estaba muerto. Pero hoy...

—Segurísimo —murmuró Mykland.

—Completamente.

—¿Y tú?

—Muy...

Hanne Wilhelmsen dudó. Se tocó la cicatriz de la frente y fijó su mirada en el cenicero. El cigarrillo seguía desprendiendo algo de humo y lo volvió a apagar con un gesto de asco.

—Muy insegura.

El director dejó el abrecartas y cruzó las manos sobre la barriga. Los crujidos de la silla arreciaron.

—¿Recuerdas el caso de aquel chico del orfanato? —preguntó Hanne en voz baja—. Creo que tú eras el jefe la brigada criminal. ¿Fue en el 93?

—En 1994 —dijo el director.

El caso del asesinato del director del orfanato era uno de los que más le habían impresionado. Sobre todo porque el caso acabó cuando un coche patrulla atropelló y mató a un chico de doce años que huía. El conductor estaba destrozado y dejó el cuerpo tres meses más tarde. Nervios.

—Nunca me he sentido del todo segura de la resolución de ese caso —dijo Hanne.

—Maren... ¿cómo se llamaba, Kvalseid, Kvalvik...?, confesó.

—Kalsvik. Maren Kalsvik. Sí, confesó. Y la condenaron a catorce años de cárcel. Me preocupó durante mucho tiempo, aún me preocupa. No estoy en absoluto convencida de que fuera ella.

—No malgastemos nuestra energía con cosas así, Hanne —dijo el director, cansado—. Confesó, y que yo sepa nunca se ha retractado. Las cárceles noruegas están llenas de presos que proclaman su inocencia año tras año. Para colmo ha resultado que un par de ellos tenían razón.

Se frotó el entrecejo con un gesto irritado y bebió un trago de café.

—Pero ¿y el caso de la primera ministra Volter?

Hanne Wilhelmsen insistía y no quiso tomar nota del gesto de escepticismo del director de la policía.

—Si su marido no nos hubiera entregado esas viejas cartas, seguro que le hubiéramos colgado el asesinato al jovenzuelo neonazi.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—¿Querer? —Abrió los brazos en un gesto que mezclaba desánimo e irritación—. En realidad no quiero nada, pero es que cada vez llevo peor el pensar que podemos equivocarnos, que se condena a inocentes porque cerramos los casos antes de tiempo. Que nosotros... Que al menos algunos de nosotros nos quemamos las pestañas estudiando pistas e indicios y cerramos los ojos por completo al hecho de que a veces ocurren coincidencias extrañas y curiosas. A veces las casualidades son eso, casualidades.

—Te estás haciendo mayor, Hanne. —La sonrisa del director se había vuelto cordial, amistosa—. Tu ímpetu juvenil se ha moderado. Eso es bueno. Tu capacidad de duda y reflexión aumenta. Eso también es bueno. Te hace una policía aún mejor, si es que eso es posible. —Su expresión se había vuelto casi galante—. Eres la mejor policía que tenemos, Hanne. No vayas a ablandarte. Para esos escrúpulos ya tenemos a los abogados defensores.

—¿Escrúpulos? —repitió despacio—. ¿Es así como lo llamamos?

Se quedaron en silencio. Incluso el irritante ruido de la silla sin engrasar desapareció.

—La cuestión es que le creo. Tengo la sensación de que Halvorsrud dice la verdad.

El director de la policía asintió. Sus mejillas estaban aún más oscurecidas, como si le hubiera crecido la barba en el rato que llevaban allí sentados. Llamaron a la puerta. El director Mykland ladró una respuesta y Karl Sommarøy entró.

—Me parece que esto te va a interesar —dijo sonriendo todo lo que le permitía su boca de bebé.

Hanne Wilhelmsen cogió la hoja que le ofrecía. Sus ojos pasaron veloces sobre el breve texto. Luego levantó la mirada y sostuvo la del director de la policía unos instantes antes de decir:

—Halvorsrud ha dejado sus huellas en la bolsa del dinero.

Volvió a su despacho para preparar la documentación para la encarcelación del día siguiente.

—Por lo menos la letrada Skar puede esperar a mañana con más optimismo después de esto —le dijo secamente a Karl Sommarøy antes de cerrar la puerta.

Eran las siete de la tarde del domingo, y era poco probable que llegara a casa antes de las once de la noche. En realidad no tenía mucho sentido llamar a Cecilie. Seguro que no la esperaba hasta bien tarde. Seguramente. Hanne se encendió su séptimo cigarrillo de aquel día y se sintió fatal.

—¡Maldita zorra!

Las piedras cubiertas de verdín estaban escurridizas. Las gaviotas reían ladinas mientras planeaban sin control contra las ráfagas de viento. El chico escupió tabaco de mascar y se secó la saliva marrón con la manga de la chaqueta.

Cuando Terese le llamó el día después de la fiesta casi no se lo podía creer. Una cosa era que se hubieran enrollado, al fin y al cabo ya no quedaba casi nadie más que él. Pero al día siguiente le llamó y él no entendía nada. Y seguía sin entenderlo. Llevaba mucho tiempo preparado para Terese. Todos lo estaban, y le eligió a él. Durante tres semanas le hizo creer que el mundo era de color de rosa, como un idiota. Pero con solo diecisiete años, no tenía dinero ni carnet de conducir. El día anterior había visto a Terese en el coche de Anders Skog, el nuevo modelo escarabajo de Volkswagen.

—Si consigo saltar estas rocas sin pegármela se dará cuenta de que ese entrenador afeminado es un idiota.

El chico gritaba al viento y sus lágrimas se mezclaban con el agua salada hasta formar una máscara pegajosa. Se cayó y se dio un golpe muy fuerte. Por unos instantes creyó que el rojo que se movía entre las algas y las rocas era sangre de su pierna. Luego vio lo que era en realidad.

—Tú sí que eres un idiota —murmuró mientras tiraba del pesado anorak hasta subirlo a tierra.

Había algo en el bolsillo interior. Le costó abrir la cremallera, pero por lo menos el esfuerzo le hizo pensar en otra cosa.

—¡Joder... más de mil trescientas coronas!

Los billetes estaban empapados, pero eran auténticos y estaban enteros, por lo que podía ver. Bajo la foto casi borrada del carnet de conducir decía Ståle Salvesen. Con el tiempo que hacía no había nadie por allí. Solo él. Dos billetes de quinientos, tres de cien y uno de cincuenta fueron directos a su bolsillo. Se tumbó bocabajo y empujó el anorak hasta meterlo en el hueco que el agua había tardado miles de años en horadar bajo las rocas. Luego lo tapó con tres grandes piedras. Metió el carnet en la cartera, echó una mirada a la pernera rota con manchas de sangre y verdín, se puso firme, sacó pecho y lanzó la cartera del tal Ståle al mar.

—¡Que te jodan, Terese! —gritó mientras saltaba de las rocas a tierra firme.

20

—Le echaron una buena bronca —dijo Billy T. sirviéndose lasaña—, pero habría sido peor si hubieras insistido más. Por lo menos al tío le han caído tres semanas. Si no llega a ser un fiscal nos habrían dado por lo menos ocho, ¿a que sí?

Le pasó la fuente del horno a Karen Borg.

—Lo hace bastante bien —dijo Karen sin alterarse—, ¿acaba de llegar?

—Ya lleva tres meses. Es maja, Annmari Skar. Empezó en la academia de policía y lo compaginó con los estudios de derecho. Así se consiguen buenos abogados para la policía.

Tone-Marit Steen negó con la cabeza y se llevó la mano a la barriga cuando Karen le ofreció repetir. Su cara se contrajo en una mueca.

—¿Cuándo sales de cuentas?

Håkon Sand puso más leña en la elegante chimenea y maldijo al quemarse con la rejilla.

—Dentro de una semana —gimió Tone-Marit. Su rostro estaba enrojecido y húmedo—. Pero creo que igual la niña se adelanta.

—El niño —dijo Billy T. con tanta precipitación que salpicó una nube de salsa de tomate sobre el mantel blanco—. Coño. Perdón. El chico vendrá cuando esté listo. No me creo nada de la cosa esa de salir de cuentas.

—¡Uy! —dijo Tone Marit.

Un charco se estaba formando entre sus piernas a toda velocidad. El traje premamá rojo se oscureció con la humedad.

—¡Ahí va! —dijo Karen.

—¡Médico! —berreó Billy T.—. ¡Hospital! ¡Håkon!

—¿Qué quieres que haga yo? —gritó Håkon con un trozo de leña en una mano y el atizador en la otra.

Sobre su cada vez más prominente barriga llevaba un delantal verde que decía COCINERO SAND en el pecho con letras de fieltro recortadas con infantil torpeza. En la cabeza llevaba un tradicional gorro de cocinero que le hacía parecer un candelabro rechoncho.

—Ya llega —gimió Tone-Marit.

—Tendrá que esperar, joder —gritó Billy T. corriendo hacia el recibidor para coger los abrigos y la llave del coche.

—Karen, ya llega.

Tone-Marit se había tumbado en el suelo. Abrió las piernas y dejó que Karen le quitara el leotardo y la ropa interior.

—¡Cielos! —dijo Håkon.

—¡Me cago en todo! —gimió Billy T.

—Hervir agua —recordó Håkon.

—¿Para qué? —lloriqueó Billy T.

—Coge unas sábanas —pidió Karen—, y sí, hierve agua, pero no mucha porque tardaría demasiado. Y mete la tijera de la cocina.

—La tijera de la cocina, sábanas —murmuró Håkon agradecido por estar en su terreno.

—Llama al hospital, Billy T.

Karen Borg se puso de pie y empujó al gigantón que estaba indeciso con la llave del coche en la mano.

—Que manden una ambulancia. Creo que aún podemos estar a tiempo.

—Nooooo —siseó Tone-Marit apretando los dientes—, ¿no me oís? Viene, ¡ahora!

—Tienes ya cuatro hijos —regañó Håkon a Billy T., que estaba muy pálido—, ¡compórtate!

Lo que ninguno de ellos sabía era que Billy T. no había estado presente en el parto de ninguno de sus hijos. No tuvo noticia de la existencia de Truls, el más pequeño, hasta que cumplió los tres meses. Era, al igual que sus tres hermanos mayores, Nicolay, Alexander y Peter, el resultado de una breve aventura que había terminado mucho antes de que pasaran nueve meses. La verdad era que Billy T. no había sabido nada de sus nacimientos hasta que había pasado todo. Para él un recién nacido era un bebé al que acababan de bañar y que olía de maravilla, vestidito de blanco y envuelto en una toquilla.

—La cabeza está saliendo —dijo en voz baja sintiendo que volvía en sí.

—Siéntate aquí —dijo Karen irritada, y fue corriendo hacia la cocina para hacer la llamada.

Billy T. se puso de rodillas junto a Tone-Marit y le cogió la mano.

—Es una niña, Billy T. —gimió ella respirando profundamente—, dilo, di que no te importa que sea una niña.

Se inclinó y acercó la boca a su oreja.

—He deseado una hija toda la vida —susurró—, pero no se lo digas a nadie, que no me pega.

Ella se esforzó por sonreír, pero la atrapó una tremenda contracción. La cabeza del bebé ya estaba fuera y Billy T. se colocó de forma que pudo poner las manos a su alrededor con mucho cuidado. Håkon Sand se les había acercado con el trozo de leña y el atizador todavía en las manos.

—¿Vas a matar al niño a golpes o qué? —dijo Billy T. iracundo—. ¡Deja eso y hierve la maldita tijera!

—Vendrán lo antes posible —dijo Karen, que traía dos grandes sábanas blancas y una almohada—. He puesto agua a hervir. Toma.

Puso la almohada bajo la cabeza de Tone-Marit y la ayudó a cambiar de postura.

—Mierda —dijo Håkon Sand.

Su hijo de cinco años estaba en la puerta.

—Billit —dijo este encantado—, ¿puedes dormirme otra vez?

—Ven aquí, jovencito —dijo Håkon intentando evitar que viera lo que estaba pasando delante de la chimenea—, esta noche tendrás que conformarte con papá.

—Deja que venga —sonrió Billy T., y antes de que sus padres pudieran reaccionar Hans Wilhelm estaba arrodillado mirando con ojos como platos al bebé que ya estaba medio fuera.

—Esta es mi niña —dijo Billy T.—. Este es el bebé de Tone-Marit y mío.

La niña había nacido.

Billy T. era padre de una niña grande y sana. Tone-Marit lloraba y reía intentando ver la cara del bebé que estaba envuelto en una enorme sábana y tenía la goma de un tarro de conserva casera alrededor del cordón umbilical. Karen sostenía a Hans Wilhelm en su regazo. El chico protestaba y quería tocar a la recién nacida. Håkon miraba apático lo que llevaba en las manos y, por fin, lo soltó.

En vista de que nadie, salvo su madre, había visto nunca llorar a Billy T., este se disculpó dócilmente y se encerró en el baño. Y allí se quedó hasta que el personal de la ambulancia llamó a la puerta.

21

Eran las nueve de la noche del lunes y el piso estaba limpio y ordenado. Como Billy T. se había ocupado de la vista para la prisión provisional junto con Annmari Skar, Hanne Wilhelmsen había vuelto a casa hacia las dos de la tarde. En la mesa del comedor había un jarrón de cerámica con flores y en el horno se desinflaba una quiche de queso.

Cecilie aún no había vuelto a casa. Por unos instantes Hanne sintió cierta preocupación, pero luego se la quitó de la cabeza. Si alguno de los experimentos de Cecilie había salido mal, la cosa podía prolongarse. Cecilie quería presentar su tesis doctoral en otoño y Hanne se había acostumbrado a que llegara tarde de vez en cuando. En realidad le venía muy bien.

Apareció de pronto. Hanne debía de haberse quedado dormida frente a las noticias. Cecilie estaba pálida y desmejorada y no se había quitado el abrigo.

—Estoy enferma —dijo.

—¿Estás enferma?

Hanne se levantó despacio.

—Pues échate un poco —dijo señalando el sofá—. ¿Vas a querer comer algo?

—Estoy enferma de verdad, Hanne. Es serio.

Hanne Wilhelmsen parpadeó e intentó reprimir una angustia que amenazaba con dejarla sin respiración.

—¿Serio? —repitió con voz ronca—. ¿Cómo de serio?

—Cáncer, tengo cáncer. Me operan el miércoles. Mañana. Pasado mañana, quiero decir. El miércoles.

Seguía inmóvil, no parecía que tuviera intención de quitarse el grueso abrigo de invierno o de sentarse. Hanne quería acercarse a ella, rodear a Cecilie con sus brazos, sonreír y decirle que era una tontería, claro que sí, nadie estaba enfermo, y mejor te tumbas un rato y te preparo la cena. Pero Hanne estaba a punto de caerse. Debía quedarse completamente quieta o se caería redonda.

—¿Dónde te operan? —susurró.

—En Ullevål.

—Quiero decir qué parte del cuerpo. ¿La cabeza? ¿El estómago?

—No me has querido escuchar.

No había rastro de reproche en su voz. Cecilie lo decía tal y como había pasado. Las dos sabían que hacía mucho tiempo que era así.

—Perdóname.

No tenía sentido decirlo y Hanne deseó borrarlo. En lugar de eso repitió sin apenas mover los labios.

—Perdóname, Cecilie. Perdón.

Se tapó la cara con las manos y se echó a llorar como nunca lo había hecho, un llanto que las asustó a las dos, su cuerpo temblaba intensamente, y cayó de rodillas.

Cecilie la observaba. Quería tocar esa figura que suplicaba y mendigaba. Intentó mover la mano, Hanne estaba tan cerca que podría haberle acariciado la cabeza, haberle dado una especie de bendición. Pero su brazo pesaba demasiado. No la tocó, volvió al recibidor y se quitó el abrigo con movimientos bruscos. Lo dejó en el suelo.

—Cecilie —oyó que Hanne sollozaba.

No le era posible contestar. Ahora no, tal vez nunca. Siguiendo su costumbre fue a la cocina para apagar el horno antes de irse a dormir. Cuando Hanne la siguió, bien entrada la noche, Cecilie se alejó tanto hacia su lado de la cama que estuvo a punto de caerse al suelo.

«Si al menos me tocara —pensó Hanne—, si se pegara a mi espalda».

Amanecía y Hanne Wilhelmsen y Cecilie Vibe se habían escuchado respirar toda la noche. Pero no se habían tocado.

El cansancio atenazaba su cráneo como un alambre de espino. Pinchaba y dolía, y Hanne Wilhelmsen sentía que no volvería a dormir nunca más. Se llevó la mano a la sien y debió de tambalearse porque Karl Sommarøy la sujetó.

—Hola —le dijo—, ¿te encuentras mal?

—Solo cansada. —Esbozó una débil sonrisa y levantó la mano para tranquilizar a su colega—. Solo ha sido un mareo. Ya se me ha pasado.

El apartamento parecía el envoltorio de una vida que apenas había existido. El sofá era beige y viejo, pero no se veía gastado. La mesa del salón estaba desnuda, tan solo una fina capa de polvo dejaba intuir que allí también pasaba el tiempo. Las paredes eran blancas, sin cuadros ni estanterías. Ni siquiera se veía un periódico viejo por ninguna parte. Incluso el ruido de la ciudad sonaba lejano e irreal a través de las ventanas cerradas, como si alguien hubiera hecho un intento poco entusiasta de poner sonido de fondo.

—A mí no deja de parecerme que toda esta historia de Ståle Salvesen es una auténtica chorrada —murmuró Karl Sommarøy. Estaba en medio de la habitación con los guantes de plástico puestos y sin tener ni idea de qué hacer—. Está demostrado que Halvorsrud ha mentido sobre muchas cosas, sobre su separación,

sobre los paquetes de dinero, seguramente miente sobre esto también. Y además, lo más probable es que ese tipo esté muerto.

En lugar de contestarle, Hanne fue al dormitorio. Estaba claro que Ståle Salvesen no esperaba frecuentes visitas femeninas. La cama solo tenía setenta centímetros de ancho. La ropa de cama parecía estar limpia. Cuando levantó el edredón apareció un pijama azul marino cuidadosamente doblado. No había mesilla de noche, ni libros o revistas. Ståle Salvesen ni siquiera tenía despertador. Tal vez no hubiera tenido muchas razones para levantarse en los últimos años.

Las paredes eran de un amarillo intenso. Aquí tampoco había nada colgado. Abrió despacio los tres cajones de la cómoda. El primer cajón contenía cuatro pares de calcetines doblados, todos negros. El siguiente estaba vacío. El tercero estaba hasta arriba de calzoncillos y camisetas blancas de manga larga.

—¿Hay más cajones en la casa? —preguntó a media voz.

—Solo en la cocina —oyó decir a Sommarøy desde el cuarto de estar—, dos de ellos están llenos de cubiertos y utensilios de cocina. El resto están vacíos.

—¿Cuántos cajones tienes en tu casa? —preguntó Hanne distraída.

—¿Qué? —Sommarøy se apoyó en el marco de la puerta.

—Cajones —repitió Hanne Wilhelmsen—, ¿cuántos tienes?

—Pues... cinco en el dormitorio, seis en los muebles del salón, alguno más en un aparador que heredó mi mujer, no sé cuántos. Y los niños tienen un montón. Ah, sí, en el baño hay dos. Y eso es todo, creo.

—¿Cuántos están vacíos?

—¿Vacíos? ¡Ninguno! —Sommarøy se echó a reír. Su risa cuadraba con su minúscula barbilla, alta y aguda como la de un niño que fingía que algo era divertido pero que no había entendido el chiste del todo—. Mi mujer siempre se queja —añadió.

—Exacto —murmuró Hanne Wilhelmsen y abrió la puerta del armario del dormitorio.

Era una puerta doble. A un lado había estanterías y en el otro una barra para colgar perchas. Los armarios estaban llenos de ropa muy bien ordenada y olían ligeramente a tabaco. Apartó dos trajes por si ocultaban algo detrás. No encontró nada.

—¿No ves lo que es esto? —preguntó, y le apartó para volver al recibidor, donde una bombilla solitaria pendía desnuda del techo.

Su luz, tan blanca que casi parecía azulada, caía sobre una única gabardina de invierno que colgaba de un gancho junto a la puerta de la calle.

—¿Qué es esto? Pues es un apartamento en el que vivir no habrá sido precisamente muy divertido...

—Aquí falta algo.

Estaba en la cocina. Los muebles eran de los años cincuenta, con puertas correderas inclinadas y en las estanterías papel grasiento sujeto con chinchetas anticuadas. La encimera estaba gastada y llena de marcas y cortes, pero olía ligeramente a productos de limpieza y hasta el trapo de cocina que colgaba de los grifos estaba inmaculadamente blanco y olía a lejía. Hanne abrió un cajón detrás de otro.

—¿Qué es lo que buscas en realidad?

Karl Sommarøy, al igual que el resto del departamento, se había acostumbrado a que Hanne Wilhelmsen participara mucho más activamente en la investigación de lo que era habitual en los comisarios. Corrían rumores de que, además, había llegado a un acuerdo con el director de la policía. Al parecer, cuando más se estaban quejando sus subordinados, ella amenazó con renunciar. Karl Sommarøy era de los que no tenían queja alguna de los métodos de trabajo de Hanne. Pero últimamente se había vuelto cada vez más rara, y a veces le desesperaba lo parca en palabras que podía ser.

—Estoy buscando lo que no está aquí —contestó inclinándose sobre un cajón vacío—. Mira.

Pasó la punta del dedo índice por los bordes redondeados del cajón. Cuando se lo mostró estaba lleno de motas de polvo y algo

de porquería.

—¿Y? —preguntó él arrugando el entrecejo.

—Aquí ha habido algo. Este apartamento está demasiado vacío. Ståle Salvesen vivió aquí más de tres años.

—Un inútil con pensión de invalidez —murmuró Sommarøy.

—No. Un grande caído en desgracia. Un hombre que demostró su inteligencia y que en su día tuvo una iniciativa que le llevó muy lejos. No puede haber vivido cuatro años en el vacío, ha tenido que interesarse por algo, algo que le ayudara a pasar el tiempo. Lo que quiero decir es que se ha tomado la molestia de eliminar cualquier indicio de la vida que llevaba. En realidad este piso recuerda a un hotel cutre, sin identidad.

—Pero —protestó Sommarøy— es bastante habitual que la gente con intenciones suicidas ordene sus cosas, antes, quiero decir, antes de...

—Ordenar sí. Pero este sitio casi ha sido hervido a presión.

Karl Sommarøy no dijo nada.

—Desinfectado —explicó Hanne—, esterilizado.

—Hay cosas en la nevera —murmuró Sommarøy algo ofendido.

Hanne Wilhelmsen la abrió. Un tufo a comida pasada le dio en la cara; arrugó la nariz.

—¿Por qué no se han llevado esto? —dijo irritada.

—¿Y quién iba a hacerlo? —contestó él irascible.

Hanne Wilhelmsen sonrió débilmente.

—Está claro que tú no. Nos lo llevaremos. Y tienes razón, es raro que no vaciara el frigorífico antes de partir hacia el más allá.

Por un momento se quedó mirando fijamente el cartón de leche, un trozo de queso mohoso sin envolver, un yogur caducado hace mucho, una lechuga mustia y dos tomates que perdían líquido. De pronto un gesto, una mueca que Karl Sommarøy no comprendió, asomó en su rostro.

—Claro —dijo en voz baja.

—¿Qué es lo que está tan claro?

—Nada, no estoy segura. Echemos un vistazo al baño.

Era minúsculo. Uno podía estar sentado en la taza y lavarse los dientes y ducharse a la vez. El linóleo del suelo se había soltado en torno al desagüe, y ni siquiera el fuerte olor del amoníaco lograba ocultar el tufo del moho que cubría el suelo de cemento. El lavabo estaba rajado. El armarito del baño, junto al espejo, estaba torcido y vacío. Tan solo un cepillo de dientes exhausto en un vaso indicaba que alguien había vivido allí.

—Vámonos —dijo Hanne por fin.

El teléfono estaba en el recibidor, sobre una mesita desvencijada. Hanne Wilhelmsen lo descolgó y le dio al botón de repetición de llamada antes de llevárselo a la oreja.

—Bienvenido al servicio de información telefónica —oyó cuando había sonado tres veces.

Colgó sin esperar respuesta.

—Información —dijo en voz baja—, lo último que hizo fue llamar al servicio de información. Averigua si es posible localizar la conversación, si podemos saber qué preguntó, qué número quería.

—Un número al que no llamó —dijo Karl Sommarøy impaciente.

—Al menos no desde aquí —contestó Hanne.

Descubrió un pequeño montón de papelititos que se habían caído al suelo cuando levantó el auricular. Debían de haber estado atrapados entre la mesa y la pared. Se agachó para cogerlos. Cuatro o cinco facturas estaban unidas por un clip grande. Sacó una bolsa de plástico del bolsillo y las metió dentro.

Junto al teléfono había un pequeño cuaderno en blanco. Sobre él había un bolígrafo atravesado, que parecía colocado con mucho esmero. Hanne quitó el bolígrafo y se llevó el cuaderno al cuarto de estar. Sostuvo la primera página a contraluz. En la hoja que faltaba habían escrito algo. Poniendo la hoja en un ángulo determinado podía verse una débil huella.

—01-09-99 —leyó despacio—. ¿El 1 de septiembre de 1999?

—El 1 de septiembre —repitió Karl Sommarøy con interés—, ¿qué coño es lo que pasa ese día?

—Eso me gustaría saber a mí —dijo Hanne—. Vámonos.

Dobló la hoja con cuidado, la introdujo en otra bolsa de plástico y se lo metió todo en el bolsillo. El dolor de cabeza era muy molesto, pero ya no se sentía tan cansada.

—¡Una niña! —Billy T. dio un portazo y antes de que Hanne tuviera tiempo de reaccionar ya la había levantado de la silla—. ¡Una preciosa niña de pelo negro que es clavada a mí!

Cerró los ojos y le plantó un sonoro beso en la mejilla antes de volver a dejarla en su silla. Luego sacó dos puros enormes y le ofreció uno.

—Nació en casa de Karen y Håkon —berreó mientras chupaba el cigarro con fuerza para encenderlo bien antes de sentarse—, y yo fui la comadrona, Hanne. Fue... —el humo brotaba de su boca con un soplo de satisfacción—, es lo más bonito que me ha pasado en la vida, oye, pero... —Fijó su mirada en Hanne.

—Enhorabuena —dijo con voz monótona—, qué bien. Que sea una niña, quiero decir.

—¿Qué demonios te pasa? —Apagó el puro aparatadamente y se inclinó hacia ella—. ¿Estás...? —Se echó hacia atrás de golpe—. Has hablado con Cecilie —dijo lentamente.

—Hablo con Cecilie a diario —contestó ella despectiva—. ¿Cómo está Tone-Marit?

—Aún no hay nada seguro.

—¿Seguro? ¿No se encuentra bien?

—No me refiero a Tone-Marit, estoy hablando de Cecilie. Del cáncer.

Hanne Wilhelmsen toqueteaba el puro.

—Así que lo sabías —dijo con voz aguda—, ¡qué bien!, ¿no? Que compartáis secretos Cecilie y tú, quiero decir. Muy bien. Tal vez podrías empezar a compartir algunos secretos conmigo también. Por ejemplo podrías empezar por informarme de dónde estás. Tendrías que haber estado aquí hace cinco horas.

El cigarro se partió por la mitad, cogió un trozo con cada mano y apretó. Las hojas secas de tabaco crujieron.

—¡Hanne Wilhelmsen!

Billy T. puso los ojos en blanco e intentó cogerla de la mano. Ella la retiró con un tirón elocuente y las hebras de tabaco volaron por todas partes.

—Hanne —dijo intentando que le mirara—, tenemos que hablar, por favor.

Si le hubiera devuelto la mirada, Hanne habría visto algo que nunca había aparecido en sus ojos, una desesperación rayana en la ira. Sus ojos parecían grises, y tenía la boca medio abierta, como si no pudiera decidir si hablar con ella o callar.

—¡Por favor! —repitió con vehemencia.

Hanne se frotó las manos.

—Entiendo que tienes una buena justificación para tu retraso. Olvídalo. Pero quisiera que... —Le tendió una hoja y miró por la ventana—. Quiero una relación de todos los crímenes grotescos cometidos en Noruega en los últimos diez años. Me refiero a mutilaciones, desmembramientos... cosas así. Quiero detalles: autor, motivo, resultado del juicio y demás. Cuanto antes. Lo que quiere decir ya.

Durante varios segundos el silencio fue total. Luego Billy T. se puso de pie con un movimiento brusco y golpeó la mesa con los puños. El cenicero dio un bote y cayó al suelo.

—Se ha roto —dijo Hanne secamente—. Cuento con que me traigas otro.

Billy T. se levantó cuan largo era. Tenía dos semicírculos blancos a los lados de la nariz, las mejillas cubiertas de manchas rojas y los

ojos húmedos.

—Eres patética —escupió—, joder, eres patética de verdad, Hanne Wilhelmsen.

—En este momento no puedo perder el tiempo preocupándome por lo que puedas opinar de la abajo firmante —contestó apartándose el pelo de la cara—. Me interesan especialmente las decapitaciones. Si es que hay alguna, claro. Si puedes, retrocede aún más en el tiempo. Y también puedes pedirle a Karl que investigue a Ståle Salvesen. Quiero saberlo todo de ese tipo. Y quiero más de lo que habéis sido capaces de poner en este... —con la punta de los dedos agarró las dos páginas escasas con los datos copiados del registro civil—, este patético informe. Y una cosa más... —le miró a los ojos y vio que temblaba de ira, sintió cierta satisfacción al ver que estaba a punto de llorar—, te propongo que a partir de ahora reservemos la vida privada para nuestro tiempo libre.

Esbozó una sonrisa y le invitó a marcharse con un movimiento de la mano.

—Puedes irte —insistió cuando no hizo ademán de obedecer.

—Necesitas ayuda, joder —bufó él por fin mientras iba hacia la puerta.

—Me alegro de lo de la niña —dijo Hanne—, lo digo de verdad. Dale recuerdos de mi parte a Tone-Marit, díselo.

El estruendo del portazo resonó en sus oídos. Era la tarde del martes 9 de marzo y Hanne Wilhelmsen se hizo una promesa. Solucionaría el misterio de la esposa decapitada del fiscal Sigurd Halvorsrud en tres semanas, máximo cuatro.

24

La chiquilla había resultado barata y se había mostrado bien dispuesta. Fue una cosa rápida. Evald Bromo estaba en el puerto y miraba intensamente el agua negruzca.

No tenía valor suficiente.

La tentación había sido demasiado fuerte. Margaret creía que estaba en un cursillo. Llevaba veinticuatro horas recorriendo las calles y, aunque había intentado evitar el barrio chino, al final había acabado allí. Luego fue hacia los muelles. Hacia el este se insinuaba una franja de luz, y Evald Bromo había empezado a hacerse un lío con los días. Se giró y levantó la vista. La mole del Ayuntamiento parecía venírsele encima, una silueta gris contra un cielo negro, sin estrellas. Quería retroceder; intentó armarse de un valor que no tenía para dar los pasos necesarios hacia atrás, llegar al borde del muelle, caer al fiordo.

No pudo.

Faltaban cinco meses y veintidós días para el 1 de septiembre, y ni siquiera era capaz de mantenerse alejado de las niñas.

25

Le gustaría saber por qué los hospitales siempre huelen a hospital. Tal vez pasaba lo mismo que con la basura. Daba igual lo que pusieras en una bolsa de basura, carne o verduras, pañales o pescado, queso rancio o cartones de leche vacíos: unas horas después siempre olía a lo mismo.

Hanne Wilhelmsen había avisado de que estaba enferma. Al colgar tuvo que reprimir algo que parecía vergüenza por haber hablado con una de las secretarias, Beate, sin mencionar siquiera a Cecilie.

Cecilie había protestado. No hacía falta que Hanne se quedara, si de todas formas no podía hacer nada, era perder el tiempo. El día anterior Hanne había estado con ella, sentada en el borde de la cama, hasta bien entrada la noche. La enfermera había intentado con cierta brusquedad impedir que entrara en la habitación en que Cecilie casi era invisible entre las sábanas blancas.

—Solo tienes que estar aquí cuando despierte —le rogó mientras rozaba la palma de la mano izquierda de Hanne con la punta de los dedos—, y eso será bien entrada la tarde. Mejor vienes entonces, ¿vale?

Pero Cecilie sonrió cuando Hanne apareció a las siete de la mañana del miércoles. En su rostro veía el reflejo de una alegría

perdida hacía tiempo. Uno de sus ojos estaba más abierto que el otro por efecto de su sonrisa ladeada.

—Has venido —fue todo lo que tuvo tiempo de decir antes de que el camillero se la llevara para que la prepararan para la operación—, has venido de todas formas.

Hanne Wilhelmsen cerró los ojos para intentar reprimir sus caóticos pensamientos que la habían dejado exhausta pese a no ser más que las diez de la mañana. Durante media hora se esforzó en leer una novela negra, pero era aburrida y poco creíble. Luego intentó concentrarse en el asesinato de Doris Flo Halvorsrud. Solo fue capaz de visualizar a la mujer decapitada rodeada de una gran oscuridad.

Debía de haberse quedado dormida a pesar de lo incómodo de la postura, porque se despertó de golpe.

—¡Ah! Estás aquí.

El director de la policía, Hans Christian Mykland, vestía una camisa de cuadros de franela roja y unos pantalones azules que debían de ser de la década de 1970. Llevaban la raya cosida y, cuando se sentó a su lado, Hanne vio que la tela que se tensaba sobre sus muslos estaba llena de pelotillas. Casi no le reconocía.

—No siempre voy de uniforme —sonrió—, no me pareció bien venir aquí sin cambiarme antes.

Hanne Wilhelmsen observó sus zapatos sin decir nada. Eran marrones y parecía haberlos comprado en la misma época que el pantalón. Se sintió mareada; no entendía cómo el director había averiguado su paradero.

—¿Cuándo calculan que habrán terminado? —preguntó mirando a su alrededor—. ¿Hay alguna máquina de café por aquí?

Hanne seguía callada. El director le puso la mano sobre la pierna. Hanne Wilhelmsen tenía aversión a que le tocaran personas que apenas conocía, pero asintió de forma casi imperceptible ante la seguridad que la mano de él le transmitía. Le daba calor, y sintió la tentación de volver a dormirse.

—Coge —le dijo él ofreciéndole un caramelo—, supongo que preferirías un cigarrillo, pero tendrás que conformarte con esto. ¿Han dicho algo de cuándo terminarán?

—Hacia las dos —murmuró Hanne Wilhelmsen, y se frotó la cara sin acabar de entender qué hacía allí el director de la policía—, aproximadamente, si todo sale según lo previsto.

—¿Cómo estás?

Retiró la mano y se giró para intentar que le mirara a los ojos. Ella se resistió y volvió a taparse la cara con las manos.

—Bien —dijo hablándoles a las palmas de sus manos; parecía que llevaba sordina.

El director rio entre dientes y el sonido reverberó entre las paredes de hormigón.

—¿Alguna vez has contestado que no estás bien? ¿Alguna vez has respondido, por ejemplo, «No, la verdad es que ahora mismo estoy pasándolo espantosamente mal»?

Hanne no contestó, pero al menos se quitó las manos de la cara y se obligó a sonreír. Se quedaron en silencio un largo rato.

—Mi niño murió —dijo Hans Christian Mykland de repente—, mi hijo mayor. Murió hace cuatro años. Creí que yo también moriría, de verdad, literalmente. No dormía, no comía. Cuando intento recordar los meses posteriores a la muerte de Simen creo que, en realidad, tampoco *sentía* gran cosa. Dedicaba la mayor parte del tiempo a... —volvió a reír en voz baja y Hanne por fin le miró—, concentrarme en mi piel.

—¿En tu qué?

—En mi piel. Intentaba sentir cuál era mi frontera exterior, quiero decir, notarlo. Era fascinante. Podía pasarme la noche comprobándolo, poro a poro, milímetro a milímetro. Supongo que tenía una cierta necesidad de...

Hanne Wilhelmsen tuvo un escalofrío y él dejó de hablar.

—Qué curioso que digas eso —murmuró—; sé a qué te refieres.

Un camillero aparcó una cama delante de ellos. Entre las blancas sábanas dormía una anciana. En la mano delgada surcada

de venas azules llevaba una cánula sujeta con esparadrapo. De una bolsa transparente caían gotas de suero. Entreabrió los ojos unos instantes cuando la cama se detuvo. Por un momento Hanne creyó que le sonreía.

Era hermosa.

Hanne Wilhelmsen no podía apartar los ojos de ella. Su cabello era de un blanco luminoso, peinado hacia atrás para despejar su rostro. Tenía los pómulos muy marcados y en los instantes en que sonrió, o al menos abrió los ojos, Hanne vio que eran del azul más claro que hubiera visto nunca. Su piel parecía tan suave que Hanne sintió la necesidad de acercarse para acariciarle la mejilla. Y lo hizo. La mujer abrió los ojos de nuevo, esta vez despierta. Levantó la mano que tenía libre y la puso con mucho cuidado sobre la de Hanne. El camillero estaba de vuelta.

—Y ahora nos toca a nosotros dos —dijo este para sí.

Hanne siguió la cama con la mirada hasta que desapareció al final del pasillo, veinte metros más allá.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —dijo a media voz sin volver a sentarse—. ¿Por qué estás aquí?

—Siéntate —le pidió Mykland.

Ella no le obedeció.

—Siéntate —repitió con más vehemencia.

Era su superior. Tomó asiento sin mirarle.

—Puedes pedir una excedencia. Acabo de concedértela. Todo el tiempo que necesites. Tú... —Se detuvo y Hanne acabó la frase por él.

—Te lo mereces —escupió—. Me lo merezco. No tienes ni idea de lo harta que estoy de oírlos decir que me merezco librar. ¿No es solo una manera de decir que vosotros estáis deseando que yo libre una temporada para descansar de mí?

—No seas paranoica, Hanne —prosiguió desanimado—, ¿no puedes sencillamente aceptar que la gente piense que eres buena en lo tuyo? Ya está. Y que la gente de la comisaría...

—Del distrito —le interrumpió irónica.

—... que la gente considera que lo correcto es que puedas cogerte unos días libres en estas circunstancias.

Hanne tomó aire de repente, como si fuera a decir algo. Luego contuvo la respiración y negó con la cabeza.

—Tienes un problema de comunicación terrible —dijo él con calma—. Debes saber que eres la primera persona del trabajo con quien hablo de la muerte de mi hijo. Y te ha dejado indiferente. Yo puedo vivir con eso, pero ¿y tú?

—Lo siento —murmuró Hanne—, lo lamento de verdad. Pero prefiero estar sola.

—No. —Volvió a poner la mano sobre su pierna y esta vez Hanne se quedó rígida, sintió repulsión—. No, eso no es lo que quieres. Lo que más deseas es que alguien hable contigo, te escuche, te haga hablar. Eso es lo que intento, sin mucho éxito.

De pronto el olor a hospital le resultaba insoportable. Hanne Wilhelmsen tensó su cuerpo aún más. Le dolía el muslo que contraía con fuerza para que el hombre quitara la mano. Sintió náuseas y tragó saliva.

—Quiero trabajar —dijo entre dientes—. Solo pido que me dejen en paz y poder hacer mi trabajo. Tengo... —se levantó bruscamente y le miró a la cara mientras contaba con los dedos— asesinato con arma blanca, una pelea en un bar, ataques racistas y, para rematar, el caso de una mujer decapitada que no hay por dónde cogerlo. ¿Tienes idea de todo lo que tenemos por hacer en la sección? ¿Sabes algo de mí y de qué es lo mejor para Hanne Wilhelmsen en estos momentos? —Al decir su nombre se clavó el dedo índice en el pecho con tanta fuerza que se hizo daño—. No, no tienes ni idea. Sin embargo yo sé que lo único que me queda en estas circunstancias es hacer mi trabajo. Ser capaz de hacer mi trabajo, ¿entiendes?

Sus gritos retumbaban contra las paredes. Dos paquistaníes que estaban al final del pasillo les miraban curiosos. Un enfermo anduvo más despacio y pareció plantearse la posibilidad de detenerse y

preguntar si podía ayudarles en algo. Cuando vio la mirada de Hanne Wilhelmsen apartó los ojos y siguió su camino.

—¿Crees en Dios, Hanne?

—¡Ya está! —Se golpeó la frente con un gesto exagerado y despectivo—. Por eso has venido. Una excursioncita misionera en Ullevål para salvar el alma perdida de Hanne Wilhelmsen. No. No creo en Dios. Y para mencionar a alguien mucho más famoso que yo: Él tampoco parece creer mucho en mí.

A falta de algo mejor que hacer, echó a andar. El director de la policía la siguió.

—Te equivocas —dijo a media voz—, solo sentía curiosidad.

Hanne aceleró sin saber hacia dónde se dirigía. Cuando llegó al final del pasillo giró bruscamente y quiso regresar. El director se lo impidió.

—No voy a molestarte más. He venido solo para hablar contigo, para que supieras que me importas. Creí, tal vez me engañaba... —esbozó una sonrisa avergonzada—, que sé por lo que estás pasando. Pero no me conoces y quería cambiar eso. Por si sirve de algo, si cambias de opinión estaré esperándote. En todo caso debes hablar con Billy T. —Hanne Wilhelmsen hizo un nuevo intento de pasar por su lado, pero no había manera—. Ese hombre te quiere tanto como puede hacerlo alguien que no es de tu familia. Deberías darte cuenta. Y apreciarlo. A lo mejor hasta sacarle partido. Me voy.

Le rozó el hombro muy levemente y la dejó marchar. Se quedó mirándola mientras se alejaba.

—Billy T. —murmuró Hanne Wilhelmsen con desprecio mientras removía airada el contenido de su bolso buscando la mediocre novela negra.

Cuando levantó la vista, el director de la policía ya no estaba. Los dos paquistaníes estaban acompañados de un niño pequeño que se entretenía subiéndose a dos camas vacías alineadas contra la pared de enfrente. Hanne Wilhelmsen no supo interpretar la sensación que tuvo cuando descubrió que el director no la había seguido. Casi parecía estar decepcionada.

La redactora jefe del *Aftenposten* era de las que se regocijaban sin miramientos con las muchas posibilidades que le brindaban las nuevas tecnologías. Tenía un ordenador personal nada menos que desde 1984, un supuesto «portátil» de Toshiba. En realidad era más «transportable» que portátil, y le había costado más de sesenta mil coronas. En el momento en que se empezó a hablar de algo llamado internet, se conectó. Fue tan precoz que prácticamente no había nadie a quien pudiera mandar un correo electrónico.

Ahora recibía más de cien al día. Había hecho repetidos intentos por convencer a sus contactos, no digamos ya a sus subordinados, de que debían indicar la importancia del mensaje, ya fuera con una señal de exclamación o con una banderita: su jornada laboral sería significativamente más llevadera si la gente dejara claro el contenido de sus correos.

Revisaba distraídamente los e-mails de la mañana. Acababa de darse cuenta de que tenía una carrera en la media de la pierna izquierda, y el tercer cajón del escritorio, donde solía tener varios pares de repuesto, estaba vacío. Se estiró la falda y bajó a golpe de tecla por los mensajes sin hacer mucho más que echarles un vistazo superficial. Hubo un mensaje que le llamó la atención. El asunto era «Ocúpate», y el texto breve:

«Deberías investigar qué le pasa al periodista Evald Bromo. Lleva una temporada muy alterado. Como redactora jefe deberías preguntarle si está preocupado por algo».

Leyó el mensaje dos veces. Luego se encogió de hombros y cerró la bandeja de entrada. Llegaba diez minutos tarde a una reunión. Cuando salía del despacho se giró para mirarse la media. La laca de uñas no había parado la carrera, que ya llegaba hasta su zapato negro de tacón. Estuvo a punto de lanzar una maldición. Que ella supiera, a Evald Bromo no le pasaba nada.

—IKEA —dijo Billy T. despectivo mientras miraba a su alrededor—, esto no es como Aker Brygge, ¡eh!

Se sentó con mucho cuidado como si no estuviera seguro de que la silla fuera a aguantar su peso y sacó de un bolsillo de su amplia chaqueta una botella de plástico de medio litro de Coca-Cola.

—Pero acogedor. —Dio un trago y le ofreció la botella a Karen Borg—. ¿Gustas?

—No, gracias.

La mujer se removió en su ancha silla de oficina y dio un pequeño sorbo a su taza de té. No tomaba café desde que había dejado su trabajo en un renombrado bufete especializado en derecho mercantil, situado en un barrio elegante y con mobiliario de diseño, para empezar por su cuenta sin más ayuda que una secretaria a tiempo parcial. Tenía algo de simbólico: en Aker Brygge se bebía cappuccino. Aquí, en un despacho luminoso decorado a base de personalidad y plantas, y con una clientela modesta, tenía que ser té.

—Una pena lo de Cecilie —dijo con un lento movimiento de cabeza—. Es terrible, ojalá lo hubiera sabido antes.

—No habría servido de nada —dijo Billy T. bostezando—. No hay quien hable con Hanne. Además ella tampoco lo supo hasta el

lunes. Hablé por teléfono con Cecilie ayer. La operan... —sacó un reloj de plata de un bolsillo y miró con los ojos entornados—, ahora.

Se quedaron callados. Billy T. percibió un suave olor a vainilla y se inclinó hacia la taza que Karen Borg sostenía entre las manos. Esbozó una sonrisa y miró por la ventana. Un hombre metido en una cesta frotaba el cristal con un trapo sucio. Dedicó un divertido saludo a Billy T. con el escurridor de goma y en ese momento se le cayó el trapo. Sin dejar de sonreír, sacó otro de un cubo de agua que debería haber cambiado tres plantas más abajo.

—¿Es grave? —dijo por fin Karen dejando la taza sobre la mesa.

—Creo que hoy se sabrá. Pero no llames a Hanne; debería estar enjaulada, ahora mismo es peligrosa, te mordería la oreja.

El limpiador de cristales había concluido su tarea y les dedicó un saludo mientras le elevaban hacia el piso de arriba. Sus esfuerzos apenas habían merecido la pena y los churretones dibujaban la reja de una prisión sobre el cristal.

—Una bolsa de bollos —dijo Billy T. de pronto, dejando una carpeta rosa sobre la mesa de Karen.

—¿Qué?

—El dinero estaba envuelto en una bolsa de la pastelería Hansen. Cinco huellas. Dos sin identificar, las otras tres son de Halvorsrud, así que su afirmación de que no sabía nada del dinero no fue muy buena idea.

—Que haya metido la mano en una bolsa de bollos no quiere decir mucho —dijo Karen Borg secamente—. ¿Habéis encontrado huellas en el dinero?

—Sí, muchas. Ninguna identificada. Pero eran billetes usados, así que no es extraño.

Se frotó largo rato la cabeza con los nudillos levantando un halo de piel seca contra la luz de la ventana.

—No es trabajo mío darle consejos a tu cliente —dijo volviendo a sacar la botella de Coca-Cola—, pero ¿no podría haber dado una explicación un pelín más creíble? Todo, absolutamente todo, apunta a que mató a su mujer. ¿No podría decir que se volvió loco de

pronto, que perdió la cabeza cuando ella quiso divorciarse, algo así? Le caerían diez años en chirona, saldría en seis. Más o menos, y a lo mejor hasta llegaba a tiempo de asistir a la boda de su hija.

—Pero es que no lo hizo —dijo Karen Borg volviendo a rechazar la Coca-Cola tibia—. Desde su punto de vista es así de simple. Y a eso tengo que atenerme. Por cierto, hay una cosa en la que no sé si habéis pensado.

Billy T. abrió mucho los ojos en un gesto de escandalizada sorpresa, como si la sola idea de que la policía no hubiera analizado y considerado cada aspecto del caso fuera inconcebible.

—Supongamos que Ståle Salvesen se suicidó el lunes pasado. Imagínate que Halvorsrud se equivocó. Creyó... cree que Ståle Salvesen es el asesino. En realidad fue otro, alguien que se le parece. Puede ser una rara y funesta casualidad o...

—O quizá el asesino quería parecerse a Salvesen —completó Billy T. terminándose la botella—. Claro que hemos pensado en esa posibilidad, aún la tenemos presente, pero ¿por qué?

—Pasas demasiado tiempo con Hanne —dijo Karen secamente—. Además, sois vosotros los que debéis encontrar un motivo, no yo, por suerte.

—Por cierto, ¿cómo les va a los chicos? —preguntó Billy T.—. No fue un plato de gusto llevar al chaval a comisaría para interrogarle con su madre muerta y su padre entre rejas hasta Dios sabe cuándo.

—Los chicos van saliendo adelante —dijo Karen frunciendo las cejas como si estuviera preocupada por algo—; Thea lo lleva peor. Según mi hermano, que es muy amigo de la familia, está inconsolable. Lo extraño es que parece estar mucho más afectada por que su padre esté en la cárcel que por la muerte de su madre. Ha dejado de comer. Se niega a ir al colegio. Apenas habla. Grita, está furiosa y quiere visitar a su padre, quiere que vuelva a casa. Casi nunca menciona a su madre.

—Es imposible prever la reacción de la gente en situaciones así —Billy T. bostezó—, en especial la de los niños. Tengo que irme. Me

ocuparé de completar ese informe.

Cuando ya tenía la mano en el picaporte, Karen dijo a media voz, casi para sí misma:

—Tal vez Håkon...

Billy T. se dio la vuelta y se quedó mirándola mucho rato.

—Sí —dijo por fin—. Tal vez Håkon pueda hablar con Hanne. Lo que está claro es que yo no soy el apropiado.

—¿Qué le vemos a esa mujer? —preguntó Karen Borg abstraída—, ¿por qué queremos tanto a Hanne? Es rara y con frecuencia tiene mal genio. Es introvertida, hermética. Y estamos todos pendientes de ella. ¿Por qué?

Billy T. pasó la mano por el pomo de la puerta.

—Porque no siempre es así. Tal vez nosotros... cuando de repente se abre y... No lo sé. Solo sé que es mi mejor amiga.

—La admiras muchísimo, todos la admiramos. Su talento, su inteligencia intransigente. Pero... ¿por qué somos tan vulnerables frente a ella? ¿Por qué...?

—La quiero. Tú también. No siempre hay una explicación para todo en esta vida.

Su voz sonó despectiva y brusca, como un eco de la de Hanne. De pronto se tocó la frente y se marchó.

28

Eran las 12.25 del 10 de marzo de 1999. Karianne Holbeck ya tenía a sus espaldas una jornada laboral de siete horas e intentaba darse un masaje en la nuca. Al doblar el brazo se dio cuenta de que debía de haber engordado más. También lo notaba en el pantalón vaquero, que le quedaba tan ajustado que ya no podía estar sentada con el botón de la cintura abrochado. La irritaba infinito. El 4 de enero, en un ataque de optimismo, se había abonado por seis meses al gimnasio. Hasta la fecha había ido una sola vez.

El teléfono volvió a sonar.

—Holbeck —ladró en el auricular.

—Buenos días. Mi nombre es...

La inspectora Karianne Holbeck no entendió el nombre, ni de lejos. Lo único que captó es que debía de tratarse de un extranjero.

—¿De qué se trata? —dijo con indiferencia mientras abría el folleto del gimnasio para intentar averiguar hasta qué hora abrían.

—La llamo por el abogado —dijo la voz—, ese del que escriben en los periódicos. Ese que se llama Halvorsrud.

—Halvorsrud —murmuró Holbeck consultando su reloj—. Y no es abogado, es fiscal.

—Es que soy de Turquía, ¿sabe usted? —continuó el hombre sin inmutarse—. Llevo una frutería en Grünerløkka.

El gimnasio cerraba a las ocho. Todavía tenía alguna posibilidad de ir esa tarde.

—¿Sabe? —insistió la voz del teléfono—, el año pasado me denunciaron a la poli. Una tontería, ¿sabe usted?, pero dijeron que no había pagado bien los impuestos, la contabilidad no era buena, dijeron. Y entonces me llamó Halvorsrood, dijo que podía ayudarme. Quería encontrarse conmigo una tarde, hablarme de lo que me costaría... lo que me costaría arreglar ese desaguisado. No lo entendí bien. Mi mujer dijo que no.

El interés de Karianne Holbeck se había disparado. Buscó febrilmente un bolígrafo que no aparecía.

—¿Dijo que era él quien llamaba? ¿Se presentó como Sigurd Halvorsrud?

—Sí, eso fue lo que dijo. No dijo qué era, ni abogado ni nada, pero yo escribo su nombre en un papel, aquí tengo ese papel.

Karianne Holbeck carraspeó y abrió irritada un cajón detrás de otro en busca de algo con lo que escribir, pero no tuvo suerte.

—No sé si interesa a la poli, pero creí que yo...

—¿Puedes venir por aquí? —le interrumpió Holbeck—. Me gustaría hablar contigo en persona.

Echó una mirada a un reloj con forma de Pato Donald que amenazaba con caerse del escritorio.

—¿Hacia las dos?

—No, ahora estoy *busy*, muy *busy*. Puedo ir el lunes. El lunes a las diez, por ejemplo. Puedo ir y preguntar por...

—Holbeck —dijo Karianne vocalizando mucho, como si hablara con un sordo—, Ka-ri-an-ne Hol-beck. Pero espera un momento...

—Dejó el auricular sobre la mesa y salió disparada al despacho vecino en busca de algo con lo que escribir—. ¡Oiga! —dijo sin aliento al teléfono cuando regresó—, ¿está usted ahí?

No estaba. Solo se escuchaba una irritante y monótona señal de ocupado. Presionó con furia para recuperar la línea, pero no lo logró.

—Maldito extranjero —siseó colgando de golpe.

Se tapó la boca y rezó para que nadie la hubiera oído desde el pasillo a través de la puerta abierta. Solo le cabía esperar que ese hombre apareciera el lunes por allí, lo que no era ni mucho menos seguro. Hacía mucho que Karianne Holbeck había comprobado por propia experiencia que los extranjeros en su mayoría no eran de fiar. No es que fuera racista. Todos los seres humanos eran iguales. El problema era solo que una no podía fiarse de turcos e iraníes, paquistaníes y norteafricanos, vietnamitas y latinoamericanos. El lunes o el martes, a la una o a las cinco; era imposible saber si aquel tipo se pondría en contacto con ella.

Karianne Holbeck ni siquiera recordaba qué clase de tienda tenía el hombre. Le parecía haber oído mencionar el barrio de Grünerløkka, pero no estaba segura. Eso sí, recordaba que era turco, como si saber eso le fuera a servir de algo.

—Así salen las cosas cuando la jornada empieza a las cinco y media —murmuró irritada dándose cuenta de que había cometido un error de los que hacen época.

Eivind Torsvik advirtió de pronto que hacía dos semanas que no pronunciaba palabra. Casi se había olvidado del sonido de su propia voz. Se tumbó en el sofá e intentó concentrarse para recordar su timbre. Sabía que parecía más joven de lo que era. Su voz era clara y melodiosa, con un tono algo exótico que podía dar la impresión, equivocada, de que no era noruego. En una ocasión un profesor del colegio le sorprendió después de que se colara en el gimnasio para pasar la noche. Eivind cantaba viejas canciones de los Eagles para espantar el miedo. El maestro se quedó asombrado y Eivind sospechó que llevaba un buen rato escuchándole cuando por fin emergió de entre las sombras. El hombre dijo que Eivind tenía mucho talento para la música, pero él pensó que seguramente solo pretendía ser amable. A pesar de todo el niño salió corriendo. Ahora, al mirar atrás, era incapaz de recordar adónde había ido. Después de aquel día no había vuelto a cantar ni una nota.

Era agradable estar así, tumbado, en un duermaveja. Sería fácil decir algo, sin más. Pero era demasiado sencillo. Los puntos que bailaban tras sus párpados se reunieron en un foco rojo. Así. Eso era. Dijo despacio y claro:

—La red se está cerrando. Pronto les tendremos.

Su voz era exactamente como la recordaba. Diáfana y un punto infantil; le iba muy bien al apodo que le pusieron en la cárcel.

—Soy el Ángel —dijo Eivind Torsvik satisfecho, y se quedó dormido.

—¡Vaya! —exclamó Håkon Sand—. ¿Tú por aquí?

Sin darse cuenta comprobó la hora. Era casi medianoche. No tenía ni idea de qué podía estar haciendo el director de la policía Hans Christian Mykland frente al bloque de ladrillo visto y de poca altura en Lille Tøyen donde vivían Hanne y Cecilie. Y aún menos a aquella hora.

—Tienes buen aspecto —le dijo el director con voz animada, y le dio al fiscal Sand un desenfadado golpecito en el hombro—. ¿Te cuidan bien en Hambro Plass?

Håkon contestó con un murmullo incomprensible. No podía entender por qué estaba allí el director. Se metió un dedo en la oreja y se rascó con energía.

—Quería visitar a nuestra común amiga —dijo Mykland indicando la ventana del tercer piso con un movimiento de cabeza—. Me preguntaba cómo van las cosas, eso es todo.

De pronto desapareció el tono jovial. A la mortecina luz de una farola Håkon Sand pudo ver el rostro preocupado del director de la policía, que tampoco supo interpretar. El hombre parecía mayor de la edad que Håkon le echaba, tal vez fuera por la penumbra entre gris y amarillenta, o por la vieja parka marrón claro que le asemejaba a un vendedor de coches usados a punto de jubilarse.

—¿Os conocéis? —dijo sin pensarlo—. Quiero decir... ¿eres amigo de Hanne?

El director sonrió y negó con la cabeza de forma casi imperceptible.

—Sería exagerado afirmar eso. Pero me importa. Está pasando una mala racha. Pero... —abrió los brazos dedicándole una gran sonrisa—, ahora que estás aquí, Hanne queda en buenas manos. Me voy. Buenas noches.

Håkon murmuró una especie de despedida mientras observaba al director, que recorrió al trote los veinte o treinta metros que le separaban de un viejo Saab de color amarillo limón. El coche protestó sonoramente, pero tras dos estallidos del carburador subió renqueando la cuesta dejando tras de sí una estela de humo negrísimo. Håkon suspiró profundamente y llamó al telefonillo.

No obtuvo respuesta.

Volvió a llamar, tanto rato que le pareció que era de mala educación. Luego se apartó tres pasos y miró hacia la ventana de la cocina del tercer piso. Tras las cortinas se veía una lámpara encendida. El resto del bloque estaba a oscuras, salvo el sótano, donde alguien se había dejado la luz encendida. Una ventana rectangular dejaba caer una fría luz azul sobre sus pies.

Estaba en casa, Håkon no tenía duda alguna. Había llamado al hospital y una enfermera muy amable le había confirmado que Hanne Wilhelmsen había dejado a Cecilie Vibe dormida hacia las once.

—Ni de coña, Hanne.

Volvió a pulsar el timbre con fuerza, en esta ocasión saltándose cualquier norma de educación. Apretó con el dedo un tiempo que se le hizo eterno y, cuando estaba a punto de rendirse, se oyó un zumbido, empujó la puerta y se abrió.

Le costaba comprender la angustia que le embargaba. Su corazón no había latido con tanta fuerza desde que llevara su primer caso en el Tribunal Supremo. Cuando abrió las manos vio que el sudor brillaba en los surcos de la vida. Håkon Sand no sabía de qué

tenía miedo. Hanne Wilhelmsen era una vieja y buena amiga. No entendía por qué razón sentía pánico al acercarse a la puerta con la placa de bronce: HW & CV.

Las cosas no mejoraron cuando ella abrió la puerta.

Tenía el rostro irreconocible por el llanto; sus ojos eran dos líneas entre los rasgos inflamados y su labio inferior temblaba tanto que Håkon no pudo apartar la vista de él. Observó una gota de saliva que vibraba en una herida que partía el labio en dos; cayó y le bajó por el cuello. Tenía las mejillas al rojo vivo y toda ella parecía haber encogido. Los brazos le colgaban apáticos y los hombros se le perdían en una sudadera que le quedaba grande.

No supo qué decir y se sentó en la escalera. A través del pantalón sentía el frío helado del escalón de hormigón. Se frotó las manos y no pudo seguir mirando a Hanne.

—Pasa —dijo ella por fin con una voz que él oía por primera vez.

Se puso de pie con dificultad y respirando pesadamente; se quedó en el recibidor sin quitarse la chaqueta, incluso cuando Hanne fue hacia el salón.

El piso olía a Cecilie. El olor a Boss Woman saturaba el aire. Notó que el olor era apremiante y también incomprensible, hasta que vio un bote casi vacío sobre la mesita del recibidor. Fue hacia el salón, donde el olor era si cabe más intenso.

—Has vaciado el frasco —dijo mordiéndose el labio.

Hanne no contestó. Estaba sentada muy erguida en una silla del comedor, sin apoyarse en el respaldo. Tenía las manos abiertas en el regazo, como si estuviera esperando que le hicieran un regalo. Miraba algo con tal intensidad que Håkon intentó ver qué era. Una pared blanca, vacía.

Por fin se deshizo de la pesada chaqueta, que cayó a sus pies. Luego fue a sentarse en el sofá, muy despacio. Distráído cogió una naranja del frutero y empezó a darle vueltas pasándola de una mano a otra.

—¿Cómo ha ido? —consiguió decir por fin.

—*Game over* —dijo Hanne con voz monótona—. Metástasis en el hígado, nada que hacer.

La naranja reventó y el tibio zumo corrió por las manos de Håkon y goteó hasta formar grandes manchas en la pernera. Dejó la fruta machacada, apoyó las manos pegajosas e inútiles sobre sus rodillas y se echó a llorar.

Hanne por fin dejó de mirar a un punto fijo y le observó. Cuando él irguió la espalda para poder respirar, volvió su rostro hacia ella.

—Márchate. Quiero que te vayas.

Él intentó reírse, y sollozó mientras se le escapaban lágrimas y mocos.

—Estoy llorando —farfulló al tiempo que se secaba la cara con la manga—. Lloro por Cecilie, pero sobre todo por ti. Tienes que estar pasándolo peor de lo que soy capaz de imaginar. Te has convertido en una imbécil, Hanne, y no puedo entender... —El resto se perdió en un ataque de tos.

—Tienes que irte a casa con tu familia —dijo Hanne apartándose el cabello de la frente con un movimiento rígido y lento de la mano derecha—. Es tarde.

Por un momento la miró incrédulo, luego se puso de pie con decisión. Se golpeó la rodilla con el canto de la mesa y lanzó un sonoro taco.

—¡Claro! —gritó con voz aguda—, claro que me voy a casa, ahora mismo. Quédate ahí sentada, niégate a hablar conmigo, haz lo que quieras, joder. Pero no voy a irme. Me quedo aquí.

A falta de nada mejor que hacer se subía y bajaba las mangas del jersey con furia. Sollozaba como un niño grande, y le entró zumo en los ojos cuando intentó parar las lágrimas.

—¡Mierda, Hanne! ¿Qué te ha pasado?

Más tarde tendría dificultades para explicar lo sucedido. En ese momento no entendió nada, y todo ocurrió de manera tan inesperada que en los días siguientes no fue capaz de transmitir el comportamiento de Hanne. Fue tan irracional, tan inesperado y tan impropio de Hanne Wilhelmsen que a veces le parecía que lo había

soñado. Solo al pasarse la mano por el esternón dolorido entendía que ella en verdad le había agredido.

Se levantó de la silla, fue hacia él y le dio un fuerte tirón de orejas. Luego le dio un puñetazo en el estómago. Entonces cayó de rodillas sin dejar de golpearle las piernas, hasta que quedó sentada con la cabeza entre las piernas y las manos cruzadas en la nuca.

—Hanne —susurró él poniéndose en cuclillas—. Hanne, déjame que te ayude un poco.

Apática, dejó que la levantara. Los brazos de él pudieron rodearla y ella dejó caer la cabeza sobre su hombro. Oía intensamente a Cecilie y de pronto comprendió que se había vaciado el frasco encima. Håkon no sabía cuánto tiempo llevaban allí de pie. Solo podía sujetarla. Poco a poco se fue haciendo más pesada. Por fin comprendió que se había dormido. Le pasó con mucho cuidado un brazo por la cintura y fue con él al dormitorio como una sonámbula. Se tumbó sin desvestirse. Él se quedó escuchando su respiración e intentando acompasar la suya al mismo ritmo. Luego se tumbó a su lado sin hacer ruido, tapó a los dos con un edredón y cerró los ojos.

—Me doy miedo.

Håkon Sand despertó de golpe y tuvo un instante de pánico hasta que recordó dónde estaba. Hanne estaba en la misma postura en que se había acostado; boca abajo, con los brazos a lo largo del cuerpo y la cabeza ladeada. El edredón estaba en el suelo.

—Me siento atrapada en lo que una vez fui. En todo lo que he hecho, en todo aquello de lo que me arrepiento.

Håkon tosió un poco y, apoyándose sobre su brazo izquierdo, le puso la otra mano sobre la espalda y la acarició trazando círculos con cuidado.

—Es como si quisiera distanciarme de mí misma, como si quisiera alejarme corriendo... —Hanne suspiró intentando tomar aire —, corriendo para separarme de mi sombra. No puede ser. Quiero borrarlo todo y volver a empezar. Es demasiado tarde. Hace años que es demasiado tarde.

Sollozó bajito y se puso de lado dándole la espalda. Él pensó que tal vez lo había hecho para que quitara la mano. Seguía sin decir nada. La habitación tenía el aire viciado y en la luz que se colaba por debajo de la puerta bailaba el polvo. A lo lejos una moto cambió de marcha dos veces. Volvió el silencio y Håkon entrecerró los ojos. De pronto Hanne continuó:

—Cuando estoy sola pienso en todo lo que se ha roto. La amistad, el amor, la vida, todo.

—Pero... —empezó Håkon con un hilo de voz.

—No digas nada —dijo ella quedamente—. No digas nada, por favor, solo quédate conmigo.

Se encogió en posición fetal y él no pudo evitar acariciarle el pelo.

—Tienes razón —susurró—, soy un imbécil. Soy alguien que... alguien que destruye, todo lo que sé hacer en esta vida es ser policía. Y ahora no sirve de nada. Cero. Seguro que Cecilie está encantada con que sea poli.

Håkon se inclinó sobre ella con mucho cuidado y recogió el edredón del suelo. Luego se acercó a su cuerpo encogido. Sintió su columna vertebral contra su pecho, y se dio cuenta de lo mucho que había adelgazado. La apretó contra sí mientras le susurraba palabras incomprensibles a su cabello. La mano de Hanne cubrió la suya, y cuando dejó de apretarla comprendió que se había vuelto a dormir. Su respiración era casi inaudible.

Llevaba más de media hora con la mirada clavada en el techo. Contaba los segundos para comprobar cuánto tiempo era capaz de estar sin parpadear. Los reflejos vencían a la voluntad. Todas y cada una de las veces. Se dio la vuelta con cuidado. El sudor había pegado el escaso flequillo de Håkon a su frente. Dormía profunda e incómodamente, vestido con toda la ropa. El edredón estaba enrollado a la altura de su cintura y Hanne vio que ni siquiera se había quitado las deportivas. Tenía la boca abierta y roncaba, seguro que por eso se había despertado. No se había acordado de nada y los primeros segundos habían sido como los de cualquier mañana, vacíos, ni buenos ni malos. Luego, el día anterior cayó sobre ella. Le costaba respirar y, desesperada, intentó quedarse con los ojos abiertos para siempre, pero tampoco fue capaz.

Comprobó la hora. Las 06.30. No quería ducharse. El olor rancio a sudor angustiado y colonia vieja, que sin ser la suya le destrozaba el corazón cada vez que respiraba, era un castigo merecido. O al menos el inicio de un castigo. Dudó un momento y decidió no escribir una nota. En su lugar dejó una copia de las llaves bien a la vista, sobre la mesita del recibidor. Vestida con la misma ropa del día anterior, corrió al trote los quince minutos escasos que tardó en llegar a Grønlandsleiret 44.

Allí seguía la comisaría, inmutable, chata y gris.

Cuando pasó la tarjeta por el lector y la puerta que daba acceso al personal a la zona este se abrió, se sintió como si estuviera arrastrándose hacia una precaria balsa salvavidas. Al final del pasillo, al llegar al gigantesco vestíbulo de siete plantas de altura, se detuvo en el centro en lugar de ir hacia los ascensores. La gran estancia abierta estaba desierta, salvo por un hombre mayor vestido con un chándal azul y amarillo que limpiaba el suelo tras los mostradores de la esquina sudeste del edificio. Dedicó un movimiento de cabeza y una sonrisa a Hanne sin recibir nada a cambio.

La comisaría aún no se había enterado de que era de día. Alguna que otra puerta se abría y cerraba en las plantas altas y del puesto de guardia llegaban gritos ahogados a través de las paredes de cristal antibalas. Pero aún reinaba una sensación de calma, una calma que normalmente Hanne adoraba.

Ni siquiera estaba agotada. Algo cansada, tal vez, con el cuerpo dolorido, pero tenía la cabeza despejada, concentrada y fría. Sobre su escritorio había cuatro montones de documentos; se alternaban las fundas de color rosa y verde ordenadas con esmero. Dejó la taza de café con dibujos de los Mumins en un extremo de la mesa y encendió un cigarrillo. La primera calada le provocó un intenso mareo, extrañamente agradable, como una droga anestésica.

Empezó por la carpeta más abultada en la que Karianne Holbeck había reunido las declaraciones de los principales testigos. Las encabezaba una relación de los interrogados y lo más importante que habían dicho. Hanne Wilhelmsen pasó las páginas despacio y se detuvo en el tercero de los entrevistados.

La testigo Sigrid Riis se considera la mejor amiga de la fallecida. Se conocen desde los catorce años y fueron testigos en sus respectivas bodas.

Hanne recordó que faltaban menos de tres meses para que ella fuera testigo de la boda de Billy T. Tenía dudas sobre lo que eso

quería decir de su grado de amistad. Apagó el cigarrillo y recordó que Cecilie estaría a punto de despertar de una noche de sueño inducido por las drogas. Se pasó el pulgar y el índice por las comisuras de los labios y se los humedeció antes de seguir leyendo.

La testigo declara que la fallecida Doris Flo Halvorsrud era una persona alegre y extrovertida. La testigo no puede creer que alguien quisiera hacerle daño. La testigo considera que tenía un número normal de amistades y muchos conocidos, sobre todo a causa de la profesión de su marido. La fallecida podía sacar su genio y ser muy tozuda cuando discutía sobre un tema, pero siempre tenía un comentario divertido a mano que solucionaba la situación en el caso de que alguien se hubiera podido sentir ofendido por sus argumentos.

La testigo considera que la fallecida parecía, en general, satisfecha con su matrimonio. En los últimos tiempos, más o menos en el último medio año, la fallecida y la testigo no se habían tratado con la misma asiduidad, debido a que la testigo ha residido en Copenhague durante cinco meses, contratada por el colegio Steiner de la ciudad. En las ocasiones en que se han visto, la testigo ha tenido la sensación de que el matrimonio no iba «bien del todo». Entre otras cosas, en una ocasión la fallecida le preguntó a la testigo cómo se las había arreglado económicamente tras su divorcio (la testigo se divorció de su marido hace año y medio). No profundizaron en el asunto y la testigo no recuerda qué dijeron al respecto. En otra ocasión la fallecida se irritó de pronto y llamó a su marido «hipócrita». Fue durante una cena que ambas compartieron dos meses atrás en la que la testigo había hecho un comentario amable sobre una entrevista en profundidad con Halvorsrud que se acababa de publicar. La testigo no dio especial importancia al comentario en su momento.

La testigo afirma que la fallecida era una buena madre. Siempre tenía tiempo para sus hijos y probablemente dejaba su carrera profesional muy en segundo plano por esa causa. Su relación con los chicos, Marius y Preben, era especialmente buena. La hija, Thea, siempre ha sido «una niña de papá». La testigo afirma que no era de extrañar, puesto que es frecuente que las chicas con talento estén especialmente unidas a sus padres.

Hanne levantó la vista, bebió un trago de café, pensó en su padre. Le resultaba casi imposible recrear sus rasgos. Hanne Wilhelmsen tenía dos hermanos mucho mayores y nunca había estado unida a ellos. Desde el momento en que había sido capaz de pensar por sí misma, o incluso antes, se había sentido desplazada. A los ocho años había dedicado la primavera a construir una cabaña en un árbol al fondo del gran jardín poblado de manzanos. Había encontrado la madera en solares en obras y tirada por ahí. El vecino, un artesano de más de setenta años que todos los sábados freía panceta y la compartía con la niña del peto azul, le había dado los clavos y la ayudaba alguna vez. La cabaña resultó preciosa, con ventanas de verdad que habían sido de un autobús. Hanne había puesto alfombrillas viejas en el suelo y una foto del rey Olav en la pared. La sensación de tener algo que era solo suyo, algo que el resto de la familia apenas se molestó en acercarse a ver, le había dado por primera vez la certeza de que sola era más fuerte. Más tarde renunció al ambiente polvoriento y académico de su casa en la que, para colmo, sus padres se habían negado a tener televisión porque «Hanne, hay tantos grandes libros que leer».

La testigo está conmocionada por el brutal asesinato de su amiga, pero no puede creer que haya sido el acusado. Su impresión es que siempre ha sido un marido y padre considerado, aunque haya «tenido sus cosas», sin que la testigo quiera profundizar en qué quiere decir con eso. La testigo no tiene más información relevante para el caso que la que aquí se recoge.

Todas las páginas de la declaración estaban firmadas, de la primera a la última, como indicaba el reglamento.

—Una vida normal —se dijo Hanne a media voz apartando el informe—. Un buen marido, hijos majos y alguna que otra discusión.

Se le había enfriado el café, y se lo bebió de un trago. Un regusto amargo se pegó a su lengua y pudo seguir el ácido recorrido

del líquido hasta llegar a un estómago al que al parecer le hacía falta un desayuno mejor que un cigarrillo y un café.

Hanne debería estar en el hospital. Iba a ir. Enseguida.

El montón de documentos de Karl Sommarøy también estaba ordenado y bien estructurado. En la cubierta había escrito «Ståle Salvesen» con rotulador y una letra rebelde de zurdo. Empezaba con los papeles más antiguos, impresos del registro civil y de la propiedad. Los datos fiscales cubrían los diez últimos años y reflejaban que todavía en 1990 Salvesen había declarado unos ingresos de más de ocho millones de coronas. A continuación había una modesta y poco interesante relación de sus pertenencias actuales. Habían pegado copias de artículos de prensa de cuando las cosas empezaron a ponerse mal para Salvesen. Hanne los leyó por encima sin encontrar nada que no supiera ya. Le llamó la atención que los titulares eran demasiado grandes y dramáticos para que luego acabara archivándose la causa.

—Cuéntame algo que no sepa —murmuró, y suspiró.

Una foto fechada en 1989 llamó su atención. No es que Ståle Salvesen fuera guapo, pero la foto mostraba a un hombre de mirada firme y una media sonrisa descarada. Sus ojos estaban fijos en el fotógrafo y Hanne sintió un escalofrío por la vivacidad de su rostro. Salvesen tenía el cabello escaso peinado hacia atrás y la frente alta; en su ancha barbilla se insinuaba la sombra de un hoyuelo. La foto estaba cortada a la altura del pecho, pero aun así se intuía una vestimenta cara y discreta. La chaqueta del traje era oscura, incluso en una foto de periódico en blanco y negro; la camisa parecía de un blanco inmaculado bajo la corbata de rayas.

A continuación había un informe.

En cuanto al pasado financiero de Salvesen, hacemos referencia al recorte de prensa adjunto y a datos de su declaración de la renta. Queda claro que dispuso de mucho dinero pero que, tras verse obligado a dejar Aurora Data a causa de la investigación sobre la empresa y sobre él, tuvo grandes pérdidas. Entiendo que sería muy laborioso

averiguar adónde fue a parar el dinero en realidad. Queda pendiente a la espera de futuras instrucciones. El hecho es que a día de hoy no tiene ninguna propiedad de valor. El apartamento es de alquiler y su coche, un Honda Civic del 84, apenas vale su peso en chatarra.

Es evidente que Salvesen ha vivido de forma muy discreta los últimos años. Se divorció de su esposa en 1994, tras estar separados un año. Aún no hemos logrado hablar con ella. Emigró a Australia en la primavera de 1995, pero las averiguaciones que se han hecho en la embajada de Camberra indican que es probable que ya no viva allí. Sigo intentando dar con ella. Puede haberse cambiado el nombre y puede que haya obtenido la nacionalidad australiana. Su hijo, Frede Parr (¡ha adoptado el apellido de su mujer norteamericana!), vive en Houston, Texas, y es asesor informático de una empresa petrolífera. Hablé con él por teléfono el lunes 8 de marzo de 1999 a las 17.30, hora noruega. Parecía molesto por la interrupción y llamativamente poco interesado en el posible suicidio de su padre. Afirma que hace mucho que no habla con su padre, cree que desde 1993, aunque no puede asegurarlo. Con su madre no habla desde hace un par de años. De esa fecha estaba más seguro porque fue él quien la llamó el 23 de marzo de 1997 para contarle que había nacido su segundo nieto. En ese momento la señora Salvesen vivía en Alice, Australia. Frede Parr ha perdido su número y no tiene ni idea de si su madre se sigue llamando Salvesen.

A mi pregunta de si era probable que su padre se hubiera suicidado, me contestó casi literalmente: «Lo raro es que no lo hiciera hace muchos años. Desperdiciaba su vida, era un ser humano inútil».

El resto de mis averiguaciones apuntan a que Salvesen no tenía trato con nadie, con una salvedad (véase más abajo). Ninguno de los vecinos de su misma planta le conocía, a pesar de que se mudó allí en diciembre de 1995. En la oficina de Servicios Sociales nos informan de que las pocas veces que fue por allí para tramitar su pensión de invalidez apenas abría la boca. En la historia clínica que se le abrió a propósito de la concesión de la pensión se refleja que pasaba solo la mayor parte del tiempo, no tenía afición alguna y tampoco hay indicios de que abusara del alcohol u otras sustancias.

La finca de la calle Vogt tiene portero. Ole Monrad Karlsen tiene setenta años, y sigue en el puesto porque nadie parece tener valor para echarle de la vivienda que le corresponde. Dos vecinos nos informan de

que han visto a Salvesen entrar o salir de la vivienda del portero varias veces. Hablé con Karlsen el martes 9 de marzo de 1999 a las 18.00.

El portero Karlsen fue muy hostil, casi amenazante. No quería hablar conmigo. Cuando le dije que era de la policía cerró de un portazo, y solo accedió a hablar brevemente conmigo después de discutir con él durante diez minutos a través de la puerta cerrada. No saqué nada en limpio, pero creo que hay motivos para creer que Salvesen y Karlsen mantenían cierta amistad. Cuando le dije que, según todos los indicios, Salvesen probablemente había muerto, me pareció que le temblaban los labios y se le humedecían los ojos. Se quedó callado, después de haberme abroncado durante varios minutos.

Hanne se reclinó en su silla y cerró los ojos.

Ahí había algo.

Había un esquema, o tal vez algún indicio. Era débil y difícil de ver. El ruido que llegaba del otro lado de la puerta se había intensificado porque ya eran casi las nueve de la mañana. Le molestaban, perdía la perspectiva.

—Australia —susurró—. Texas. La calle Vogt. Una niña de papá, un fiscal hipócrita.

La jaqueca llegó de forma repentina e intensa. Se sujetó las sienes; le zumbaban los oídos y gimió:

—Ullevål.

Llamaron a la puerta. Hanne no contestó. Llamaron de nuevo. Cuando la puerta se abrió sin esperar respuesta, Hanne ya se había puesto la chaqueta.

—No tengo tiempo —le dijo de prisa a Karianne Holbeck escabulléndose—, estaré de vuelta en un par de horas o tres.

—Pero espera, tengo algo que...

Hanne no le hizo caso. Correteó hacia el ascensor y de ella solo quedó un rastro de olor a sudor y colonia rancia. Karianne Holbeck arrugó la nariz. Hanne Wilhelmsen solía oler muy bien.

El portero Ole Monrad Karlsen estaba alterado. Nunca le había gustado la policía. No le gustaba ninguna clase de autoridad. Regresó a Noruega en 1947, a los veintitrés años, tras haber estado embarcado desde los quince, y le llamaron para el servicio militar. Opinaba que eso no estaba bien. Le habían torpedeado en 1943 y en enero del 45, y había cumplido de sobra con la madre patria. Las autoridades militares no compartían su criterio. Ole Monrad Karlsen tuvo que hacer la mili, y perdió un buen trabajo que la naviera le había buscado en tierra.

La policía creía que Ståle había muerto.

Aunque a Ole Monrad Karlsen le costaba aceptar que su único amigo estuviera muerto, veía la lógica del asunto. Todo encajaba. Sentado a la mesa de la cocina bebiendo café muy cargado y con unas gotas de aguardiente, se secó una lágrima y pronunció una silenciosa plegaria por Ståle Salvesen.

Era un buen hombre.

Ståle le escuchaba. Ståle había conseguido que Ole Monrad Karlsen hablara de la guerra. Hasta entonces nunca lo había hecho. Con nadie, ni siquiera con Klara, con la que Karlsen se había casado en 1952 y compartido la cama hasta que una mañana de invierno de 1979 no pudo despertarla. No habían sido bendecidos con descendencia, pero Klara le había proporcionado una modesta

sensación de satisfacción que no estaba dispuesto a estropear con charlitas sobre las catástrofes que había vivido muchos años atrás. Pero la guerra le había alcanzado, como si las fuerzas para mantener todo aquello a distancia se estuvieran terminando. Cada vez con más frecuencia le despertaba en mitad de la noche una pesadilla horrible sobre el agua, el mar helado y los gritos de sus compañeros que se ahogaban.

Ståle le había escuchado y le había regalado una botella de aguardiente de vez en cuando. No es que Karlsen fuera bebedor, pero siempre le había gustado echarse un chorrito de licor al café. A Ståle los de arriba le habían destrozado la vida, igual que al propio Karlsen, que había perdido un trabajo estupendo en tierra solo porque los malditos burócratas no podían entender cómo había sido navegar durante la guerra.

Karlsen estaba satisfecho por no haber dejado que el policía entrara en su piso. Allí no se le había perdido nada. Ole Monrad Karlsen no había hecho nada ilegal en toda su vida, y decidía sobre sus cosas y sobre su vida. En un rato bajaría al sótano para asegurarse de que todo estaba en orden. Era lo menos que podía hacer por su buen amigo Ståle Salvesen.

Se secó otra lágrima con el rugoso dorso de la mano y echó un buen chorro de aguardiente en la taza.

—Descansa en paz —susurró brindando en dirección a la silla vacía al otro lado de la mesa de la cocina—. Espero que estés bien, allá donde te encuentres. Vaya cosas...

Un drogadicto se arrastraba por la calle Aker. Tenía las rodillas destrozadas por los quince años que llevaba esnifando y andaba arrastrando los pies y moviendo mucho el cuerpo. Evald Bromo notó la peste a disolvente antes de ver al tipo y volvió la cara invadido por las náuseas.

—Diez coronas, venga, tío —farfulló el hombre alargando una mano huesuda y sucia—, ¡diez coronas nada más!

Evald Bromo no quería detenerse. Pero por experiencia sabía que la mejor manera de deshacerse del tipo era darle dinero. Anduvo más despacio y se metió la mano en el bolsillo en busca de calderilla. Encontró una moneda de veinte y la observó un momento, negó con la cabeza y se la tendió al tipo maloliente. El regalo debió de pillarle por sorpresa. Se le cayó la moneda y se quedó tambaleándose indeciso, como si no supiera adónde había ido a parar el dinero. Evald Bromo se agachó irritado para ayudarlo, pero tal vez dio la impresión de que se arrepentía de su generosidad, porque al tipo le entró prisa. Sus cabezas chocaron y Evald Bromo se cayó. El colgado se lamentó a gritos y puso todo su empeño en ayudar a Bromo a levantarse. Bromo prefirió hacerlo por su cuenta y acabaron los dos enredados en el suelo frente a la entrada principal del *Aftenposten*. La redactora jefe del periódico apareció por la esquina de la farmacia Kronen y cruzó sin mirar la calle Aker entre

tres coches que esperaban la luz verde. Al pasar la puerta principal del *Dagbladet* vio que el que estaba en el suelo era Evald Bromo y que tenía encima al mendigo más pesado de la zona. Al instante tuvo la convicción de que el periodista había sido asaltado. Furiosa, utilizó el paraguas como arma contra la espalda del drogata y fue corriendo a la recepción de su periódico para pedir que llamaran a la policía inmediatamente. Luego volvió a salir.

Evald Bromo estaba solo, apoyado contra una columna sacudiéndose la gravilla y la suciedad de la ropa. Ante la insistencia de la directora murmuró algo incomprensible para dejar claro que no quería ir al médico.

—No fue un atraco —consiguió articular por fin—. Fue un accidente, no estoy herido, gracias.

La directora le miró con desconfianza. Por un momento se acordó del extraño e-mail anónimo.

—¿Va todo bien, Evald?

Puso la mano sobre su antebrazo y él se quedó mirando hipnotizado sus largas uñas rojas que desaparecían en parte en el grueso tweed de la manga de su chaqueta. Quería zafarse, pero tragó saliva y se obligó a sonreír y tranquilizarla.

—Todo bien. De verdad.

—¿En general también? ¿No hay nada que te preocupe?

—No —dijo dándose cuenta de que sonaba demasiado brusco—, estoy perfectamente.

—Vale, vale —dijo la directora con una sonrisa de ánimo—. Tenemos un periódico por hacer, Evald. Nos vemos.

Alta y erguida, se perdió en el interior del edificio. La satisfacción descansaba sobre su pecho como un cojín mullido. Era una cuestión de honor preocuparse por el bien de sus colegas. Nadie diría que no había cumplido con su deber con Evald Bromo. Ni siquiera se dio cuenta de si él entraba en la redacción tras ella, pero también es cierto que coincidió con el ministro de Economía camino del ascensor.

Cuando Hanne volvió del hospital ya eran casi las cuatro y media de la tarde. Había tardado un cuarto de hora frente al espejo del baño en conseguir que su cara tuviera un aspecto lo bastante presentable como para que sus ojos enrojecidos pudieran pasar por un síntoma de una fuerte gripe primaveral. Extendió un poco de maquillaje sobre sus mejillas para tapar las manchas más visibles y se pintó los labios de rojo. Tenía que cortarse el pelo cuanto antes, pero era imposible saber cuándo tendría fuerzas y ánimo para eso.

—Pues sí que han sido un par de horas o tres bien largas —dijo Karianne Holbeck entre crítica y curiosa observando a Hanne.

Nueve investigadores, con el jefe de sección Jan Sørliie a la cola, salieron en fila de la estrecha sala de reuniones. Un olor rancio a gente encerrada la envolvió, y cuando Hanne entró a coger una Coca-Cola de la nevera la golpeó como una pared.

—Lo siento —le murmuró Hanne Wilhelmsen a su jefe al cruzarse con él—. Un asunto urgente de carácter personal.

No dijo nada, pero Sørliie le lanzó una mirada que le dejó claro que Billy T., o tal vez ese maldito metomentodo del director de la policía, se había ido de la lengua. La mirada destilaba compasión desvalida, y Hanne bajó la vista y cerró la puerta sin motivo.

Billy T. volvió a abrirla de golpe.

—Te pillé.

Esbozó una sonrisa y tomó asiento al extremo de la mesa. Hanne tardó muchísimo en encontrar la Coca-Cola que había dejado en la nevera tres días antes. Finalmente tuvo que dejar de buscar, pues hacía rato que la había encontrado.

—¿Quieres que te haga un resumen? —preguntó Billy T. cuando Hanne por fin cerró la nevera y se incorporó—. Empezamos a intuir el contorno de algo. —Con el índice dibujó una silueta sobre la mesa como si lo dijera literalmente—. También podríamos hablar, o te doy un abrazo...

Puso las manos abiertas sobre la mesa y las observó mientras se mordía el labio. Como Hanne seguía sin decir nada, de pie, indecisa, con la botella en la mano y la mirada fija medio metro por encima de la cabeza de Billy T., prosiguió:

—Podríamos dar otro paseo. El aire de esta habitación debe de ser mortal para los dientes, parece altamente corrosivo.

Probó a esbozar una sonrisa.

—Un paseo estaría bien —dijo Hanne con una rapidez que le sorprendió—. Me gustaría ver con detenimiento el puente de Staure. ¿Cuánto se tarda en llegar allí?

—No lo sé —dijo Billy T. poniéndose de pie—, pero tengo todo el tiempo del mundo. ¿Media hora o así? ¡Vamos!

Le tendió la mano cuando dio la vuelta a la mesa y pasó junto a ella. Hanne no la cogió. Fuera estaba Karianne Holbeck esperando.

—Tengo algo que...

—Tendrá que esperar —la interrumpió Hanne—. ¿Podemos dejarlo para mañana?

—No, me temo que he cometido un error y...

Hanne consultó su reloj, suspiró profundamente y notó que apestaba más que nunca. Avergonzada, con los brazos pegados al cuerpo para retener el olor, le hizo una señal a Karianne para que la siguiera.

—Nos vemos en media hora —le dijo a Billy T.

A pesar de que la temperatura exterior había descendido hasta los siete grados, Hanne abrió la ventana de su despacho de par en

par. Luego le ofreció a Karianne una chocolatina de plátano del cuenco de esmalte que Cecilie le había regalado por su vigésimo aniversario.

—¿De qué se trata? —preguntó reclinándose en su silla lo más posible.

Karianne Holbeck le habló de la conversación que había mantenido con un individuo cuyo nombre desconocía pero que creía que era turco y tal vez tuviera una tienda en Grünerløkka. Bajó la mirada avergonzada mientras resumía su fallo potencialmente catastrófico: el hombre podría tener información sobre las posibles actividades corruptas de Halvorsrud, pero Karianne Holbeck había olvidado tomar nota de su nombre y su dirección. Lo sentía. Lo lamentaba mucho.

Hanne Wilhelmsen estuvo mucho rato sin decir nada. La habitación se estaba quedando helada; a su pesar, cerró la ventana y volvió a sentarse. Luego le ofreció a Karianne otra chocolatina de plátano. Esta la aceptó, pero la sostuvo tanto rato en la mano que se fundió y no tuvo más remedio que chuparse los dedos visiblemente incómoda.

—Te reconozco el mérito de contarlo —empezó Hanne con voz monótona y desconocida, como si repitiera algo que se había aprendido de memoria—. Tal vez no pase nada, puesto que ha quedado en venir el lunes. ¿Estás segura de que él entendió tu nombre?

—Bastante segura —dijo Karianne Holbeck aliviada—. Pero Dios sabe si aparecerá. No sonaba muy de fiar.

—¿Ah, no? —dijo Hanne arqueando las cejas de forma casi imperceptible—. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Puedes deducir de la voz de la gente si son de fiar o no?

—Bueno... —Karianne se retorció en su silla.

Hanne se fijó en que tenía una manera muy peculiar de retirarse el cabello de la cara. Era un gesto atractivo y femenino, pero a la vez parecía una forma casi infantil de esquivar su responsabilidad.

—Pues no sé muy bien... En mi opinión la gente de por ahí no tiene la misma percepción que nosotros.

A Hanne Wilhelmsen le dio igual oler como un sintecho. Se puso las manos en la nuca, separó los codos como si fueran alas y observó a su colega a través de su largo flequillo. Luego juntó los labios y emitió un leve chasquido antes de decir:

—¿Y quiénes somos «nosotros»?

—¿Cómo?

—¿Quiénes somos «nosotros»? ¿Los que entendemos el concepto de hora?

—No...

—¿Y dónde es «por ahí»? ¿Turquía? ¿Asia Menor? ¿El tercer mundo?

—No lo decía con esa intención —dijo Karianne frotándose una mancha roja que crecía a gran velocidad en su mejilla—. Yo solo quería decir que...

No dijo nada más. Hanne Wilhelmsen esperaba.

—He dicho una tontería —dijo Karianne apartándose el pelo de la cara—. Lo siento. No lo he dicho con mala intención.

Hanne apartó las manos de la nuca y se inclinó hacia delante. Cogió un bolígrafo y empezó a dibujar círculos y triángulos sobre una convocatoria de asamblea sindical. Se tomó su tiempo. Los círculos eran grandes y pequeños y se cruzaban con los triángulos en pequeñas áreas cerradas que coloreó con esmero con rotulador rojo y azul.

—Yo tampoco lo creo —dijo Hanne de pronto; Karianne dio un bote en la silla—, no creo que tengas mala intención al decirlo. Sin embargo, creo que... —golpeó los dos rotuladores sobre el papel—, debes meditar sobre a quién representas. Sobre los prejuicios que arrastras. ¿Te has fijado en el que limpia el recibidor por las mañanas? ¿Ese que viste un chándal que parece la bandera de Suecia?

Karianne negó con la cabeza. El sonrojo se había extendido como una franja sobre su nariz y parecía la versión humana de un

mapache desvalido.

—No. Pues deberías dedicarle tu atención alguna vez. Ven temprano, habla con él. Es de Eritrea. Es veterinario. Habla un noruego bastante aceptable. Pero después de pasar cuatro años en una prisión de Eritrea tiene problemas nerviosos.

—He dicho que lo siento —dijo Karianne Holbeck; esta vez casi sonó ofendida.

—Contaremos con que nuestro amigo de Grünerløkka se presente. Creo que querré hablar con él personalmente. ¿Llamó a la centralita o a la central de emergencias?

—¿Eh?

—Al 112 —dijo Hanne frotándose los ojos sin pensar en el maquillaje que acababa de ponerse—. Si llamó a emergencias la llamada estará grabada; si no, tendremos que apostar porque sepa lo que es una cita. Compruébalo, por favor, y avísame cuando llegue.

Karianne Holbeck asintió y se puso de pie.

—Toma, coge otra chocolatina.

Hanne le alcanzó el cuenco, pero Karianne ni siquiera le dio las gracias. Al salir cerró la puerta de golpe, con más fuerza de la necesaria.

Fueron en el coche particular de Hanne Wilhelmsen. El BMW tenía siete años y era blanco con un solo parachoques rojo. Cecilie le había dado un golpe el otoño anterior, cuatro días después de que Hanne diera de baja el seguro a todo riesgo.

—¿No podemos ponernos de acuerdo para no hablar de Cecilie? —dijo Hanne con voz queda, y bajó la frecuencia de los limpiaparabrisas al mínimo—. Estaría bien que aceptaras que no quiero... al menos aún no. Ve a visitarla tú, ¿vale? Se alegrará.

Billy T. intentaba echar su asiento hacia atrás, pero la palanca se le resistía. De pronto se vio con ella en la mano.

—Mierda...

Miraba alternativamente a Hanne y a la palanca. Ella echó un vistazo al destrozo, se encogió de hombros y señaló el asiento trasero con el pulgar. Billy T. tiró el trozo de metal por encima de su hombro y se abrochó el cinturón de seguridad.

Atardecía y el asfalto húmedo absorbía los débiles restos de la luz del día. La carretera se había estrechado y ya no tenía farolas. Hanne redujo la velocidad cuando notó que el coche se deslizaba sobre el agua en una curva. Guardaban silencio. Billy T. observaba el paisaje entre azul y gris. Habían arado los campos por primavera y un fuerte olor a estiércol cosquilleaba sus fosas nasales y le hacía pensar en sus hijos. Este año había pensado pasar las vacaciones

en el campo. Irían sus chicos, Tone-Marit y la niña recién nacida, todos juntos a la pequeña granja que su primo tenía en la costa oeste. Dos semanas. No fue hasta que todo estuvo decidido y organizado cuando a Billy T. se le ocurrió pensar que tal vez pasar las vacaciones con la familia y cuatro revoltosos hijastros no fuera la idea que Tone-Marit tenía de una romántica luna de miel. Pero ella se limitó a sonreír cuando, arrepentido, le preguntó si preferiría otro plan. Aseguró que le apetecía la idea, y él la creyó.

Sonrió al pensar en la recién nacida.

Un zorro cruzó la carretera como una flecha. Hanne frenó de golpe pero soltó el freno justo a tiempo de no perder el control del coche. Redujo la velocidad aún más. A cincuenta por hora tomaron la curva en la que el paisaje urbanizado se abría de pronto hacia el mar. El puente de Staure, hermoso sobre ochocientos metros de fiordo, se tensaba desde la orilla hasta la península.

Aparcaron en una parcela cubierta de gravilla a un minuto del puente. Hanne echó un vistazo rápido a los documentos que había dejado entre el asiento y la palanca de cambio. Allí habían encontrado el viejo Honda de Ståle Salvesen. Ahora el lugar estaba vacío. El viento había tumbado un cubo de basura y un tejón, o tal vez un perro, la había dispersado. En el aire fresco y salado del mar flotaba un rastro de podredumbre.

—Es extraño que no recojan eso —dijo distraída mientras cerraba el coche.

—Treinta y cinco minutos —gritó Billy T.; iba por delante y su voz casi se perdía en el estruendo que provocaba el agua al chocar con las enormes rocas del muelle.

—¿Qué? —gritó ella a modo de respuesta.

—Hemos tardado treinta y cinco minutos desde la comisaría —explicó cuando ella se puso a su altura—. Es estupendo que haya algo así tan cerca de Oslo.

El puente de Staure era muy estrecho. Dos coches podrían cruzarse con facilidad, pero sería problemático si uno de ellos fuera un camión. Orientado hacia el sur, en el lado del mar y separado de

la carretera, había un angosto corredor peatonal. Probablemente lo habían añadido *a posteriori*. Hanne cruzó el puente a la carrera, pero la inclinación era muy fuerte y se detuvo sin resuello al cabo de doscientos metros. Billy T. la seguía despacio.

—¿Qué buscamos? —dijo resistiendo la tentación de apartarle el cabello del rostro.

El viento soplaba con fuerza hacia el interior del fiordo y notaba bajo sus pies la suave vibración del puente.

—Todo y nada —dijo ella mientras seguía subiendo.

Habían alcanzado la cima.

Billy T. no estaba a gusto.

—Madre mía —murmuró, casi sin atreverse a asomarse por encima de la barandilla—; tendría que estar bien jodido para tirarme desde aquí...

Hanne asintió levemente. Se inclinó hasta donde era posible. El agua no era más que un movimiento grisáceo sobre un negro abismo. Sabía que había una caída de veinte metros, aunque no habría sido capaz de adivinarlo. No había ningún punto de referencia, nada que permitiera hacerse una idea realista de la distancia y las dimensiones.

—Sujétame —dijo Hanne subiéndose a la barandilla.

—¡Estás chalada, tía!

Billy T. la agarró de los antebrazos e intentó atraerla de nuevo hacia el puente.

—¡Ay! —gimió Hanne—. ¡Duele y es peligroso! Cógeme por los hombros, pero no tan fuerte.

Billy T. la soltó a regañadientes y la sujetó por los amplios hombros de su chaquetón marinero. El pulso le palpitaba en los oídos y respiraba con dificultad. Hanne colgaba de la barandilla sin que él pudiera ver qué buscaba con los pies.

—¿Qué coño haces? —gruñó; cuando por unos instantes creyó que la había perdido notó una descarga de adrenalina.

—Quiero... —gimió Hanne inclinándose hacia delante hasta obligarle a soltarla para evitar una catástrofe—, quiero averiguar si

hay alguna manera de volver al punto de partida...

No se oyó nada más, Hanne había desaparecido. El vértigo de Billy T. fue superado por una angustia aún mayor: Hanne había caído al mar. Se había esfumado. Desesperado, se inclinó sobre la barandilla intentando en vano ver algo que no fuera la espuma grisácea allá abajo, muy lejos.

—¡Hanne! ¡Hanne! —gritó su nombre una y otra vez mientras buscaba con desesperación el móvil en sus bolsillos—. ¡Maldita sea!

Se lo había dejado en el coche.

—Es posible —oyó decir.

La cabeza de Hanne asomó por encima de la barandilla. Puso las manos sobre la cornisa rematada en hierro y se dejó caer sobre el puente. Sonrió y le miró directamente a los ojos.

—Se puede —repitió—, la estructura de este puente hace posible pasar por encima de la barandilla y dar la impresión de que te has lanzado al mar. Debajo hay un corredor por el que puedes llegar a tierra. Creo que es complicado, pero ni mucho menos imposible.

—¡Qué hija de puta! —susurró Billy T.

—Te dije que iba a hacerlo —empezó Hanne.

—Sabes que no soporto las alturas —dijo iracundo abriéndose paso por su lado.

Su enorme espalda se balanceó frente a ella todo el camino de vuelta a tierra firme. Billy T. no dijo ni una palabra y no dejó que se pusiera a su altura en el breve recorrido que separaba el final del puente del coche. Cada vez que ella intentaba acercarse, él aceleraba. Pero ella tenía las llaves del coche.

—Lo siento —dijo poniéndole la mano en el brazo mientras él esperaba que abriera el coche como un niño enfurruñado.

Su tono sincero le impresionó; Billy T. esbozó una sonrisa y se encogió de hombros.

—Me has asustado —explicó sin necesidad y en tono seco.

—Lo siento —repitió ella ladeando la cabeza—. Me prometiste un resumen. ¿Qué te parece si...?

Hanne miró alrededor. La lluvia había cesado y aunque el aire era húmedo y frío y el oleaje teñía el mar de blanco, el paisaje tenía una frescura que le atraía y hacía que quisiera quedarse allí. Al norte del puente de Staure, una playa de arena gruesa se abría camino hacia un bosquecillo.

—¿Y si...? —Dudó unos instantes y continuó—. ¿Crees que podríamos encender una hoguera y... quedarnos por aquí un rato?

—No puede ser. Demasiada humedad. No encontraremos leña seca.

Billy T. se estremeció y volvió a tirar de la manecilla de la puerta del coche. Hanne rodeó el coche y abrió el maletero. Cuando lo cerró tenía un bidón negro de cinco litros de gasolina en la mano.

—Mira por dónde —dijo sosteniendo el bidón con el brazo extendido—, ahora podemos encender lo que nos dé la gana.

Billy T. mostró su desagrado con una mueca, pero la siguió hacia la playa. Se quedó plantado con las manos en los bolsillos mientras Hanne iba de un lado a otro. Se agachaba a cada rato y recogía una rama rota aquí y un trozo de madera arrastrado por la marea allá. Lo fue dejando todo en una hondonada rodeada de piedras medianas; estaba claro que alguien la había utilizado con el mismo fin con anterioridad. Para terminar lo roció todo con un par de litros de gasolina.

—¿Quieres volar este sitio o qué? —Billy T. dio un paso atrás.

Cuando Hanne tiró cuatro cerillas entre las maderas la hoguera prendió con una fuerza tremenda. Un humo negro y agrio voló hacia las nubes bajas y cubrió el rostro de Hanne, que tosió mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Estupendo —murmuró a media voz mientras dejaba sitio a Billy T. en un tronco bien situado a un par de metros del combativo fuego.

En la cala se estaba mucho más resguardado que arriba, en el aparcamiento. Aun así el viento entraba de lado y alejaba el humo de los dos policías.

—Cuéntame —dijo Hanne quitándose el hollín de la cara.

—Lo más importante son los disquetes, los que estaban en el sótano dentro del botiquín. Resultó que contenían información sobre casos sobreseídos.

—¿Por el mismo Halvorsrud? —preguntó Hanne con entonación neutra.

—Sí.

—¿Lo habéis investigado con detalle?

—Más o menos.

Billy T. movió el trasero para ponerse cómodo.

—Dos de ellos son casos bastante claros, por falta de pruebas. Pero eso no quiere decir que los estafadores...

—... no sean culpables —dijeron a coro.

—Exacto. Pero, lo dicho, no son casos problemáticos. Sin embargo, los otros dos...

—... son más dudosos —remató Hanne.

Billy T. asintió con la cabeza.

—Hemos pedido a otro agente de delitos económicos que revise los casos. Bueno, en realidad es una tía. De entrada no está de acuerdo con el sobreseimiento de los dos casos. Eso no es llamativo. Ya sabemos cómo funcionan estas cosas. Lo que sí resulta extraño es que Halvorsrud tuvo una fuerte discusión con otros colegas sobre uno de ellos. Echó mano de toda su autoridad para...

—... que archivaran el caso —concluyó Hanne Wilhelmsen.

—Es bastante molesto —dijo Billy T. alterado, y tiró una ramita al fuego.

—¿Qué?

—Que me quites las palabras de la boca.

—Lo siento —dijo Hanne.

Se levantó para echar más gasolina a la hoguera. Él la detuvo, le quitó el bidón y lo dejó detrás del tronco donde estaban sentados.

—Por lo que veo, hoy estás de un humor suicida. ¿Con qué frecuencia dices «Lo siento» últimamente?

«No tanto como debiera», pensó Hanne, pero no dijo nada.

—Erik Henriksen ha hablado con los cuatro tipos que fueron acusados en los casos de los disquetes. Todos niegan rotundamente haber tenido algo que ver con Halvorsrud. Estamos haciendo comprobaciones en el entorno de todos ellos, buscamos cantidades importantes en sus cuentas que no puedan justificar, ese tipo de cosas. También estamos revisando la situación económica de la familia Halvorsrud, claro. De momento no hay nada destacable. Pero seguimos buscando. Además, está la historia del supuesto turco de Karianne, una historia que no pinta bien para Halvorsrud.

—¿Un abogado de prestigio es tan tonto que se presenta justo cuando se dispone a dejarse corromper?

—Buena observación, muy buena —reconoció Billy T.

La dirección del viento cambió repentinamente y el humo les escoció los ojos. Billy T. se puso de pie intentando apartarlo. Hanne lanzó una carcajada y tosió. El viento cambió de nuevo.

—Lo que es seguro es que el ordenador era de su mujer —dijo Billy T. volviendo a sentarse—, no hay duda. Le pedí a la tía que preguntara a los niños. Ninguno pudo explicar por qué está en blanco. Los chicos dicen que su madre estaba escribiendo en ese ordenador a todas horas.

—¿Por qué no les preguntaste tú mismo?

—Le he hecho una especie de promesa al mayor de que no molestaré a sus hermanos. La pobre Thea parece que está deshecha. Y la linterna era de Marius. Su tía lo corroboró. Marius afirma que hace tiempo que la perdió, la reconoció por una muesca que tiene la tapa de las pilas.

La hoguera se estaba apagando. Cuando Hanne echó otro tronco las llamas crepitaron irritadas para enseguida ahogarse en el humo.

—Me he estado preguntando por la puerta —dijo golpeándose los brazos para entrar en calor—. ¿Cómo pudo el supuesto Ståle Salvesen, o alguien que se hizo pasar por él, entrar en la casa de Halvorsrud? Que yo sepa no había ningún indicio de que hubieran

forzado la entrada y Sigurd Halvorsrud insiste en que la puerta siempre estaba cerrada por las noches.

—El tipo es tonto de remate —murmuró Billy T.—. Su historia habría sido mucho más convincente si hubiera afirmado que la puerta estaba abierta.

—Tienen hijos —le recordó Hanne—. ¿Nos vamos?

—¿Y qué pasa con los hijos?

Billy T. se quedó mirando a Hanne, que se había puesto de pie y daba saltitos entre el humo cada vez más pestilente.

—Que pierden las llaves constantemente. Vamos.

Echó a correr hacia el coche sin esperarle.

—En realidad no sé por qué dudamos —dijo Billy T. dejándose caer sobre el asiento roto del copiloto—. El caso parece clarísimo. Pocas veces tenemos una serie de indicios tan concluyentes como en este asunto. El culpable es Halvorsrud. Es evidente.

—Entonces ¿por qué dudamos? —repuso Hanne con voz queda. Tenía las manos en el regazo y jugaba distraída con las llaves del coche—. ¿Por qué nos preocupa tanto el tal Ståle Salvesen?

—A ti —la corrigió Billy T.—, a ti te preocupa Ståle Salvesen. Tengo que reconocer que dudé de la culpabilidad de Halvorsrud. Pero ahora tiendo a...

—Es todo demasiado evidente —le interrumpió Hanne introduciendo la llave en el contacto—. ¿No lo ves? El caso es absurdo y a la vez evidente. Es impensable que Halvorsrud le cortara la cabeza a su mujer, pero a la vez todos los indicios apuntan a que lo hizo. ¿No ves lo que se va perfilando?

Billy T. se esforzaba por abrocharse el cinturón de seguridad y no contestó.

—Una trampa —susurró Hanne Wilhelmsen—. Una trampa perfecta.

—O tal vez un asesinato jodidamente torpe que quiere parecer una trampa —respondió tajante Billy T. mientras intentaba sintonizar la P2 de la NRK en la radio.

—Mientras no vea el cadáver de Ståle Salvesen con mis propios ojos no descartaré la posibilidad de que Halvorsrud esté diciendo la verdad —dijo Hanne.

Echó una última mirada al puente de Staure y luego giró para salir del aparcamiento e iniciar el viaje de vuelta. Condujeron durante veinte minutos sin decir palabra. Cuando pasaban por delante de la iglesia de Høvik en la E18, Hanne dijo:

—En el piso de Ståle Salvesen había algo. Vi algo que no deja de reconcomerme, pero soy incapaz de recordar qué era.

Se rascó la nariz y entornó los ojos para ver el indicador del depósito de gasolina. Debería tener combustible suficiente para llegar a casa.

—Si era importante lo recordarás. Al fin y al cabo tienes muchas otras cosas en las que pensar.

Billy T. sonrió y miró a Hanne. Le apetecía ponerle la mano en el muslo, como hubiera hecho en otras circunstancias, si las cosas fueran como antes. Pero nada era como antes, aunque en este viaje Hanne había dejado asomar un poco de su antiguo yo. Billy T. se había sentido cerca de ella varias veces, y los dos habían hablado con un poco de su antigua confianza, una confianza de la que él dependía y que temía perder. Pero algo había cambiado. Hanne siempre estaba concentrada, preocupada por sus casos, reflexionando y dudando de lo que los demás pudieran pensar. Pero ahora había llegado a un punto de concentración que rayaba con el fanatismo. Lo que había hecho en el puente de Staure había sido una temeridad y completamente innecesario. Podrían haber verificado la teoría de Hanne sin necesidad de que esta se jugara la vida. Además se había dado cuenta de que hablaba más despacio que antes y que muchas veces parecía hablar más para sí misma que para los demás.

—En eso os equivocáis todos —dijo Hanne Wilhelmsen de pronto cuando descendían por el paso elevado de Bjørvika.

—¿Qué? —Billy T. había olvidado su comentario de hacía unos minutos.

—Creéis que tengo muchas otras cosas en las que pensar, pero en realidad este caso es lo único en lo que pienso. No pienso en nada más. Al menos cuando estoy trabajando. Dale muchos recuerdos a Tone-Marit.

Se detuvo frente a la entrada principal de la comisaría. Billy T. dudó antes de bajarse del coche. Se quitó el cinturón de seguridad y abrió la puerta.

—Solo una cosa, Hanne —dijo despacio—. Hueles a mierda. Vete a casa y dúchate. Uffff, ¡cómo apesta!

Dio tal portazo que el abono del telepeaje estuvo a punto de desprenderse del parabrisas y a Hanne le silbaron los oídos el resto de la tarde.

36

Era la tarde del viernes 12 de marzo y las nubes bajas que cubrían la capital de Suecia dificultaban la visión. Lars Erik Larsson sacó una bolsa de plástico de su gastada cartera. La alisó lo mejor que pudo y la puso sobre un banco de madera. Había poca gente en Skansen y Larsson acababa de atravesar la colina de Bjørneberget sin ver ni rastro de los osos que prometía su nombre. Tal vez todavía estaban hibernando.

Su intención había sido recorrer Djurgården, el precioso jardín trasero de Estocolmo, llegar hasta el extremo oeste de la hermosa isla, hasta Plommonbacken, donde cuando no pudiera más cogería el autobús de vuelta al centro. El aire olía a lluvia. Cuando pasó junto al Museo Nórdico las nubes grises, casi negras, que veía sobre Södermalm le hicieron cambiar de idea. Prefirió pagar algo más de sesenta coronas por una entrada para dar una larga vuelta por Skansen.

Satisfecho, tomó asiento y sacó un sándwich de queso y pimienta cuidadosamente envuelto. El café del termo estaba ardiendo, y su vapor le acariciaba el rostro. Miró pensativo hacia la ensenada de Djurgårdsbrunn. Casi no se veía la torre de Kaknäs; su cima apenas conseguía abrirse paso entre la niebla.

Lars Erik Larsson era un hombre satisfecho. Aunque llevaba una vida tranquila, y no había estado con mujer alguna desde que su

esposa le dejara en 1985, iba a cumplir sesenta y cinco años y le bastaba con su trabajo y sus dos nietos. Dentro de no mucho, cuando se jubilara, se mudaría a su casita de Östhammar, cultivaría flores en el jardín e invitaría a unos cuantos buenos amigos de vez en cuando.

Acabó de comer con tranquilidad. Tan solo una pareja extranjera, si no se equivocaba eran americanos, le molestó al pasar hablando sin parar con tres adolescentes. Cuando terminó de merendar se limpió la boca con una servilleta que había traído expresamente y desdobló su ejemplar del *Expressen*.

Lars Erik Larsson trabajaba en el banco SE en la parte vieja de la ciudad. Su carrera llevaba veinte años estancada, pero eso no le preocupaba especialmente. Era un hombre sin más ambición que hacer bien su trabajo y recibir su bien merecido salario. Llevaba una vida sencilla en un piso de un dormitorio en Södermalm. Había heredado la casita que tenía a ciento cuarenta kilómetros al norte de Estocolmo, a cinco minutos andando del mar. Su coche tenía diez años y estaba pagado. Lars Erik Larsson disponía de todo lo que necesitaba. Además, en su trabajo había visto tanto trasiego de dinero, tanta suerte pecuniaria que se convertía en tragedia, que nunca había ansiado la riqueza.

Una mujer noruega había muerto decapitada, probablemente a manos de su marido. Pasó la vista por la página. El artículo hablaba de un «abogado del Estado» que había asesinado a su mujer con una espada de samurái. Un poco más adelante se referían a él como «fiscal», y entendió mejor el porqué de tanto interés. Típico del *Expressen*. ¿Por qué iban a publicar una noticia así? Había sucedido en Noruega, difícilmente interesaría a nadie fuera de sus fronteras. Seguro que lo que había hecho que la prensa amarilla publicara el caso era esa arma exótica.

Sigurd Halvorsrud.

Lars Erik Larsson levantó la vista. Llovía sobre Östermalm y empezó a recoger sus cosas. Ese nombre le resultaba familiar.

Sigurd Halvorsrud.

Se acordó de pronto. Hacía varios meses que había ocurrido, pero fue un acontecimiento tan atípico que aún lo recordaba. Un hombre había entrado en el banco con doscientas mil coronas suecas en efectivo en una maleta. Había abierto una cuenta y depositado todo el dinero a nombre de Sigurd Halvorsrud. El hombre había hablado en noruego.

Era raro ver doscientas mil coronas en efectivo, incluso hoy en día. O tal vez debería decir sobre todo hoy en día. Ahora el dinero era casi siempre una serie de números en la pantalla de un ordenador.

Echó a andar hacia el funicular Bergbanan. Consultó la hora. Tal vez debería dar aviso. Pero ¿a quién? ¿Al *Expressen*? Ni hablar. ¿A la policía?

Recordó que su nieta de nueve años, Lena, iba a estar con él ese fin de semana. Lo pasarían muy bien y, además, al día siguiente irían a la ópera. Se alegraba mucho de que la pequeña empezara a interesarse por la música de verdad.

Mejor ahorrarse el follón. Tiró el periódico a una papelería mientras salía de Skansen y decidió andar hasta su casa a pesar de las nubes que amenazaban lluvia. Le llevaría algo más de una hora, pero para algo tenía el paraguas.

El hospital parecía no quedar nunca en calma. A pesar de que hacía un buen rato que una robusta enfermera había terminado la ronda nocturna y de que todas las luces que no eran imprescindibles estaban apagadas, los viejos edificios de Ullevål seguían repletos de ruidos y movimientos lejanos que podían intuirse desde la habitación en la que Hanne Wilhelmsen, sentada y en silencio, intentaba leer.

Cecilie gimió e intentó darse la vuelta en sueños. Hanne puso la mano con cuidado sobre su brazo para impedir que se moviera. La enfermera de busto generoso apareció en la puerta. Hanne dio un respingo; no la había oído llegar.

—¿Estás segura de que no quieres que te traiga una cama? —susurró la mujer—. Necesitas dormir un poco.

Hanne Wilhelmsen negó con la cabeza.

La enfermera se acercó a ella y posó con suavidad la mano sobre su hombro.

—Puede que tengas que pasar muchas y largas noches aquí. De verdad que deberías intentar dormir algo. No es ninguna molestia traerte una cama.

Hanne seguía sin contestar, pero volvió a mover la cabeza.

—¿Has cogido la baja? —susurró la enfermera—. Seguro que el doctor Flåbakk puede ayudarte con eso en esta etapa de transición.

Hanne rio en voz baja y desanimada.

—Me temo que es imposible —dijo ahogando un bostezo—, tengo demasiado que hacer en el trabajo.

—¿A qué te dedicas? —preguntó amable la enfermera, con voz queda, sin quitar la mano del hombro de Hanne—. Espera, ¡deja que lo adivine! —Ladeó la cabeza y observó a Hanne Wilhelmsen—. Jurista —dijo finalmente—. Eres abogada o algo por el estilo.

Hanne sonrió y se rascó el ojo izquierdo con el nudillo del dedo índice.

—Casi aciertas. Policía. Soy comisaria de policía.

—¡Qué interesante!

La mujer parecía sincera. Le dio un par de palmaditas en el brazo, luego comprobó los tubos y el gotero y fue sin hacer ruido hacia la puerta.

—Avísame si cambias de opinión sobre la cama —susurró—. Solo tienes que llamarme por el intercomunicador y en un abrir y cerrar de ojos me tendrás aquí. ¡Buenas noches!

—Buenas noches —murmuró Hanne.

Oía pasos que se acercaban y alejaban por el pasillo. Unos casi corrían, otros arrastraban los pies como si nada fuera urgente. De vez en cuando se oían gritos ahogados entre los camilleros, y muy lejos sonaba el débil eco de una sirena policial.

—Hanne —susurró Cecilie intentando mover la cabeza de un lado a otro.

—Estoy aquí —contestó inclinándose hacia ella—, aquí.

—Me alegra mucho.

Hanne cogió su delgada mano intentando no tocarle la vía.

—¿Cómo estás?

—Bastante bien —gimió Cecilie—. ¿Puedes ayudarme a incorporarme? Me gustaría estar sentada.

Hanne dudó unos instantes y dedicó una mirada desvalida al intercomunicador que haría volver a la buena enfermera. Le daba miedo tocar algo más que la mano de Cecilie.

—Vamos, ayúdame —dijo Cecilie moviendo los brazos para poder levantar la cabeza.

Hanne agarró las almohadas que había al pie de la cama y las puso detrás de la espalda de Cecilie. Luego encendió la lámpara de la mesilla y la orientó hacia la pared para reducir la intensidad de la luz.

—¿Cómo estás tú? —dijo Cecilie mirándola.

Hanne no sabía si su mirada reflejaba la presencia de un sentimiento completamente nuevo o si eran los rescoldos de algo que había sentido en el pasado.

—Estoy muy mal.

—Ya lo veo. Ven, acércate.

—Estoy aquí, Cecilie.

—Sube aquí, acércate más.

Hanne movió la silla un par de centímetros. Cecilie levantó la mano de manera casi imperceptible.

—Más cerca, quiero verte bien.

Sus caras estaban a treinta centímetros y Hanne notó la enfermedad en su aliento. Puso la palma de la mano sobre el rostro de Cecilie.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —susurró.

—Vas a tener que decidirlo tú —dijo Cecilie con voz apenas audible.

—¿Qué quieres decir?

Hanne deslizó despacio el pulgar por la mejilla de Cecilie, una y otra vez. Se sorprendió de lo suave que estaba su piel, suave y un poco húmeda, como si hubiera dado un paseo en la niebla.

—Tienes que tomar una decisión —dijo Cecilie aclarándose la garganta—. Tienes que decidirte; si voy a recorrer este camino yo sola necesito saberlo ya.

Hanne tragó saliva varias veces.

—Por supuesto que no vas a estar sola.

Deseaba tanto añadir algo más. Quería contarle que lo sentía. Hablarle de la pena que sentía por todas las cosas que ya no eran como antes, porque ya era demasiado tarde para todo y porque tal vez no había estado dispuesta a pagar un precio por tener lo que

más deseaba en la vida. Hanne quería acurrucarse en la cama de Cecilie y abrazarla como recordaba que habían hecho en el pasado. Pasaría sus manos por el cuerpo devastado de Cecilie y le prometería que desde ahora, y durante el tiempo que estuvieran juntas, todo sería distinto. No como antes, hacía mucho tiempo, sino mejor, más verdadero.

Pero mantuvo la boca cerrada. En el reflejo de la lámpara vuelta hacia la pared vio el rastro de una sonrisa en el delgado rostro de Cecilie.

—Nunca se te dio muy bien hablar, Hanne. Creo que eso ha sido lo más difícil. Muchas veces es imposible saber qué piensas.

Emitió una breve risa, seca y afónica.

—Lo sé, lo siento.

—Lo has dicho muchas veces.

—Lo sé, lo si...

Sonrieron.

—Sé que quiero estar contigo —dijo Hanne inclinándose aún más hacia ella—, quiero estar contigo todo el tiempo... —Acercó con cuidado su mejilla a la de Cecilie. El lóbulo de su oreja cosquilleaba sus labios—. No es por ti, nunca ha sido por ti. —Escondió la cara entre el cabello de Cecilie y siguió hablando—. Nunca he dado la talla. No te merezco. Tendrías que haber buscado a alguien más fuerte, alguien que se hubiera atrevido a elegirte a ti, con todas las consecuencias.

—Pero si eso es lo que has hecho —dijo Cecilie intentando empujarla para mirarla a los ojos.

Hanne no quería.

—No —murmuró contra su cuello—, he jugado a dos bandas toda mi vida, o tres, o cuatro, cuando me convenía. Pero nunca encajaban del todo. Me he esforzado en defender mi jugada... pensando que era lo correcto, pero últimamente...

—Me ahogas —gimió Cecilie—, no puedo respirar.

Hanne alzó la cabeza despacio, se levantó y se acercó a la ventana. La niebla era más espesa, ya casi no era posible ver el

aparcamiento donde había un solitario BMW con un solo parachoques rojo.

—En todo lo que he hecho, en todo lo que he sido, me he basado en que soy competente. Competente. —Se llevó la mano derecha a la frente y se frotó con fuerza los ojos con el pulgar y el índice—. Pero últimamente... hace más o menos seis meses que dudo.

—De lo nuestro —dijo Cecilie más para confirmarlo que para preguntar.

—¡No!

Hanne se dio la vuelta de golpe y abrió los brazos.

—Nunca he dudado de lo nuestro. ¡Jamás! De mí. —Se golpeó el pecho y bajó la voz—. Dudo de mí —susurró con voz intensa—, yo... yo tengo tanto miedo de equivocarme. Miro hacia atrás y me siento sepultada por todas las veces que me he equivocado. A todos los niveles. Con mis amigos, contigo. Le he fallado a todo el mundo. En realidad he traicionado siempre a todo el mundo.

Respiró con fuerza y se giró hacia la ventana de nuevo. En el cristal veía su propio reflejo y cuando volvió a hablar se miró a los ojos.

—Tengo miedo hasta de mis casos más antiguos. Tal vez he contribuido a cometer una terrible injusticia. Por la noche... Por la noche tengo miedo... hasta tengo miedo de que me demanden. Hasta tal punto he llegado. Es como si toda la gente que he mandado a la cárcel se hubiera aliado y... Intento evitar a la gente a la que he hecho daño e... incluso... a la gente a la que nunca he podido hacerle nada. Es como si yo... Bueno. La única manera que tengo de salir adelante es concentrarme en nuevos casos, muchos casos nuevos.

—Para no tener que relacionarte con la gente.

—Sí. Tal vez, o...

—Ni conmigo.

Hanne se sentó de golpe. La silla raspó el suelo de linóleo recién encerado. Agarró la mano de Cecilie con las suyas.

—Pero no entiendes que no quiero que sea así. Nunca ha habido nadie más que tú. Jamás. Pero es que ahora, cuando te miro, veo a la vez mi propia... mi propia cobardía.

Cecilie intentó alcanzar la lámpara. Estaba demasiado oscuro. Era como si Hanne envejeciera allí sentada, las sombras marcaban sus rasgos y hacían sus ojos más profundos.

—No la toques, por favor.

—También fue mi elección —dijo Cecilie.

—¿Cuál?

—Tú. Podría haber sido más fuerte. Podría haber protestado por los dos números de teléfono, las iniciales en el buzón, que nunca quisieras llevarme a las fiestas de tu trabajo. Podría haber dicho algo.

—Y lo hiciste.

Hanne esbozó una sonrisa y se llevó la mano a las lumbares.

—¿Quieres una almohada? —preguntó Cecilie.

—Siempre has protestado.

—Pero no en serio. Supongo que yo también he tenido demasiado miedo.

—Pero tú nunca has tenido miedo.

Hanne se incorporó y respiró hondo. Al mover la silla estuvo a punto de volcar una botella de agua con gas disipada de la mesilla.

—Siempre he tenido miedo, Hanne. Miedo a perderte. Miedo a exigirte tanto que eligieras dejarme.

La puerta se abrió y apareció el extremo de una cama.

—Vas a dormir, quieras o no —dijo la enfermera—. No puedes pasarte toda la noche despierta y esas sillas son imposibles.

Con movimientos rápidos y experimentados colocó la cama junto a la de Cecilie. Hanne se quedó indecisa y casi encerrada junto a la ventana.

—¿Va todo bien?

La enfermera acarició la cabeza de Cecilie y volvió a comprobar el gotero. Canturreó bajito sin esperar respuesta. Luego se fue.

—Acuéstate.

Cecilie indicó la cama recién hecha con un gesto. Hanne tomó asiento en el borde, insegura. Sin quitarse más que los zapatos se tumbó con cuidado sobre el edredón. «Ojalá supiera cuánto tiempo te queda —pensó Hanne Wilhelmsen—. Quisiera saber de cuánto tiempo disponemos antes de que mueras». Pero no lo dijo en voz alta, y nunca se atrevería a preguntarlo.

Los dedos de Eivind Torsvik recorrían el teclado a una velocidad endiablada. En media hora había enviado cinco correos electrónicos a diferentes direcciones, todas en el extranjero.

No lo entendían. No sabían lo suficiente. No eran tan competentes como él y no tenían bastante paciencia. Pero dependía de ellos por completo. Solo colaborando a través de las fronteras tenían alguna posibilidad de alcanzar la meta. De ganar. Porque se trataba de eso: era una batalla, una guerra. «Esperad —escribió—, ya falta muy poco, pero debemos esperar». «Esperad instrucciones».

Solo Dios sabía si le harían caso.

Thea Flo Halvorsrud solo tenía dieciséis años. Llevaba una semana sin comer y estaba bastante mal. De vez en cuando bebía un trago del vaso de agua de la mesilla que se ocupaban de rellenar, pero se negaba a tomar bocado de la comida que le llevaban cuatro veces al día. La hermana de su difunta madre, la tía Vera, estaba a punto de derrumbarse. En dos ocasiones había intentado conseguir ayuda psiquiátrica para su sobrina. La primera vez le dijeron que la llevara a las urgencias de psiquiatría. Dado que la muchacha se negaba a salir de la cama, el consejo no sirvió de mucho. La segunda vez, cuando se empleó a fondo y se negó a colgar hasta que le hubieran prometido ayuda, se presentó un médico joven con acné y manos pequeñas e inseguras. Thea no se había dignado mirarle y menos aún hablar con él. Finalmente el médico abrió los brazos a modo de lamento y murmuró algo de un tratamiento a la fuerza.

«De eso ni hablar», pensó la tía Vera, y llamó a Karen Borg.

—La verdad es que no tengo ni idea de qué hacer —explicó la tía de Thea mientras llevaba a la abogada Borg hacia el cuarto de invitados donde dormía la adolescente entre un mar de cojines rosas en una amplia cama blanca.

—Creo que será mejor que hable con ella a solas —dijo Karen Borg en voz baja, pidiendo con un gesto a la bienintencionada y consternada tía que saliera de la habitación.

La tía Vera se enjugó los ojos y cruzó la puerta andando marcha atrás. La habitación era grande, luminosa y rosa. La cómoda era rosa palo, el papel pintado de florecitas rosas, y hasta las cortinas tenían un volante rosa claro. En el alféizar de la ventana se alineaban cinco peluches de un rosa intenso: tres conejos, un osito y algo que intentaba parecer un hipopótamo. Miraban ciegamente hacia el interior de la habitación. Karen Borg dedicó un pensamiento agradecido a Håkon, que le había hecho pintar la habitación de su hija de verde y azul.

—Hola —dijo con voz serena, y tomó asiento junto a la cama—. Me llamo Karen Borg. Soy la abogada de tu padre.

La chica no mostró emoción alguna. Se encogió en posición fetal y se tapó la cabeza con el edredón.

—Tu padre te manda muchos recuerdos. He hablado con él esta mañana y está preocupado por ti.

Un pequeño movimiento bajo el edredón pareció indicar que la muchacha al menos oía lo que le decía.

—¿Hay algo... cualquier cosa que pueda hacer por ti, Thea?

No hubo respuesta. La chica estaba completamente quieta, como si también hubiera dejado de respirar.

—¡Thea! —dijo Karen Borg—, ¡Thea! ¿Estás dormida? ¿Me oyes?

De pronto hizo unos movimientos muy bruscos y asomó una cabeza rubia con el cabello graso y despeinado.

—¡Si eres la abogada de mi padre deberías sacarle a él de la cárcel en lugar de molestarme a mí!

Se dejó caer de espaldas y quedó enterrada entre edredones y cojines. Karen Borg no pudo evitar sonreír. Había un parecido indudable entre esta muchacha medio adulta y su propia hija de apenas dos años de edad. Pero la diferencia también era evidente. La niña de dos años, Liv, volvía a sonreír al cabo de cinco minutos. La adolescente de dieciséis, Thea, llevaba una semana en huelga de hambre. Era preocupante y empezaba a ser peligroso.

—Si hablas conmigo un rato puede que facilites mi trabajo —dijo Karen dudando de si habría prometido demasiado.

Un suave olor a cacao se abrió paso en la habitación. La tía de Thea, Vera, le había explicado que intentaba estimular el apetito de su sobrina poniendo alimentos tentadores junto a la puerta a intervalos regulares. Karen Borg no tenía mucha fe en la eficacia del chocolate con nata para animar a la hija de una mujer recién decapitada.

—Prefieres que me vaya...

Empezó a levantarse, pero algo la hizo dudar. Una ligera brisa entró por la ventana entreabierta y se movieron las orejas del conejo más pequeño. Bajo el edredón los giros eran menos bruscos y la chica se sentó a regañadientes apoyando la espalda en el cabecero. Era el rostro de una niña, pero los ojos estaban tan hundidos que podría aparentar diez años más. Sus finos labios temblaban, y una mano toqueteaba sin parar el extremo de la funda del edredón.

—Tú crees en papá —dijo con voz queda—. Como eres su abogada crees que es inocente.

Karen Borg consideró que no era el momento adecuado para dar una charla sobre los principios éticos de los abogados.

—Sí. Le creo.

La chica esbozó una sonrisa.

—La tía Vera no.

Karen creyó oír un ruido junto a la puerta. Reflexionó un instante y prefirió dejar a la espía donde estaba.

—Seguramente sí, lo que pasa es que ella no le conoce tan bien como tú, y hay bastantes indicios de que ha hecho algo que no está bien. No debes olvidarlo.

Thea murmuró algo inaudible.

—Tu padre tiene que prepararse para estar una buena temporada en prisión preventiva. No puedes dejar de comer hasta que salga. Morirás de hambre.

—Pues me moriré —dijo Thea desafiante—, no pienso comer nada hasta que papá venga y podamos volvernos a casa.

—Estás siendo un poco infantil.

—¡Es que soy una niña! Según la convención de los derechos del menor seré una niña hasta que cumpla dieciocho, y para eso faltan casi dos años.

Karen Borg emitió una leve risa.

—El problema es que no llegarás a adulta si no comes algo.

La chica no contestó. No paraba de manosear la funda del edredón. Tenía un hilo suelto y se lo metió en la boca.

—Como te he dicho, tu padre está muy preocupado. Con todo lo que ha pasado, lo de tu madre...

—¡No hables de mi madre!

Su rostro se contrajo en una mueca difícil de interpretar. Karen Borg no sabía qué habría sido lo peor para ella, que su madre hubiera sido asesinada o que sospecharan de su padre. Probablemente habría sido incapaz de asumir ninguna de las dos cosas, teniendo solo dieciséis años. Se alisó la falda, se pasó la mano por el pelo y no supo muy bien qué hacía allí. Esa chica necesitaba ayuda, y no precisamente los consejos de un abogado.

—Al menos, tu padre podrá asistir el lunes al entierro —dijo tras una pausa. La muchacha había vuelto a tranquilizarse un poco—. Podrás verle, y sería buena idea que comieras algo el fin de semana para que estés en condiciones de andar.

—¡Mamá! —dijo Thea con voz apenas audible—. ¡Papá! ¡Papá!

Se dejó caer sobre la cama en silencio y volvió a taparse la cabeza. Su llanto llegaba amortiguado por las plumas y el algodón, pero se oía lo suficiente como para que la tía Vera abriera la puerta. Desconcertada, se detuvo mientras se frotaba las manos.

—¿Qué podemos hacer? —dijo desesperada—. Dios mío, ¿qué vamos a hacer?

—Vamos a conseguirle un médico a Thea —dijo Karen Borg con decisión—, y lo vamos a hacer hoy mismo.

Cuando se dio la vuelta para marcharse vio a Preben Halvorsrud apoyado sobre el marco de la puerta. Miraba fijamente hacia la ventana. El conejo pequeño se había caído al suelo sin hacer ruido.

Era imposible deducir nada de la mirada del joven. Pero a la vez había algo en ella que hizo que Karen Borg sintiera un escalofrío y deseara encontrarse muy lejos de allí.

—Llevo diciéndolo toda la semana —dijo con voz inexpresiva—. Thea necesita ayuda y además necesita a papá. ¿Tienes intención de conseguir que vuelva pronto a casa? Así Thea se libraría de vivir en este antro rosa.

Sostuvo su mirada. Era como observar los ojos de un anciano que no deberían estar en el rostro inmaduro de un chaval.

—Ya veremos —dijo Karen Borg en tono seco, evitando la mirada de Preben lo mejor que pudo.

Sentía la cabeza ligera, vacía.

Hanne Wilhelmsen intentaba concentrarse en sus ideas de una en una. Las cosas centelleaban ante sus ojos hasta mezclarse en un baile de colores alucinados. Se sirvió café rancio de un termo y se lo bebió casi todo de un trago.

Ya era sábado por la noche. Había estado en el hospital hasta bien entrada la mañana, así que no contaba con poder marcharse de la comisaría antes de medianoche. Iría a dormir a casa. Sacó un botecito de cristal con tapa de plástico de un cajón. Miel de abeja reina de la China. Se suponía que tenían un milagroso efecto estimulante. Leyó la etiqueta: «Combate el reuma, la pérdida de peso, la caída del cabello, la pulmonía, las defensas bajas y el desánimo». Bueno, al menos el desánimo le cuadraba. Hanne se echó las pastillas marrones en la palma de la mano y las contempló unos instantes, se metió tres en la boca y se las tragó con el resto del café. Al bajarle por el esófago le provocaron ardores. Echó una mirada desconfiada a los tres montones de documentos que tenía sobre el escritorio. Uno de ellos era el caso Halvorsrud, y no era ni mucho menos el peor. Se había mantenido al día toda la semana y sintió cierta satisfacción ante la idea de que probablemente era quien más sabía del caso. Eran las otras dos pilas de papeles las

que la agobiaban. Los robos, las peleas de bar, el resto del mundo no se había detenido en los últimos días.

—Pito, pito, gorgorito, dónde vas tú tan bonito... —empezó a recitar con una sonrisa mientras daba golpecitos con el dedo a los documentos.

Pero al final volvió a detenerse sobre el caso Halvorsrud. La descuidada letra de Billy T. llenaba un post-it rosa ilegible. Abrió la carpeta. Gracias a Dios que el documento estaba escrito a máquina.

He buscado crímenes especialmente grotescos, tal y como me pediste. Por suerte, no hay muchos. Recordarás un par de ellos, porque digo yo que el caso en que la joven y/o su padre Haverstad le cortaron los testículos a Cato Pedersen puede llamarse grotesco...

El peor de todos es casi con seguridad el conocido como «asesinato gay» en el parque Frogner hace unos años. No creo que quieras más detalles, pero adjunto el informe. En nuestro caso el problema es que el asesino se quitó la vida en la cárcel. Seguro. Está fiambre, así que si no ha resucitado de entre los muertos no ha sido él quien decapitó a la señora Halvorsrud.

Encontrarás adjuntos otros cuatro casos en versión abreviada. El más interesante data de 1990. Un chico de dieciocho años (los hechos sucedieron el mismo día de su cumpleaños) secuestró a su padre de acogida, le maltrató con brutalidad (entre otras cosas le cortó los pezones) y le cercenó el pene. El hombre no murió en el momento y parece que estaba vivo cuando su hijo le cortó los testículos. Se desangró. El asesino, Eivind Torsvik, había sufrido abusos por parte de su tutor legal durante años. Cuando por fin fue capaz de avisar a las autoridades (fue muy dramático, se cortó las orejas y las llevó al colegio para enseñárselas a su profesor), el caso tardó mucho más tiempo del que habría sido deseable en llegar a los tribunales, típico. El padre fue condenado a año y medio de cárcel y salió en libertad antes del año. Está claro que Eivind Torsvik no estaba muy satisfecho con la pena impuesta a quien había abusado de él. En cuanto lo mató se entregó a la policía y reconoció el crimen. Un chico especial. Le recuerdo bien. Inteligente, amable (aunque no con su tutor legal...); en pocas palabras, un joven por el que era difícil no sentir cierta simpatía. En el juicio

declaró haber esperado a ser mayor de edad para matarle porque quería soportar el castigo como un hombre hecho y derecho. Años más tarde ha tenido éxito como escritor, a lo mejor le has leído. *Luz roja en Amsterdam* fue un éxito aquí y en el extranjero.

Eivind Torsvik y dos de los asesinos de la lista adjunta están en libertad. Pero aun así creo que se trata de una pista equivocada. Todos estos crímenes tienen algún tipo de característica sexual. Maltrato, provocación, homofobia, violación. Casos así.

¿¿¿De verdad crees que Doris Halvorsrud ha cometido algún delito sexual??? No, seguro que no. Si insistes ampliaré la búsqueda a toda Escandinavia. Ha habido un par de casos muy feos en Suecia, entre otros el famoso crimen de las cuchilladas, en el que mataron y descuartizaron a una prostituta. Una pérdida de tiempo, si quieres mi opinión. Pero ¡no la quieres!

Pasa el fin de semana lo mejor que puedas y nos vemos el lunes. O antes, si quieres. Tone-Marit vuelve del hospital con la niña, pero siempre puedo escaparme un par de horas. Llámame, anda.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —murmuró Hanne.

Volvieron a llamar.

—¡Entra!

Un policía en prácticas abrió la puerta. Hanne Wilhelmsen le había visto antes, pero no sabía cómo se llamaba.

—¿Sí?

—Te mandan saludos de los calabozos —empezó el joven.

—Gracias, salúdales de mi parte.

—Se trata de Halvorsrud.

—¿Sí? —repitió Hanne—. ¿Qué le pasa?

—Insiste en hablar contigo. No sabía que estabas aquí, así que he dejado un mensaje en el contestador de tu casa. No le hagas caso ahora que...

—¿Qué quiere?

El joven parecía dudar, como si no estuviera del todo seguro de que mereciera la pena molestarla un sábado por la noche.

—Dice que quiere confesar —dijo ladeando la cabeza mientras se tiraba del lóbulo de la oreja—. Quiere hablar contigo y le corre prisa. Al parecer dice que... —Tenía el lóbulo de la oreja cada vez más enrojecido—. Es raro que quiera confesar. Yo creía que el tipo lo negaba todo, al menos eso es lo que tenía entendido.

El chico sonrió con timidez e hizo ademán de marcharse.

—¿Has llamado a su abogado? —dijo Hanne en tono seco.

El policía se detuvo de golpe.

—No... ¿Debería hacerlo?

—Sí. Hazlo ya. Karen Borg, su domicilio está en la calle Holmen 12. Llámala a su casa.

De repente se sintió sorprendentemente despierta. La sangre se agolpaba en sus mejillas y fue medio corriendo a los calabozos. Halvorsrud no podía confesar. La excursión al puente de Staure había reforzado su creencia en la inocencia de Sigurd Halvorsrud. Aunque no podía explicar por qué, claro. Puede que fuera por la estructura del puente; era posible fingir un suicidio volviendo a tierra por debajo del carril para los coches. O tal vez tan solo fuera una intuición, una certeza que le había llegado en ese paisaje abierto, muy lejos de todo lo que cargaba sobre sus espaldas en la ciudad. No sabía por qué, pero sentía intensamente que Halvorsrud no debía confesar.

En una ocasión Hanne Wilhelmsen había permitido que condenaran por asesinato a una mujer que casi con toda seguridad era inocente. A Maren Kalsvik le impusieron una pena de quince años de cárcel. Porque confesó. Porque podría haber matado a su jefe. Porque la solución más fácil para todos, policía, prensa, tribunal, todos, era dejar que Maren Kalsvik fuera a prisión. Hanne había intentado ahogar sus dudas basándose en la confesión detallada, sin reservas y de la que Maren Kalsvik nunca se había desdicho. Pero nunca había conseguido aplacar del todo la sensación de haber fracasado. El asesinato de la directora de orfanato Agnes Vestavik en 1994 había sido demasiado grotesco como para quedar sin resolver. Maren Kalsvik estaba dispuesta a

cumplir condena, puede que en nombre de todos ellos. Algo así no podía volver a suceder.

Evald Bromo se había ido a dormir. No eran ni las once de la noche del sábado. Había corrido dieciséis kilómetros mientras Margaret veía la televisión. Cuando volvió, le ofreció un sándwich de gambas y una cerveza fría. No dijo gran cosa al servirle la comida. Desde hacía una semana estaba cada vez más callada. Evald Bromo se bebió la cerveza pero no probó las gambas. Margaret ni siquiera había insistido en que se las comiera.

Había dejado la luz del baño encendida a propósito y la puerta entreabierta. En la habitación reinaba una suave penumbra y de la calle le llegaba el jaleo de un grupo de jóvenes que no habían encontrado ninguna fiesta a la que apuntarse. Cerró los ojos e intentó escuchar el sonido de la televisión. A lo mejor Margaret la había apagado, incluso podía haber ido a la calle. No le gustaba que saliera a pasear tan tarde. No hacía ni dos semanas que una mujer de casi cincuenta años había sido violada en el parque que había junto a la zona de los juegos infantiles.

Tenía que cambiar de dirección de correo electrónico. El aviso diario de los días que faltaban para el 1 de septiembre le estaba volviendo loco. No podía más. El problema era encontrar una justificación razonable para el cambio. Todas las direcciones de correo electrónico de los periodistas del *Aftenposten* seguían una lógica. La suya era evald.bromo@aftenposten.no. Claro que podría

quejarse de que recibía correos indeseables, pero entonces se arriesgaba a que el informático le pidiera ver algunos ejemplos.

Casi no tenía fuerzas para trabajar. Como trabajaba duro y era un periodista digno de confianza, podría escaquearse con excusas y palabrería algún tiempo más. Pero no mucho. Había dejado de leer los mensajes indeseables que le llegaban, pero la sola certeza de que estaban allí hasta que los borraba era como si le obligaran a conocer el plazo de su propia perdición.

Podría despedirse. Así borrarían su dirección. Podía trabajar en el diario económico *Dagens Næringsliv*, seguro que aún seguía en pie la oferta que le habían hecho el año anterior. Pero, por otra parte, allí también llegaría el 1 de septiembre.

Evald oyó una puerta que se cerraba.

Cuando Margaret entró sin hacer ruido en la habitación unos minutos después, se hizo el dormido. Se quedó despierto, dando la espalda a su mujer, hasta las cuatro de la madrugada del domingo. Cayó en una especie de inconsciencia y despertó tres horas después boqueando para tomar aire con la funda del edredón pegada al cuerpo. No recordaba qué había soñado.

Karen Borg agitó el dedo índice de la mano derecha en el aire. Lo llevaba dramáticamente cubierto con tres tiritas de caras sonrientes de Mickey Mouse.

—Me he cortado con el cuchillo del pan —dijo a modo de disculpa sin coger la mano extendida de Sigurd Halvorsrud.

El fiscal llevaba algo menos de media hora en el despacho de Hanne Wilhelmsen. El personal de los calabozos se había mosqueado cuando Hanne quiso llevárselo a su despacho en lugar de a una de las oficinas destinadas a los letrados. Halvorsrud y la detective apenas habían intercambiado palabra.

—¿De qué se trata? —dijo la abogada Borg sin aliento ocupando la silla que quedaba libre—. Debo reconocer que son unas horas un poco especiales para que la convoquen a una.

Consultó su reloj de pulsera Rado, negro y oro, sin disimulo. Eran las doce menos veinte.

—Halvorsrud quería hablar conmigo —dijo Hanne Wilhelmsen despacio y sin entonación—. No me ha parecido correcto atender una petición como esa sin que estuvieras presente, tal y como está el caso, quiero decir.

Paseó la mirada de la abogada a su cliente.

Sigurd Halvorsrud había sufrido un cambio llamativo en los últimos quince días. Había perdido mucho peso. Seguía insistiendo

en llevar traje, camisa y corbata. Aunque su objetivo era claramente el de preservar su dignidad, su vestimenta denotaba una actitud tozuda y desvalida. La chaqueta le bailaba sobre los hombros y además había empezado a ensuciarse. Cuando se ponía de pie, los pantalones amenazaban con caérsele. Tenía los labios pálidos, que se torcían en un gesto ofendido, resultado de un mal humor impotente que daba a su presencia un aire patético. Las arrugas que rodeaban sus ojos eran más profundas y tenía la mirada insegura.

—Quiero considerar la posibilidad de confesar —afirmó con mansedumbre. Se aclaró la garganta y repitió con más convicción—: Confesaré si la policía acepta otras formas de vigilancia que no sean la prisión preventiva.

Seguía sin mirar a ninguna de las dos. Hanne echó una mirada a Karen. La abogada parecía desconcertada y cerró la boca de golpe cuando se dio cuenta de que la tenía abierta.

—Tal vez deberíais hablar antes a solas —propuso Hanne poniéndose de pie—. Puedo salir mientras tanto.

—No —dijo la abogada con un estallido de voz—. Por favor, quédate.

Hanne se detuvo.

—Este no puede ser un encuentro secreto, Halvorsrud. Lo sabes bien. Como mínimo tendré que escribir un informe sobre mi presencia aquí. Y también sabes que no tengo autorización para negociar nada contigo. No hacemos las cosas así. En Noruega no, y menos aún en este caso. Ya has dicho bastantes cosas que será difícil no utilizar en tu contra más adelante. No empeoremos la situación.

Por fin Halvorsrud sostuvo su mirada. Por un momento sus ojos le recordaron a los de Cecilie, era como si el hombre supiera que todo había terminado. Nadie podía hacer nada, y menos Hanne Wilhelmsen.

—Yo no puedo hacer nada —susurró Hanne.

—¿Perdón? —dijo Halvorsrud.

—Nada.

Negó con la cabeza y fue hacia la puerta.

—Por favor —pidió Halvorsrud con un hilo de voz—, no te vayas.

Hanne se detuvo y miró a Karen Borg. Se encogió de hombros; parecía seguir desconcertada.

—Tal vez podríamos hablar un momento en el pasillo —propuso mirando a Hanne.

Hanne Wilhelmsen asintió de forma casi imperceptible y Karen Borg salió tras ella por la puerta amarilla. Hanne no quitó la mano del picaporte.

—¿Se puede saber de qué va esto? —susurró la abogada.

—Quiere salir.

—Hasta ahí llego —dijo Karen Borg algo irritada—. ¿Qué coño le habéis hecho a ese tío?

—No le hemos hecho absolutamente nada, aparte de tenerle encerrado un par de semanas. —Hanne se pasó la mano por la frente y añadió en tono seco—: Eso suele tener un efecto sobre la gente, se supone que esa es la idea.

Dos policías uniformados llegaron de la zona amarilla. Hanne Wilhelmsen y Karen Borg se quedaron calladas mientras pasaban a su lado. Uno de ellos les saludó con un gesto de la mano. Cuando ya no les podían oír, Karen Borg susurró:

—He hablado con él esta mañana. Está desesperado por su hija. No quiere comer, no duerme. Le he buscado ayuda médica, pero ya sabes lo difícil que es que apliquen un tratamiento a la fuerza.

—Menos mal —murmuró Hanne con voz apenas audible.

—Tendrías que haberla visto, Hanne.

—No la he visto, menos mal.

Se miraron. Karen estudió su rostro con tanto detenimiento que Hanne apartó la vista después de unos segundos.

—Además, me preocupa que él también esté enfermando —añadió Karen—. No es que se queje, pero ya le ves. Las dos sabemos que la prisión preventiva es una prueba muy dura, pero, de verdad, ¿tú has visto antes a alguien a quien afectara tanto?

Hanne soltó el picaporte y se tapó la cara con las manos. Se frotó la cara con fuerza y sorbió la mucosidad sonoramente; cuando apartó las manos tenía las mejillas rojas.

—Se me ocurren unos cuantos —dijo con ironía.

—Pero entenderás que esta confesión... —Karen Borg casi escupió la palabra, de manera que Hanne notó una fina lluvia sobre su rostro—. ¡Es una tontería!

—Puede ser —dijo Hanne Wilhelmsen pestañeando—, puede ser.

Karen Borg se alejó por el pasillo, pero a los cuatro pasos se dio la vuelta de golpe y regresó.

—No podemos dejar que lo haga —dijo desesperada, y abrió los brazos—. ¡Sabes tan bien como yo lo difícil que es desdecirse después de una confesión!

—Bueno —dijo Hanne con la mirada fija en los pies de la abogada—, también se han dado casos. Por malvados que seamos los de la policía resulta que la gente puede librarse hablando de casi cualquier cosa. Casi torturamos a la gente para obtener esas confesiones, o eso es lo que decís los abogados defensores.

Sonrió de medio lado y se cruzó de brazos.

—He ido a ver a Cecilie esta tarde —dijo Karen.

—Si te he hecho venir ha sido precisamente porque entiendo tus argumentos —dijo Hanne—. Yo tampoco pretendo empeorarle las cosas a Halvorsrud.

—Fue bueno verla, bueno y muy doloroso a la vez. Raro. —Karen le puso la mano en el antebrazo a Hanne—. Me alegro de que las cosas vayan mejor entre vosotras —dijo con voz queda—, es evidente que es bueno para Cecilie.

—Yo que tú —dijo Hanne— le convencería de que no lo hiciera. —Retrocedió un paso de forma casi imperceptible y prosiguió—: Voy a ver qué puedo hacer con mi informe. Lo adornaré un poco, hasta donde pueda. Puedo decir que estaba desesperado y solo quería hablar. Algo así.

Karen Borg retiró la mano.

—¿Qué pasará el lunes? —preguntó visiblemente desanimada —. Con el entierro, quiero decir.

—Veré lo que puedo hacer.

Hanne se apartó aún más y se quitó el flequillo de los ojos de un soplido.

—No queremos otro caso Rasool, que fue a enterrar el cadáver de su hija esposado —le rogó Karen Borg—. Olvidad las esposas y esas cosas, por favor. Quedan fatal en un entierro.

Hanne hizo ademán de volver a entrar en el despacho. Karen la detuvo con un gesto de su mano derecha. Hanne observaba las tiritas de Mickey Mouse con mucha concentración y esbozó una sonrisa.

—¿Puedes dormir?

—Si yo fuera tú —dijo Hanne mirándole por encima del hombro con aire de conspiración—, si yo fuera el abogado de Halvorsrud pediría una revisión de la prisión preventiva. ¡Pide que la anulen! El hombre quiere otra opción, ¡ve por ella! Obligación de presentarse en el juzgado, dos veces al día si es necesario. Inténtalo. ¡Saca a ese tipo de aquí!

—¿Libertad bajo fianza?

—¡Sí! Esa posibilidad existe también en Noruega, que nunca se utilice no quiere decir que no sea legal. Artículo 188, compruébalo. Su hija está muy enferma y el hombre tiene amigos en el aparato judicial. Tiene un aspecto horrible, tú misma lo has dicho. Échale un poco de valor, ¡inténtalo!

—El tipo quiere... amigos en el sistema...

Karen Borg movió la cabeza muy despacio, se colocó delante de la puerta separando las piernas todo lo que su estrecha falda le permitía.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Frunció el entrecejo sin poder creer lo que oía.

—Escúchame —dijo Hanne en voz baja pero intensa. Su cara estaba a diez centímetros de la de Karen—. Si hablamos de sospechas fundadas tenemos a Halvorsrud cogido por los huevos.

Pero, en honor a la verdad, es muy poco probable que pueda destruir pruebas a estas alturas. Hemos registrado su casa, hemos interrogado a un montón de testigos, hemos requisado todo lo que pudiera ser de interés en el entorno de su familia y en su despacho, y más cosas. ¿Peligro de reincidencia? ¡Lo dudo! —Se golpeó la sien con el índice y continuó—: ¿Quieres que la niña la palme antes de que su padre pueda ayudarla?

Karen Borg no contestó. Miró a Hanne a los ojos. Eran de un azul más oscuro de lo que recordaba. El característico aro negro que rodeaba el iris parecía más grande. Había algo nuevo en la mirada de Hanne. Sus pupilas estaban dilatadas y, por un momento, Karen vio su propio reflejo ampliado en medio de tanta oscuridad.

—Pero ¿qué pasa con el artículo 172? —susurró intentando alejar a Hanne de la puerta—. No quiero que nos oiga.

—¿Prisión por la comisión de un delito muy grave?

Karen asintió. Hanne suspiró ostensiblemente y se negó a moverse.

—¿Sabes a cuánto ha ascendido la media de días de prisión preventiva?

—Sesenta y tantos.

Karen Borg apoyó las palmas de las manos sobre los hombros de Hanne y no se rindió hasta que la hubo alejado un par de metros de la puerta.

—Sesenta y siete días —precisó Hanne Wilhelmsen—. En Noruega la gente se pasa encerrada sesenta y siete días sin sentencia. De media. No tiene nombre. No... —Volvió a mirar por encima de su hombro—. Insiste en que es una medida desproporcionada, utiliza a la niña. Inténtalo por lo menos, no seas tan jodidamente cobarde.

Karen ya no pudo impedir que Hanne se abriera paso y entrara en el despacho. Sigurd Halvorsrud seguía sentado en la misma postura, con la espalda recta y las manos en el regazo. Levantó la vista unos instantes y luego siguió contemplando con detenimiento algo que estaba al otro lado de los cristales oscuros.

—¿Estás preparada para hablar del asunto ahora? —preguntó.

—No —dijo Hanne Wilhelmsen—. Estoy preparada para que tengas una conversación a fondo con tu abogada. Yo me voy a casa a dormir. —Se inclinó sobre el intercomunicador y pidió que le mandaran dos policías de los calabozos—. Ahora os vais a quedar aquí tranquilamente —le dijo a Halvorsrud—. Y mañana hablaremos si aún hay algo que me quieras decir. ¿De acuerdo?

—Me tratas como a un niño —dijo con voz queda, sin mirarla.

—No —dijo Hanne Wilhelmsen chasqueando los dedos de la mano izquierda. Él dio un respingo y giró la cabeza—. Te trato como es mi obligación. Intento descubrir la verdad de este caso. Mi trabajo no es hacer que confieses, mi misión es conseguir una confesión si es cierta.

—Me crees —dijo con voz inexpresiva—. Entiendes que soy inocente.

—No he dicho eso —respondió Hanne intentando que su voz no fuera tan dura—. No he dicho eso ni mucho menos.

Aparecieron dos hombres de uniforme en la puerta. Uno de ellos sopló un globo de chicle. Hanne prefirió no darse por enterada.

—Dejad que la abogada Borg se quede aquí hablando con su cliente el tiempo que desee. Podéis esperar fuera. Supongo que tú deberías volver con tu familia cuanto antes —añadió dirigiéndose a Karen.

—Tengo a mi madre de visita —dijo Karen en tono despreocupado—. Cuida de los niños. Håkon está... Håkon ha salido esta noche.

La fugaz sonrisa de Karen era difícil de interpretar. Hanne soltó un largo bostezó.

—Hablamos —dijo poniéndose una cazadora de piel con flecos y bordados indios en el pecho—. Llámame mañana para cualquier cosa, tengo el móvil conectado.

Cuando la puerta estuvo cerrada no pudo reprimirse más.

—El chicle le va jodidamente mal a ese uniforme —le dijo con voz severa al policía—. Queda fatal.

El hombre se tragó el pegote rosa al instante.

43

La llave no estaba echada.

La alarma estaba quitada, lo que quería decir que el cierre de seguridad estaba sin poner. Cuando asomó la cabeza pudo comprobarlo.

No podía ser Cecilie. El médico había dicho que como pronto podría volver a casa a mediados de la semana siguiente. Hanne Wilhelmsen, en tensión, observaba la puerta y notó que su pulso se aceleraba, como si esperara que alguien saliera de pronto del apartamento.

Sus ojos se detuvieron sobre la placa de la puerta. HW & CV.

Casi nunca pensaba en lo doloroso que podía resultar. Cuando compró el rectángulo de bronce las iniciales que no delataban nada le habían parecido una buena idea. Tampoco hacía falta gritar a los cuatro vientos que allí vivían dos mujeres. Mujeres que podían ser violadas. Cecilie escuchó los argumentos policiales de Hanne y se limitó a comentar que «Wilhelmsen & Vibe» tampoco habría sido demasiado revelador. Callada y algo malhumorada, Hanne atornilló la placa y nunca más la comentaron.

Puso la mano sobre el picaporte.

Dentro se oía a alguien. Cuando apoyó la oreja en la puerta pudo reconocer sonidos de cocina. Cazuelas y un grifo abierto. Abrió la puerta de par en par y entró en tromba en el recibidor.

—¡Hola! —dijo en voz alta notando que sonaba temblorosa.

Nadie contestó. Olía a comida, jengibre y cilantro.

—Hola —dijo Håkon Sand, y asomó la cabeza desde la cocina con una gran sonrisa—. Llegas tarde.

—Casi me matas del susto —murmuró Hanne, y se rascó la oreja con fuerza—. Joder, de verdad que casi me matas del susto.

—Lo siento —dijo Håkon, pero resultó poco convincente—. Como tengo llaves... pensé que no estarías comiendo mucho estos días. No había planificado una cena nocturna, pero me llamó Karen al móvil para decirme que llegarías tarde.

—Hubiera llegado tarde en cualquier caso —dijo Hanne.

No sabía muy bien lo que sentía. Su pulso estaba alterado por la sorpresa y eso le molestaba. No era asustadiza, o al menos no solía serlo. Además había actuado como una principiante. Si de verdad hubiera habido un ladrón en el piso podría haber resultado herida. Lo correcto habría sido retirarse, pedir refuerzos y esperar.

Tenía hambre, muchísima hambre.

No es que le molestara, no era capaz de recordar cuándo había sido la última vez que sintió ganas de comer algo. Pero ahora tenía un agujero de acidez en el estómago y se dio cuenta de que no había comido más que un sándwich reseco con queso del hospital en todo el día.

—¿Qué has preparado? —preguntó intentando sonreír.

—Algo rico.

—Tú siempre cocinas algo rico.

Hanne se sentó a la mesa de la cocina. Una contractura en la nuca la obligó a mover la cabeza de un lado a otro. La mesa estaba muy bien puesta, con la plata que Cecilie había heredado de su abuela paterna y dos candelabros que Hanne apenas recordaba haber visto antes. Las servilletas estaban dobladas con esmero.

—Parece un cisne —dijo con voz queda, e hizo una mueca al sentir que se aproximaba la jaqueca—. Eres bueno, Håkon.

—No es que sea bueno —dijo dejando el cucharón—, es que te quiero, que es muy diferente. Ahora vas a comer un poco y luego te

daré un masaje en la nuca.

Apuntó hacia ella con un batidor y luego lo metió en una salsa con aire experto.

—Y luego te irás a dormir, sin poner el despertador. ¿Cómo va el caso Halvorsrud?

Hanne respiró pesadamente. Un calor desconocido se extendió por su cuerpo. Se deshizo de la cazadora y se quedó sentada en silencio preguntándose cómo estaba en realidad. Cogió la jarra de agua y llenó uno de los vasos. Su brazo temblaba levemente y derramó algo de líquido sin molestarse en recogerlo. De pronto fue consciente de que se alegraba de la visita. Tenía hambre y le darían de comer; le dolía la cabeza y le harían un masaje. Estaba agotada y tal vez se libraría de dormir sola.

—¿Te quedas a pasar la noche? —dijo sin mirarle.

—Si quieres —dijo Håkon con voz despreocupada—. En todo caso puedo quedarme hasta que te duermas.

Cenaron en silencio.

Hanne comió cuatro porciones de lenguado al horno con salsa de jengibre sin decir palabra. Cuando por fin dejó los cubiertos sobre el plato y deshizo de mala gana el cisne para limpiarse la boca, miró a Håkon y dijo:

—Hay algo que no deja de inquietarme del tal Ståle Salvesen.

Håkon no contestó. Se limitó a retirar su plato, secarse las manos en un trapo de cocina algo manchado y se colocó detrás de su silla.

—Quítate la camisa —le rogó.

Las manos parecían arder sobre sus hombros desnudos. Sintió un escalofrío y cerró los ojos. Håkon apretó con los pulgares dos puntos sensibles bajo los omoplatos y se le erizaron los cabellos de la nuca. Lanzó un largo y grave suspiro.

—Es algo del apartamento —susurró con voz entrecortada—, algo que vi o encontré, o tal vez no encontré. Pero no consigo recordar qué era.

—Olvídalo —dijo él en voz baja—, olvídalo por esta noche.

Era la tarde del domingo 18 de marzo y el portero Karlsen se sentía bastante indispuerto. La noche anterior había bebido demasiado brandy. Karlsen no estaba acostumbrado a más que un chorrito en el café de vez en cuando. El alcohol sin diluir era demasiado fuerte para él. Ya no era ningún jovencito. Durante la guerra, cuando estaban de permiso en Estados Unidos, podía darle fuerte. Pero ya no. Ahora no tomaba más que un traguito para calmar la sed cuando sus sueños se llenaban de lobos con casco alemán y no conseguía volver a dormirse.

El portero Karlsen estaba de luto por su amigo Ståle Salvesen. Y, para ser sinceros, se sentía algo ofendido. Si su amigo tenía planes de dejar este valle de lágrimas, algo que Karlsen entendía muy bien después del trato al que le habían sometido los malditos mandamases, podría haberle dado alguna pista. Algo parecido a un mensaje de despedida. Karlsen entendía que el hombre no podía contarle sus siniestros planes, el viejo marino de guerra habría intentado por todos los medios que su amigo cambiara de opinión. Al fin y al cabo la vida aún podía ofrecerle algunas alegrías. Por lo menos Karlsen había sentido consuelo en las cálidas noches que pasaron en su salón minúsculo, charlando en voz baja y escuchando jazz de negros en el tocadiscos.

Suspiró profundamente mientras observaba impaciente la aspirina efervescente que no acababa de disolverse en el vaso de agua. Levantó la vista hacia la foto de Klara. El marco aún tenía la estrecha cinta negra que compró el día de su entierro. Sus ojos se llenaron de lágrimas al contemplar su imagen de mujer robusta con permanente y el bello broche que llevaba en el pecho. El hombre lo había heredado de su madre y se lo entregó a Klara como regalo de pedida. Irritado, sacudió la cabeza y se tomó la medicina de un trago. Su sabor amargo le hizo estremecerse y estuvo tentado de tomarse el último trago de la botella de licor. Pero no lo hizo. De pronto se dio cuenta de que Ståle Salvesen le había hecho una señal. Un aviso, una especie de despedida. ¡Claro que sí!

El portero Karlsen se puso de pie y preparó otra cafetera. Se sentía mejor. Ståle no tenía a nadie más que a él. Él, Ole Monrad Karlsen, era la única persona en quien podía confiar Ståle. Por eso le había pedido que le hiciera un último favor. A Karlsen le había resultado extraño cuando se lo dijo, claro, pero ahora lo entendía todo. Ståle Salvesen se había despedido. A su manera.

Mustafa Özdemir era un hombre de palabra. A las 9.30 ya se había presentado en el mostrador de información del gran vestíbulo de la comisaría para exigir hablar con Karianne Holbeck. Era lunes por la mañana y tenía una cita importante. Se había vestido para la ocasión con pantalón y zapatos marrones y una camisa azul claro. La corbata era vieja, y con toda probabilidad demasiado ancha, pero no tenía mucho donde elegir. La mujer policía tendría que conformarse, una corbata era una corbata. La chaqueta era de cuadros grandes y le quedaba un poco estrecha. Aun así Mustafa Özdemir se sentía a gusto. Se acababa de duchar y para colmo había invertido casi un cuarto de hora en recortarse el bigote, compacto y moreno.

Karianne Holbeck sintió un gran alivio al verle, si bien era cierto que tenía exactamente el aspecto que ella había previsto. Nunca había comprendido por qué todos los hombres de su origen llevaban bigote. A lo mejor ocurría como con los oriundos de Trøndelag, que parecían necesitar tener algo debajo de la nariz. Pero por lo menos este hombre no olía a sudor y llevaba la ropa bien cuidada, aunque estuviera anticuada.

—Siéntese —le dijo señalando una silla—. Me alegro de que haya venido.

—Teníamos un acuerdo, ¿no?

Parecía sorprendido, como si con sus palabras la mujer hubiera insinuado que no era de fiar. Y así era. Ella intentó mejorar el ambiente ofreciéndole un café.

—No, muy agradecido —dijo negando con la mano derecha—. Si yo bebo café luego tener problemas con el estómago, ¿entiendes?

Özdemir hizo una mueca seguida de una gran sonrisa.

Hanne Wilhelmsen entró en el despacho de Karianne Holbeck sin llamar.

—Mustafa —exclamó sorprendida tendiéndole la mano—. ¿Eres tú?

—Hanna —dijo él radiante mientras se levantaba de un salto—. ¡Hanna!

—Hanne —susurró Karianne Holbeck bajito, sonrojándose por cuenta del hombre—. Se llama Hanne. Con e.

—¡Hanna! ¡Amiga mía!

Parecía que no iba a soltarle la mano.

—¿Por qué estás aquí, Hanna? ¿Conoces a esta señora?

Agitó la mano en dirección a Karianne Holbeck, como si la idea de que aquellas dos mujeres se conocieran le resultara descabellada. Por fin volvió a sentarse. Hanne se quedó con la cadera apoyada en la puerta, no había más sillas.

—Trabajo aquí —contestó ella dedicando una sonrisa a sus ojos desmesuradamente abiertos—. Trabajo en la policía.

—Nunca me lo has contado —se quejó él—. ¡Madre mía! Mi Hanna es una poli.

Se inclinó hacia Karianne Holbeck, que parecía muy incómoda con la familiaridad con la que el testigo se dirigía a la comisaria.

—Hanna es mi clienta favorita —dijo señalando a Hanne con un índice cubierto de pelos negros—. Muchos se han ido a Sultan, en la calle Thorvald Meyer —dijo con gesto apenado y un chasquido de la lengua—. Todos van a Sultan, ¿sabes?, pero Hanna no. Ella viene a Importaciones Özdemir. Siempre, ¿sabes?

—Iré a buscar una silla —dijo Karianne Holbeck intentando pasar por detrás de Hanne Wilhelmsen.

—No, ya la traigo yo. Tómale los datos mientras tanto.

Tardó menos de un minuto en volver.

—Me cuentan que recibiste una llamada telefónica muy interesante el otoño pasado —dijo tomando asiento—, cuéntanoslo.

Karianne Holbeck se sentía ignorada. Se sentía desairada. Una cosa era que la inspectora hubiera entrado en su despacho sin mostrar el más mínimo respeto dando un leve golpe en la puerta. Pero aún peor resultaba que quisiera tomar el control del interrogatorio sin asumir la responsabilidad. Estaba claro que Hanne Wilhelmsen no tenía intención de escribir ni una palabra del informe que debía resultar de esa conversación. Si ese fuera el caso se habrían trasladado a su despacho para tener acceso a su ordenador. Lo que más le apetecía a Karianne Holbeck en ese momento era mandar a la inspectora jefe a hacer puñetas. Pero se limitó a buscar otra taza de café y llenarla para ofrecérsela a Hanne Wilhelmsen.

Mustafa Özdemir comenzó su relato.

Su voz sonaba más reposada. Después de oír las palabras con que había saludado a Hanne Wilhelmsen, Karianne Holbeck le había clasificado como un turco pesado y torpe con el idioma. Se había transformado por completo. Sus ojos castaños, escondidos bajo unas cejas espesas y anchas, mantenían contacto visual con una de las dos policías en todo momento. La historia de sus problemas con los impuestos era clara, ordenada y creíble. Tras una inspección fiscal, Mustafa Özdemir había sido denunciado por llevar una contabilidad incompleta y por evasión de impuestos. Él opinaba que se trató de un desgraciado malentendido. Enseguida buscó la ayuda de un abogado y en cinco meses el caso quedó archivado. El problema era que le habían mencionado en un extenso artículo del diario *VG*. Trataba de las trampas que hacían las cada vez más populares fruterías regentadas por inmigrantes, y a Importaciones Özdemir la citaban por su nombre. Eso había afectado a las ventas, claro, y la demanda por difamación que le había puesto al periódico no parecía ir bien.

—Pero antes de eso —dijo por fin cogiendo un caramelo de una cajita y ofreciéndoles a ellas—, antes de que el caso fuera archivado, me llama el tal Sigurd Halvorsrood. Una noche, fue mi mujer quien contestó al teléfono. Me buscó un rato. Yo estaba en el almacén, ¿sabes? Él dijo que podía solucionarlo todo.

—Y se presentó —dijo Hanne Wilhelmsen mirando por unos instantes a su compañera—, con su nombre completo.

—Sí, sí —insistió Özdemir sacándose un papel doblado del bolsillo trasero del pantalón—. Ver aquí. Yo apunté ese nombre.

En el papel ponía «Sigor Halvorsrod». Hanne lo sostuvo entre el índice y el pulgar y chupó sonoramente su caramelo.

—Y entonces —preguntó con cierta dificultad— ¿qué pasó luego?

Özdemir cambió de postura y cruzó la pierna derecha sobre la izquierda. Luego juntó las puntas de los dedos. Sus manos dibujaban una tienda india. Por primera vez no miraba a ninguna de las dos. Observaba con los ojos entornados un lugar indefinido entre las dos mujeres, y tardó varios segundos en volver a hablar.

—La primera llamada fue el 10 de noviembre —dijo despacio—. Debió de ser un... martes. ¿Correcto?

Karianne Holbeck se dio la vuelta para consultar un calendario del año anterior que colgaba de la pared.

—Mmm —asintió—. Martes, 10 de noviembre de 1998.

—Y no entendía mucho de nada, ¿sabes?

Hablaba mucho más despacio, como si registrara su memoria y no quisiera decir demasiado.

—Así que dije «Sí» y «Vale» y cosas así. Dije que tenía que pensar un poco. Yo... —Ladeó la cabeza y Hanne casi podría jurar que le vio sonrojarse bajo su piel morena—. Estaba bastante desesperado con el asunto ese, ¿sabes? La poli noruega y nosotros los extranjeros...

Se encogió de hombros y dirigió una mirada elocuente a Hanne Wilhelmsen. Ella esbozó una sonrisa sin volver la vista a su colega.

—Lo entiendo. En otras palabras, te sentiste algo tentado.

—Y luego tampoco estaba muy seguro de lo que el hombre quería decir en realidad —dijo Özdemir sacudiendo la cabeza—. No fue... no era claro. ¿Tú entiendes?

Hanne Wilhelmsen asintió de nuevo.

—¿Llegó a mencionar el dinero? ¿Que tuvieras que pagar algo?

—No... la verdad es que no. Fue así como yo lo entendí, ¿sabes? No... —Mustafa Özdemir las miró desanimado—. Sería mejor que pudiera repetir exacto lo que dijo el hombre. Pero hace tanto, ¿sabes? Yo no recordar exacto, pero luego entendí que podía pagarle dinero y mi caso fuera arqueado. No, quiero decir archivado.

Özdemir se rascó la nuca.

—Mi mujer me pregunta qué pasaba, ¿sabes? No le gustó el tono del hombre. Me echó una bronca muy gorda cuando le dije que tal vez él podía ayudar.

—Pero ¿llegasteis a algún acuerdo? —preguntó Karianne Holbeck hablando por primera vez en toda la entrevista—. ¿Te dio algún número al que pudieras llamar?

—No, me iba a llamar él.

—¿Y lo hizo? —preguntó Hanne Wilhelmsen.

—Sí. Me llamó dos días más tarde. Otra vez por la noche. Supongo que sabe que abrimos hasta tarde. Yo y mi mujer, ya sabes, estamos casi siempre en la tienda. Mi hija también. Bueno, tú conoces a Sofia, Hanna. Ha estudiado contabilidad, ya sabes.

Su gesto se suavizó al hablar de su hija. Hanne sabía que Mustafa solo tenía una hija, una chica de veinte años. No tenía ni idea de por qué Sofia era hija única, pero sus padres la adoraban y, desafortunadamente, la sobreprotegían. Hanne sabía que la chica quería estudiar medicina, pero que su padre había dicho que tendría que esperar a cumplir veinticinco años. Sofia iba a clase por las tardes para sacar las asignaturas de ciencias que le faltaban para poder matricularse en medicina. Su padre se presentaba sin falta a las puertas del colegio privado esas tres tardes a la semana para acompañarla a casa.

—¿Y qué dijo él?

—Poca cosa. Lo mismo de la primera vez. Pero esta vez yo era muy firme y claro. «Ni hablar», le dije. Él fue... ¿educado? No se enfadó mucho ni nada. Solo dijo adiós. Luego no he vuelto a saber nada. Así que... —Lanzó una gran sonrisa y bajo el bigote asomaron sus dientes blancos y regulares—. Y luego yo tenía muy buen abogado, ¿sabes? Lo ordenó todo bien y todo se arregló.

Hanne Wilhelmsen cerró los ojos.

—Quiero pedirte un gran favor, Mustafa. Si no quieres... Si te parece desagradable o algo, no tienes más que decírmelo. No tienes ninguna obligación de aceptar.

Hanne abrió los ojos de golpe y miró fijamente al hombre de la estrecha americana de grandes cuadros.

—Por mi Hanna, ¡yo hago cualquier cosa!

—Bueno —dijo Hanne—, no es exactamente por mí, sino por la policía. ¿Nos das tu permiso para pedirle a Telenor el registro de todas las llamadas entrantes que recibiste en esos días? Ni siquiera estoy segura de que sea posible técnicamente, pero en todo caso necesitamos tu autorización.

Mustafa Özdemir dudó apenas un segundo, luego rio un instante.

—De acuerdo. No tengo nada que ocultar, ¿sabes?

—En ese caso transcribe esta conversación —dijo Hanne dirigiéndose a Karianne mientras se ponía de pie—, y prepara una autorización que podamos enseñar a Telenor.

Le tendió la mano a Mustafa Özdemir, que se levantó de un salto y la estrechó entre las suyas.

—Gracias por ponerte en contacto con nosotros —dijo Hanne Wilhelmsen.

—Debes venir a mí pronto —contestó afectuoso—. Trae contigo a tu bella amiga y te daremos tomates buenos, buenos, que mi mujer planta en el cuarto de baño.

—Y gracias a ti —le dijo Hanne a Karianne Holbeck cuando salía del despacho—, ¡eres un cielo por ocuparte del papeleo!

—Un poco de gratitud ayuda algo... —susurró Karianne con un pequeño movimiento de cabeza dirigido a la puerta que se cerraba

—, pero no mucho.
Se puso a escribir.

Al principio Hanne Wilhelmsen creyó que acababa de tropezarse con Billy T. El tipo era enorme y la ayudó a levantarse con una mano, mientras con la otra recogía los papeles que se le habían caído, con una fuerza que le pareció conocida. Al levantar la vista vio que se había equivocado.

—Perdón —dijo el hombre disgustado; casi no quería soltarla.

—Ha sido culpa mía —dijo Hanne restándole importancia—. ¡Cuánto tiempo!

El hombre sonrió y dejó de un golpe una tarjeta de visita sobre el montón de documentos que había conseguido amontonar.

«Iver K. Feirand, comisario de policía».

—¡Enhorabuena! —dijo Hanne con voz queda—, hace tiempo que debería haberte felicitado.

—Solo han pasado dos meses.

Iver Feirand acababa de ser nombrado comisario responsable de delitos sexuales con menores. Era uno de los expertos más destacados del país. Varios investigadores se habían especializado en el tema desde que el Ministerio de Justicia, la fiscalía y la policía advirtieron, a principios de los años ochenta, que los abusos sexuales a menores no eran un fenómeno que solo se daba en el extranjero. Ellos opinaban que harían falta tres veces más investigadores, pero unos pocos era mejor que nada. Iver Feirand

había estado destinado en la Interpol en Lyon, en el Scotland Yard en Londres, y había seguido un curso de casi un año con el FBI americano. Compartía la fascinación de Hanne por todo lo que Estados Unidos podía ofrecer.

—¿Qué has estado haciendo?

Iver sonrió y extendió las manos ofreciéndose a llevar los documentos. Hanne negó con la cabeza.

—El asesinato de Halvorsrud y diez toneladas de casos más.

Lanzó una significativa mirada a los cinco gruesos archivadores que llevaba.

—Joder, vaya caso —dijo siguiéndola por el pasillo—. ¿Cuándo va a rendirse ese tío?

—No lo sé, ni siquiera sé si ha sido él.

Iver Feirand lanzó una sonora carcajada.

—Tú nunca sabes si alguien ha hecho algo.

—Bueno, se supone que eso es lo que debemos hacer hasta que haya una sentencia, ¿no te parece?

El comisario se encogió de hombros y se puso serio de golpe.

—Nuestro problema es más bien el contrario —dijo metiéndose las manos en los bolsillos—. Los tipos que pillamos son tan culpables que dan asco, pero muy pocas veces conseguimos que les condenen. Pero oye... —Se detuvo y puso la mano sobre su hombro. En contra de su voluntad, Hanne redujo la velocidad y se volvió hacia él—. Me han llegado rumores de que vendes la moto —preguntó mientras se rascaba la sien—. ¿Es verdad?

—¿De dónde has sacado eso?

Hanne no recordaba haber mencionado que tenía planes de deshacerse de la Harley a nadie más que a Cecilie.

—Da igual. ¿Es cierto?

—Lo estoy pensando.

—¿Por qué?

Hanne suspiró y reanudó su marcha.

—Eso es cosa mía.

—¿Tiene algún problema?

—No.

—¿Cuánto pides por ella?

Habían llegado a la puerta del despacho de Hanne. Iver Feirand le cortó el paso colocándose frente a ella. Salvo por el espeso cabello rubio se parecía tanto a Billy T. que casi daba miedo.

—No lo sé —dijo Hanne desanimada—, ni siquiera lo tengo decidido.

No era cierto. Sabía que tenía que deshacerse de la moto. Había intentado no pensar en ello, aún no entendía por qué era tan importante librarse de ella.

—¿Cuántas veces la has pintado? —preguntó Iver Feirand—. Quiero decir que no sería de color rosa cuando la compraste.

—Sí. La encargué así a la fábrica.

—Escúchame... —Se rascó el cuello—. Si la vas a vender, tienes que avisarme. Me interesa muchísimo, si está bien de precio. Mi parienta se pondrá de mala leche, claro, pero ya me ha llegado a mí el turno en esta vida. Tendría que volver a pintarla. ¡Llámame!

Saludó llevándose dos dedos a la frente y volvió a toda prisa a la zona azul. Hanne le siguió con la mirada durante unos segundos. Por detrás no se parecía mucho a Billy T. Iver Feirand tenía mucho mejor culo.

—Unas ciento veinte mil —murmuró—. Mínimo.

Un chaval de unos doce años estaba solo frente a la congregación. Iba vestido con una capa blanca que rozaba el suelo y le quedaba un poco grande. Mantenía las manos bien cruzadas sobre la tripa. Tal vez le habían dado firmes instrucciones de que mantuviera esa postura, pero sus pulgares, que no paraban de dar vueltas, parecían indicar que solo estaba nervioso y no sabía qué hacer con sus pálidos dedos. El pelo rubio de grandes rizos rodeaba su cabeza como un halo y su voz se deslizaba clara y sagrada por las paredes desnudas de terracota amarilla.

«Vivir es amar», cantó el chico en dos versos, y el entierro hubo terminado.

Billy T. abrió los ojos.

El asiento era incómodo y le entró prisa por salir de la iglesia antes que el resto de la numerosa congregación.

Estaban todos. El fiscal general en la segunda fila. Alto y delgado y claramente tan incómodo en el banco como Billy T. Por lo que pudo contar este, al menos seis abogados de renombre nacional habían decidido dedicar una última muestra de respeto a Doris Flo Halvorsrud. Además había un montón de fiscales, de la UDEF y de los juzgados de Oslo. Todos se tomaban su tiempo antes de salir al pasillo central, y estiraban la espalda y alargaban el cuello deseando ser vistos. Vistos por Halvorsrud, que estaba en el primer banco y

tenía evidentes problemas para soltarse de su hija, y por sus compañeros.

Solo la policía era discreta.

En los extremos de las dos últimas filas de bancos había cuatro policías de paisano, vestidos de colores oscuros. Alguien con la vista entrenada les habría reconocido desde el momento en que llegaron. Se les veía incómodos con el traje; los movimientos de hombros y los tirones que daban a las perneras de sus pantalones delataban que estaban acostumbrados a vestir ropa más práctica. Además, los cuatro llevaban hora y media con la vista clavada en Sigurd Halvorsrud. Mientras todos los demás intentaban no mirarle fijamente, lo que resultaba difícil porque la mayoría sentía una gran curiosidad por saber qué aspecto tenía Halvorsrud después de pasar dos semanas en prisión preventiva, los policías miraban sin pausa y sin cortarse hacia el verdadero protagonista de aquel entierro.

—Esta es una extraña campaña —le dijo Billy T. a Karen Borg en tono cortante cuando se le acercó por el camino de gravilla frente a la capilla y le saludó con un suave movimiento de cabeza.

—¿Campaña? —repitió ella en tono neutro mirando hacia la escalinata en que Halvorsrud recibía las condolencias pronunciadas en voz baja, pero no por ello menos sentidas, de la fiscalía casi al completo—. ¿Qué quieres decir con eso?

—O. J. Simpson —prosiguió Billy T.—. Todos los americanos blancos opinaban que era culpable. Y todos los negros lo negaban.

—¿Y...? —dijo Karen Borg sin mostrar interés alguno.

—¿No lo ves? La policía cree que Halvorsrud es culpable, la fiscalía no. Ni hablar. Uno de los suyos, no. Juristas contra policías, la vieja historia de siempre.

Se tiró del lóbulo de la oreja, donde la habitual cruz invertida había sido sustituida por un pequeño brillante en honor a la ocasión.

—Es una provocación —continuó—. Por otra parte resulta casi conmovedor ver que los leguleyos podéis permanecer unidos de vez

en cuando. Normalmente no hacéis más que atacaros entre vosotros.

Miró a Karen Borg como si acabara de fijarse en ella, y silbó bajito. Llevaba un traje gris oscuro de corte sencillo sobre una blusa negra sin cuello. De su brazo colgaba una capa. Un repentino claro entre las nubes le había dado fuerza al sol en el momento en que la gente empezaba a salir de la iglesia.

—Qué guapa estás —dijo Billy T. pasando la mano por la manga del traje.

—Igualmente —contestó ella esbozando una sonrisa—. Menos mal que tienes juicio suficiente para quitarte la cruz satánica en ocasiones como esta.

—No es una cruz —suspiró Billy T. desanimado—, ¡es el martillo de Thor estilizado! Estoy tan harto de que...

Se contuvo. El fiscal general pasó a su lado y les saludó con un lento movimiento de cabeza y una tímida sonrisa dirigida a Karen Borg. Le flanqueaban dos hombres vestidos de negro. Podían parecer guardaespaldas por la manera de mantenerse un paso por detrás de su jefe, avanzando al mismo ritmo y guardando la distancia, pero uno de ellos estaba muy gordo y el otro no medía más de metro setenta y, de surgir algún imprevisto amenazante, daba la impresión de que tendría que solucionarlo el fiscal en persona.

—O. J. Simpson era culpable —dijo Karen Borg.

—¿Qué?

—Mató a su exmujer y al amante, está clarísimo.

Se dirigía hacia el aparcamiento y Billy T. la siguió arrastrando un poco los pies por la gravilla.

—¡Pues sí que estamos bien! —Se echó a reír—. Me permito recordar a la señora la tontería de que el hombre fue absuelto.

Karen Borg se dio la vuelta de repente.

—¿Sabéis cómo vais a llamarla?

Billy T. ladeó la cabeza y entornó los ojos hacia las nubes inquietas que habían vuelto a tapar el sol.

—No, como no nos espabilemos la criatura se va a quedar sin nombre. Tone-Marit quiere un nombre de esos modernos. Julie, Amalie, Matilde. Ese estilo. Yo quiero un nombre de verdad, Ragnhild o Ingeborg, algo así.

—¿Cómo lo estará pasando O. J. Simpson ahora?

Karen abrió la puerta del conductor de su viejo Audi azul.

—Fatal, por lo que parece.

—Exacto. Porque en realidad sabe que lo hizo. El caso de Halvorsrud es diferente. La acusación... —Karen Borg señaló con un movimiento de cabeza a los hombres vestidos de oscuro que tomaban asiento en los coches que llenaban el aparcamiento. Los leves estallidos de las puertas que se cerraban a su alrededor sonaban como una marcha fúnebre inacabada y dubitativa—. Es evidente que estas personas creen en la inocencia de Halvorsrud, y no por pertenecer a la misma clase social. Quien creía en la inocencia de O. J. Simpson no era la América negra, sino la América negra pobre. O, mejor dicho, les importaba una mierda si era culpable. Su argumento era que estaba por encima del bien y del mal. Era víctima del poder blanco. No podían juzgarle, hubiera sido como juzgarse a sí mismos. Así que no me vengas con comparaciones imposibles. Halvorsrud es inocente. Sencillamente no ha cometido el acto del que le acusáis.

—Vaya, menudo discurso —dijo Billy T. pasándose la mano por la calva.

Karen Borg llevaba tanto tiempo con la puerta del coche abierta y había levantado tanto la voz que la gente había empezado a fijarse en ellos. Se metió en el coche y cerró la puerta. Billy T. llamó a la ventanilla con los nudillos. Pudo ver cómo suspiraba frustrada antes de bajarla a medias.

—Te equivocas —dijo apoyando los brazos en el techo del coche—. Tu análisis simplificado del caso de O. J. Simpson estará bien, pero si no ves que estos casos tienen cosas en común es que estás cegada por tu papel en la defensa.

Karen Borg empezó a subir la ventanilla con vehemencia.

—Espera —ladró Billy T., y agarró el borde de la ventanilla—. No ves que precisamente se trata de sentirse identificado. Si Halvorsrud es culpable será un fracaso para toda la fiscalía. Por eso están aquí, quieren demostrar que permanecen unidos, que no pueden creer que uno de los suyos, alguien de su misma clase, con los mismos orígenes, la misma formación, buena situación económica, mujer, hijos y chalet... Es demasiado. Si Halvorsrud fuera culpable cada uno de ellos se vería afectado. Se preguntan: ¿yo podría haber hecho algo así? Y la respuesta es no, por supuesto, y a continuación hacen lo más peligroso del mundo para los que debemos aplicar la ley y distinguir la verdad de la mentira: se identifican con el delincuente. —Golpeó el techo del coche con las palmas abiertas—. ¿No lo ves, Karen?

Ella le miró un buen rato.

—Por unos días creí que te fiabas de su declaración —dijo por fin—. Se ve que me dejé engañar, y probablemente Halvorsrud también. Creo recordar una parrafada sobre que eras su único amigo y cosas por el estilo. Una tontería nuestra, claro, creernos algo así.

Giró la llave.

Billy T. sacudió la cabeza y se alejó del coche. A Karen le estaba costando meter primera y el motor dejó escapar un ruido seco y se apagó. Volvió a intentarlo, pero sin pisar el embrague. El coche dio un par de botes hacia delante y se caló.

—¿Lo hago yo? —vocalizó Billy T. con la cara a diez centímetros de la ventanilla.

Ella no se dignó mirarle. A la tercera consiguió arrancar y se deslizó despacio hacia la carretera sin preguntar siquiera a Billy T. si quería que lo llevara.

Él se giró y fue hacia el aparcamiento que estaba más abajo, en realidad reservado para discapacitados. El coche de la policía ya le estaba esperando con Halvorsrud debidamente situado en el asiento de atrás. Desde la escalinata de la capilla llegaba el eco del llanto

desgarrado de Thea Halvorsrud, mientras sus dos hermanos intentaban torpemente consolarla junto a su tía casi histérica.

Si cerraba los ojos no visualizaba el ataúd de su esposa. Pero sería lo que recordaría. No quería que fuera marrón. Nadie le había consultado, pero por alguna razón había dado por descontado que sería blanco, de un blanco radiante y cubierto por una sencilla corona de rosas rojas. Cuando vio la madera marrón cubierta por un montón de flores de muchos colores que tapaban su corona y la de sus hijos, había sentido una ira a la que no tenía manera de dar salida. Hacia el final del funeral la caja le parecía negra, y le hubiera gustado poder recordar la ceremonia de otra manera.

Lo que se dibujaba ante sus ojos era el rostro de su hija. Abrió los ojos. La intensa luz de un blanco azulado que no le daba ninguna pista de la hora del día o de la noche le estaba volviendo loco. Anhelaba una ventana. Solo un tragaluz, demasiado pequeño para escaparse pero que le diera un indicio del paso del tiempo. Le habían quitado el reloj. No entendía por qué. No le entraba en la cabeza cómo podía herirse con una sencilla correa de cuero.

Volvió a cerrar los ojos muy despacio.

Veía el rostro de Thea. Sus grandes ojos enrojecidos por el llanto. Veía su boca formando palabras que prefería no oír. Sentía su mano en la suya, apretada contra su pierna, su cuerpo que se había pegado tanto a él que casi no había sido capaz de quedarse sentado. Veía sus brazos que se extendían hacia él mientras se lo

llevaban con firmeza hacia el coche de policía que le estaba esperando. Notaba su mirada en la espalda, dos rayos que le quemaban a través de la chaqueta del traje y casi le imposibilitaban mantenerse de pie.

El fiscal del Estado Sigurd Halvorsrud cumplía su tercera semana en los calabozos de la comisaría de Oslo. Las celdas apenas reunían condiciones para alojar a alguien más de veinticuatro horas. Le habían ofrecido trasladarle a un lugar mejor. Una cárcel de las afueras, le habían propuesto varias instituciones que él sabía que eran mucho más modernas que esa. Pero no quería. No se fiaba de ellos. Todos sus actos le parecían hostiles. Se había ido acostumbrando a aquel cubículo. Quería quedarse en la comisaría y se lo habían permitido.

Se incorporó bruscamente, las náuseas venían de abajo, subían por sus piernas, recorrían su cuerpo en fuertes oleadas y no había forma de resistirse. El vómito llegó de forma tan repentina que ni siquiera pudo apartarse del duro camastro sobre el que estaba tumbado. Su camisa blanca quedó cubierta de los restos de las dos rebanadas de pan del desayuno. No recordaba qué les había puesto. Debía de ser caballa con tomate, pero no sabía a eso sino a hierro agri dulce.

Sigurd Halvorsrud estuvo vomitando sangre casi un cuarto de hora antes de arrastrarse hasta la puerta para pedir ayuda.

Hanne Wilhelmsen tenía delante las páginas amarillas como si sus manos, por propia iniciativa, hubieran cogido el grueso listín que estaba debajo de un viejo ejemplar del diario VG en un extremo de su mesa. Casi podría jurar que no había sido ella quien había buscado el apartado de «Psicólogos». No le hacía ninguna falta ningún psicólogo, conocía a demasiados.

Lo cerró con un golpe sordo en el momento en que Billy T. asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

—Son casi las cinco y media. Ven conmigo. —Alargó la mano como si quisiera convencer a un niño rebelde—. Vamos, vamos —la llamó con las manos y una amplia sonrisa.

—¿Adónde vamos? —preguntó incorporándose a medias mientras ahogaba un bostezo.

Cecilie volvía del hospital al día siguiente. Hanne no estaba muy segura de si le hacía ilusión. La echaba de menos, claro. Las noches que había decidido pasar en casa con la esperanza de dormir algo más que el par de horas que dormitaba de madrugada en el hospital las había pasado llorando. La había echado tanto de menos que era casi peor que la nostalgia intensa de Cecilie que sentía sentada junto a su cama del hospital. Hanne quería que Cecilie volviera a casa, pero a la vez parecía más seguro que

estuviera ingresada. La traición que suponía estar trabajando sería aún mayor cuando supiera que Cecilie estaba sola.

—Pues no. No puedo. Tengo cosas que hacer en casa. ¿Cómo fue el entierro?

—Normal. Pero tú te vienes conmigo.

—Te digo que no puedo. Tengo que limpiar.

Intentó arreglarse el pelo con una especie de raya al lado que se había hecho porque nunca le daba tiempo de ir a la peluquería. El flequillo se le resistía, se humedeció las puntas de los dedos con saliva y se pasó la mano por el cabello.

—¿De qué se trata?

—Ya lo verás. Si no vienes, te llevaré a la fuerza. Esto es una especie de secuestro.

Hanne Wilhelmsen se resignó a seguirle sin coger la mano que él le tendía.

Incluso tan cerca de la orilla el mar estaba blanco. Desde la terraza cubierta de losetas entrecerraba los ojos contra el viento para ver la isla de Øterøya y se agarraba con fuerza a la barandilla de hierro forjado. El islote de Natholm no protegía mucho cuando el viento soplaba del sur, y descartó la idea de sacar la barca al fiordo para pescar. Una hora antes había ido a la tienda Solløka a fin de comprar lo más imprescindible para los días siguientes. Había sido precavido y se llevó dos paquetes de bacalao congelado.

Fue nada menos que un descubrimiento fantástico e inesperado.

Cuando ese nombre apareció en la pantalla, empezó a temblar. Imaginó que era como ganar la bonoloto, como recuperarse de una enfermedad mortal e incurable por sorpresa y sin explicación posible. Tal vez como encontrar a un familiar querido a quien durante años habías dado por muerto. Una ola de calor subió por su abdomen, bajó hacia el diafragma y le hizo jadear.

Llevaba tres años trabajando en el caso. En abril de 1996 cogió la indemnización que la región de Oslo había sido condenada a pagarle por su infancia perdida y destrozada, había añadido el dinero que no paraba de generar la venta de *Luz roja en Amsterdam* a otros países y compró la cabaña. Veinte años antes había pasado un verano allí, el único buen recuerdo que tenía del tiempo anterior a la cárcel. Hacía mucho que su tía la había vendido. Eivind Torsvik

se presentó ante el nuevo dueño y le ofreció un cincuenta por ciento más de lo que la propiedad valía. Le dio dos horas para decidirse. La visión de cinco millones de coronas en una maleta fue demasiado para aquel hombre. Tres semanas más tarde Eivind Torsvik se mudó con doscientos kilos de equipo electrónico, un petate de ropa y un viejo sofá. Con el paso del tiempo y según el trabajo iba avanzando se había permitido comprar muebles nuevos y un equipo de alta fidelidad Accuphase. La cabaña de la bahía de Hamburgkilen, a algo más de diez kilómetros del centro de Sandefjord, se había convertido en su primer hogar de verdad. Lo había creado él solo. Estaba bien en soledad y sabía que siempre sería así.

El nombre se había grabado en su interior.

Eivind Torsvik se sentó en el banco de madera que estaba bajo la ventana del salón. El viento era cada vez más fuerte. Escuchaba el rugido del mar y el cabello le golpeaba las mejillas. Levantó la vista hacia dos charranes que no conseguían esquivar los tremendos golpes de aire y retrocedían con graznidos agudos y afónicos. Dejó que el aire salado penetrara hasta el fondo de sus pulmones y se sintió libre.

Ahora solo era cuestión de tiempo.

El bebé era, en verdad, excepcionalmente hermoso. La cabeza bien formada, y con una nuca alargada que ya desde el principio indicaba que la niña no iba a parecerse mucho a su padre. El pelo que caía sobre su frente era negro, suave y de una abundancia llamativa, y parecía rizarse sobre sus orejas. Hanne Wilhelmsen nunca había visto un bebé de origen noruego con las pestañas tan largas. Se rizaban sobre unos grandes ojos un poco rasgados, que se volvían redondos cuando los abría a la luz unos instantes. Las pupilas eran de un color indefinido y probablemente acabarían siendo castaños. Los labios eran rojos y se perfilaban con fuerza sobre la piel blanca. El arco de Cupido tembló instintivamente cuando Hanne le pasó con infinito cuidado el dedo meñique por la barbilla.

—De verdad que está para comérsela —susurró—. No se parece en nada a ti.

—Menos mal —le devolvió el susurro Billy T.—. Digo esas tonterías porque es lo que la gente espera de mí. Me puse contentísimo cuando vi que no tenía nada en absoluto de mi familia.

—Aparte de la altura —dijo Hanne riendo en voz baja mientras tiraba de los pies del bebé bajo la manta rosa—. Tiene que ser mucho más larga de lo normal, ¿no?

—Larga y esbelta —dijo Billy T.—. Sesenta centímetros al nacer y solo tres kilos setecientos gramos.

Hanne acomodó mejor al bebé en su regazo. Se estaba quedando dormida. Tenía el puño derecho medio cerrado sobre un chupete. Hanne intentó metérselo en la boca, pero lo escupió al momento y acabó en el suelo.

—No lo quiere —sonrió Billy T. sentándose junto a Hanne en el sofá—. Quiere sujetar el chupete, pero ni hablar de chuparlo. Chica lista, no se deja engañar.

El bebé regurgitó un poco. Un fino hilo de saliva blancuzca por la leche cayó por la comisura de los labios. Hanne respiró profundamente por la nariz y percibió el dulce olor del aliento infantil como un golpe en el estómago. Parpadeó deprisa para reprimir las lágrimas.

—Tendrías que haber tenido un hijo —dijo Billy T. poniendo la mano sobre el hombro de Hanne—, deberíais haberlo tenido hace mucho.

—¿Debería apoyarla en mi hombro cuando regurgita? —murmuró Hanne.

—Para nada. Está durmiendo muy bien y respira sin problemas. ¿Por qué no lo tuvisteis?

Hanne echó una mirada al apartamento de Billy T. Hacía solo dos años había vivido allí durante más de un mes, cuando Cecilie y ella estaban pasando un año en Estados Unidos, y el asesinato de la primera ministra Birgitte Volter la había hecho volver a Noruega, en teoría de vacaciones. Todo había cambiado. Desde que Tone-Marit se había instalado allí había grabados en las paredes y libros en las estanterías. El enorme equipo de música estaba desterrado a un armario y solo se veían los altavoces en el techo, a ambos lados de la puerta que daba al recibidor. A Hanne le dolió ver que habían cambiado las cortinas que ella le había cosido.

—Todo es tan distinto... —le susurró al bebé.

Billy T. cogió con cuidado al bebé de su regazo.

—Ahora vas a echar una siestecita con mamá —murmuró entrando de puntillas en el dormitorio.

Cuando regresó unos instantes después no se sentó en la silla, frente a Hanne; se dejó caer junto a ella en el sofá, donde había estado mientras la niña estuvo despierta y era necesario, cuando tenía que estar exactamente allí para que ambos pudieran contemplar juntos a la recién nacida. Volvió a pasarle el brazo a Hanne por los hombros, suavemente, acariciando su antebrazo una y otra vez con la punta de los dedos.

—Esto no me resulta nada fácil —dijo en voz tan baja que por un momento no estuvo segura de haberle entendido bien.

—¿Qué?

—Esto... —Con la mano libre englobó la habitación con un gesto.

—El piso, es que ya no parece mío. Tone-Marit... —Susurraba de forma casi inaudible, como si tuviera miedo de que Tone-Marit se hubiera despertado a pesar de que acababa de comprobar que estaba profundamente dormida—. Claro que quiero tenerla aquí —dijo despacio—. Me gusta lo que hace conmigo, o casi todo, por lo menos. Y la niña es maravillosa, estoy absurdamente feliz con ella. He sido feliz con cada hijo que me he infligido.

Hanne rio sin hacer ruido.

—¿Infligido? —repitió—. Lo dices como si tuvieras cinco enfermedades distintas.

Billy T. puso los pies sobre la mesa y se hundió en el sofá pegándose aún más a ella. Notó su barbilla junto a la oreja y sintió a la vez que se relajaba. No recordaba cuándo fue la última vez que se había sentido así.

—Pero a veces me subo por las paredes —continuó—. Me parece que no puedo respirar aquí dentro. Las cosas del bebé están por todas partes, en el baño huele a damisela. Tone-Marit es buena y paciente y no se pone pesada como otras mujeres con la pasta de dientes y la tapa del retrete y esas cosas. Es como si hiciera cosas... como si hubiera empezado a hacer cosas de tíos solo para molestarla.

Se incorporó y se giró de golpe hacia ella. Su cara estaba a solo diez centímetros de la de ella. Hanne le miró fijamente a los ojos azul hielo unos instantes, pero no aguantó mucho y bajó la vista hacia sus labios. A esa distancia era enorme, los labios resecaos bajo un bigote colosal que aparecía y desaparecía a una velocidad que nadie controlaba. Ahora era grandísimo, Hanne miraba cada uno de sus pelos tiesos y no podía pensar con claridad.

—Y en verano nos casaremos —masculló entre dientes—. Es que no puedo casarme, ¡joder!, cuando no... Me siento así y el bebé no tiene ni... ¡Mierda!

—Tengo que irme —dijo Hanne con voz tensa, y dejó las manos en el regazo.

—¿Irte? —Retiró el brazo de golpe y su cara mostró una decepción imposible de disimular—. ¿Tienes que irte? ¿Ahora?

—Ya te he dicho que tengo mucho que hacer. Cecilie vuelve a casa mañana, tengo que limpiar.

Hanne se levantó y fue hacia la puerta de la entrada.

—No me has contestado mi pregunta de por qué nunca tuvisteis hijos —oyó Hanne que decía a su espalda.

Despacio, como si no hubiera decidido si contestarle o no, se volvió hacia él. Billy T. seguía en el sofá rascándose la barba como un poseso.

—No lo sé —mintió—, pero ahora todos debemos alegrarnos de que así fuera.

Al llegar a la calle se dio cuenta de que se había dejado el móvil y una bolsa de comida en casa de Billy T. Paró un taxi y llegó a casa antes de que empezara el telediario de la noche. Seguro que en la nevera habría algo comestible.

—Tengo la impresión de que te has quedado en los huesos — protestó Margaret Kleiven—. Siempre has sido delgado, pero ¡ahora estás esquelético!

Evald Bromo había empezado a despreciar a su mujer. Nunca la quiso, pero a su manera siempre había tenido sentimientos positivos hacia ese ser estéril, una especie de dependencia cariñosa que se acercaba al agradecimiento. Ahora le daba asco. En días como aquel, cuando había vuelto corriendo del trabajo para hacer la limpieza para el fin de semana y le recibía con un delantal gastado sobre la barriga y las manos enrojecidas de tanto fregar, apenas aguantaba el roce seco de sus labios sobre su mejilla mientras colgaba la gabardina.

—Tienes que dejar de correr, no es saludable. Por cierto, te ha llegado un paquete.

—Un paquete —repitió él sin entonación.

Cuando entró en la cocina sintió el olor a producto de limpieza y pescado frito. Se dejó caer pesadamente sobre una silla de madera y apoyó los codos sobre la mesa.

—Estoy cansado.

—¿Comes?

—Sí, gracias.

Margaret cogió el plato que tenía delante y se acercó a la cocina. La miró apático intentando sentir un apetito que no tenía desde hacía más de tres semanas. Cuanto más corría, menos comía. Cuanto más corría, peor dormía. Había dejado de coger el autobús para ir a trabajar. Iba y volvía corriendo, pero nunca tenía hambre.

—Toma, come.

Puso el plato frente a él. Carbonero frito con cebolla y patatas y una ensalada de pepino aguada que llevaba hecha demasiado tiempo. Pinchó el pescado con el tenedor sin saber cómo iba a ser capaz de comérselo.

—Mira —repitió Margaret—, has recibido esto en el correo. ¡Ábrelo, venga!

Dejó el tenedor. El paquete no era muy grande, de unos quince centímetros por quince y bastante plano. El nombre y la dirección estaban escritos con mayúsculas corrientes, no llevaba remite.

Agarró el paquete y le dio la vuelta. Tampoco figuraba remite por detrás. De pronto sintió un fuerte impacto en el estómago, una descarga de adrenalina que se extendió por todo su cuerpo y le obligó a dejar el paquete sobre sus rodillas para que no se le cayera al suelo.

—Solo es un pulsímetro —dijo secamente.

—¿Pulsímetro? —Ella sonrió y empezó a comer—. Pues ábrelo, ¿no?

—No.

Se obligó a comer tres rodajas de pepino. Parecían crecer en su boca y tuvo problemas para respirar.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué no puedes abrirlo para que vea qué es lo que has comprado?

—Que no. Solo es algo para correr y eso a ti nunca te ha interesado.

La cebolla frita sabía a especias para barbacoa y a goma.

—Pero, Evald, de verdad. ¿Por qué no voy a poder echar un vistazo a ese... pulsímetro?

Se puso de pie y se inclinó sobre su regazo. Cuando iba a coger el paquete la agarró bruscamente por la muñeca y apretó.

—¡Te he dicho que no!

Nunca le había gritado así. Nunca la había tratado de forma tan violenta, nunca le había causado daño físico. Ahora le apretaba el brazo con todas sus fuerzas y no lo soltó hasta que las lágrimas empezaron a resbalar por las mejillas de su mujer, sucias del humo de la sartén.

—Perdóname —dijo abatido—. Es que estoy muy cansado últimamente. Solo es un pulsímetro. No tiene ningún interés para ti.

Ella no contestó. Se limitó a coger su plato y sentarse a la mesa del comedor, la mesa buena a la que hacía años que no se sentaba ningún invitado.

Evald Bromo dejó la comida, cogió el paquete y desapareció sin decir una palabra de adónde iba.

Era el viernes 23 de marzo de 1999, y Sigurd Halvorsrud iba a comparecer ante el juzgado de primera instancia de Oslo. Llevaba en prisión preventiva tres semanas justas, bajo una imputación que le concedía a la policía un plazo de tres a cuatro semanas. Que fuera a verse el caso antes de que terminara el plazo era poco frecuente, por no decir inaudito. Ocurría con frecuencia que la policía dejaba en libertad a sus detenidos antes de la fecha límite, y no solían ser situaciones dramáticas. Al contrario, si las condiciones para mantenerles detenidos ya no se daban era su obligación soltarlos. Pero la policía no deseaba dejar en libertad al fiscal Halvorsrud. Al contrario. La letrada de la policía Annmari Skar ya había empezado a trabajar en un recurso para solicitar que se prolongara la prisión preventiva en la vista de la causa que esperaba se produjera la semana siguiente. Cuando en la tarde del jueves recibió los documentos remitidos por la abogada Karen Borg, que revelaban que el acusado quería que le dejaran en libertad y que el asunto se vería el viernes por la mañana, reprimió un juramento y agradeció a los dioses haberse estudiado ya el caso a fondo.

—Faltaba una semana para que venciera el plazo ordinario —le dijo a Billy T. en un murmullo mientras se abrían paso por la escalinata de los juzgados de Oslo.

Zigzagueaban entre los asistentes a una boda que se saltaban la petición que rezaba en un cartelito de cartón para que no se tirara arroz en consideración a la salud de los pajarillos.

—Y no han podido esperar... ¡una semana!

Por alguna razón que se le escapaba a todo el mundo salvo a la administración del juzgado, el caso se vería en la sala 130. Annmari Skar y Billy T. pasaron por las puertas dobles de madera de casi cuatro metros de altura, seguidas de una gigantesca puerta giratoria, hasta llegar al imponente hall del juzgado. Al momento les cubrió una intensa luz procedente de los flashes. Billy T. tuvo que salvar a la menuda letrada policial cuando un entusiasta reportero de una pequeña televisión quiso demostrar que era el más lanzado y valiente y pasó, literalmente, entre las piernas del enorme policía para poder poner el micrófono en la cara de Annmari Skar. Los dos policías se abrieron camino hasta la pared de cristal de la izquierda del hall. Llegaron hasta la puerta de la sala correcta sin más incidentes, pero seguidos por un nutrido grupo de periodistas.

—La 130 —suspiró Annmari Skar—, allí dentro casi no hay espacio para respirar. ¿Dónde van a meterse todos estos?

Los miró desesperada por encima del hombro.

—Puertas cerradas —la tranquilizó Billy T.—. Tendremos puertas cerradas, paz y tranquilidad.

—Eso es lo que tú te crees, sí —dijo Annmari Skar mordaz—. Solo nos las concederán si lo pide la abogada Borg. No tenemos...

—Chsss... —la interrumpió Billy T.—, espera un poco.

Apartó a una jovencita muy insistente, tendría unos veinte años, el pelo largo y rubio, mascaba chicle y llevaba una grabadora.

—Joder, los de sucesos cada vez sois más jóvenes —dijo en voz alta y enfadada—, y más descarados también. Supongo que va todo unido.

Apartó a un imberbe de la TV2 y terminó por utilizar su trasero como escudo para que Annmari Skar tuviera alguna posibilidad de entrar en la sala. Karen Borg ya estaba allí. Le saludó con discreción

y Billy T. supuso que había subido desde el sótano con su defendido.

Karen Borg apenas se había pronunciado sobre el caso en público. A pesar de las constantes filtraciones de la policía ella no había dicho nada. Impresionante. Hacía mucho que Billy T. había desistido de especular sobre quiénes tenían un trato relajado con la prensa. Ella evitaba a la prensa por completo.

A la policía le fue concedida su petición de mantener la sesión a puerta cerrada.

Annmari Skar era consciente de que el mérito no era suyo. Había cumplido con su obligación al repetir que la cobertura mediática podía resultar «perjudicial para la investigación». Sin demasiada convicción. Era cierto que estaba convencida de la culpabilidad de Halvorsrud y que en más de una ocasión se había recorrido los pasillos de la comisaría en una búsqueda imposible de esas numerosas fuentes policiales a las que la prensa tenía tan fácil acceso. Pero la verdad era que los medios habían publicado páginas y páginas describiendo cada sangriento detalle y era difícil que quedara alguna novedad que pudiera echarse a perder. Si a pesar de ello pidió que la vista fuera a puerta cerrada fue en parte por ella misma. No soportaba a los periodistas. Eran a la vez pesados y serviles, creían saberlo todo y, descarados y hábiles, destilaban ignorancia. Annmari Skar no entendía a los periodistas y los despreciaba intensamente.

Para alivio de Annmari Skar, Karen Borg apoyó la solicitud de la policía por consideración a la privacidad de su cliente, pero tampoco fue esa la razón por la que les fue concedida. Los periodistas tenían la culpa. Mientras la solicitud se tramitaba a puerta abierta, como era lógico los periodistas se pelearon por los asientos como una bandada de gaviotas por una bolsa de pan. El juez de primera instancia Birger Bugge, un tipo rechoncho y malhumorado al que le faltaba poco para jubilarse y que ya se había dado cuenta de que nunca ascendería en la carrera judicial, no compartía el desprecio de la letrada policial Skar por los periodistas. Los odiaba hasta el

punto de que había dejado de leer cualquier periódico que no fuera el *Herald Tribune*. Lo compraba en el quiosco de la estación Sur de Oslo todas las tardes, camino de casa para cenar con su esposa en Ski.

—El tribunal de primera instancia de Oslo va a instruir el caso 99-02376F/42 —dijo cuando por fin se hubo calmado la sala gracias a la airada intervención de un enfadado agente de la policía, y la tranquilidad hubo vuelto al pequeño reino del juez Birger Bugge—. No tengo conocimiento de ninguna causa que me inhabilite para instruir este caso. ¿Alguna alegación?

Billy T. empezó a negar con la cabeza a la vez que las abogadas Skar y Borg. No estaba acostumbrado a que la gente le impusiera respeto, pero la gran cabeza de bulldog del juez Bugge podía asustar a cualquiera. Con la mandíbula adelantada, sus tremendas papadas y unos ojos minúsculos bajo dos cejas grises que se elevaban como dos cuernos junto a sus sienes, no tenía que esforzarse mucho para imponerse.

—Umfff —dijo el juez Bugge señalando el estrado con un movimiento de la mano.

Karen Borg se levantó de un salto.

—Señoría, me permito solicitar que, por cuestiones de salud, mi defendido pueda permanecer sentado aquí.

Puso la mano izquierda con suavidad sobre el hombro izquierdo de Halvorsrud para enfatizar que el hombre se encontraba muy frágil.

—Umfff —repitió el juez Bugge y la abogada Borg decidió interpretarlo como una señal de consentimiento—. Es usted Sigurd Harald Halvorsrud. ¿Fecha de nacimiento?

Billy T. pasaba las páginas de los informes mientras se terminaban los trámites formales. Luego se reclinó y miró de soslayo a Annmari Skar. Era más atractiva que verdaderamente guapa. Bastante bajita y compacta, poseía una feminidad que le había llevado a contemplarla con disimulo en más de una ocasión. Su rostro era fuerte y diáfano con grandes ojos marrones y su cabello

castaño ya tenía algunas canas, a pesar de que le faltaban varios años para cumplir los cuarenta. Billy T. sintió una presión en el diafragma y tuvo ganas de ponerle la mano en la espalda mientras ella golpeaba la mesa con un lápiz para gran irritación del juez Bugge.

—¿Podría la letrada de la policía dejar de meter ruido? —ladró.

Annmari se quedó paralizada y se sonrojó un poco. «Y yo ya me puedo ir espabilando», pensó Billy T. controlando la mano que ya estaba a mitad de camino de la espalda de la abogada.

Alguien esperaba en la puerta: Hanne Wilhelmsen estaba en la sala casi cuadrada hablando en voz baja con el alguacil para que la dejara entrar. La conocía bien y la dejó pasar antes de cerrar la puerta con mucho cuidado. Billy T. pudo comprobar por unos instantes que los periodistas no se habían rendido.

—Lo lamento —dijo Hanne en voz alta dirigiéndose al juez—, dispongo de datos importantes para el fiscal.

—Umfff —repitió el juez Bugge—, que sea rápido.

Hanne Wilhelmsen empujó las pequeñas puertas abatibles de madera que separaban los bancos del público del resto de la sala. Pasó el estrado sin dignarse mirar a la abogada Borg y a Halvorsrud y se inclinó con las manos abiertas sobre la mesa.

—Karen Borg me ha citado como testigo —le susurró a Annmari Skar—, la citación estaba sobre mi escritorio cuando volví de... hace una media hora.

—Citación como testigo —bufó Billy T., que se había inclinado hacia ellos y había escuchado las palabras de Hanne—. ¿Desde cuándo se citan testigos en primera instancia?

—¡Chsss...!

Annmari Skar le cogió por el antebrazo.

—Que no sea frecuente no quiere decir que no esté permitido. Me he enterado hace unos minutos.

Se tapaba la boca con la mano como si tuviera miedo de decir lo que pensaba.

—¿Sabes por qué te ha pedido que te presentes? —susurró por fin en voz tan baja que Billy T. casi no la oyó.

Hanne Wilhelmsen no respondió, pero apartó los ojos del rostro de la letrada de la policía y los fijó en el montón de documentos que tenía delante.

—Pero ¿es que no has hablado de esto con Karen Borg? —continuó Annmari Skar enfadada. Había olvidado hablar en susurros.

—No exactamente —respondió Hanne deprisa—, no he hablado con ella de testificar, no lo he hecho.

—Pero ¿por qué...?

—Y creo que vamos a dejarlo ahí —sentenció el juez con un carraspeo malhumorado—. Quiero suponer que todos los temas de urgencia vital de la policía están zanjados y podemos proceder.

Hanne Wilhelmsen abandonó la sala. Mientras subía las escaleras del juzgado hacia la cafetería del segundo piso para tomar un café, cayó en la cuenta de que debería haber mandado el recado con otra persona. Como era muy probable que tuviera que declarar, dependía del juez Bugge que quisiera escucharla o no, por lo que no debería haber estado presente durante las negociaciones. Se encogió de hombros. Para empezar no era abogada, y para terminar no se había enterado de nada de lo que estaba pasando.

Y Billy T. tampoco. Estaba tan enfadado que le zumbaban los oídos. Hanne Wilhelmsen sabía algo. Si Karen Borg la quería como testigo estaba claro que creía que Hanne podía contar algo que beneficiaría a Halvorsrud. Hasta ese momento, las dudas de Hanne sobre la culpabilidad del fiscal del Estado habían tenido una base profesional. O al menos así lo veía Billy T. ¡Maldita sea! Él también había dudado; estaba acostumbrado a dudar. Había que hacerlo, así eran las cosas. La policía debía mantener siempre abiertas todas las posibilidades. Culpable o no. Eso era lo que debían aclarar. La policía debía ser neutral. Pero si la confianza de Karen Borg en que el testimonio de Hanne podía ser beneficioso para el caso de Halvorsrud estaba basada en algo que la misma Hanne le había

proporcionado, el comportamiento de la detective rayaba en la traición.

Pasó la vista por la sala.

En cada esquina, frente a la barrera que daba a los bancos del público, había dos agentes de policía aburridos. Una de ellas, una mujer de pelo rapado y teñido de rubio y con demasiado maquillaje, parecía echar una cabezadita.

Por el contrario, Halvorsrud parecía llevar semanas sin dormir.

Karen Borg debía de haberle conseguido un traje nuevo que le quedaba mejor que el oscuro que llevaba el lunes durante el entierro. La camisa era de un blanco immaculado y estaba recién planchada. A Billy T. no le sorprendería nada que la propia Karen hubiera usado la plancha a primera hora de la mañana. El diamante de la corbata había desaparecido; habría podido provocar a un juez malhumorado y cascarrabias.

La vestimenta impecable y discreta contrastaba violentamente con la cabeza que asomaba tras el firme nudo de la corbata. La rápida pérdida de peso le había dejado pliegues en el cuello como los de un pavo. La parte baja del rostro se veía floja y grisácea con profundos surcos a cada lado de lo que había sido un poderoso mentón. Sobre los ojos se le marcaba una red de venillas rojas, como si alguien le hubiera pintado una máscara a toda prisa. Apenas movía los labios al hablar. Sus palabras se oían mal, su voz era monótona. De vez en cuando se llevaba un pañuelo a la boca.

Empezó el interrogatorio de Halvorsrud. El juez Bugge no tenía muchas preguntas y cedió la palabra a las partes moviendo las manos con impaciencia. A veces daba la impresión de que no prestaba mucha atención a lo que se decía. Billy T. sabía que era un engaño. Había pocos jueces tan agudos como Birger Bugge en toda la judicatura. Si no había progresado en su carrera era por su carácter difícil y su trato antipático.

Por fin Halvorsrud terminó de hablar; no había dicho nada nuevo. Mantenía su inocencia sin ceder un milímetro. Estaba preocupado

por su hija. Tenía una úlcera sangrante. Nada que la policía no supiera ya.

—Pido permiso para aportar los certificados médicos del padre y la hija —dijo la abogada Borg en tono de pregunta.

El juez Bugge asintió con un gesto casi imperceptible de la cabeza, suspiró profundamente, y tendió una mano enorme hacia los documentos que le ofrecían. Pasó la mirada a gran velocidad sobre los papeles y se los dio al secretario que estaba sentado, serio y callado, a su derecha.

—También solicito la comparecencia de la detective Hanne Wilhelmsen como testigo —añadió Karen Borg, y se quedó de pie delante de su silla—. Es de gran...

—Bastante irregular —refunfuñó el juez Bugge—. ¿Y qué va a...?

—Señor —interrumpió Annmari Skar dándose cuenta demasiado tarde de lo que había hecho.

—¿Podría la letrada de la policía ser tan amable de no interrumpir a este tribunal? —bufó el juez Bugge.

Annmari Skar se dejó caer en su silla.

—¿Y de qué va a hablarnos la tal Wilhelmsen? —continuó el juez dirigiéndose a Karen Borg, que había bajado la vista azorada a causa de la intervención de la letrada de la policía.

—Es la responsable de la investigación policial, su señoría, y entiendo que puede aclarar...

—¿Aclarar? —graznó el juez Bugge—. Tenemos una fiscal presente que presuponemos que va a aclararnos cómo ve la policía el caso. ¿Es así?

Annmari se levantó titubeante.

—Sí, su señoría, por supuesto. De hecho ocurre que...

Dudó unos instantes y decidió que era mejor esperar a recibir permiso para continuar. El permiso llegó en forma de un brusco asentimiento con la cabeza que provocó una oleada de vibraciones en las papadas del juez.

—Tal y como lo veo, la letrada Borg no tiene base legal para llamar a la detective Wilhelmsen como testigo ordinario. Si Wilhelmsen declara ante el tribunal debe tratarse de una presentación oficial del estado de la investigación o su progresión. No entiendo de ninguna manera que estos aspectos no queden cubiertos por mi presentación, en este caso con la ayuda de mi auxiliar. —Señaló a Billy T.—. Por otra parte debo decir que me sorprende sobremanera la forma en que la abogada Borg ha llevado este asunto, su señoría. En el caso de que creyera que era necesario escuchar a la detective, no tenía más que habérmelo indicado. Citarla como testigo es muy irregular y parece una táctica injusta. Además no he tenido tiempo de consultar con la detective Wilhelmsen antes de...

—¿Consultar? —repitió el juez Bugge—. ¿Y sobre qué iba usted a consultar a su colega? Supongo que lo que ella sepa también lo sabe usted, letrada Skar.

Annmari Skar estaba desconcertada. Movi6 los papeles que tenía delante, decidió que no tenía nada que añadir y volvió a sentarse sin decir palabra.

—El tribunal no acaba de ver la necesidad de este testimonio —dijo el juez Bugge despacio—, pero dada la gravedad de los hechos que se le imputan al acusado, permitiré un breve interrogatorio. ¿Está la detective Wilhelmsen disponible de forma inmediata?

—Creo que está esperando fuera —dijo Karen Borg, y carraspeó nerviosa.

El alguacil entreabrió la puerta y unos segundos más tarde Hanne Wilhelmsen estaba en el estrado dando sus datos personales. Intentó captar la mirada de Billy T., pero su colega se miraba las manos y evitó de manera casi imperceptible a Hanne adelantando el hombro izquierdo en un gesto de rechazo.

—Iré derecha al grano —dijo Hanne Wilhelmsen.

Karen Borg se estiró las solapas de la chaqueta y evitó con sumo cuidado mirar a la detective. Karen Borg sabía lo que hacía. Estaba confundiendo las cosas. De forma rotunda y probablemente

imperdonable. Habían hablado de ello muchas veces. Håkon y ella, Hanne, Cecilie y Billy T. Una amistad íntima entre representantes jurídicos que debían enfrentarse en los tribunales representaba un gran reto. Que ella y Håkon no podían enfrentarse en el mismo caso era evidente. Su relación con Hanne y Billy T. no estaba tan clara. Aunque no desde el punto de vista jurídico, sí desde el punto de vista moral. Después de hablarlo muchas veces habían decidido que todos irían con sumo cuidado y verían hasta dónde podían llegar. Al ser la mayoría de los casos de Karen penales, se vería muy perjudicada si no pudiera llevar ninguno en el que interviniera Hanne Wilhelmsen.

Les había ido bien. Hasta ese día. Llamando a Hanne a testificar Karen Borg había hipotecado una confianza de la que había sido merecedora como amiga. No como abogada. Aun así para ella lo primero era su fidelidad al cliente, siempre.

Hanne Wilhelmsen creía en la inocencia de Halvorsrud. Había expresado dudas sobre la conveniencia de mantenerle encarcelado, incluso había animado a Karen a intentar que le concedieran la libertad. Karen Borg no podía dejar de hacerlo y menos cuando su cliente se estaba hundiendo.

—¿De verdad cree usted que en este caso hay peligro de que se destruyan pruebas?

«Te odio por lo que me estás haciendo», quiso gritar Hanne. En lugar de eso tosió un poco tapándose la boca con el puño cerrado con fuerza, y contestó:

—La policía opina que sí. Hago referencia a lo que probablemente ya ha declarado la letrada Skar.

—Eso no es lo que le pregunto, Wilhelmsen. Le estoy preguntando qué opina usted. Está al frente de esta investigación y tendrá su propia opinión sobre si se dan las condiciones para mantener la prisión preventiva.

Al juez Bugge le había pasado algo. Su cara floja y malhumorada se había animado, estaba inclinado sobre la mesa con la cabeza

ladeada y le brillaban los ojillos. Sus labios húmedos dejaban intuir una pérfida sonrisa.

—Trabajo en la policía —dijo Hanne Wilhelmsen con rapidez y firmeza—, somos de la opinión de que debe mantenerse la prisión.

Karen Borg suspiró de forma ostensible y miró al juez en busca de ayuda.

—Señoría —se quejó—, ¿puedo solicitar su ayuda para que esta testigo conteste a mis preguntas?

—No veo que la detective tenga problemas para contestar —dijo el juez Bugge malhumorado—, será que la abogada Borg no hace las preguntas adecuadas.

—Señoría —dijo Annmari Skar frustrada—. La abogada Borg está interrogando a la detective sobre la valoración de un tema que es mi responsabilidad como letrada de la policía. ¡Es inadmisibile!

Se quedaron en silencio. Solo se oía el suave zumbido del sistema de ventilación que se mezclaba con el sonido que hacía la abogada Borg al dejar los documentos sobre su mesa.

—¿Sabe usted que Halvorsrud ha desarrollado una úlcera sangrante? —preguntó por fin.

—Sí.

De nuevo silencio.

—¿Sabe usted que su hija está ingresada en la sección de psiquiatría como consecuencia del encarcelamiento de su padre?

—¡Su señoría!

Annmari Skar abrió los brazos y puso los ojos en blanco. El juez Bugge se metió un lápiz en la boca y lo mordió con fuerza, pero no dijo nada.

Hanne cargó su peso sobre la pierna derecha y se cruzó de brazos.

—Sé que su hija está enferma, no conozco la causa. Usted me ha contado que echa de menos a su padre, pero yo no he hablado con ningún médico. Supongo que tampoco habrá sido fácil para una chica de dieciséis años aceptar que su madre haya sido asesinada.

—Pero si le contara que hay un certificado médico que relaciona de forma directa el grave estado de Thea con el hecho de que su padre esté encarcelado, ¿cómo valoraría la conveniencia de mantenerle en prisión preventiva?

—Por fortuna no me corresponde a mí hacer esa valoración, esa función es del tribunal.

—Pero si le pido su opinión personal...

Hanne Wilhelmsen notó que por fin Billy T. se había vuelto hacia ella e intuyó una sonrisa bajo su bigote rojizo. Vio que ponía la mano sobre el brazo de Annmari Skar. Sabía que a partir de ese momento Hanne se las apañaría sola.

—Dudo que sea de interés para el tribunal —dijo Hanne despacio mirando fijamente al juez Bugge—, supongo que estoy aquí como detective, no como ciudadana de a pie.

Karen Borg suspiró profundamente e hizo un gesto de desesperación con la mano izquierda.

—Me rindo —murmuró—, gracias.

«Las trampas se pagan», pensó Hanne y ya iba a darse la vuelta para bajar del estrado cuando Annmari Skar la detuvo.

—Yo también tengo una pregunta para la detective —dijo dirigiéndose al juez—; no llevará mucho tiempo.

Cuando este asintió dio la impresión de que la letrada dudaba. Tomó aire, movió el lápiz entre los dedos un par de segundos, sacó un papel del montón de documentos, lo observó y por fin dijo:

—El sábado pasado, detective Wilhelmsen... ¿es verdad que el acusado estuvo a punto de confesar?

Hanne se acaloró. Habían acordado dejarlo estar. El deseo de Halvorsrud de negociar su libertad era una maniobra desesperada para poder ver a su hija. Annmari Skar había hecho una promesa. Olvidarían el incidente por el momento. El informe que Hanne se había visto obligada a escribir estaba plagado de vaguedades y ni siquiera había sido registrado aún.

—Yo no diría tanto.

—¿Tanto?

—De ninguna manera diría que fue una confesión.

—Pero ¿es verdad que... —AnnMari Skar se inclinó hacia delante y agitó el documento como si contuviera una confesión completa— el acusado solicitó hablar con usted a última hora de la noche del sábado y que tenía la intención de confesar? ¿Y que, de hecho, mantuvo usted una reunión con él y con la abogada Borg en su despacho?

Billy T. parecía inquieto y en ese momento cogió un bolígrafo y escribió un recado en su cuaderno. Lo empujó hacia la letrada de la policía; ella leyó a toda prisa y se giró a medias hacia él para susurrarle:

—Ha sido Karen Borg quien ha empezado. —Luego volvió a blandir el informe y prosiguió—: ¿Era mentira, acaso? ¿No quería confesar?

Hanne Wilhelmsen tragó saliva. Le escocía la garganta y le zumbaban los oídos. Volvió a tener la paralizante sensación de estar atrapada. Estaba atada, había perdido el control. Sentía un hormigueo en la punta de los dedos y se quedó mirándoselos sin decir palabra. Por un momento vio a su anciano padre, esa distante figura masculina que cuando Hanne era pequeña entretenía a sus hijos mayores leyéndoles fragmentos de la *Revista Jurídica* después de cenar y que nunca había perdonado a Hanne que no estudiara derecho. Podía ver sus ojos tras el vaho ligero de la taza de café, azules, duros y desbordados por la decepción que le provocaba la chica que estaba sentada en el sofá con las piernas dobladas y no quería hacerle caso. Hanne examinaba sus dedos y pensó que pronto cumpliría cuarenta años y que apenas había dedicado más de un minuto de los últimos veinte años en pensar en los veinte primeros.

—Estaba desesperado —dijo por fin enderezándose—, quería averiguar qué alternativas tenía a la prisión preventiva. No confesó, en absoluto. Se puede decir que estaba explorando el terreno, tal y como yo le entendí solo estaba planteando una hipótesis. Si confesara, ¿podría ser puesto en libertad? Algo así.

«¡¡¡YA BASTA!!!».

La nota escrita con grandes letras cayó con un golpe sobre la mesa, delante de Annmari Skar. Billy T. la agarró por el antebrazo y apretó.

Surtió efecto.

—Gracias —dijo con una tensa sonrisa dirigida al juez.

Hanne Wilhelmsen descolgó su chaqueta de un perchero de hierro forjado y abandonó la sala. Oyó el ruido de la puerta al cerrarse tras ella y no supo decidir a quién despreciaba más, si a Karen Borg, a Annmari Skar o a los abogados en general.

Billy T. estaba igual de indignado. Había creído que era Hanne quien había cometido una traición, y resultó que era Karen, respaldada por una letrada de la policía a la que una hora antes él había deseado de pronto. Temblaba, se sentía mal. Los abogados eran vanidosos, siempre lo había sabido. Solía reírse de ellos, esos pomposos sabelotodo vestidos con sus togas en la corte de la diosa de la justicia. Eran incapaces de controlarse; en cuanto algo les hacía intuir una derrota, atacaban. No soportaban perder su fachada, costara lo que costara: devuélvela, dispara, exhibete. Y esta vez las consecuencias las pagaría Hanne. Billy T. no veía, por mucho que lo intentara, qué había ganado ninguna de las dos partes con la comparecencia de Hanne. Algunos no habían perdido ni ganado nada. Salvo Hanne, que lo había pasado muy mal. Entrelazó los dedos, más que nada para tener donde poner las manos. Cuando Annmari Skar le había pedido que la ayudara con aquel montón de documentos le había dicho que sí, claro.

—Nunca más —bufó en voz baja.

El resto de los trámites no contenían nada nuevo ni sorprendente para nadie.

—El tribunal entiende que Sigurd Halvorsrud, con motivos fundados, puede considerarse sospechoso de haber incumplido el artículo 223. Párrafo 2 del código penal, como se recoge en la acusación.

El juez Bugge dictaba despacio y los dedos del secretario golpeaban rítmicamente el teclado. El juez lo iba leyendo en una pantalla incrustada en la mesa, y continuó:

—Este tribunal hace referencia a los atestados policiales 2-2 a 2-9, en los que se recoge que el acusado fue detenido en su vivienda en la que su esposa, Doris Flo Halvorsrud, había sido ejecutada separando la cabeza del cuerpo, o con un golpe en la nuca. Se recalca que las huellas dactilares del acusado estaban en la espada que parece haber sido utilizada en el crimen. Además, el tribunal tiene en cuenta el hecho, aunque este no sea decisivo, de que el acusado no avisara a la policía nada más producirse el crimen. El tribunal también se fija en la ausencia de los tres hijos del acusado y la fallecida, una ausencia que parece que, al menos en el caso de dos de ellos, se produjo por iniciativa del acusado.

Annmari Skar se reclinó de forma casi imperceptible en su asiento. Billy T. oyó un leve suspiro. Había ganado. Miró en dirección a Halvorsrud, que estaba inmóvil desde que había sido interrogado.

—El tribunal quiere resaltar que no encuentra que los indicios que apuntan al sospechoso sean muy sólidos —continuó el juez Bugge—; este tribunal destaca que la policía no ha encontrado un motivo satisfactorio. Hacemos referencia a los informes... —se detuvo un momento y pasó varias hojas— 7-1 a 7-7, donde se enumeran una serie de hechos aislados para justificar una teoría de que el acusado habría cobrado por llevar a cabo acciones contrarias a la ley en el desempeño de sus funciones como fiscal general. El tribunal quiere señalar que esos hechos tienen tan poca coherencia que no puede dárseles credibilidad. Este tribunal recalca que la policía de momento no ha encontrado indicios de irregularidades en la economía del acusado, aparte de las cien mil coronas que fueron encontradas en un botiquín en el sótano de la vivienda común del acusado y la fallecida. El acusado niega cualquier relación con ese dinero y no se han encontrado sus huellas en él. El hecho de que

las huellas estén en la bolsa en la que se encontró el dinero puede deberse a casualidades y este tribunal no lo tiene en cuenta.

AnnMari Skar empezó a balancear un pie. Echó una mirada en dirección a Billy T. y se le dibujaron dos finas arrugas en la frente.

—El tribunal señala también que no se han encontrado irregularidades en las cuatro personas a las que hacían referencia los archivos contenidos en los disquetes que fueron hallados junto con la cantidad de dinero ya mencionada. El tribunal está sorprendido de que la policía no haya realizado una investigación más exhaustiva de este punto. El tribunal solo tiene obligación de... No, borre esto último.

El juez Bugge se introdujo el dedo índice en la oreja y se rascó con fuerza. El secretario obedeció y el juez prosiguió:

—El tribunal ve que solo se ha interrogado una vez a cada uno de los que, según la teoría de la policía, habrían pagado al acusado para que su caso fuera archivado. Todos los involucrados niegan haber tenido más trato con el acusado del que se deriva de casos de esa naturaleza. De momento la policía no ha proporcionado a este tribunal motivos para dudar de las afirmaciones de los testigos. El tribunal tampoco encuentra razones para dar importancia al testimonio del ciudadano de origen turco que afirma haber recibido, el otoño pasado, una llamada del acusado ofreciéndose a ayudarlo a que se archivara su caso. El tribunal no duda de la credibilidad del testigo, pero no ve probable que un jurista formado y experimentado abogado hubiera dado su propio nombre en una llamada de esa naturaleza. El tribunal no puede descartar que sean terceros quienes hayan realizado la llamada con la intención de desacreditar al acusado. En cuanto a las indicaciones de la policía en el sentido de que el ordenador del fallecido habría sido... —buscaba la palabra exacta y chasqueó la lengua varias veces— manipulado por el acusado, el tribunal considera que son especulaciones.

El juez Bugge tosió con fuerza y agarró un vaso de plástico con agua. Lo vació de un trago, volvió a carraspear, y continuó mientras

seguía con suma concentración las palabras que aparecían en la pantalla un instante después de que las pronunciara.

—El tribunal toma nota de que la policía tampoco descarta que el acusado puede estar diciendo la verdad sobre que un tal Ståle Salvesen asesinó a su mujer. El tribunal está satisfecho con que esa afirmación sea investigada, sobre todo porque el cadáver de Ståle Salvesen no ha sido encontrado.

Billy T. se fijó en que Halvorsrud se cubría los ojos con la mano. Sus hombros temblaron ligeramente, como si llorara. Karen Borg parecía tensa, movía la nariz como un conejo cada poco rato, y Billy T. no pudo evitar sonreír a pesar de la durísima crítica que estaba recibiendo el trabajo de la policía.

—Al menos encuentra razones fundadas para la sospecha —susurró Annmari Skar—, gracias a Dios.

—Espera un rato para dar gracias —murmuró Billy T.

—El tribunal ve muy dudoso que exista peligro de destrucción de pruebas si se deja en libertad al acusado —continuó el juez Bugge con voz monótona y ronca—. Da importancia, sobre todo, a la investigación pendiente sobre la sospecha de corrupción. Cuando se trata de los detalles técnicos del asesinato en sí, este tribunal estima que todas las pruebas están aseguradas contra manipulación u otro tipo de influencias.

—Sí. —Annmari Skar formó la palabra con los labios y luego los acercó a la oreja de Billy T. y susurró—: Ahí queda eso.

Billy T. se apartó a toda prisa.

—Se cumplen las condiciones para prolongar la prisión según el artículo 171. Pero...

Por primera vez el juez levantó la vista de la pantalla y miró alternativamente a Karen Borg y a Annmari Skar, para posar luego su mirada sobre Halvorsrud, que seguía protegiéndose la cara con la mano derecha.

—Borre ese «pero» —dijo el juez Bugge—. Escriba: el acusado ha pedido que se modifiquen las condiciones según el artículo 184, párrafo 5 y el artículo 174. El tribunal quiere hacer constar lo

siguiente: se ha constatado que la hija del acusado, Thea Flo Halvorsrud, nacida el 10-02-83, está enferma de gravedad. Según el certificado firmado por el jefe de la sección de psiquiatría del hospital de Ullevål, el doctor Øystein Glück, Thea no ha ingerido alimentos en las últimas tres semanas. En esta semana ha sufrido brotes psicóticos y está bajo tratamiento obligatorio. Se cree que la enfermedad se ha desencadenado por el trauma provocado por la muerte de su madre y el encarcelamiento de su padre. El catedrático Glück resalta que lo mejor para la niña sería, sin duda alguna... —el juez golpeó la pantalla con la punta de su dedo índice—, subraye «sin duda» —tragó saliva y chasqueó la lengua—, sería reunirse con su padre. En caso contrario, la salud física y psíquica de la niña correría serio peligro.

Halvorsrud había levantado la cabeza y observaba al juez con la boca entreabierta. Tenía las palmas de las manos apoyadas en la mesa. Billy T. podía ver cómo le temblaba el meñique de la mano izquierda.

—El acusado ha alegado que su propio estado de salud también hace aconsejable que quede en libertad con obligación de personarse o algún otro tipo de control alternativo a la cárcel. El tribunal no ve indicios de que su úlcera, que en parte parece deberse a estar encarcelado, ponga al acusado en una situación diferente a la de muchos otros que están en prisión preventiva. El tribunal asume que el acusado recibe una correcta atención médica durante su estancia en prisión. Pero la consideración por el estado de salud de su hija es tan relevante que, añadida al resto de las circunstancias del caso, hace aconsejable que quede en libertad. Así, este tribunal no ve motivo para resolver sobre la alusión de la policía al artículo 172 del código penal.

—¿Cómo?

Annmari Skar se pasó la mano derecha por el cabello y se agarró la barbilla con la izquierda. Miró un instante a Billy T. antes de cerrar la boca de golpe.

El juez Bugge escuchó su exclamación con una mueca y prosiguió mientras empezaba a ordenar el montón de papeles que tenía delante.

—Las alternativas a la cárcel recogidas en el artículo 188 de la ley de enjuiciamiento penal se consideran suficientes. Por tanto: Sigurd Halvorsrud queda en libertad con obligación de personarse diariamente en la comisaría más cercana. Se solicita a la policía que le retire el pasaporte. ¿Letrada policial Skar?

El juez Bugge sonrió a la acusación. La sonrisa era tan absurda como el resto de su figura, revelando un rastro de humedad en las comisuras de los labios que destapaban sus colmillos y haciendo que sus ojillos desaparecieran bajo la grasa de su frente.

—La policía apela —dijo Annmari Skar en voz alta—, y también solicitamos que se aplace su puesta en vigor.

La sonrisa del juez se esfumó. Se quedó paralizado, con las manos llenas de documentos y la mirada petrificada dirigida a la letrada policial.

—¿Sabe usted? —dijo de repente cuando el silencio ya se había hecho incómodo—, me parece que no estoy de humor para concedérselo. Si hubiera prestado atención mientras dictaba el fallo, habría entendido que la hija del acusado está muy mal. Su apelación será estudiada por el juzgado de segunda instancia el próximo lunes. Preferiría que la joven señorita Halvorsrud pasara el fin de semana en casa, con su padre. ¿Habrá un escrito que sustente el recurso?

—Yo...

Annmari Skar era una fiscal competente. A diferencia de la mayoría de los policías que al cabo de los años estudiaban derecho, ella tenía una licenciatura brillante. Era concienzuda e inteligente. Hasta entonces nunca le habían negado una solicitud de aplazamiento, ni siquiera sabía que pudiera pasar; el aplazamiento era pura rutina: si la policía no conseguía que se aprobara una petición de cárcel, el acusado seguía detenido hasta que el tribunal de segunda instancia se hubiera pronunciado.

Pero en ese preciso momento y lugar, este viernes por la tarde de finales de marzo, cuando el reloj se acercaba a las dos y media, Annmari Skar era incapaz de invocar el decreto en que podía ampararse. ¿Podía recurrir la decisión de no conceder el aplazamiento?

Pasó a ritmo frenético las páginas del código penal, sus manos temblaban y el fino papel se rasgó cuando llegó al procedimiento penal. Notaba un nudo en la garganta y respiraba con dificultad. Sus dedos bajaban y subían por las páginas, pero las letras eran pequeñas y no colaboraban; no encontró nada.

—Se levanta la sesión.

El mazo golpeó la mesa y el juez Bugge salió cojeando por la puerta de atrás.

—Lo ha hecho —oyó Billy T. que decía Halvorsrud—, me ha dejado marchar.

El fiscal del Estado miraba incrédulo a su abogada.

—Así es —dijo Karen Borg con voz queda—, os podéis ir a casa los dos, Thea y tú.

SEGUNDA PARTE

1

Noruega estaba en guerra por primera vez desde la primavera de 1945. La OTAN había hecho realidad sus amenazas: iban a sacar a la fuerza de Kosovo a las tropas serbias de Slobodan Milosevic. Iban a acabar con la limpieza étnica que hasta ese momento había costado la vida a varios miles de albanokosovares y dejado sin hogar a un cuarto de millón de personas. Y Noruega participaba en el ataque.

Era difícil de creer. En la madrugada del domingo 28 de marzo de 1999, Evald Bromo no veía indicio alguno de inquietud. Paseaba por las calles de Oslo con un paquete pequeño, de unos quince por quince centímetros, metido en una bolsa de plástico que llevaba debajo del brazo.

Un pequeño altercado a las puertas de un bar de la plaza de Stortorget era lo único que podía evocar un ambiente de violencia. Las calles estaban llenas de gente que parecía pasar de la guerra, todos tenían suficiente con ocuparse de sus cosas y su principal preocupación era conseguir entrar en algún garito antes de que dejaran de servir alcohol.

Evald aún no había abierto el paquete, podía tratarse de algo completamente inocente. Pero a la vez estaba seguro: lo había enviado Cara de Póquer. El terrorista del correo electrónico. No sabía por qué estaba tan seguro. Tenía que ver con la letra

anónima, el papel grisáceo sin características especiales. La manera en que el sello estaba pegado en la esquina en ángulo recto guardando con precisión la misma distancia con la parte superior y el lateral del sobre. Todo indicaba que quien había preparado el paquete lo había hecho con esmero y, aun así, no llevaba remitente.

Tenía que ser Cara de Póquer.

Mientras no lo abriera podía seguir teniendo la esperanza de que el contenido del paquete fuera inocente, tal vez publicidad. A lo mejor ese envoltorio tan sencillo era una forma de engañarle para que lo abriera en lugar de tirarlo a la basura sin abrirlo y sin leerlo como hacía con otros muchos envíos llamativos. Un taxi pirata en el que iban dos jóvenes de piel oscura pasó despacio por su lado en Grensen. Aceleró para dejar claro que no le interesaba. Una joven le miró de arriba abajo cuando se le cayó el paquete y se agachó a recogerlo a la velocidad del rayo. No sostuvo su mirada, se cerró mejor la chaqueta y se puso a correr lentamente con la vista fija en el suelo.

Había demasiada actividad en la redacción del *Aftenposten* para una noche de sábado normal. Era por la crisis de Kosovo, claro. Gente por todas partes. Unas horas antes había escrito un artículo acerca del efecto de la crisis sobre las Bolsas del mundo. El artículo era una chapuza sin profundidad, y el jefe de redacción había sacudido la cabeza y le había dejado claro que no servía. Mierda de guerra. Evald Bromo abandonó la redacción a los diez minutos de llegar. Su plan era abrir el paquete en paz en su despacho, pero no había tranquilidad en ninguna parte. Debía buscar un café, un pub donde pudiera sentarse en un rincón tranquilo y estar solo. Pero no había pubs tranquilos un domingo a las dos de la madrugada.

Anduvo sin rumbo por la calle Aker. Una luz verdosa salía de las ventanas del séptimo piso del bloque del gobierno y de las plantas superiores. Sin duda el ministro de Justicia y el primer ministro estaban trabajando.

Jodida, asquerosa guerra.

Evald Bromo giró a la izquierda cuando llegó a la bajada hacia el túnel de Ibsen. Cuando pasó frente a la biblioteca Deichman no pudo más. Su pulso, muy acelerado, le preocupaba; ni siquiera había corrido. Al contrario, desde que había salido del periódico cada vez caminaba más despacio. Sin haber tomado ninguna decisión, se sentó en los escalones de cemento. El frío subió por su espalda y empezó a temblar. Rasgó el papel. El paquete contenía un CD. ¿De música? Evald Bromo sintió un enorme alivio, casi como una borrachera; notaba la cabeza ligera y templada, sus ojos se nublaron y respiró deprisa. Alguien le había enviado un CD. Era cierto que la cubierta estaba en blanco, pero al abrirlo vio un disco, tal y como esperaba. Y un papel doblado. Lo sostuvo unos segundos y luego lo desplegó despacio. Estaba cubierto de letras minúsculas y parpadeó con fuerza para poder leer lo que decían sus apretadas líneas. Leyó la carta dos veces y la dobló despacio. Le costó un poco meter el papel en la estrecha funda, pero lo consiguió. Durante más de media hora se quedó sentado en la escalera de acceso a la antigua biblioteca central de Oslo. Estaba solo. Le dejaban tranquilo. Incluso cuatro veinteañeros no se dignaron dedicarle más que un vistazo rápido y un comentario molesto cuando pasaron tambaleándose. Evald Bromo cerró los ojos. El contenido de la carta era tan sorprendente, tan espectacular y catastrófico que en cierta manera le produjo una sensación de alivio.

Se levantó despacio, metió el CD en las profundidades del bolsillo interior de la cazadora de piel, tomó aire y sintió que había llegado al final de su camino. Le invadió una calma extraña, vacía. Sabía lo que tenía que hacer. Debía calmarse un poco, tal vez un par de días, y luego hablaría con Kai. Kai le ayudaría. Kai lo había hecho antes y sabría cómo manejar la información que le había llegado.

2

—La placa de la puerta es bonita —sonrió Cecilie.

Hanne se encogió de hombros un poco avergonzada.

—No queda muy bien la madera pálida alrededor —dijo—, la otra era un poco más grande que la nueva, debería haberla medido antes de encargarla.

«Cecilie Vibe & Hanne Wilhelmsen», decía la placa de bronce que estaba atornillada en la puerta de la entrada. Hanne tenía miedo de que Cecilie no la hubiera visto. No había dicho nada desde que volvió del hospital, y ya habían pasado cuatro días.

—¿En qué piensas? —preguntó Cecilie.

A primera hora de la mañana habían dado un pequeño paseo por el vecindario. Cecilie se cansaba y no había dicho gran cosa. Pero se apoyaba en Hanne mientras caminaban y aceptó su mano cuando, al cabo de veinte minutos, volvieron a casa y tuvieron que subir los pesados escalones. Ahora estaba tumbada en el sofá con una manta sobre las piernas y una taza de té entre las manos. Hanne ocupaba una silla frente a ella y jugueteaba con una manzana.

—En la placa de la puerta —contestó Hanne.

—Es bonita, elegante, y la letra preciosa.

—La nuestra no, la de casa, la de mis padres.

—¿Sí?

Cecilie hizo un intento de dejar la taza sobre la mesa del salón. Su mano temblaba y el té se derramó sobre la alfombra. Hanne fue arrastrando los pies hasta la cocina para coger el rollo de papel. Al volver entornó los ojos por el sol que se abría paso entre los toldos bajados de la terraza.

—Yo no figuraba en ella. Mamá, papá y mis dos hermanos tenían su nombre en la placa. Papá arriba del todo, luego mi madre, Inger y Kaare en la parte baja, en letra más pequeña. Yo no aparecía para nada.

—Pero... vivías allí, ¿no?

—Yo fui una sorpresa. Cuando llegué la placa ya estaba, ¿sabes? No cabía un nombre más. Así que supongo que nadie pensó que deberían encargarse una nueva. Lo raro es... —se puso de rodillas y secó el té con movimientos bruscos— que nunca lo había pensado, no recuerdo que me importara. Entonces, quiero decir. Pero ahora, al comprar la nueva para nosotras, me he dado cuenta de que en realidad era un poco raro.

Gimió bajito al ponerse de pie y se quedó con el papel mojado entre las manos. El té goteaba sobre sus vaqueros, pero no parecía darse cuenta.

—¿Por qué no me importaba nada? —dijo con voz queda—. ¿Me puedes explicar por qué nunca me molestó no aparecer en la placa de nuestra puerta?

—Siéntate.

Cecilie se dio una palmada en el muslo y se pegó al respaldo del sofá. Hanne observó el papel y lo dejó en el frutero del centro de la mesa para ir a sentarse al lado de Cecilie.

—Se te ha olvidado. Sencillamente has olvidado que te dolía.

Cubrió la mano de Hanne con su mano derecha. La piel de Cecilie estaba seca y caliente, y Hanne enlazó sus dedos con los suyos.

—Creo que no —dijo negando con la cabeza—. Creo que de verdad no me afectó gran cosa. Como si... Cuando empecé en la

academia de policía mi madre y mi padre se sintieron muy decepcionados. Tampoco me importó. Aun así...

Cecilie se rio un poco.

—Como tus padres son catedráticos de zoología y de derecho tal vez no sea tan raro que les resultara extraño que su hija fuera a pasarse el resto de su vida jugando a policías y ladrones. Lo superaron.

—No del todo. Al principio a lo mejor les resultaba un poco emocionante; yo siempre contaba las historias más divertidas en las comidas familiares. De alguna manera yo era el contacto con el mundo real de mi familia. Pero ahora... últimamente...

—Nunca vas a las comidas familiares. ¿Cuándo fue la última vez que les viste?

Hanne retiró la mano.

—No hablemos más de eso —dijo, y quiso levantarse.

Cecilie la retuvo.

—Ya no me importa nada —susurró—. No importa no haberles conocido. Es a ti a quien quiero, fue a ti a quien elegí. No a ellos.

—Dejémoslo estar —dijo Hanne.

—Ayer llamó Karen —dijo Cecilie intentando alcanzar la taza de té vacía.

—Zorra —bufó Hanne—, no pienso volver a dirigirle la palabra a esa zorra.

Fue a la cocina y volvió con un tazón de cereales con leche.

—¿Quieres?

—No. Nos invitó a su cabaña de Ula el fin de semana de Pascua, de viernes a lunes. Le dije que sí.

Los cereales y la mermelada salieron disparados de la boca de Hanne y se desparramaron sobre la mesa.

—¿Sí? ¿Le dijiste que sí? ¿Sabiendo lo enfadada que estoy con Karen? —Dejó el tazón con brusquedad sobre la mesa y se dio golpecitos en la rodilla con la cuchara mientras continuaba—: Para empezar no quiero pasar la Semana Santa con Karen, tal vez no quiera volver a verla nunca, y para terminar es demasiado esfuerzo

para ti viajar hasta Ula. Los niños dan la lata, hacen ruido y mucho follón. Ni hablar.

Cecilie se quedó callada. Enderezó la manta que se estaba cayendo al suelo. Se reclinó sobre los cojines, como si de pronto se hubiera hecho muy pequeña. La piel de su rostro parecía casi transparente, y Hanne podía verle el pulso en las finas venas azules de sus sienes.

—No era mi intención —dijo Hanne apartando el plato a medio comer—, no quería alterarme.

—Tengo muchas ganas de ir —dijo Cecilie protegiéndose los ojos con la mano de la intensa luz que entraba por la ventana—. Y tienes que venir. No será demasiado cansado. Por favor. No puedo quedarme aquí descansando lo que me queda de... Por favor. Vente, anda.

Hanne echó las cortinas de la puerta de la terraza.

—¿Mejor?

—Mucho mejor. ¿Vendrás?

—Lo pensaré.

No podía prometer más.

3

Nadie reconocería a Ståle Salvesen, por muy bien que le hubiera conocido en vida. Sus rasgos se habían esfumado en una hinchada máscara gris azulada. Se habían empezado a desprender fragmentos enteros de piel y de grasa subcutánea, y su nariz estaba desapareciendo.

Llevaba varias semanas a treinta y dos metros de profundidad. Seguía enganchado a un clavo olvidado en la cabina del viejo barco de pesca que se había hundido con tripulación y ratas una noche de invierno de 1952.

Ståle Salvesen se había comprado las botas en un mercadillo cuatro años antes. Habían cumplido muy bien con su misión. Unas botas marineras de color verde. Las había usado con frecuencia; mientras no hiciera demasiado frío o calor las viejas y gastadas botas protegían del aguanieve y la humedad.

La caña de la bota izquierda se estaba rasgando. El gancho de la cabina perforó los últimos milímetros de la goma cuando una fuerte corriente agarró el cuerpo medio descompuesto. El cadáver de Ståle Salvesen subió lentamente hacia la superficie.

4

Sigurd Halvorsrud estaba incómodo. Lo sintió en cuanto entró en la casa. Tenía que marcharse. No en ese momento, ni en el futuro más inmediato, pero pronto. Si se libraba. Si no le condenaban.

En aquel lugar todo le recordaba a Doris. Los muebles, el papel pintado, las cortinas. Incluso las antigüedades que habían comprado juntos en subastas, en callejones de países desconocidos y en las tiendas pijas de Frogner. Todo, fuera grande o pequeño, llevaba la marca inconfundible de Doris. Era insoportable. Había reproches en las paredes, una amenaza en todo lo que le rodeaba. Estaba sentado en una butaca mirando hacia el fiordo de Oslo y sentía una especie de nostalgia por la celda de paredes amarillas donde había estado preso. Al menos allí solo era él. Allí estaba completamente solo; en cambio aquí Doris estaba por todas partes.

—Papá —oyó que decían a su espalda, y volvió la cabeza.

—Sí, hija mía.

—¿Puedo dormir en tu cama esta noche también?

Thea llevaba una camiseta gigantesca que le dejaba las piernas al aire. Tal y como estaba, en la puerta rascándose la pantorrilla con el pie, sin maquillaje y con el pelo suelto, parecía más pequeña de lo que era. Sintió alivio. El día anterior, cuando pudieron reunirse y ella no le había perdido de vista durante horas, sus ojos parecían los de una anciana. Ese día, en el desayuno, había sonreído. No era una

sonrisa amplia ni cálida, pero ese leve gesto de su boca había sido una auténtica señal de que las cosas estaban mejorando. Sigurd Halvorsrud se había llevado un susto de muerte con la conversación que había mantenido con el doctor Glück antes de poder ver a Thea. Estaba enferma de verdad, más de lo que había imaginado. Los chicos habían aceptado quedarse en casa de la tía Vera un par de días más. Hasta que Thea se tranquilizara, hasta que vieran cómo evolucionaba.

—Claro que puedes —dijo con voz suave—. Voy en un ratito. ¿Te has tomado las pastillas?

—Sí, buenas noches.

Se puso de pie y abrió los brazos. Su hija se pegó a él. Enterró la cara en el gran jersey de lana que él llevaba puesto; en el salón hacía frío. Desde que había regresado no había dejado de ventilar la casa.

—Duerme —dijo dándole un beso en la cabeza—, enseguida voy.

—¿Vas a trabajar mañana?

—No, nos quedaremos los dos en casa. Lo pasaremos muy bien.

Ella no sabía que estaba suspendido de su empleo y que ella probablemente se perdería el resto del curso escolar. No tenía ni idea de eso tampoco.

—Buenas noches.

Le dio otro beso.

Media hora más tarde Sigurd Halvorsrud subió sigiloso las escaleras hasta el segundo piso, y al abrir la puerta de su dormitorio con mucho cuidado, oyó la respiración rítmica y serena de una joven de dieciséis años que dormía profundamente. Los medicamentos la dejaban noqueada. Tras la conversación con el doctor Glück había dudado si debía llevársela a casa, pero el psiquiatra no tenía duda alguna: lo mejor para Thea era volver a casa, con su padre.

Cerró la puerta sin hacer ruido.

Bajó al primer piso, sacó una vieja chaqueta impermeable del armario, se caló una gorra de lana, apretó la mano sobre el llavero

para que no tintineara y abrió la puerta de la calle.

La luz de las lámparas de hierro forjado del portalón de la entrada contrastaba con la oscuridad que rodeaba el garaje y los pesados robles que limitaban con la parcela vecina. Doris lo había querido así. No le gustaba la oscuridad. Sigurd Halvorsrud permaneció allí parado varios minutos. Lo único que vio fue un gato atigrado que desfiló por el césped mientras le lanzaba una mirada arrogante con ojos brillantes. A lo lejos se oía el zumbido de la ciudad, pero no se veía un alma. Cerró la puerta, echó la llave y fue hasta la carretera. Unos treinta metros más allá había dos coches aparcados en la suave pendiente, pero reconoció los dos. Eran de Pettersen, que estaba reformando el garaje y tenía que aparcar sus dos coches en la calle.

Se dio la vuelta y entró en su Opel Omega, metió la llave en el contacto y salió despacio por el portón. No volvería a la cárcel. Se aseguraría de que no le condenaran.

Se detuvo unos pocos centenares de metros más adelante. Había un coche de policía aparcado en la entrada de la casa de los Ruud. Podía ser casualidad. No se veía a nadie dentro del coche. Aun así redujo la velocidad, paró, dio la vuelta y volvió a su propio garaje. Cerró el coche, la puerta del garaje y se metió en casa. Podía esperar.

5

Por fin habían montado algo que, con un poco de buena voluntad, podría llamarse un centro operativo. En la comisaría había una molesta falta de despachos y hasta ese momento Hanne Wilhelmsen había defendido que podían pasar sin uno. Pero la situación no podía ser peor: tenían un sospechoso en libertad, extrañas pistas que apuntaban en direcciones desconcertantes y estaban más lejos que nunca de una posible sentencia desde que habían asesinado a Doris Flo Halvorsrud. El juzgado de segunda instancia de Borgarting se había pronunciado. De momento, Halvorsrud era un hombre libre.

El director de la policía estaba recién afeitado y llevaba un poco favorecedor trocito de papel higiénico ensangrentado pegado a la barbilla.

—He ido a entrenar un poco a la hora de comer —dijo a modo de disculpa—. Me he afeitado después y tenía mucha prisa...

Hanne Wilhelmsen tomó asiento a la cabecera de la mesa en la habitación alargada y sin ventanas. Detrás tenía una pizarra en blanco. Jugueteó con un par de rotuladores mientras esperaba que todos se sentaran.

—Los periódicos se han dado un festín este fin de semana —dijo Erik Henriksen en voz alta—, desprecio por todos los lados. VG y

Dagbladet apuestan por caballos diferentes. Por un lado tenemos uno de los cada vez más frecuentes «escándalos policiales»...

—... y por otra parte es un escándalo que el fiscal haya quedado en libertad —remató Karianne Holbeck bebiendo Coca-Cola light de un vaso de plástico—. Deberían decidirse: o nosotros hemos hecho un mal trabajo o no se trata igual a todo hijo de vecino.

—En cualquier caso no paran de meter bulla —bostezó Karl Sommarøy.

El jefe del departamento llegó el último. La profunda arruga que surcaba su frente parecía haberse hecho permanente. Miró a Hanne y puso las manos sobre la mesa.

—En estos momentos somos doce investigadores en total —empezó Hanne—. El objetivo de esta reunión es resumir el estado actual del caso y repartirnos las tareas para los próximos días. He pensado...

Se toqueteó la poca favorecedora horquilla que se había visto obligada a ponerse para ver algo.

Billy T. rio sin disimulo.

—Muy mona la cosita esa.

Hanne no le hizo caso y siguió:

—Tal como lo veo hay varias cosas de las que debemos tomar nota en la decisión del tribunal de primera instancia.

Un molesto murmullo recorrió la habitación. Hanne levantó la voz.

—El juez Bugge señaló una serie de puntos débiles en la investigación hasta la fecha. Debemos concentrarnos en tres líneas de investigación principales. —Se levantó, destapó el rotulador azul y empezó a escribir en el papel en blanco—. A: La pista de la corrupción. ¿Dónde estamos, Erik?

Erik Henriksen se inclinó hacia delante y observó una mancha de la mesa.

—Los informáticos de la unidad de delitos económicos nos han ayudado a revisar el ordenador del despacho de Halvorsrud. No han encontrado nada de interés. Han sido más que concienzudos, han

buscado documentos borrados y cosas así. Nada. —Levantó la mirada—. También he citado a los cuatro que aparecen nombrados en los disquetes para interrogarlos de nuevo, pero sinceramente no creo que... —se rascó con fuerza el cabello pelirrojo—, la verdad es que no tiene buena pinta, joder. Hice la primera ronda de preguntas y o los cuatro son increíblemente buenos disimulando, o están diciendo la verdad. Además ha resultado que las llamadas a ese colega tuyo... el turco ese, las hicieron desde una cabina de la plaza de Olav Rye, las dos. Es decir que quien hizo las llamadas estaba a tiro de piedra de Importaciones Özdemir cuando llamó. Estoy empezando a creer que todo esto de la corrupción...

—Intentaremos no creer nada de momento —le interrumpió Hanne—. Tú, Peter y Karianne seguid buscando.

—No es tan fácil, coño —murmuró Erik en voz tan baja que solo le oyó Karianne Holbeck, que estaba a su lado.

Esta sonrió frustrada y arqueó las cejas sin mirar a la detective que presidía la mesa.

Hanne suspiró teatralmente.

—¿Ha dado alguna pista el dinero del botiquín? ¿Sabemos algo, cualquier cosa, de él?

—No —contestó Erik contrariado—. Solo que todos son billetes usados y ninguno posterior a 1993. Viejos y muy usados y con un trillón de huellas dactilares inútiles.

—B: Ståle Salvesen —dijo Hanne, y siguió escribiendo—. ¿Alguna novedad?

Karl Sommarøy carraspeó.

—Nada. He vuelto a hablar con el hijo, pero no he sacado nada más que en la primera conversación. Aunque estaba de peor humor, si cabe. Luego he preguntado a la compañía telefónica si es posible saber qué número pidió Salvesen en su última llamada al servicio de información. Si pidió que transfirieran la llamada al número solicitado, hay alguna posibilidad, si no, ninguna. De todas maneras es un rollo poner en marcha una consulta así, y necesitaremos una orden judicial. ¿Es tan importante?

—El cuerpo no ha aparecido, claro —dijo Hanne sin contestarle.

—No.

Se quedaron en silencio. El director de la policía se quitó el trocito de papel de la barbilla, lo enrolló hasta formar una minúscula bolita y se la metió en el bolsillo. El jefe del departamento tenía la mirada fija en Hanne, que estaba inmóvil y con gesto ausente, como si en realidad todo aquello le interesara muy poco. Karl Sommarøy ofrecía caramelos a los que tenía cerca.

—C —dijo Hanne de pronto—: La opción C es la menos prometedora. El motivo del asesinato de Doris Halvorsrud puede ser otro completamente diferente a los que nos hemos planteado hasta ahora.

—¿Y si fuera una mezcla...? —dijo el jefe del departamento con voz queda.

Todos se volvieron hacia él. Los ojos castaños del jefe del departamento, bajo sus espesas cejas negras, seguían clavados en Hanne.

—Una combinación —dijo Hanne pensativa, y tapó el rotulador.

—Sí. Supongamos que Halvorsrud no mató a su mujer. Hasta la fecha no sabemos de nadie que quisiera hacerle daño, salvo, tal vez, Salvesen.

—Ese asunto suyo tiene casi diez años —dijo Billy T. negando con la cabeza—. Todos los que trabajan en la policía y en la fiscalía se crean enemigos. Ladrones y maleantes que nos odian intensamente porque les encerramos. Casi nunca se vengan, y desde luego ¡no diez años después!

—Es verdad —dijo el jefe del departamento, paciente—, pero si estamos de acuerdo en que estos diferentes indicios de corrupción...

Se levantó y se colocó detrás de los cinco investigadores, que estaban sentados al mismo lado de la mesa que Billy T. Tendió la mano hacia Hanne y ella le entregó un rotulador. Luego pasó la página y empezó a escribir.

- 1) La llamada a Özdemir.
- 2) El dinero del botiquín del sótano.
- 3) Disquetes con documentación detallada de cuatro casos archivados que no parecen sospechosos.

Se volvió hacia los demás.

—Dos de ellos son dudosos, pero...

La arruga que tenía entre los ojos se hizo si cabe aún más profunda y volvió a darse la vuelta.

- 4) Un disco duro nuevo en el ordenador de su mujer que no tiene explicación.

Toqueteó el rotulador y el pulgar se manchó de azul.

—¿De qué estamos hablando? —dijo lanzando una mirada desafiante a Hanne, que había estado de brazos cruzados y sin moverse mientras hablaba el jefe del departamento—. Obra de un aficionado. Apesta a trampa. —Tomó aire y empezó a señalar los puntos anotados—. Las llamadas: es muy improbable que las llamadas de verdad las hiciera Halvorsrud. ¿El dinero del sótano? —Dudó con el dedo apoyado en el segundo punto—. Halvorsrud es listo. Cuando nos llamó sabía que pondríamos la casa patas arriba. Los disquetes... —contuvo la respiración de nuevo y se pasó la mano por la mejilla—, no los entiendo. Lo del ordenador de Doris no tiene por qué significar nada.

—Pero ¿qué pasa con los papeles del divorcio? —preguntó Karianne sonrojándose, como Hanne había acabado por comprender que le ocurría todo el rato—. ¿Por qué no dijo nada de eso?

Hanne asintió despacio.

—En eso tienes razón, pero las cosas siempre son así, ¿no creéis? Todos hemos tenido que trabajar inútilmente porque a los testigos y a los sospechosos les da por contar mentirijillas sobre cosas que les incomodan.

Karianne encogió un hombro y bajó la mirada.

—Pero —Billy T. tomó la palabra— ¿a qué te referías al decir que podía tratarse de una combinación?

El jefe del departamento sacó una cerilla de una caja que llevaba en el bolsillo de sus ceñidos vaqueros y se la metió en la boca.

—Que Ståle Salvesen no está muerto. Que es él quien ha hecho todo este montaje y que hay otros factores que desconocemos. En otras palabras... —pasó la página a la lista de Hanne—, aparte de A, B, y no digamos ya C, la pista mala, hay cosas que no sabemos.

—Es evidente —dijo Billy T.—, pero también podemos llevar esa teoría aún más lejos... —Esbozó una sonrisa y se tiró del bigote—. Y si fuera intencionado que parezca una trampa, y si hay un asesino en alguna parte que está fuera de sí porque la policía aún no lo ha descubierto, tiene que estar riéndose de que por fin hayan soltado a Halvorsrud.

—¿Y cuál es tu conclusión? —preguntó Hanne secamente—. Si el asesino no es ni Ståle Salvesen ni Sigurd Halvorsrud, el plan tiene que ser que uno de ellos cargue con la culpa.

—Bien —dijo el jefe del departamento escupiendo astillitas de madera—, lo lamento pero tengo otra reunión.

Las patas de la mesa rasparon el suelo para dejar paso al jefe del departamento. Al llegar a la puerta se dio la vuelta y miró intensamente hacia el gran cuaderno. Partió la cerilla que estaba masticando, escupió la mitad al suelo y dijo despacio:

—Por el bien de Halvorsrud esperemos que el cadáver de Ståle Salvesen no aparezca nunca, por el bien del fiscal esperemos que no haya tal cadáver, pero no sé muy bien qué esperar. Buenas tardes.

Era lunes 29 de marzo de 1999 y el reloj se aproximaba a las tres de la tarde. Hanne Wilhelmsen recordó de pronto una promesa que se había hecho a sí misma tres semanas antes. Este caso tendría que haberse resuelto hoy.

6

Evald Bromo había oído hablar de las ratas «kebab» que vivían entre los arbustos junto a la pista de hielo Spikersuppa, en el centro de Oslo, pero nunca había llegado a verlas. Ahora, de pie junto al Teatro Nacional podía observar cómo esas grandes bestias se peleaban por los restos de comida que los noctámbulos borrachos habían arrojado entre las plantas durante el fin de semana. Los roedores grisáceos tenían el tamaño de un gato joven; Evald se estremeció. La parada de taxis de la calle Roald Amundsen se fue llenando de coches y no le dejaban ver. Comprobó la hora. Kai llegaba tarde. Además Evald debía visitar a su madre; iba a verla al sanatorio casi todos los días. Ya era martes por la tarde y no había estado con la anciana desde el viernes. Hacía mucho tiempo que Evald Bromo no se sentía tan bien. La calma que le había invadido en las escaleras de la biblioteca Deichman la noche del domingo aún le duraba. Aunque su decisión se tambaleaba cada poco, conseguía recuperarla. Le ayudaba. Era verdad que conllevaría una catástrofe, todo habría terminado. Pero era mejor que esperar. Estas últimas semanas casi le habían costado la vida. Aún faltaban cinco meses para el 1 de septiembre, era demasiado tiempo. Ahora lo tenía claro: después de noches en blanco y días de angustia estéril, cualquier cosa era mejor que seguir así. Y lo mirara por donde lo mirara, iba a hacer lo correcto. Evald Bromo se giró un momento

hacia el Ayuntamiento y notó un aroma a café que venía del puerto. Inspiró profundamente e intentó recordar si alguna vez se había sentido orgulloso de sí mismo. Contento, tal vez. Se había sentido feliz cuando consiguió trabajo en el *Dagbladet* y todavía más cuando el *Aftenposten* le había ofrecido un puesto. Se había sentido halagado por la oferta de Dagens Næringsliv, y cuando se despertó al día siguiente de su fracasada boda con Margaret durmiendo a su lado con camisón rosa estuvo satisfecho por la decisión tomada. Pero lo que se dice orgulloso, no recordaba haber estado orgulloso de sí mismo desde que llegó a la adolescencia y el deseo que sentía por las niñas había caído sobre él como un manto del que no era capaz de desprenderse. Corrió maratones y quedó entre los cinco o diez mejores a nivel nacional, pero nunca estuvo más que satisfecho, jamás orgulloso. Ahora sabía lo que era. Le mareaba y retrocedía en el tiempo, a cuando era un niño pequeño y no tenía necesidad de avergonzarse de nada. La decisión estaba tomada y a ella se aferraba. Pero a la vez se sabía demasiado débil, no sería capaz de hacerlo sin ayuda, necesitaba a alguien, alguien que pudiera entender sin juzgarle.

Kai podía ayudarle, ya lo había hecho aquella vez en que Evald Bromo estuvo en peligro de ser descubierto, hacía siete años. Evald Bromo pudo escapar gracias a Kai. En un primer momento no fue capaz de entender por qué Kai se había molestado por él. Con el paso de los años tuvo una ligera idea, pero no quiso profundizar. Pero había seguido mostrándole su agradecimiento, de forma constante. Al principio, regalos y dinero, pequeños detalles para conservar su fidelidad. Luego, favores de amigo, nada verdaderamente importante, pero con una frecuencia que suscitaba la duda de quién estaba en deuda con quién.

Evald Bromo saludó con un pequeño movimiento de la mano cuando el Ford Escort blanco de Kai puso las largas dos veces y aparcó a un lado. Kai se inclinó sobre el asiento del copiloto para abrirle la puerta.

—Hola —dijo con una sonrisa—. Hace mucho que no nos vemos.

Evald asintió y se abrochó el cinturón de seguridad.

—¿Adónde vamos? —preguntó Evald mientras se acercaban al centro comercial de Storo y la circunvalación de Ringveien.

—He pensado que al valle de Maridalen, allí podremos estar tranquilos.

—No —dijo Evald indeciso—. ¿Qué te parece el lago de Sognsvann?

—Como tú quieras —sonrió Kai, y cogió el carril izquierdo del paso elevado.

Cuando llegaron al gigantesco aparcamiento de Sognsvann, Evald Bromo había acabado de contar su historia. Los correos electrónicos, lo que ocurriría el 1 de septiembre, el paquete con un CD y el denso contenido de la carta, la decisión que había tomado y la ayuda que necesitaba.

Kai aparcó en la parte más alejada, donde muy pocas veces se aventuraban corredores y excursionistas. Estaban ocultos detrás de una furgoneta sin matrícula y Kai encendió la radio. Evald la apagó.

—Cara de Póquer —dijo Kai dibujando círculos con el índice en la pierna de su pantalón—. ¿Estás seguro de que no asocias ese nombre a nada?

—Completamente. Ni siquiera sé jugar al póquer.

Kai pasó los dedos sobre la funda de piel del volante. Estaba gastada y la tira de cuero que la mantenía en su sitio se había soltado.

—¿Dónde está el CD?

—Aquí —dijo Evald Bromo sacando la funda del bolsillo interior de la chaqueta.

Kai la miró un buen rato antes de abrirla y la sujetó entre el índice y el pulgar. Por un lado el CD estaba liso como un espejo y estriado y mate por el otro. Estudió los reflejos de colores sobre el lado grabado mientras lo movía despacio de lado a lado.

—¿Lo has visto?

Devolvió el disco a su caja.

—No, ya sé lo que contiene. Lo pone ahí.

Evald señaló la carta que se había deslizado entre los muslos de Kai. Este la cogió, la desdobló y la leyó deprisa.

—Pues sí que... —dijo en tono seco y se la devolvió a su amigo—. Creo que tienes razón, que haces lo correcto y por supuesto que te ayudaré lo mejor que pueda. Voy a pensarlo y te llamo... —Se rascó la frente y enderezó el pase del peaje que se había soltado de su sitio en el espejo retrovisor—. Te llamo el lunes.

—El lunes es el primer día de Pascua —dijo Evald, y volvió a meterse el CD en el bolsillo—. ¿Qué tal mañana?

—Me es imposible, me marcho de vacaciones de Semana Santa con toda la familia mañana por la mañana. El martes, el martes de la semana que viene te llamo.

Un anciano salió medio agachado del bosque a tan solo diez metros de ellos. Se esforzó para pasar sobre unas raíces y desapareció junto al río sin mirar hacia los ocupantes del coche.

—Deberías esconder eso —dijo Kai—. Esconde la caja en algún lugar donde nadie pueda encontrarla, tampoco tu mujer. Nadie, ni en casa ni en la oficina. Mejor por ahí, lejos. Y déjala allí hasta que nos veamos, entonces te la traes.

Evald asintió distraído y se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta donde estaba el CD.

—Solo una cosa más —dijo Kai arrancando—, ¿te has enterado de que Sigurd Halvorsrud ha salido de la prisión preventiva?

Se volvió para mirar fijamente a Evald antes de meter la marcha atrás y salir despacio del pequeño hueco entre el bosque y la furgoneta.

—Sí —dijo Evald Bromo.

—¿Eso no cambia nada?

—No, no voy a cambiar de opinión.

—Bien —dijo Kai—, haces lo que debes.

Sonrió y le dio a su amigo una palmadita tranquilizadora en la pierna.

—Bien —repitió.

7

La noche del Jueves Santo de 1999 Sigurd Halvorsrud hizo un nuevo intento de abandonar su casa sin ser visto. Casi no se había asomado por la puerta desde que salió de la prisión preventiva, salvo para acudir a la comisaría a fin de cumplir con el deber de personarse allí a diario. Los dos chicos habían vuelto a casa y se ocupaban de hacer las compras necesarias. Halvorsrud solo se aventuraba a dar un breve paseo, a veces con su hija, al anochecer. Thea estaba mejor. Dormía bien por las noches y esa mañana había sido capaz de concentrarse en un libro durante varias horas. Halvorsrud valoraba mucho los paseos nocturnos con Thea. Padre e hija apenas intercambiaban unas palabras, pero ella le cogía de la mano de vez en cuando. Si se despistaba e iba demasiado deprisa, la muchacha le tiraba de la manga para que se mantuviera a su lado. Entonces él le pasaba el brazo por los hombros y ella sonreía un poco y caminaba aún más despacio.

Esa noche Thea no le había acompañado.

Se había acostado temprano y él salió a dar su paseo nocturno muy tarde. Después de dar un paseo de media hora cerró la puerta de la casa y limpió las suelas de los zapatos de barro y gravilla. Eran casi las doce y cuarto y la casa estaba en silencio. Solo se escuchaba el tictac del pesado reloj de pared de la entrada, su ritmo se acompasaba con el sonido de sus palpitaciones contra sus

tímpanos; contuvo la respiración un momento antes de quitarse la chaqueta y entrar de puntillas en el salón.

Hacía mucho que habían quitado la piel de oso polar. El parquet tenía un color más claro en el lugar que esta solía ocupar. La piel había dejado en el suelo una silueta desdibujada de brazos, piernas y cabeza. A la suave luz de la lámpara de pie parecía el contorno de un cadáver. Halvorsrud redujo la intensidad de la luz y miró hacia otro lado. Tomó asiento en una butaca junto a la ventana y se quedó allí sin saber muy bien si se había dormido unos instantes, hasta que a la una y media se aseguró de que todos los chicos dormían.

Entonces salió.

No había visto ningún policía antes y había estado especialmente atento fijándose en todo. Habían empezado las vacaciones de Semana Santa y tal vez la falta de personal se hiciera notar también en la policía. En todo caso no había nadie en la calle. El garaje de Pettersen seguía en obras y los dos coches estaban aparcados en la calle. Por lo demás no había ningún coche por la zona. Sigurd Halvorsrud se sentó al volante y condujo hacia el centro de Oslo. Creyó que nadie le veía, pero se equivocaba.

8

Cecilie estaba mucho mejor. En el coche que iba por la E18 cantó en voz alta al son de un CD de viejas canciones de Cat Stevens y habló sin parar. Pararon a echar gasolina junto a la nueva y extraña circunvalación al sur de Holmestrand y Cecilie compró un helado y se lo comió sin que le sentara mal. La cabaña de Karen Borg estaba construida sobre las ruinas de un tremendo incendio acaecido a principios de la década de 1990 que casi le había costado la vida a su propietaria. Cuando Hanne giró por el camino lleno de baches para recorrer los últimos metros, Cecilie estaba impaciente.

—Me apetece un montón —exclamó—, ¡va a ser una maravilla ver llegar la primavera junto al mar!

Rio como Hanne había olvidado que podía hacerlo. Hanne se tragó sus últimas reticencias y se sintió feliz por haber accedido a hacer ese viaje. Seguía cabreada con Karen, pero cuando la vio saludando con entusiasmo desde la terraza decidió dejarlo estar. Hanne aparcó debajo de un viejo pino.

—Silie, Siillie —gritó Hans Wilhelm, y cuando Cecilie bajó del coche se lanzó en tromba hacia ella.

Luego se detuvo de golpe a dos metros y le tendió una mano sucia.

—Estás muy enferma, Silie. No resistes mucho. Papá tiene un gran secreto.

Se inclinó ante ella. Cecilie rio y le despeinó el cabello. Hanne cogió en brazos a Liv, que caminaba con dificultad detrás de su hermano con lo que parecía el cadáver de un gato debajo del brazo.

—Gatito —dijo la niña de dos años y le tendió el fofu peluche a Hanne—, Hanne acaricia a Gatito.

Hanne acarició a Gatito. Håkon bajó a la explanada y les ayudó con el equipaje. Hans Wilhelm olvidó todas las instrucciones que le habían dado y se pegó a Cecilie como una lapa insistiendo sobre un secreto del que no podía hablar, pero que era rojo y grande y chulo. El cielo estaba poco nuboso y prometedor y la temperatura había subido lo bastante como para que pudieran sentarse junto a la pared del sur y tomar café y gofres caseros. Karen captó la petición de tregua de Hanne con una mirada. Las olas cubrían el mar de Skagerrak de espuma blanca y según avanzaba la tarde el viento empezó a soplar del nordeste.

—¿Cuándo vas a enseñarla? —dijo por fin Karen haciendo un gesto a Håkon por encima de su vaso de agua con gas.

Håkon Sand se levantó de golpe, abrió los brazos y bramó hacia el mar:

—¡AHORA!

—Ahora, ahora —aulló Hans Wilhelm lanzándose en tromba hacia la puerta de la terraza.

Pudieron oír sus piernas golpeando los escalones del sótano y la puerta cerrarse tras él con estruendo.

—Ven —le dijo Håkon a Hanne—, te enseñaré una cosa.

—Yo me quedo aquí. —Cecilie sonrió tapándose mejor con la manta cuando Hanne le lanzó una mirada interrogante—. Estoy muy bien.

En el garaje había una moto, una Yamaha Diversion de 900 caballos con media mampara.

—¿Qué?

Que Hanne supiera, Håkon solo había montado en moto una vez en toda su vida, y fue como pasajero de una que ella había robado para llegar a tiempo a la cabaña que antes había allí y que ardería

aquella misma noche hasta los cimientos. El viaje había sido helador, húmedo y peligrosísimo, y Håkon había jurado que nada ni nadie le haría montar otra vez un cacharro a motor con dos ruedas.

—No es tuya —dijo dudosa, y miró a Håkon de soslayo.

—Que sííí —gritó Hans Wilhelm, y escaló hasta el asiento a la velocidad del rayo.

—Ups —dijo Hanne bajándole—, antes tienes que ponerle la pata de cabra central. Nunca dejes la moto con la pata lateral, Håkon, puede volcar.

Hábilmente movió la moto hasta dejarla apoyada sobre la pata de cabra doble frente a la rueda trasera. Luego colocó a Hans Wilhelm en el asiento y le puso el casco que colgaba del volante.

—Así —dijo dando un golpecito al casco— estás muy chulo.

—¿Y la moto? —murmuró Håkon rascándose la barriga—. ¿Qué te parece?

Hanne no contestó. Rodeó la máquina de un rojo intenso un par de veces, palmeó el depósito de la gasolina, se puso en cuclillas, observó detenidamente el motor y acarició el asiento de piel detrás del niño que rugía y gritaba y participaba en una importante carrera.

—Bonito color —dijo poniendo los brazos en jarras—, rojo, es bonito.

Håkon arrugó la nariz.

—Pero ¿tienes... te has sacado el carnet de moto de gran cilindrada?

—Sí. Hace cuatro semanas. Y la semana pasada compré la moto.

Una gran sonrisa asomó entre la barba que se dejaba en vacaciones. Tenía tabaco de mascar bajo el labio superior y un reguero negro se deslizó entre sus incisivos.

—Y te atreves a esto —murmuró Hanne ausente.

Håkon le quitó el casco a Hans Wilhelm, le bajó de la moto y le dio una palmadita en el trasero.

—Vete con mamá y le dices de mi parte que tienes permiso para tomarte una Coca-Cola.

El niño salió del garaje a la velocidad del rayo.

—Tenía que hacerlo —explicó Håkon despacio—, considéralo cosa de chicos o la crisis de los cuarenta si quieres. Lo que te parezca, coño, el caso es que no me atrevía. Y lo deseaba, deseaba atreverme. Primero decidí sacarme el carnet, luego comprar la moto.

Hanne levantó la pierna y se sentó a horcajadas sobre la moto.

—Debe de ser jodidamente fácil de conducir —dijo en tono seco y se balanceó un poco arriba y abajo—. El centro de gravedad bajo y sentado como un niño.

—¡Pruébala, vamos!

Håkon estaba decepcionado, tal vez herido. Quería marcharse. Había esperado ese momento. Cuando compró la moto lo hizo por los demás. Para que le admiraran, para que Hans Wilhelm tuviera algo de lo que presumir. Para que Karen sacudiera la cabeza, pusiera los ojos en blanco y le llamara machote. Para que sus colegas le miraran con envidia cuando saliera a toda velocidad camino de casa con un colorido traje de cuero y casco rojo. Y para impresionar a Hanne. Al principio, antes de las primeras e inestables vueltas al parking del museo Munch en la moto de la autoescuela, se había intentado convencer de que lo hacía por él mismo. Pero tenía miedo. Estaba cagado de miedo cada vez que montaba en ese monstruo terrorífico y ruidoso. Nunca lo controlaba del todo y cada viaje era una experiencia en la que acababa sudoroso y alterado y de la que le llevaba media hora recuperarse. Håkon Sand tardó bastante en reconocérselo a sí mismo y creía que nunca lo admitiría ante los demás: había dilapidado más de cien mil coronas para impresionar. Pero a Hanne no le gustaba la moto. Håkon llevaba una semana esperando ese momento y ahora resultaba que su moto no le gustaba a Hanne.

—Bonita para ser japonesa —dijo conciliadora—. Una buena elección para alguien que no sabe de mecánica, segura y fácil de llevar.

—Pruébala —repitió—. Mira, te presto mi mono. ¿Has sacado la tuya ya esta primavera?

Hanne dudó si coger el mono, se lo probó por delante y negó con la cabeza.

—Demasiado grande para mí. No, la Harley está en el almacén. Necesita un tubo de escape nuevo. Además no he tenido un momento libre, y por último... —Apretó el mono contra su cuerpo y se miró—. Voy a venderla.

—¿Venderla? ¿Por qué? Pero ¡si te pasas todo el verano pegada a esa moto!

—Exacto. Hora de hacerse mayor.

Håkon escupió tabaco sobre el suelo de cemento del garaje y ella se apresuró a decir:

—No quiero decir que tú seas un inmaduro, no. Para ser sincera me parece impresionante que lo hayas conseguido. Recuerdo lo asustado que estabas cuando... —Rio muy alto y se quitó las deportivas—. Casi te mueres de miedo aquella noche cuando robamos esa moto para llegar aquí a tiempo. Pero, para compensar, entraste en tromba en una cabaña ardiendo para rescatar a Karen. Eres valiente con las cosas que importan, Håkon. No eres como los demás hombres, no eres un exhibicionista. Eres un tipo fiel, bueno y sabio. Karen no sabe la suerte que tiene.

Le pasó la mano despacio por la barba incipiente, dejó la palma sobre su mejilla y se puso de puntillas y rozó su frente con los labios.

—Lo digo de verdad —dijo mirándole a los ojos unos segundos antes de empezar a meterse en el enorme mono—. Nunca te he dado las gracias por venir aquella noche, y el domingo siguiente. Supongo que no lo haré. Eres bueno, Håkon. Bueno de verdad. Y has engordado un montón desde que tuviste hijos. —Tiró de la piel verde y gris que se acumulaba alrededor de su cintura y cerró la cremallera—. ¡Mira! Parezco un monstruo de colorines. ¿Por qué no compraste un traje negro?

Håkon se sentó en un viejo caballete para cortar leña. Aunque estaba a cincuenta metros de la cabaña, al garaje se le notaba que había sobrevivido al incendio siete años atrás. Estaba recién pintado

del mismo color rojo que la cabaña, pero su interior olía a gasolina y aceite, a cerrado y a humedad. Muchos años atrás alguien había intentado crear un sistema para almacenar los utensilios del jardín, las herramientas y las bicicletas sobre la pared. Ahora los clavos estaban torcidos y las siluetas pintadas sobre las planchas de plástico para asegurar que las cosas se colocaban en su sitio casi se habían borrado. Junto a la pared del fondo había un viejo columpio de jardín, cojo y con la tapicería rasgada.

—He hecho esto para impresionar, solo para impresionar — murmuró.

Hanne dudó. Luego se sentó a su lado sobre el caballete con el casco en el regazo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó apartándose el cabello de la frente.

—Solo quería llamar un poco la atención. Por eso me saqué el carnet y me compré la maldita moto.

Dio una patada en dirección a la moto sin decir nada más.

—Estoy tentada de reírme.

—Seguro.

—No me río.

—Hazlo, me lo merezco.

La risa de Håkon retumbó en las paredes y se frotó la cara.

—Es que estoy muerto de miedo cada vez que la cojo, joder — dijo entre dientes—. Tendrías que haberme visto viniendo hacia aquí. Tardé cuatro horas desde Oslo. Le eché la culpa al tráfico. En realidad paré en varios bares de carretera intentando reunir el valor necesario para continuar. Ahora no sé cómo salir de esta.

Se puso de pie. Hans Wilhelm había vuelto y bebía una botella de medio litro de Coca-Cola con una pajita.

—¿Vas a probar? —preguntó el niño, y chupó de la pajita.

—Sí, me parece que me voy a dar una vuelta, mira por dónde. Será la primera del año.

—¿Puedo montar contigo?

—Lo siento, me parece que tendrás que esperar dos o tres años.

Hanne volvió a atarse las deportivas, se colocó el casco, levantó la visera y le dio a la llave.

—No tardaré mucho, una hora o así. ¿A qué hora cenamos?

—Tarde —dijo Håkon dándole una palmadita al portaequipajes—. Esperaremos a que los niños estén acostados, date una buena vuelta.

Cuando vio cómo aceleraba y conducía la moto sobre la gravilla de delante del garaje, supo que él nunca llegaría a controlar su nueva Yamaha Diversion.

—Yo quería montar —lloriqueó Hans Wilhelm—, a mí nunca me dejan.

—Ven, vamos a jugar a la Nintendo —le consoló su padre.

A lo lejos oyeron el sonido decreciente de una potente moto. Había refrescado, las golondrinas volaban bajas cerca de los pinos y había lluvia en el aire. Sería mejor cerrar la puerta del garaje.

9

Ole Monrad Karlsen abrió un poco la puerta y no quitó la cadena de seguridad.

Aquí estaba, un Viernes Santo, leyendo tranquilamente la edición del lunes del *Correo de Østland*, el único periódico al que el portero Karlsen estaba abonado. Los periódicos de la capital estaban llenos de crímenes y prostitución. En el *Correo de Østland*, que recibía desde la época en que se casó y quedó claro que Clara no querría mudarse a Larvik, podía enterarse de todo lo que pasaba en su ciudad natal. A pesar de que no era más que un muchacho antes de la guerra cuando se embarcó y abandonó la casita de sus padres en Torstrand, en la calle Reipmaker, junto al estadio del Fram, nunca había dejado de echarla de menos. Nunca. Cuando Clara murió, consideró la posibilidad de mudarse al sur. Su hermana, que también acababa de quedarse viuda, le invitó a vivir con ella, aduciendo que le vendría bien la compañía. Había insistido durante meses. Aún ahora volvía a preguntárselo de vez en cuando, en las cartas que le escribía una vez al mes o en sus escasas llamadas telefónicas. El cuñado de Karlsen había trabajado como ingeniero en el Ayuntamiento y su hermana vivía sola en un gran chalet en la calle Greve. Tenía que entender que aquello le parecía triste. Claro que a Karlsen le había tentado la idea de mudarse, pero tenía su trabajo de portero, y el piso. De alguna manera era allí donde Clara

seguía presente, era el hogar de Clara y el suyo. Allí se quedaría hasta que saliera con los pies por delante.

Acababan de llamar a la puerta, varias veces.

Ole Monrad Karlsen sintió una profunda irritación, pero fue arrastrando los pies hasta la entrada.

—¿Qué pasa? —dijo en tono brusco pegando un ojo a la abertura de la puerta.

El hombre era bastante alto, llevaba una gabardina gris y no pegaba nada en la calle Vogt 14.

—¿Es la pasma otra vez? —preguntó Karlsen con actitud borde—. No tengo nada más que largar sobre Ståle. Si la ha palmao, la ha palmao. Yo no puedo hacer nada con eso.

—No soy de la policía —dijo el hombre—, solo tengo un par de preguntas que hacerle sobre lo que pasó aquí anoche.

Karlsen se quedó rígido y empujó la puerta hasta no dejar una abertura de más de cinco o seis centímetros.

—¿Qué, qué se supone que ha pasado? —rezongó.

—Volvía a mi casa hacia las dos de la noche. Vivo un poco más abajo, ¿sabe usted? Había estado en una fiesta en... ¿No sería posible entrar?

El desconocido dio un prudente paso hacia la puerta.

Ole Monrad Karlsen no reaccionó.

—Bueno —dijo el hombre tocándose el labio inferior con un dedo delgado—, el caso es que pasé ante esta casa y vi algo que podía parecer... —Puso la palma de la mano sobre el marco de la puerta y acercó mucho su cara a la de Karlsen—. Sería mucho mejor si pudiera entrar, o si al menos pudiera abrir la puerta, es un poco incómodo estar aquí hablando sin verle bien.

El portero Karlsen dudaba, tal vez debería haber llamado a la policía la noche pasada a pesar de todo. A saber qué se le podía ocurrir a aquel tipo si no hablaba con él.

—Espere un poco —dijo cerrando la puerta para quitar la cadena.

Volvió a abrir, algo más esta vez, pero sin soltar el picaporte.

—Así está mucho mejor —dijo el hombre sonriente.

Le recordaba a alguien. Karlsen creía haberle visto antes. Si era cierto que vivía por la zona podría ser por eso.

—Un hombre parecía estar intentando forzar el portal —dijo el desconocido señalando hacia la entrada—. Llamé a la policía con el móvil, pero no tenía tiempo para quedarme esperando. Si le molestó ahora es porque quisiera saber si finalmente vino la policía. ¿Vinieron?

Karlsen soltó la puerta de forma instintiva y se pasó la mano por el hombro que le molestaba. Debería haber llamado a la policía él mismo. El ladrón que había entrado en el sótano la noche anterior le había pillado por sorpresa. A Karlsen le habían despertado unos ruidos extraños en el bloque. Se había acercado a la puerta del sótano, que estaba entornada y se movía, con un rastrillo de hierro en la mano. El tipo apareció corriendo como alma que lleva el diablo antes de que Karlsen tuviera tiempo de reaccionar. Chocó con el lado izquierdo del cuerpo de Karlsen y casi le tira al suelo. Como el caco desapareció y en el sótano no faltaba nada al portero Karlsen le pareció que no merecía la pena avisar a la policía.

—Con los de arriba siempre hay líos —murmuró bajando la mirada.

—¿Así que vinieron? —El hombre parecía dudar.

—No.

—Pero ¿ha habido un robo? ¿Tengo razón?

—Solo en el sótano, nada de importancia. Le eché yo mismo. ¿Quién es usted, por cierto?

El hombre retrocedió despacio.

—En ese caso lamento las molestias. Que siga disfrutando de la Semana Santa.

Saludó llevándose la mano a la frente y le dio la espalda. Unos segundos después había desaparecido. Karlsen cerró su puerta con dos cerrojos y la cadena de seguridad y volvió a su periódico. De nuevo pensó que creía haber visto antes a aquel tipo tan curioso,

pero era incapaz de recordar dónde. Abandonó la idea y suspiró profundamente.

Debería haber aceptado la invitación de su hermana a pasar las vacaciones de Semana Santa con ella. Habría sido agradable visitar viejos lugares en primavera. Aquí todo se había vuelto triste y solitario desde que Ståle no estaba. Tal vez el bosque de Bøken ya estuviera verde, aunque antes del 17 de mayo no solía estarlo. Decidió que iría por allí en esa fecha.

—Pues sí que iré —dijo Karlsen sirviéndose un poco de brandy.

Era Semana Santa, ¿no? Lo pensó un poco y se sirvió un chupito más.

10

La mujer de la cama no pesaría más de cuarenta kilos. Sus manos eran huesudas y Evald Bromo se irritó mucho cuando vio que volvía a tener las uñas demasiado largas. Le acarició el áspero dorso de la mano mientras charlaba con su madre dormida. Por lo menos tenía una habitación individual. Cuando por fin consiguieron plaza en el sanatorio, su madre ya se había perdido para el mundo. Nunca le reconocía, pero al menos le quedaban fuerzas para confundirle con otros a todas horas. Un momento podía ser zalamera y coqueta con él y llamarle Peder, seguramente un amorío de muchos años atrás, y al instante siguiente le insultaba iracunda y le pegaba con las agujas de punto. En ese caso era su padre. Llevaba dos años sin decir casi nada, solía dormir, y Evald no sabía si sus visitas significaban algo. No solía quedarse mucho rato, pero si pasaba más de dos días sin ir por allí se sentía intranquilo.

Aunque las auxiliares fueran negligentes con la higiene corporal de la anciana, que desprendía un fuerte olor a vieja y tenía las uñas demasiado largas, la habitación estaba bien cuidada. Evald mismo había elegido los muebles que la siguieron desde su piso de la Ciudad Vieja. La mayor parte del espacio estaba ocupado por un aparador que su madre había comprado con un premio que le tocó con medio décimo de lotería. La silla en la que estaba sentado era tan vieja que para él había existido siempre. La habían tapizado

varias veces y debajo del asiento él había grabado sus iniciales un día que no pudo ir al colegio porque estaba enfermo y su madre tuvo que ir a trabajar. En el rincón, junto a la ventana, había un pequeño arcón decorado con la tradicional pintura de rosas. Era más bien un cofrecillo con las iniciales de su madre pintadas con esmero sobre la tapa en azul mate.

Evald se puso en cuclillas delante del arcón y pasó la mano por la tapa gastada y con el índice dibujó las letras del nombre de su madre. Se detuvo unos instantes en la a de Olga y dejó que sus dedos retrocedieran por el mismo camino. Metió la llave en la cerradura, la llave negra y artesana que estaba en el cajón más pequeño del aparador, debajo de una caja con cuatro cucharillas de plata. El cierre se resistía, pero con un poco de fuerza el sencillo mecanismo cedió. Evald levantó la tapa. Nunca había visto qué guardaba su madre en el arcón. Le había resultado tan inimaginable abrirlo como curiosear en la correspondencia de otras personas. Incluso ahora, cuando su madre ya llevaba dos años sin más vida que la que su tozudo corazón le imponía, le incomodaba hurgar entre sus cosas. La miró por encima del hombro, como si esperara que la anciana se levantara de repente de su cama y la liara porque su hijo se metía donde no le llamaban.

Lo primero que vio fueron sus boletines de notas de primaria. No los abrió, los dejó en el alfeizar de la ventana. Debajo había una pequeña caja rosa, con la tapa gastada y atada con un cordel. Soltó el nudo y abrió la caja. Ni siquiera sabía que su madre lo hubiera guardado. Cuando el verano que cumplió los trece ganó su primer sueldo por repartir los periódicos de la mañana entre la lluvia y la niebla, gastó todo el dinero en un camafeo. Evald tocó el broche y cerró los ojos. En su memoria surgió un suave aroma a lavanda. Aquel día, tantos años atrás, su madre había abierto el regalo y observado la joya mientras parpadeaba antes de darle un abrazo.

Había mechones del cabello de Evald de cuando tenía dos años y viejas postales. Había billetes chinos, y se preguntó de dónde habrían salido. Una gruesa alianza de oro con una inscripción

ilegible atada a una vieja llave con una cinta de seda roja. Evald pasó de prisa las páginas de una vieja cartilla de ahorros, llena de sellos que atestiguaban que su madre había ingresado diez coronas en la Caja Postal todos los viernes. Para Evald. Nunca le dio el dinero, pensaría que no le hacía falta.

Durante más de una hora Evald Bromo estuvo rebuscando en la vida de su madre. Después cogió la moderna funda del CD que llevaba en la chaqueta que había dejado colgada en el perchero, junto a la puerta, la depositó en el fondo del arcón y volvió a colocar las posesiones de su madre, a capas, como las había encontrado. Luego echó la llave.

Al ir a dejarla en su sitio, debajo de las cucharillas de plata en el cajón más pequeño del aparador, dudó. Tal vez debería llevársela. Negó con un rápido movimiento de cabeza, abrió el cajón más grande e introdujo la llave negra entre las amplias y decentes bragas de su madre. En cualquier caso no las usaba, el sanatorio tenía su propia ropa interior, que resistía el lavado a cien grados.

Evald Bromo besó la mano de su madre para despedirse y por unos instantes supo que ella era la única persona a la que había amado en su vida.

A Lars Erik Larsson le carcomía la duda. Estaba a punto de dar el último brochazo a la pequeña cabaña de Östhammar y le molestaba constatar que iba a quedarse corto de pintura. La idea era dejarlo terminado ahora, en Semana Santa. Empezaría la temporada de verano y se pasaba todas y cada una de las pascuas en soledad para dejar la casa y el jardín en buenas condiciones tras el invierno. Y dudaba.

Desde que leyó lo del fiscal noruego y reconoció el nombre en un depósito hecho en su banco había revisado la prensa a diario. Según pasaba el tiempo y no se publicaba nada más se había ido tranquilizando. Pero el fin de semana pasado el *Expressen* había sacado un nuevo titular: «Escándalo policial en Noruega». Parecía que habían dejado al hombre en libertad, con cargos, pero en libertad. Tal vez debería avisar, al menos a su jefe. No tenía ninguna gana de hablar con la policía, pero si hablaba con su jefe se armaría un follón.

Movió el gran bote de pintura y soltó una maldición al pensar que no podría dejar terminada la pared sur. Pero sobraban cosas que hacer. Los rosales estaban horribles después de soportar el invierno y los animales salvajes.

No sabía qué hacer.

12

Hanne Wilhelmsen no tenía ganas de reconocer que la moto de Håkon le gustaba. Se llevaba de forma diferente a la Harley, era más ligera y sensible. Era agradable conducir ligeramente inclinada hacia delante y la suspensión más corta hacía que las curvas fueran más fáciles de coger.

Ya había pasado el centro de Sandefjord e iba hacia el este por la carretera nacional 303. Al pasar Gokstadhaugen pensó en parar unos instantes. Redujo la velocidad, pero la prolongada recta era demasiado tentadora. La moto aceleró antes de hacer un caballito. Después de recorrer veinte metros sobre la rueda trasera dejó que la delantera volviera al suelo. El límite de velocidad era de sesenta kilómetros por hora y ella había ido por lo menos a noventa por la llanura. Tras la siguiente curva el letrero que señalaba a la derecha le hizo recordar un verano de hacía treinta años. Sus padres habían apuntado a una Hanne de doce años, casi a la fuerza, a las juventudes cristianas. Sus llantos y quejas no habían servido para nada; durante todo un invierno tuvo que asistir a reuniones y excursiones con niñas que le resultaban insoportables y que rezaban a un Dios con el que ella nunca había tenido relación alguna. Nunca supo por qué sus padres, que no solían ocuparse mucho de lo que hacía esa niña llegada a última hora, se habían empeñado en que se apuntara a las juventudes cristianas. Su madre

había adoptado una expresión muy seria y hablado sobre sus aptitudes sociales, pero Hanne tenía la sospecha de que lo que la mujer quería era quitársela de encima. La única experiencia positiva en los diez meses en que Hanne perteneció a la organización fue el campamento de verano en la isla de Knattholmen, donde también había chicos. Recordaba un verano interminable bañándose al sol y bajo la lluvia y jugando brutales partidos de fútbol. Además Hanne fue la artífice de la construcción de una casa monumental de más de veinte metros cuadrados en el cedro más grande de la isla.

Dejó la carretera, quería ver si la construcción seguía allí.

La primavera la envolvió y levantó la visera para sentir el aire en la cara. Olía a abono y putrefacción, a plantas y tierras de cultivo. Lloviznaba, pero no resultaba molesto para conducir. Después de diez minutos el ondulante camino desembocaba en un aparcamiento. Un cartel daba la bienvenida a Natholm, donde estaba el campamento de Knattholmen. Hanne dejó que la moto se deslizara con mucho cuidado hacia el estrecho camino que llevaba al puente de la isla. Un soporte para buzones torcido mantenía un precario equilibrio bajo el peso de la publicidad que se había acumulado en ausencia de los propietarios de las cabañas. Solo tres de los buzones estaban vacíos y pertenecían a gente que vivía allí todo el año. Hanne se detuvo unos instantes cuando vio que una sencilla luz roja anunciaba que venía un coche en sentido contrario. Su mirada cayó sobre uno de los buzones vacíos. EIVIND TORSVIK. El nombre le resultaba familiar. Plantó los pies en el suelo y estiró la espalda. Y recordó. El informe de Billy T. sobre el chico sin orejas al que todos habían fallado. El escritor y asesino. Una camioneta viejísima subió lentamente la cuesta y Hanne se quitó el casco e hizo una señal al conductor. Paró y bajó la ventanilla.

—¿Conoces esta zona?

—Vivo allí —respondió el hombre riendo por lo bajo, y señaló hacia atrás con el pulgar—, desde hace treinta años. Así que... sí, podría decir que conozco la zona.

—Eivind Torsvik —dijo Hanne apuntando al buzón—. ¿Sabes dónde vive?

El hombre volvió a reírse afónico y tosió mientras tiraba la colilla de un cigarrillo de picadura por la ventanilla.

—Torsvik, sí. Un tipo raro. Asesino, ¿entiendes? ¿Lo sabías?

Hanne asintió impaciente.

—Pero no se mete con nadie, ¿entiendes? Me lo encuentro a veces cuando sale a pescar. Sonríe y saluda, y es amable. No habla mucho, pero por lo demás es majo. Vive ahí mismo. Coge a la derecha al final de la cuesta, antes del puente, y sigue el camino hasta el final. La última cabaña que veas. Blanca, al final del todo.

—Gracias —dijo Hanne colgando el casco del manillar—, que tengas un buen día.

El conductor levantó un momento la gorra y siguió su camino.

En realidad no tenía intención de hablar con Eivind Torsvik. No había planificado nada. Aun así bajó con cuidado la cuesta, siguió las indicaciones del viejo, fue dando botes por un sendero mal aplanado junto a la orilla del mar y por fin vio una construcción blanca a unos quince o veinte metros del final del camino. A unos metros de la pared orientada al sur un banderín rojo, blanco y azul colgaba deshilachado y húmedo de un mástil. La cabaña tenía una ubicación fantástica, en un montículo a pocos metros del mar y con vistas al sur.

Hanne aparcó la moto, se bajó un poco la cremallera del traje y fue titubeante hacia la cabaña por un camino de losetas.

La puerta estaba cerrada y no había más indicios de vida que las gaviotas que gritaban sobre el tejado. La cuerda del banderín golpeaba mansa y triste el mástil mecido por el suave viento. Hanne se acercó a la puerta, no vio ningún timbre y llamó con los nudillos. No oyó nada y volvió a llamar. Ya se marchaba, anocheecía, no quería dejar sola tanto rato a Cecilie y allí no pintaba nada. En ese momento se abrió la puerta. El hombre que la observaba parecía un muchacho, era menudo y barbilampiño, y vestía una camiseta, vaqueros y unas gruesas sandalias. Su cabello era fino y muy rizado

y, aunque Hanne estaba más o menos mentalizada, no pudo evitar quedarse mirando el lugar donde tendría que haber estado su oreja izquierda. Eivind Torsvik tenía un par de gafas en las manos y Hanne no pudo dejar de preguntarse cómo se las sujetaba.

—Hola —dijo él, prudente—, ¿qué tal?

—Buenos días —dijo Hanne sintiéndose como una idiota mientras jugueteaba con la cremallera e intentaba con desesperación pensar en algo que decir—. ¿Qué tal?

Eivind Torsvik extendió de pronto la mano con la palma abierta.

—Amenaza lluvia —dijo con una media sonrisa—. ¿Quieres pasar?

A Hanne le pareció extraño que la invitara a entrar así, sin más, pero le siguió. Comprendió por qué Eivind Torsvik podía vivir allí todo el año. El pasillo daba a una gran cocina pintada de azul y Hanne vio varias puertas que probablemente daban a los dormitorios. Eivind Torsvik le hizo una señal para que bajara tras él un par de escalones a un espacioso lugar de trabajo frente a una ventana panorámica con vistas al sur. En el otro extremo del rectángulo había muebles de salón y un gran equipo de música.

—Toma asiento —dijo Eivind Torsvik señalando una butaca—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias —murmuró Hanne. Había empezado a sudar dentro del mono de piel. Hacía un calor excesivo en la habitación—. Bueno, tal vez un poco de agua...

Eivind Torsvik le trajo una botella de agua con gas y un vaso con hielo. Abrió la botella, le ofreció el vaso y lo llenó de agua. El agua hizo espuma y le mojó la mano a Hanne.

—Lo siento —dijo sonriente—, pero no es más que agua.

Se sentaron sin mirarse. Hanne pensó que el comportamiento de aquel hombre era de lo más extraño, hasta que cayó en que sería aún más difícil para Eivind Torsvik entenderla a ella. Aún no había dicho ni una palabra de por qué estaba allí.

—Trabajo en la policía —dijo por fin, y bebió un trago de agua.

Él no dijo nada, pero un halo de preocupación o tal vez de sorpresa y curiosidad cubrió su rostro infantil.

—No tiene que ver contigo, eh.

Bebió un poco más y dudó si sería demasiado descarado quitarse el mono.

—Estaba dando una vuelta cuando vi tu nombre en un buzón de los de arriba y pensé que...

Sintió que una risa avergonzada e inadecuada se abría paso desde su estómago. Escondió la cara en el vaso otra vez. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué había seguido un impulso que no tenía explicación, que solo era consecuencia de una curiosidad creciente que no supo controlar cuando vio el nombre en el buzón? Era cierto que estaba algo alterada últimamente, pero en ocasiones anteriores, cuando se había puesto en contacto con alguien por una ocurrencia momentánea, era porque tenía una relación, aunque fuera lejana, con el caso que estaba investigando. El nombre de Eivind Torsvik había aparecido en un documento y a continuación se había esfumado. No había ningún motivo para pensar que el hombre tuviera la más mínima idea de nada relativo a las circunstancias del brutal asesinato de Doris Flo Halvorsrud. Hanne soltó una sonora carcajada y le entró agua en la nariz.

—Perdona —hipó, y se secó con el dorso de la mano—, debes de pensar que estoy loquísima.

—No —dijo Eivind Torsvik serio—. A lo mejor un poco rara, pero para nada loca. ¿Quién eres en realidad?

—Lo lamento —dijo Hanne tosiendo—. Me llamo Hanne Wilhelmsen. Soy comisaria del distrito policial de Oslo. Estoy investigando el caso de una mujer que fue decapitada. Creíamos que había sido su marido...

—Sigurd Halvorsrud —asintió Eivind Torsvik—, he leído sobre el caso en internet. —Echó una mirada al equipo informático que estaba en el otro extremo de la habitación. Sonrió y cruzó las manos en el regazo. Sus dedos eran largos y elegantes y Hanne no pudo evitar sorprenderse de que hubiera cometido un asesinato salvaje—.

Claro, pediste que te hicieran un listado —afirmó con serenidad—. Una lista de los asesinatos más llamativos de los últimos, digamos... ¿diez, quince años?

Hanne se quitó el mono de piel hasta la cintura y toqueteó una de las mangas sin mirar al joven.

—Y en ella aparecí yo, por supuesto. —Estiró las piernas y puso el pie derecho en equilibrio sobre el izquierdo—. ¿Habéis sospechado de mí en algún momento? ¿Tal vez sospecháis de mí todavía?

Su boca mostraba una sombra de burla, una medio sonrisa retadora que hizo que Hanne se sentara con la espalda más recta.

—Por supuesto que no —dijo en tono de disculpa—, no sospechamos de nadie basándonos solo en lo que han hecho con anterioridad.

Torsvik tenía una risa preciosa. Empezaba bajito para luego ir subiendo de tono hasta sonar casi como una canción improvisada.

—Pero si eso es precisamente lo que hacéis —dijo fingiendo un reproche como si se sintiera ofendido por una burda mentira—. Y me parece normal. Si no, ¿por qué iba la policía a pelearse con la Protección de Datos y el Congreso a cuenta del registro de pruebas de ADN? Si quieres saber mi opinión, la defensa de la intimidad ha llegado demasiado lejos.

De pronto, el hombre mostró interés. Hasta ese momento había estado demasiado tranquilo, si tenemos en cuenta el comportamiento de Hanne.

—Sabes cuál es el tipo de crimen que tiene el mayor índice de reincidencia, ¿verdad? Los robos y los delitos contra la moral. Los ladrones no son tan peligrosos, pero los responsables de delitos sexuales... Siguen con sus vilezas sin que una ineficaz legislación se lo impida. —De pronto plantó con fuerza los pies en el suelo y miró intensamente a los ojos a Hanne Wilhelmsen—. Claro que seguís a los reincidentes. Faltaría más.

Relajó el gesto y volvió a reírse.

—Pero supongo que no habrías venido aquí a detenerme tú sola. Todavía debe de considerárseme peligroso.

Observó a la mujer que decía ser de la policía. Algo le hacía creer que no mentía. Si pasaba por alto el mono de piel que le estaba muy grande y el cabello descuidado, tenía una presencia agradable. Su rostro era casi bello, sin maquillaje y con mucho carácter. Eivind Torsvik no solía sentirse cómodo en compañía de otras personas, no era por casualidad que viviera allí. Incluso en verano, cuando llegaban los dueños de las cabañas y otros turistas, le dejaban tranquilo casi todo el tiempo. La parcela era lo bastante grande. Pero esa extraña mujer de edad indefinida, que podía estar entre los treinta y los cuarenta y cinco, le producía una sensación de bienestar que le sorprendía. Al principio, cuando había llamado a la puerta, estaba decidido a no abrir, pero algo le había impulsado a acercarse y en cuanto la vio supo que la invitaría a pasar. No entendía por qué. Desde que se mudó no había entrado prácticamente nadie más que él en la cabaña. Pero aquella mujer tenía algo, una soledad en sus ojos azul marino que la conectaba a él de una manera que no sabría explicar.

—¿A qué te dedicas aquí? —preguntó Hanne de pronto—. ¿Te limitas a escribir?

—Limitarme... —repitió él inclinándose hacia ella—. Si crees que es poca cosa ser escritor, te equivocas.

—No quería decir eso —replicó enseguida—, es que tienes tal cantidad de equipo que creí que a lo mejor lo usabas para algo más, además de escribir, digo.

—La mayor parte no sirve para nada —dijo despreocupado—, un ordenador, pantalla y teclado es todo lo que me hace falta. Además tengo un escáner, dos ordenadores de reserva, una copiadora de CD. Tengo demasiadas cosas, pero me gustan.

—Y conexión a internet también, claro.

—Sí. Navego durante horas. Me llegan unas facturas de teléfono astronómicas.

Hanne Wilhelmsen contuvo la respiración. Ladeó la cabeza y fijó la mirada en una figura de bronce del alféizar de la ventana que daba al oeste. San Jorge en lucha con el dragón. El ser que semejaba una serpiente se enroscaba en las patas del caballo y san Jorge tenía la lanza levantada para embestir.

—Las facturas del teléfono —repitió despacio en voz baja, como si temiera perder el hilo—. ¿Tienes dos líneas? Me refiero a dos números, uno para el teléfono y otro para el ordenador.

—No —respondió Eivind Torsvik con gesto extrañado—. ISDN, un número, dos líneas. ¿Por qué?

—Y si alguien recibe dos facturas de la compañía telefónica —dijo con la mirada perdida—, pero solo tiene un teléfono... ¿cómo se explica?

Él se encogió de hombros.

—Tal vez tenían conexión a internet antes de que el ISDN estuviera disponible.

—¿O tal vez...?

Hanne se levantó de golpe.

—Te he importunado un buen rato sin justificación alguna. Debo volver a casa.

—¿Vas a Oslo? —preguntó él mirando por la ventana—. Está lloviendo mucho.

—Solo a Ula. A menos de veinte minutos.

La acompañó hasta la terraza de hormigón cubierta de baldosas. El viento había arreciado. La lancha de una de las casas de verano golpeaba contra un embarcadero a unos veinte metros de allí.

—Se ve que no la han amarrado bien —se dijo—. Que te vaya bien.

Hanne no respondió, pero le tendió la mano. Mientras recorría despacio el deteriorado camino se preguntó por qué Ståle Salvesen pagaba a Telenor dos líneas de teléfono. Había inspeccionado su apartamento a fondo y solo había un teléfono.

13

Evald Bromo no estaba seguro de si seguía siendo Sábado Santo. Llevaba dos horas corriendo, y pensó que ya debían de ser más de las doce. Hacía mucho que no corría tan ligero como aquella noche, como si fuera esperanzado hacia algo y no solo huyera de un destino inevitable. Las zapatillas de deporte impactaban sobre el asfalto con un rítmico zas, zas, y se sentía fuerte.

Cuando llegara a casa se daría una larga ducha y luego se comería la cena que Margaret seguramente le habría preparado. Con suerte, ya estaría dormida. Le faltaba una última cuesta, aceleró y el sabor a sangre se extendió por su paladar. Corría cada vez más deprisa, solo le faltaban cuarenta metros, treinta, veinte, diez. Tenía que cruzar la carretera, al llegar cogería el atajo a la izquierda y ganaría unos metros acortando bajo una vieja haya roja. El golpe que impactó sobre su cabeza fue tan fuerte que apenas se dio cuenta de que le metían en el asiento trasero de un coche. Allí vomitó copiosamente. Todo se fundió en negro.

14

Margaret Kleiven durmió profundamente. Antes de Semana Santa había ido al médico, en los últimos tiempos casi no pegaba ojo. Evald estaba cambiado, arisco, irascible. Era verdad que su carácter siempre era así, pero no le duraba tanto tiempo ni con tanta intensidad. Estaba silencioso, taciturno, y se enfurecía por cualquier cosa. Nunca había comprendido por qué corría tanto, pero al menos era bueno que se mantuviera en forma. Pero últimamente el entrenamiento se había descontrolado. Salía durante horas y volvía a casa agotado. Margaret le había oído vomitar encerrado en el baño en más de una ocasión. A ella el médico le había dado algo para dormir y la certeza de que las pequeñas pastillas estaban en el botiquín era suficiente. No tenía costumbre de tomar medicamentos y prefería aplazar su ingesta lo más posible.

La noche anterior su marido parecía más calmado. Vieron la televisión y Evald la miraba de soslayo cuando creía que ella no le veía. Eso la tranquilizó, y cuando le propuso echar una partida de backgammon el hombre aceptó. Hacia las diez y media salió a correr. Ella no quería, era demasiado tarde, pero ya se había acostumbrado a esas largas carreras a la hora de irse a dormir y él insistía en que no le esperara. Margaret le dejó preparados dos sándwiches en un platito en la cocina. Aunque él apenas comía, por ella que no quedara.

Estiró los brazos por encima de la cabeza y bostezó. La luz del sol taladraba las oscuras cortinas y de pronto cayó en que era el primer día de Pascua. Haría huevos pasados por agua para el desayuno. Evald ya se había levantado. Margaret Kleiven fue al cuarto de baño. No olía ni a jabón ni a loción para después del afeitado. No había vaho en el espejo. Pasó la mano por la cortina de la ducha, estaba seca. Agarró la gran toalla amarilla de Evald y la apretó entre las manos, seca también. Era extraño, porque si se hubiera duchado después de la carrera de anoche aún quedarían restos de humedad. No eran más de las ocho cuando Margaret volvió al dormitorio.

Observó la cama, era raro que no se hubiera dado cuenta de que el lado de Evald estaba sin deshacer. Una angustia repentina le atenazó la garganta y bajó corriendo las escaleras hasta quedarse parada frente a la puerta de la cocina, con miedo a entrar. Hizo un esfuerzo y abrió la puerta despacio.

Sobre la mesa ovalada de pino aún había un plato con dos sándwiches, uno de ternera asada y el otro de queso y pimienta. El envoltorio transparente estaba intacto. Margaret se dio la vuelta bruscamente y salió al recibidor. En el zapatero había tres pares de zapatillas de deporte. El cuarto par faltaba, el nuevo, el que Evald había comprado hacía menos de un mes. Gastaba unos cinco pares al año, pero solía guardar los pares viejos un tiempo porque le venían bien cuando llovía mucho.

—Evald —dijo en voz baja y repitió más alto—: ¡Evald!

Cinco minutos más tarde Margaret Kleiven se había asegurado de que Evald no estaba en la casa y que la ropa que llevaba la noche anterior también había desaparecido. No había vuelto a casa. Cuando cogió el teléfono se le cayó el auricular. Se sentó en la escalera y se obligó a tranquilizarse lo suficiente como para marcar el número del periódico.

Evald tampoco estaba allí, ni en su despacho ni en ninguna parte. Margaret Kleiven se echó a llorar mientras le daba vueltas a

su alianza, que últimamente le quedaba más holgada. Estaba muerta de miedo.

Evald podía estar en casa de un amigo, pero a Margaret no se le ocurría nadie a quien su marido pudiera ir a visitar tan temprano una mañana de Pascua. A lo mejor Evald había vuelto durante la noche, no había cenado, se había dormido a su lado, se había levantado temprano, había arreglado la cama, se había puesto la ropa del día anterior y había salido a correr otra vez. Respiró profundamente. Tenía que ser eso. Pero no era así, lo intuía, algo iba muy mal. Si Evald no había vuelto antes de las diez, llamaría a la policía. Margaret Kleiven se quedó sentada en la escalera con el teléfono en el regazo y la vista fija en el reloj de la pared. La luz del sol se había desplazado por la alfombra y ya empezaba a subir por la pared. Los intensos destellos de los viejos trofeos de Evald en la librería la obligaron a guiñar los ojos. Todo indicaba que iba a ser un día inusualmente hermoso.

15

Los dos agentes de policía que recorrían con pasos decididos el camino de acceso a la casa de la familia Halvorsrud llevaban gafas de sol. Uno de ellos, una mujer de unos veinticinco años, murmuró que debería haberse hecho abogada. El chalet de la familia Halvorsrud estaba espectacular aquel día de primavera. Las tejas holandesas esmaltadas reflejaban la luz del sol; el jardín, que no había sido puesto a punto para la temporada, era enorme; y el garaje, doble.

El mayor de los dos, un hombre de cabello moreno y poblado bigote, llamó a la puerta. Se quitó las gafas y le hizo un gesto impaciente a su colega para que hiciera lo mismo.

Por fin, tras dos largos timbrazos más, abrieron la puerta.

Halvorsrud, vestido con un albornoz de rayas azules y blancas, les miró con los ojos entornados.

—¿De qué se trata? —dijo somnoliento hasta que consultó la hora—. Uy, lo lamento.

—Debe personarse todos los días a las doce —dijo la mujer intentando ver algo por encima del hombro de Halvorsrud.

Una adolescente bajaba por la escalera vestida con una camiseta XXL.

—Lo sé —dijo Halvorsrud con aire abatido—, claro que lo sé. Sencillamente me he dormido. Lo siento mucho.

El hombre uniformado sacó un documento del bolsillo superior de la chaqueta, lo desdobló y se lo mostró a Halvorsrud.

—¿Papá?

La voz de la joven sonó angustiada y Halvorsrud se volvió hacia ella.

—No pasa nada, hija. Solo que nos hemos dormido.

Luego se giró muy de prisa y leyó el documento por encima.

—¿Tiene usted algo para escribir? —murmuró apoyando el documento sobre la pared del recibidor.

—Tome.

Halvorsrud agarró el bolígrafo que le ofrecían y firmó.

—Ya está. —Se ciñó mejor el cinturón del albornoz—. Les repito que lo siento.

—Procure que no se repita —dijo el policía sonriendo—. Que tenga un buen día.

Halvorsrud les siguió con la mirada mientras le pasaba el brazo por encima de los hombros a su hija. Los dos agentes se montaron en el coche patrulla que habían dejado aparcado junto a la entrada y la más joven se volvió a poner las gafas de sol mientras decía:

—Si por mí fuera lo volvíamos a enchironar. No le dan este trato a cualquiera, no.

—Los abogados son los amos del cotarro —contestó el otro, y dejó el documento firmado en la guantera.

16

El portero Ole Monrad Karlsen de la calle Vogt 14 había pasado muy mala noche. En el bloque contiguo un grupo de jóvenes había hecho lo posible por mantener despierto a todo el vecindario hasta bien entrada la madrugada. Estaba claro que Karlsen no era el único al que habían molestado, porque a eso de las cuatro de la mañana había aparecido la policía, alguien se habría quejado. El ruido se había reducido bastante una media hora y Karlsen estaba a punto de dormirse cuando aumentó de nuevo.

Los primeros domingos de mes le tocaba cambiar las bombillas del portal, de la escalera, del sótano y del desván. A Ole Monrad Karlsen le importaba poco que fuera el primer día de Pascua. Tenía sus rutinas y hacía falta algo más que un festivo o dormir mal una noche para impedirle cumplir con su deber. Maldijo por lo bajo cuando vio que en el portal A se habían fundido nada menos que cuatro bombillas. El bloque era grande, con veinticuatro viviendas y dos portales.

En realidad tenía intención de acercarse al portal B antes de revisar el sótano, pero cuando llegó arrastrando los pies escalera abajo con cuatro bombillas fundidas y seis nuevas en una bolsa de plástico, vio que la puerta del sótano estaba entornada. No era la primera vez. En los últimos tiempos había escrito tres estrictas notas para recordar a los vecinos que la puerta de la calle y la del sótano

debían quedar cerradas, «EN TODO MOMENTO», había añadido debajo en rotulador rojo.

El portero Karlsen estaba furioso. Después del incidente de la semana anterior, cuando aquel caradura, aquel bandido le había lesionado el hombro, que aún le dolía por las noches, se había fijado en que las cerraduras estaban intactas. O sea que aquel tipejo había podido entrar porque alguien no cumplía con las normas. Menos mal que no se habían llevado nada; Karlsen había sorprendido al ladrón a tiempo.

Ahora habían roto la puerta. Golpeaba contra el marco mecida por una leve corriente. La madera que rodeaba la cerradura estaba astillada y se veía de un tono claro sobre la vieja pintura azul.

—Será posible...

Karlsen se lo tomó como una ofensa personal. Este era su bloque, era responsable de que todo estuviera en orden, de que los vecinos limpiaran las escaleras cuando les tocaba, de que el suelo bajo los buzones no estuviera lleno de publicidad, de que se limpiara la acera con la manguera y de que viniera el fontanero cuando era necesario. Era responsable de que todo funcionara. En una finca como esa, donde un tercio de los inquilinos vivían de la asistencia social y la gente se mudaba con tanta frecuencia que a veces dudaba de si vivían allí o no, hacía falta una mano firme para controlarlo todo.

Alguien había asaltado *su* sótano.

Bajó la escalera iracundo. En el último escalón estuvo a punto de tropezar con algo. Se apoyó en la pared y consiguió mantenerse de pie. Bajó la mirada.

Una cabeza. Un poco más adelante, en el estrecho pasillo, estaba el cuerpo al que evidentemente había estado unida. Tenía los brazos alineados y las piernas cruzadas, como si el cadáver decapitado solo se hubiera echado una siestecita. Karlsen sintió que la sangre abandonaba su cabeza y tragó con fuerza. Karlsen había visto cosas peores que esa: compañeros que se ahogaban en el mar helado; una vez había sacado a su mejor amigo del mar en

llamas y lo había subido al sobrecargado bote salvavidas para descubrir que le faltaba la parte inferior del cuerpo.

Ole Monrad Karlsen se tapó los ojos con la mano, volvió a tragar saliva, y pensó que esta vez no le quedaría más remedio que llamar a la policía.

17

—No contestes —murmuró Cecilie.

Ligeras nubes de verano pasaban lentamente sobre sus cabezas. Desdibujadas y transparentes hacían palidecer el cielo y blanqueaban el sol. Hanne y Cecilie estaban tumbadas boca arriba, cogidas de la mano. Era media mañana y notaban el calor del montículo de roca a través de la ropa. El viento había amainado. Los charranes graznaban y Hanne deseó por unos instantes que fuera eso lo que oía cuando su móvil empezó a sonar.

—No tengo elección —dijo desganada, y se incorporó—. Wilhelmsen.

Alguien estuvo un buen rato hablando. Hanne Wilhelmsen no dijo ni una palabra hasta que informó de que devolvería la llamada en diez minutos. Colgó y se quedó contemplando el mar. Una barcaza del tipo Colin Archer se dirigía al puerto y en el horizonte se divisaba un mercante en dirección oeste.

—¿Quién era? —preguntó Cecilie en voz baja, sin abrir los ojos.

Hanne no respondió. Cogió la mano de Cecilie y la apretó. Cecilie se sentó.

—Gracias por aceptar que viniéramos aquí —susurró cogiendo una flor seca de una grieta entre las rocas—, ha sido estupendo. ¿Tienes que marcharte?

Se pegó a Hanne y le hizo cosquillas debajo de la nariz con la flor. Hanne sonrió reservada y se frotó la cara.

—Ha habido un asesinato —dijo con voz queda—. Otra decapitación.

Cecilie la rodeó con el brazo y sintió el roce de su cabello en la mejilla.

—Y Halvorsrud está libre. ¿Tiene algo que ver con esto?

Hanne se encogió de hombros un instante.

—¡Quién sabe! —dijo desesperada—. Pero resulta extraño que haya dos decapitaciones en un mes. No tengo ni idea...

Calló y escondió la cara entre las manos. Cecilie se levantó despacio y se puso de rodillas tras ella. Abrazó a Hanne y la meció lentamente de un lado a otro.

—Es el primer día de Pascua. Seguro que pueden apañarse sin ti hasta mañana. ¿No?

Tres niñas de unos doce años aparecieron de pronto en un montículo a solo diez metros de ellas. Susurraron un poco y una de ellas se rio muy alto y se tapó la boca con la mano. Desaparecieron tan repentinamente como habían llegado.

—Debo irme —dijo Hanne levantándose entumecida—. Pero si prefieres quedarte puedo intentar sacar tiempo para venir a buscarte mañana por la tarde. Ni quiero oír hablar de que vuelvas con Håkon y Karen, el viaje con los niños sería demasiado cansado.

Cecilie la agarró de la mano y anduvo tambaleándose hacia el sendero que rodeaba las rocas.

—De ninguna manera vas a tener tiempo de venir a buscarme —dijo decidida—. Me voy contigo ahora.

Eran las ocho de la tarde del lunes 5 de abril. Hanne había pasado por su casa de madrugada apenas unos instantes para cambiarse de ropa. Volvía a tener jaqueca. Abrió mucho los ojos e intentó concentrarse en el documento que Billy T. le había entregado una hora antes. Le estaba agradecida por no oponerse nunca a entregar un resumen escrito diario de su actividad. La mayoría de los investigadores opinaban que bastaba con los impresos oficiales y que no podían dedicar su tiempo a escribirle cartas personalizadas a la comisaria. Hanne Wilhelmsen se empeñaba en que lo hicieran de todas formas y provocaba protestas más o menos públicas. Los resúmenes diarios de los datos que se acumulaban en crecientes montones de documentos la ayudaban a mantener la perspectiva sobre el caso. Además, en su experiencia, los investigadores se tomaban más libertades en los informes que sabían que no irían al archivo oficial, y anotaban opiniones personales e intuiciones. Esto era lo que Hanne Wilhelmsen quería y eso era lo que le daban.

Se tomó dos paracetamoles con un trago de café templado y leyó mientras se masajeaba la cabeza con la punta de los dedos.

La víctima es Evald Bromo, periodista de la sección de economía del diario *Aftenposten*. Tenía cuarenta y seis años, y estaba casado con Margaret Kleiven, sin hijos. Sin antecedentes.

Evald Bromo tenía, al igual que Doris Flo Halvorsrud, lesiones causadas por un fuerte golpe en la nuca. En los próximos días sabremos si murió por el golpe o si le decapitaron vivo. Le encontró el portero Ole Monrad Karlsen de la calle Vogt 14. Karlsen está libre de toda sospecha, de momento. Tiene mal carácter y no colabora, pero según Sommarøy el tipo no tiene nada que ver con el caso.

La calle Vogt 14 es un bloque de alquiler con veinticuatro viviendas; muchas de ellas son de propiedad municipal para usuarios de los servicios sociales. Pero el edificio es de propiedad privada y eso explica por qué Karlsen sigue de portero aunque en realidad hace mucho que tiene edad de jubilarse. Ståle Salvesen alquilaba el piso al municipio.

Sabemos que Evald Bromo salió de su casa a las diez y media de la noche del sábado para correr. Estaba en muy buena forma para su edad y, según su esposa, corría con frecuencia.

Su mujer se acostó al poco rato de marcharse el marido y cuando se despertó a las ocho y media de la mañana siguiente no había ningún indicio de que Evald Bromo hubiera vuelto a casa. Se calcula que la hora de la muerte fue entre la medianoche y las dos de la madrugada del sábado, así que parece que el hombre no regresó. Su mujer esperó un par de horas antes de avisar a la policía, no quería organizar un lío si su marido se había ido a correr otra vez. Karianne ha hablado con ella y dice que parece estar destrozada y verdaderamente desconcertada por lo ocurrido. He pedido que la interroguen de nuevo mañana. El domingo por la tarde era difícil conseguir que dijera algo coherente.

No se ha encontrado el arma utilizada para decapitar a Bromo. Debe de tratarse de algún tipo de espada. Tiene que ser pesada y muy afilada, el corte es limpio y el forense opina que no han dado más de dos o tres golpes para separar la cabeza del cuerpo por completo. Hemos confirmado que la puerta del sótano fue forzada pero que el portal seguramente estaba abierto. Por lo que sabemos, era frecuente que los inquilinos no cerraran con llave, el telefonillo estaba averiado a menudo y los vecinos no querían tener que bajar para abrir a las visitas.

Con probabilidad Bromo fue decapitado en el mismo lugar en el que le encontraron. Debe de haber estado inconsciente o muerto en el momento del suceso. No hemos encontrado indicios de lucha. Debajo de las uñas solo tenía la suciedad normal y en su cuerpo no había más lesiones que el golpe en la nuca y la decapitación.

Aún no hemos podido averiguar si Bromo bajó al sótano por su propio pie o si le llevaron allí. Si esto último es cierto estaremos ante un hombre muy fuerte, o varios. Ni la escalera ni el cuerpo presentan indicios de que Bromo haya sido arrastrado hasta el sótano (muerto o inconsciente). Eso quiere decir que o lo hizo por sí mismo o le llevaron. Como no hay indicios de pelea lo más probable parece esto último. No hay que olvidar que Bromo era un hombre delgado. Medía metro ochenta y dos y solo pesaba sesenta y ocho kilos.

De hecho, la policía estuvo en la zona hacia las tres de la mañana del domingo. Se habían recibido quejas de ruidos de una fiesta en la casa vecina. La patrulla no vio nada sospechoso en la calle Vogt 14 ni en los alrededores.

Está claro que lo más extraño de este caso es que el cadáver haya aparecido en el sótano de la casa en la que residía Ståle Salvesen. Incluso aunque el asesinato no hubiera sido por decapitación, una casualidad como esta hubiera resultado llamativa. En estas circunstancias, estamos ante una ejecución similar a la que sufrió Doris F. H.; todo indica que hay una conexión entre los crímenes.

Erik H. y Karl están investigando si hay alguna relación entre Evald Bromo y Ståle Salvesen. La mujer de Bromo nunca había oído el nombre de Salvesen, así que en ningún caso podría tratarse de un trato cercano. De momento solo sabemos que en su día Bromo se ocupó del caso de la investigación sobre Aurora Data y Salvesen. En otras palabras, parece probable que al menos hablaran varios años atrás.

Por supuesto también estamos comprobando si hay alguna relación entre Sigurd Halvorsrud y Bromo. De momento no hay indicio alguno de que fuera así. Pero como los dos trabajaban con delitos económicos es más que probable que se conocieran. Llevaremos a Halvorsrud a comisaría para interrogarle mañana, me ocuparé de ello en persona.

Hoy hemos tomado declaración a seis testigos. (Ha sido difícil localizar a la gente a causa de las vacaciones de Semana Santa). Tres son compañeros de trabajo que dicen haberle conocido bastante bien. Todos coinciden en describirle como un hombre bastante callado y tímido que no tenía muchas relaciones sociales. Saben poco de su círculo de amistades, pero creen que cuando no estaba corriendo se quedaba en casa con su mujer la mayor parte del tiempo. Parece ser que era un gran corredor de fondo. Uno de los testigos lo describe como

fanático de las carreras. Ninguno de ellos sabe de nadie que pudiera tenerle rencor a Bromo aunque insisten en que, como periodistas, a veces tienen una relación difícil con las personas sobre las que escriben.

Por decirlo así: Ståle Salvesen es un comodín muerto. Ha llegado el momento de buscarle de forma sistemática, tal vez deberíamos haberlo hecho antes. Las corrientes junto al puente de Staure bien pueden empujar un cuerpo hacia abajo y atascarlo en el fondo. Pero no creo que encontremos nada, mi intuición me dice que Ståle Salvesen está vivo y coleando en alguna parte.

Hanne Wilhelmsen intentó averiguar cuál era su intuición, pero lo único que recibió fue un aviso de su estómago de que llevaba más de doce horas sin comer.

—¡Vaya, Hanne!

Karl Sommarøy entró en tromba por la puerta entornada y tiró un papel con la imagen de dos huellas dactilares aumentadas sobre su mesa. Luego se colocó detrás de ella con el brazo izquierdo sobre sus hombros y golpeó el papel con el índice derecho.

—¿Puedes creértelo? —Se echó a reír como una colegiala y estampó la mano abierta sobre la mesa.

—Huellas digitales, claro —suspiró Hanne. Reprimió un bostezo y dudó si llamarle la atención a su colega. Aunque la puerta estaba entornada no debería haber entrado sin llamar—. Ya lo veo.

—Pero ¿de quién crees que son? —Karl Sommarøy tenía la respiración alterada por la emoción y prosiguió sin esperar la respuesta de Hanne—. Aparecieron junto al cuerpo de Evald Bromo, una en la pared de un trastero que hay dos metros más allá y una en la pared de la escalera.

La jaqueca iba a más. Su ojo derecho latía, como si tuviera dentro un clavo atascado que quisiera salir. Hanne se llevó un dedo doblado al ojo y apretó con fuerza.

—¿Y de quién son? —dijo desesperada, e intentó que le quitara el brazo de los hombros—. Estoy un poco cansada para jugar a las adivinanzas.

—Son de Sigurd Halvorsrud —dijo Karl, y volvió a reírse con un sonido agudo, alto y molesto—. Sigurd Halvorsrud ha estado en el sótano de Ståle Salvesen donde apareció el cadáver de Evald Bromo. Me muero por saber cómo coño va a explicar eso.

Hanne Wilhelmsen dibujó con el dedo el contorno de finas líneas de las huellas digitales que tenía delante. Se curvaban las unas sobre las otras como un antiguo mapa para senderistas. El territorio era único; de los cinco mil millones de habitantes del planeta Sigurd Halvorsrud era el único que podía haber dejado esas huellas en el sótano en el que Evald Bromo había sido asesinado. El exfiscal del Supremo no tendría manera de escaparse de esta.

19

En la zona del fiordo de Oslo conocida como Ytre Oslofjord no soplaban una brizna de aire. Un par de millas náuticas al sur del faro de Færder había un velero con dos hombres a bordo. Ambos, Petter Weider y Jonas Broch, tenían veinticinco años y estudiaban derecho cuando no estaban navegando, lo que significaba que estudiaban muy poco. En Semana Santa, en lugar de estudiar para los exámenes para los que faltaba algo más de un mes, habían navegado hasta Copenhague para comprar marihuana. No era mucho, medio kilo cada uno, solo para uso propio y tal vez un poco para los amigos, para invitarles.

El viaje de vuelta les estaba llevando más tiempo del previsto. A mitad de Skagerrak el viento había amainado por completo. Cuando los dos estudiantes divisaron el faro de Færder, en la mañana del martes 6 de abril, el mar estaba inusualmente calmado para esa época del año. El sol quemaba desde el este y pudieron quitarse sus gruesas chaquetas impermeables y quedarse en la cabina con sus jerséis de lana nada más.

Era un día perfecto para fumarse un buen porro. No había ninguna razón para utilizar el motor cuando, en realidad, en tierra solo les esperaba una biblioteca con el aire viciado. La mercancía que habían comprado por mediación de un viejo conocido de la Universidad de Copenhague cumplía lo prometido. Petter y Jonas ya

habían olvidado que habían suspendido en dos convocatorias consecutivas y que tendrían problemas para renovar su beca si no aprobaban esta vez. La perezosa oscilación de las velas en busca de viento se mezclaba con el sonido del mar que chocaba suavemente con el barco y les hacía ver el futuro con optimismo. Si el examen se iba a tomar por culo otra vez siempre podían dar la vuelta al mundo, un par de años o así. Navegar por lo menos hasta Zanzíbar, donde Jonas había estado de vacaciones las navidades del año anterior. Y a las Maldivas, seguro, donde podían zascandilear de isla en isla y a lo mejor ganar dinero transportando turistas que estarían hartos de dar vueltas por la misma isleta.

—Hay un hombre en el agua —dijo Petter apático—, a estribor.

Jonas rio.

—¿Y qué hace? —susurró en tono dramático.

—Está muerto.

—¿Del todo?

—Bastante.

—¿Nos queda cerveza?

Petter metió la mano en una nevera portátil y sacó una cerveza de medio litro, se la tiró a Jonas y luego abrió otra para él.

—El tipo ese sigue ahí —murmuró Peter.

—Corta el rollo, tío.

Jonas se incorporó y bloqueó el timón.

—¿Dónde está?

—¡Ahí!

—¡Joder! ¡Me cago en la leche, Petter! ¡Pero si está muerto!

—Eso te he dicho —murmuró Petter ofendido.

Jonas se inclinó sobre la borda y se echó agua salada en la cara. Se frotó las sienes con fuerza y sacudió la cabeza.

—Tenemos que cogerle. ¡Pásame el bichero!

Entre los dos estudiantes consiguieron enganchar la ropa del cadáver. Arrastraron el cuerpo que pesaba como el plomo despacio hacia la borda. El hombre, por alguna razón intuyeron enseguida que se trataba de un hombre, estaba bocabajo.

—Dale la vuelta tú —dijo Petter escéptico.

—¡Hazlo tú!

—No jodas. ¿Estás diciendo que le subamos a bordo?

Jonas intentó agarrar el cadáver por el estómago y una de las burbujas retenidas en la ropa explotó.

—¡Demonios! ¡Apesta! ¡Suéltalo! ¡Suéltalo ya, joder!

Petter gritó y se lanzó a babor. Se golpeó la espalda con la nevera portátil y soltó una retahíla de tacos.

—No podemos soltarlo, idiota —siseó Jonas, y vomitó sobre el cadáver—. ¡Tenemos que avisar a la policía, idiota!

Petter consiguió ponerse de pie y se frotó la espalda dolorida mientras hacía muecas ante el nauseabundo olor que se había extendido por todo el velero.

—¿No podríamos remolcarlo a tierra? Si soltamos unos metros de cabo nos libraremos de este olor a mierda.

—¡Imbécil! Este tío se está descomponiendo. Si le arrastramos aunque solo sean diez metros no quedará nada de él. Ahora me pasarás una cuerda y dejarás de quejarte como un idiota. ¡Ayúdame ya, joder!

Un cuarto de hora más tarde Petter Weider y Jonas Broch habían asegurado el cadáver atándolo a la quilla y habían avisado a la policía por radio. No tardarían en llegar.

—¡Mierda!

Los dos cayeron en la cuenta a la vez. En el camarote delantero había algo más de un kilo de marihuana. Aunque era poco probable que la policía registrara a fondo el barco de dos bienintencionados estudiantes de derecho, no podían arriesgarse. Los dos querían ejercer de abogados algún día, ser abogados estrella de los que se forran. Petter estuvo a punto de echarse a llorar cuando vio a Jonas vaciar dos bolsas de droga con aspecto de tabaco en el mar. En lo que no había pensado era que el mar estaba como un espejo. El cannabis no se hundía. Se pegaba al costado del barco atraído por la suave corriente que el velero originaba en su lento camino hacia tierra firme.

Así fue como, cuando la policía pudo hacerse cargo del cadáver que al día siguiente identificarían como Ståle Salvesen, el hombre, muerto y medio descompuesto, estaba bien condimentado con droga.

20

—Sigurd Halvorsrud —dijo Billy T. despacio y se tiró del lóbulo de la oreja mientras jugaba con una cruz de oro invertida—, Sigurd Olav Halvorsrud.

Se cruzó bruscamente de brazos y clavó la mirada en el detenido, que estaba tieso como una vela al otro lado de la mesa. A su lado estaba Karen Borg, que por una vez llevaba pantalones. Manoseaba la cartera que había dejado sobre su regazo diez minutos antes pero no había abierto. Alejó su silla de la de su cliente de forma casi imperceptible, como si hubiera desistido de creer en su inocencia y tuviera prisa por distanciarse de él.

—¿Qué se te había perdido en ese sótano, Halvorsrud?

Billy T. se inclinó de golpe sobre la mesa.

—Mi cliente aún no ha reconocido haber estado allí —le corrigió Karen Borg—, propongo que empecemos con eso.

Billy T. sonrió y se mordió el bigote.

—De momento tu cliente no ha dicho ni media palabra —dijo con dureza—, y está en su derecho. Pero en lo que respecta a este interrogatorio lo haremos como a mí me parezca.

Abrió una botella de medio litro de Coca-Cola y se bebió la mitad de un largo trago. Luego la dejó sobre la mesa con un golpe y se frotó las manos.

—Empezaré de nuevo —dijo en tono dicharachero—. ¿Qué hacías en el sótano de la calle Vogt 14 la noche del domingo pasado?

Durante las tres semanas que Halvorsrud pasó en prisión preventiva antes de que el juez Bugge decidiera por su cuenta y riesgo mandarle de vuelta a su casa con su hija, no se había desprendido de su vestimenta formal. Cada día se había puesto la ropa que usaba para trabajar: traje, camisa y corbata. Ahora llevaba unos vaqueros gastados con tirantes y una camisa de franela a cuadros verdes y marrones con el cuello abierto por el que asomaban unos pocos pelos grises y tiesos. Billy T. había leído el informe de la detención. El hombre había insistido en cambiarse de ropa. No se lo habían permitido y era evidente que se sentía incómodo con aquella ropa tan informal, como si fuera a airear su intimidad el mostrarse así en público. Halvorsrud tenía las manos en el regazo y carraspeaba todo el rato, como si tuviera algo en la garganta.

—Yo —empezó—. Yo... yo...

No pasó de ahí. Se limitó a inclinarse hacia Karen Borg y le susurró unas pocas palabras. Ella se incorporó y por fin dejó la cartera en el suelo.

—Mi cliente hace uso de su derecho a no declarar —dijo en voz alta.

Billy T. miró de soslayo a Erik Henriksen, que ocupaba la silla más alejada y, de momento, no había dicho ni una palabra.

—¿Has oído, Erik? Aquí el amigo cree que lo mejor es no dar explicaciones.

—Mejor —asintió el otro—, así será mucho más fácil encarcelarle. Ya hablará. «Si mi hora es llegada, no hay que esperarla; si no ha de venir ya, señal que es ahora; y si ahora no fuese, habrá de ser después». —Bostezó y estiró los brazos por encima de su cabeza—. *Hamlet* —añadió con voz cansina—, quinto acto. Avisaré a Annmari y mandaré un par de hombres para que se lleven al fiscal a una celda.

Karen Borg siguió a su cliente cuando se lo llevaron. Billy T. puso una pesada mano sobre su hombro y susurró:

—Jenny.

Karen se giró de golpe.

—¿Qué?

—La niña se va a llamar Jenny. Bastante moderno y bastante clásico, hemos llegado a un acuerdo. ¿Bonito?

Karen Borg miraba al suelo y siguió su camino pasillo abajo. Billy T. la siguió.

—¿No te gusta?

—Sí, claro —respondió sin sonreír—, Jenny está bien.

—¡Billy T.!

Un agente en prácticas vestido de uniforme venía corriendo hacia ellos. Casi sin resuello metió una nota amarilla en la mano del investigador.

—Es de Hanne Wilhelmsen —suspiró—. Además quiere que la llames al móvil lo antes posible.

Billy T. leyó el recado, dobló el papelito y se lo metió en el bolsillo del pantalón.

—Pues vaya momento para irse de viaje a Vestfold —murmuró malhumorado—. ¿Qué coño se le ha perdido allí?

Cuando quiso darse cuenta, Karen Borg ya no estaba.

Con el espléndido tiempo primaveral ese lugar era aún más cautivador. Mientras corría por el sendero cubierto de baldosas que llevaba a la cabaña de Eivind Torsvik no tuvo duda de que Vestfold era la región más hermosa del país.

Las rocas amarillentas se bañaban en el mar gris, azulado y fresco. En los últimos días los árboles habían terminado de florecer y sus copas verde claro ansiaban un verano que, en ese preciso instante, parecía estar a la vuelta de la esquina. Los túmulos de césped estaban cubiertos de anémonas, la luz hería los ojos y Hanne se puso las gafas de sol. Se detuvo para observar el mar desde la terraza de la cabaña. Los reflejos del sol jugueteaban sobre la superficie tranquila del fiordo. Un chico emitió un gallo adolescente cuando le gritó desde un islote a su amigo que estaba en tierra firme a unos treinta metros de distancia. Los dos se echaron a reír. El sonido llegaba muy lejos y reverberó en la larga y estrecha ensenada de Hamburg.

—¡Qué bien que hayas podido venir tan rápido!

Hanne Wilhelmsen dio un respingo al oír sus palabras. Eivind Torsvik también llevaba gafas de sol. Había enderezado las patillas para luego doblarlas hacia atrás y unir las con una goma.

—Ingenioso —dijo sin pensar, y señaló las gafas.

Él soltó una risa infantil y fascinante que a su vez provocó una sonrisa en Hanne.

—La gente no suele comentármelo —dijo, y volvió a reírse.

Apuntó a la pared que estaba al sol, bajo el gran ventanal. Había sacado dos sillas de madera con cojines de rayas blancas y azules. Hanne se sentó y levantó el rostro hacia el sol. Aún no eran las tres y media de la tarde. Sus mejillas ardían.

—Es un lugar maravilloso. Tienes una cabaña maravillosa.

Eivind Torsvik se sentó a su lado sin decir palabra. Se tapó los estrechos hombros con una manta y Hanne oyó su respiración pausada entre el ruido del motor de una barcaza que pasó despacio frente a ellos. Cerró los ojos tras las gafas de sol y se sintió vacía e infinitamente cansada.

Había insistido muchísimo. Cuando Hanne Wilhelmsen llamó a Eivind le pidió que fuera a Oslo. Eivind Torsvik dijo que entendía su situación laboral, pero aun así se mantuvo firme en su negativa. Hacía años que no salía de la zona de Sandefjord, explicó, y así seguiría. Si estaba interesada en saber lo que le podía contar de Evald Bromo tendría que ir hasta la cabaña del final de la isla de Årø. En persona y sola. No hablaría con nadie más.

Así que estaba sentada junto aquel extraño hombre-niño y solo quería dormir. La cercanía de Eivind Torsvik le resultaba placentera, la eterna presión de sus ojos se redujo y relajó los hombros. Aunque solo hubieran intercambiado unas pocas palabras cuando ella se entrometiera en su intimidad el sábado anterior, era como si se conocieran desde mucho antes.

Eivind Torsvik era un hombre que se protegía de todo el mundo. Su vida de escritor le permitía llevarlo al extremo, no tenía necesidad de tratar con casi nadie. Eivind Torsvik no necesitaba a nadie y Hanne se dio cuenta de que le envidiaba. Luego se quedó dormida.

Debía de haber cabeceado durante varios minutos, porque cuando abrió los ojos la estaba esperando con una humeante taza de té y una manta más sobre el brazo.

—Toma —dijo dándole las dos cosas—, por la tarde refresca. Te voy a contar qué es lo que hago aquí realmente.

Fue a buscar un té para él y volvió a sentarse mientras removía el azúcar. Hanne negó con la cabeza cuando le ofreció el azucarero.

—¿Qué es lo que menos te gusta de trabajar en la policía? —preguntó con una voz tan suave que Hanne casi no entendió lo que decía—. Quiero decir, lo peor de ser representante de la ley.

—El proceso judicial —dijo enseguida—. Hay tantas reglas que respetar, me refiero a todas las cosas que no podemos hacer, aunque tengamos la seguridad de que alguien es culpable.

—Lo suponía —dijo asintiendo satisfecho.

El té desprendía un ligero aroma a canela y manzana. Hanne se acercó la taza a la cara e inhaló el leve vapor.

—¿Quieres que te cuente por qué escribo?

La miraba fijamente y levantó las gafas de sol hasta dejarlas sobre su frente. Hanne asintió despacio y tomó un trago de té.

—Porque he llevado una vida sobre la que se puede escribir —dijo con una sonrisa sorprendida, como si acabara de descubrir la respuesta a algo que llevaba mucho tiempo preguntándose—. Nunca escribo sobre mí mismo, pero a la vez es lo único que hago. Los libros tratan de vidas vividas. Yo pasé muchas más cosas que la mayoría antes de cumplir los dieciocho años. Luego se acabó. Maté a un hombre y me he reconciliado con la idea de que la vida que me tocó se ha terminado.

Hanne se sirvió más té de un termo colocado sobre las baldosas. Abrió la boca para protestar, miró a su alrededor y levantó la mano para protegerse de la intensa luz del sol.

—No digo que yo no valga nada —dijo con firmeza adelantándose a Hanne—, al contrario. Mis libros son un placer para mucha gente, para mí mismo también. Al escribir me hago con una vida que no es mía. Y a la vez doy a los demás algo de lo que me creía incapaz. Uno puede estar muy satisfecho de la vida como escritor. Pero feliz... no. Yo tengo...

Por primera vez Hanne notó que dudaba, su voz era suave y clara, las palabras surgían siempre fluidas, sin esfuerzo. Pero ahora giró la cabeza, volvió a ponerse las gafas y se reclinó en su butaca.

—Conoces el principio de mi historia, no voy a aburrirte con ella. Pero era bastante joven cuando comprendí que había perdido la capacidad de vincularme a otras personas. «Capacidad de relación limitada». Así lo llamaron los psicólogos en los infinitos informes que hay sobre mí. —Se arrebujó en la manta—. ¡No tienen ni idea de lo que dicen!

Hanne vio que un leve temblor se extendía por sus brazos, estaba pálido y una de sus fosas nasales se contrajo.

—Pero basta de ese tema —dijo él en tono despreocupado e intentó hacerle un nudo a la manta sobre su pecho—. No fue por eso por lo que te pedí que vinieras. No solo escribo libros, me dedico a algo mucho más importante. ¿Recuerdas lo de Bélgica?

—Bélgica —repitió Hanne—, dioxinas y vacas azules belgas; corrupción y sadismo sexual; crímenes políticos; salmonela y prohibición de importaciones. Bélgica: un divertido país centroeuropeo.

Le miró de soslayo. No sonreía. Algo avergonzada miró hacia el mar. Los risueños chavales se habían montado en una barca y se divertían remando en círculos con un remo cada uno.

—Marc Dutroux —dijo Eivind Torsvik mirando al vacío—. ¿Te acuerdas de él?

Por supuesto que se acordaba de Marc Dutroux, el monstruo de Charleroi. Imposible saber cuántas vidas se había llevado por delante, tanto literalmente como en sentido figurado. El escándalo pedófilo de finales del verano y el otoño de 1996 había dejado en estado de shock al mundo entero. Se produjeron arrestos masivos mientras desenterraban cadáveres de niños y jóvenes en jardines y los encontraban muertos por inanición en sótanos especialmente habilitados. Poco a poco se fue intuyendo una enorme trama pedófila y se investigó a policías, jueces y unos cuantos políticos de primera fila.

—Lo peor del caso no fue que resultara evidente que a Marc Dutroux le protegían personas poderosas —dijo Eivind Torsvik—, cuando se trata de pedofilia no existen barreras sociales ni límites que frenen lo que la gente puede llegar a hacer si se siente amenazada. No, no hay límite alguno. No, lo peor de todo fue...

Tiró el té templado sobre las baldosas. La humedad dibujó una masa oscura sobre el gris. La mancha recordaba a un cangrejo con tres pinzas y se quedó mirándola mientras daba golpecitos a la taza vacía.

—Lo peligroso es que el sistema falla. Marc Dutroux ya había sido condenado con anterioridad. Le habían condenado a trece años por una serie de violaciones. ¿Sabes cuánto tiempo cumplió?

—¿Siete, ocho años? —Hanne se encogió de hombros.

—Tres. Le soltaron a los tres años por buen comportamiento. ¡Buen comportamiento! ¡Ja! —Se levantó de golpe—. Hace un poco de frío aquí fuera. Cojo frío con mucha facilidad. ¿Te importa que entremos?

Hanne no entendía cómo podía tener frío. Hacía por lo menos quince grados y Eivind Torsvik había estado envuelto en la manta de lana durante toda la conversación.

—Para nada —dijo de todas formas, y le siguió al interior de la cabaña.

—He preparado algo de comer —le oyó decir desde la cocina—. Solo una ensalada y un poco de pan. Supongo que no querrás vino.

—He de conducir —dijo palpándose el bolsillo de la camisa—. ¿Se puede fumar?

Él asomó la cabeza por la barra de la cocina abierta al salón.

—Aquí no ha fumado nunca nadie, así que no creo que pase nada. Adelante.

Antes de que Hanne hubiera terminado su cigarrillo, la mesa estaba puesta con loza blanca y cubiertos de plata. Eivind Torsvik le sirvió agua con gas en la elegante copa y un vino de Alsacia en la suya.

—¿Sabes que el monopolio de alcohol tiene servicio a domicilio?
—preguntó mientras tomaba asiento—. ¿Y que internet está plagado de buenas recetas?

—¿No sales nunca de aquí?

Hanne se sirvió ensalada Caprese y un trozo de pan.

—No. Por desgracia tengo que ir al centro de vez en cuando, para visitar al dentista y ese tipo de cosas. Además de vez en cuando me acerco en bicicleta a Hasle para hacer la compra. Y eso está casi en la ciudad. La tienda de Solløkkka es más bien un quiosco grande. ¿Sabías que en realidad el caso Dutroux saltó gracias a una investigación privada?

Hanne probó la ensalada. La mozzarella estaba suave y cremosa y los tomates eran excepcionalmente sabrosos.

—Tengo un pequeño invernadero allí detrás. Si quieres luego te lo enseño. Yo dirijo una de esas organizaciones. Bueno, «dirigir» no es la palabra. Somos un grupo de veintidós europeos y quince estadounidenses los que colaboramos. Los demás me aceptan como responsable, aunque nunca ha habido una elección o designación formal.

Hanne Wilhelmsen dudaba de si se refería a un club de horticultores. Dejó de masticar y le miró con el tenedor en el aire.

—Localizamos pedófilos, eso es todo.

Sostuvo su mirada con una leve sonrisa y un aire un poco provocador. El cabello rubio y rizado enmarcaba su rostro ovalado, y sus ojos adquirieron una intensidad que no había visto antes. Sus labios tenían un color rojo intenso en contraste con su tez pálida, y Hanne notó que era casi imberbe. Parecía un ángel como los que Hanne había coleccionado en una caja de zapatos muchos años antes; querubines de belleza celestial con ojos azules y purpurina en las alas.

—En este momento pareces un ángel —exclamó.

El joven no se movió ni apartó la mirada, como si Hanne estuviera adentrándose en algo que no le concernía, una vida de la que no quería formar parte. Eivind Torsvik no era solo un hombre

que había encontrado la manera de convivir con su soledad, una vida que a ella le atraía y que de alguna manera le envidiaba; en ese momento, del modo en que él la observaba, con la luz del sol iluminando sus rizos como un halo, era algo más, algo que ella no sabría definir y que le daba miedo; Hanne dejó los cubiertos sobre la mesa.

—Es que soy un ángel, soy el Ángel, nuestra organización se llama The Angels of Protection, TAP, para entendernos.

Hanne tenía ganas de irse. Esto era lo último que le faltaba; ahora que estaba en medio de la investigación de un asesinato que no entendía, no quería cargar con información sobre una organización secreta que probablemente actuaba de forma ilegal en nombre del bien. Carraspeó, empujó el plato un par de centímetros hacia el interior de la mesa y le dio las gracias.

—¿Crees en Dios?

Hanne negó con la cabeza y manoseó la servilleta. Quería salir de allí, no quería estar en aquella cabaña en la que hacía demasiado calor y donde el zumbido del enorme equipo informático había reavivado su jaqueca.

—Yo tampoco, para nada. Dios es una idea patética a la que la gente recurre para explicar lo inexplicable. Si te lo pregunto es porque creo que hay una razón por la que apareciste aquí el sábado. Creo que tu visita es una de esas casualidades de las que la historia está llena, acontecimientos repentinos e imprevistos que pueden suponer un gran avance o una catástrofe. ¿Has comido bien?

—Sí, gracias. Estaba muy bueno.

Hanne se terminó el agua con gas y consultó su reloj.

—No puedes marcharte todavía. Aún no te he dado lo que vas a llevarte. Tienes que ser más paciente, Hanne Wilhelmsen. Eres un espíritu impaciente, ya lo veo. Pero no te vayas.

—No —dijo Hanne con una pálida sonrisa—, aún no, pero no puedo quedarme mucho rato.

—Es que te he buscado, ¿sabes? —explicó mientras quitaba la mesa—. Bueno, no exactamente a ti, pero sí a alguien de la policía en quien pudiera confiar.

De pronto golpeó la mesa con los platos y se inclinó hacia ella como si fuera a morder.

—¿Sabes cuánto tardaron? —En su voz había aparecido una ira que la hacía más profunda—. ¿Desde que me corté las orejas y conté los reiterados abusos a los que me sometía mi padre de acogida y terminaron la investigación?

—No, no conozco los detalles del caso.

—¡Tres años! ¡Tres años! Me reconocieron cuatro psicólogos, todos concluyeron que decía la verdad. Además me colocaron en una camilla con el culo en pompa rodeado de gente vestida con bata que ni siquiera me había saludado antes. Toquetearon partes de mi cuerpo que deberían ser mías, ¡solo mías! Pero nunca lo fueron, me las robaron una y otra vez desde que tengo uso de razón. Ahí estaba yo, con el culo al aire y no podía ni siquiera llorar. Tenía trece años y la conclusión de los médicos fue unánime: abusos frecuentes durante muchos años. ¡Tenía trece años!

Eivind Torsvik se dejó caer en su silla y se pasó la mano por los ojos con sumo cuidado, como si ya hubiera dicho todo lo que podía decir.

—Aun así tardaron tres años en llevar el caso a juicio —añadió con voz queda.

Hanne sentía la necesidad de decir algo. No era la primera vez que oía una historia como la de Eivind Torsvik; la había visto, oído y vivido demasiadas veces. Buscaba las palabras apropiadas, pero era incapaz de articular palabra.

—Y cuando llegó la sentencia, era ridícula.

Tomó aire y lo retuvo tanto tiempo que sus mejillas enrojecieron.

Por primera vez Hanne intuyó en su cara los rasgos de un adulto. El Ángel había desaparecido, frente a ella quedaba un hombre de unos veinticinco años que lo había perdido todo antes de hacerse adulto.

—Todos somos víctimas —dijo tras guardar silencio un largo rato —, todos los miembros de Angels of Protection; dedicamos nuestra vida a localizar a los abusadores, los pederastas, los ladrones de almas. No tenemos reglas ni fronteras, los delincuentes sexuales no respetan ninguna ley y solo se les puede combatir de la misma manera. Les vigilamos, les seguimos, les encontramos en la red. La mayoría son incapaces de mantenerse alejados del porno que la inunda, idiotas.

—Pero ¿cómo lo hacéis? —Hanne sentía curiosidad a su pesar.

—Tenemos nuestros métodos, muchos hacen trabajo de campo. Llevan años investigando y persiguiendo. Nos movemos como sombras en un paisaje que la policía desconoce, mientras que nosotros nos hemos criado en él. No nos resulta difícil reconocer a un pederasta, todos hemos convivido con alguno. —Señaló el ordenador que estaba junto a la ventana—. Yo nunca salgo de aquí, me concentro en la red. Esa es mi misión. Y además sistematizo la información, compongo un puzzle con muchísimas piezas, algunas de ellas minúsculas. Pero al final obtendré una imagen, ya falta poco, y entonces iremos a la policía. Ahora mismo tengo una lista de... —dejó su mano a menos de cinco centímetros de la de Hanne — once noruegos que han abusado de menores de forma sistemática y de los que la policía no tiene noticia.

—Pero debéis... —empezó Hanne—. ¿Por qué hacéis esto? ¿Estáis...?

La información que Eivind Torsvik le estaba proporcionando era espectacular. Hanne Wilhelmsen con frecuencia había oído rumores acerca de organizaciones como la que le describía, pero siempre había pensado que eran chorradas. No era posible. No debía ser posible. Sin duda la policía adolecía de falta de personal, de lentitud, de limitaciones en los procesos penales y de bastante ineficacia, pero no dejaban de tener la ley de su parte. Contaban con un sistema y eran competentes. Que hubiera particulares que se tomaban la justicia por su mano cuando la ley no daba abasto no era nada nuevo. Ella misma había investigado un caso a mediados

de los noventa en el que un padre y una hija se habían vengado de un tipo que había destrozado la vida de la chica. Los dos fueron absueltos sin que nadie en la policía perdiera el sueño por eso.

—Pero toda una organización... —dijo de repente—. Estáis haciendo equilibrios al límite de la ley, cuando no la infringís directamente.

—Sí —dijo con sinceridad Eivind Torsvik—, infringimos la ley cuando es necesario, por ejemplo con las escuchas telefónicas. Pero lo hacemos en contadas ocasiones; es muy difícil, al menos en Noruega.

—¡No quiero saberlo!

Hanne puso su mano sobre la suya, delgada y fría; podía sentir sus articulaciones.

—No digas nada más —murmuró entre dientes—, ¡no quiero saber nada!

—No te preocupes. La información que daremos a la policía cuando llegue el momento será irreprochable, con testimonios y otros datos. Cuando cometemos ilegalidades es solo... para facilitar la investigación. ¿Se dice así? —Volvió a reír con ese crescendo que era imposible escuchar sin sonreír. Parecía más animado y retiró su mano—. Y tú no te vas a chivar, ¿verdad?

Hanne se tapó los oídos.

—No quiero oír nada más, nada más. ¿Lo entiendes?

—Evald Bromo abusó de niñas toda su vida adulta.

Hanne Wilhelmsen bajó los brazos despacio, le zumbaban los oídos y tragó saliva varias veces.

—¿Qué has dicho?

—Evald Bromo era un pederasta. Llevaba años robando y comprando sexo con niñas de hasta diez años. La mayor parte de las veces pagaba, eso hay que reconocérselo.

Apretó los labios, parecía que un niño le hubiera dibujado la boca con un rotulador. Fue a coger una carpeta de una bandeja junto al ordenador. La funda era verde y semitransparente.

—Toma —le dijo—, para ti. No será condenado una vez muerto. Cuando vi en la prensa digital que el tipo había aparecido asesinado reuní los datos que tenemos sobre él. Te la doy, pero es solo para ti, una ayuda para encontrar al asesino. No puedes utilizarlo más que como información complementaria a la investigación. Te estaré muy agradecido si lo destruyes una vez que lo hayas leído.

Hanne observó la carpeta verde como si hubiera dejado un escorpión adulto sobre el mantel.

—No puedo —gimió—. No puedo de ninguna manera aceptar una información que no voy a compartir con mis colegas.

—Pues léelo aquí.

Volvió a coger los platos y los cubiertos.

—Quito la mesa y preparo otro té. ¿Te ha gustado? Bien. Fúmate un cigarrillo y te lo lees.

Señaló la carpeta con un movimiento de cabeza, le acercó el cenicero y se fue a la cocina.

Hanne pensó que le gustaría disponer de unos guantes de goma. La carpeta que tenía delante contenía información que podía resultar crucial para aclarar el asesinato de Evald Bromo. Por un lado estaba deseando arrancar la goma que sujetaba los papeles y lanzarse a leer, por otro iba en contra de todos sus principios. Eivind Torsvik dirigía una organización de espías y ella era policía.

Se llevó la mano al pecho y sacó un cigarrillo; lo encendió, expulsó el humo despacio sobre los papeles prohibidos y quitó el elástico.

Le llevó algo más de media hora leer la documentación con detenimiento, colocar los papeles y volver a sujetarlos con la goma antes de empujarlos hacia el centro de la mesa. Encendió un tercer cigarrillo y casi no se dio cuenta de que Eivind Torsvik había vuelto de la cocina y estaba sentado en silencio en una butaca del salón con aspecto de haberse dormido.

—¿Resultará útil? —preguntó con los ojos cerrados.

—¿Cómo lo habéis hecho? —preguntó ella con voz queda.

—Ya te lo he dicho: le seguimos, investigamos durante años.

—Aun así. Tantos datos... ¿Cómo es posible obtener tanta información?

Se volvió hacia ella sonriendo.

—¿Resultará útil? —repitió.

Hanne no sabía qué contestar. Si Evald Bromo había sido asesinado a causa de sus perversas tendencias sexuales no veía ninguna conexión con el asesinato de Doris Flo Halvorsrud. No había nada, ni el más mínimo indicio, que indicara que la mujer del fiscal fuera un pederasta.

—No lo sé —dijo por fin.

Thea.

¡Thea! Hanne se atragantó con el humo y tosió. Se levantó tan deprisa que su silla cayó al suelo. El respaldo impactó en la puerta de una vitrina y el cristal se rajó.

—Tienes que contestarme a una pregunta —dijo en voz muy alta —: ¿quién más figura en tu lista?

Eivind Torsvik le enseñó las palmas de las manos en un gesto defensivo.

—Te he dado el informe de Evald Bromo porque está muerto. Está fuera de nuestro alcance. Pero el resto de la lista no te la puedo proporcionar, no hasta que esté todo listo. Ya queda muy poco.

—¿Cuánto?

Hanne oyó que le fallaba la voz.

—No lo sé. Tal vez un mes, o medio año, es pronto para saberlo.

Levantó la silla y la dejó en su sitio. Pasó el índice por la raja que partía la puerta de cristal en dos.

—Pero tienes que contestarme a una cosa.

Fue hacia él y se puso de cuclillas frente a su silla con el codo sobre el apoyabrazos.

—¿Está Sigurd Halvorsrud en la lista? ¿Es Halvorsrud también un pederasta?

Sus ojos ya no eran los mismos. Hanne había sentido que tenía algo en común con el joven, le había reconocido y en el fondo había

identificado algo de sí misma en sus ojos azules con el iris encerrado en un círculo negro. Ahora era un extraño.

—No te daré nada más —replicó él con dureza.

Hanne perdió el contacto visual y se levantó con dificultad.

—Pues gracias por lo que me has dado, la comida, el té y... todo.

Se puso su cazadora americana de piel de ciervo, con su bordado de perlititas y sus flecos en el pecho, y sacó una tarjeta de visita y un bolígrafo. Escribió de prisa su número de teléfono particular en la parte de atrás.

—Llámame si quieres algo —dijo entregándosela—, a la hora que sea.

—Lo haré, más tarde o más temprano.

Hanne había dejado un billete de quinientas coronas en la encimera de la cocina sin que él la viera. Esperaba que entendiera que era para pagar un cristal nuevo para la puerta de la vitrina. Mientras bajaba despacio por el accidentado camino aún pudo verle de pie en el montículo, junto a la cabaña, siguiéndola con la mirada envuelto en una manta. Tomó una curva y Eivind Torsvik desapareció de su vista.

—¿Dónde coño has estado?

La voz de Billy T. hirió su oído a través del móvil. Hanne acababa de incorporarse a la carretera E18 cuando recordó que había tenido el teléfono apagado desde que saliera de Oslo. En el viaje de ida había necesitado tranquilidad para pensar y no se había acordado de conectarlo de nuevo hasta ahora. Tuvo el tiempo justo de ver que tenía ocho llamadas perdidas antes de que sonara.

—¡Me dijiste que te llamara! —berreó Billy T.—. Y llevo horas sin hacer otra cosa, joder. Son casi las ocho. ¡Me cago en todo!

—Tranquilízate —murmuró Hanne—. ¿Se ha muerto alguien o qué?

—Sí. Ståle Salvesen.

Hanne dio un volantazo. Frenó bruscamente y se desvió. Puso las luces y se detuvo en el arcén.

—¿Qué has dicho? ¿Ståle Salvesen?

—Sí, y tú me habías dicho que llamara para...

—¡Déjalo ya, Billy T.! Lo siento. Se me olvidó conectar el teléfono. ¿Salvesen está muerto?

—Eso parece. Dos chavales han encontrado un cadáver en bastante mal estado en el fiordo esta mañana. Ya hemos localizado al dentista de Salvesen; antes de las diez dispondremos de una identificación provisional.

Hanne Wilhelmsen se frotó la nuca. Prácticamente llevaba tres noches sin dormir y era una locura seguir al volante. Por unos instantes se le nubló la vista y se dio un fuerte cachete en la mejilla derecha.

—Estaré allí en hora y media, más o menos.

—Y una cosa más, Hanne...

—Estaré allí en una hora o poco más, Billy T. Hablaremos entonces.

Colgó.

Seguramente el resto de los mensajes también eran de Billy T. Pero lo comprobaría por si acaso. No había hablado con Cecilie desde la mañana, sería mejor llamarla mientras estaba allí parada.

Los cinco primeros mensajes eran de un Billy T. cada vez más cabreado. El sexto era del hospital de Ullevål.

—Soy el doctor Flåbakk del departamento de Oncología de Ullevål. Busco a Hanne Wilhelmsen. Cecilie Vibe ha sido ingresada aquí esta mañana y le agradeceré que me llame lo antes posible. Mi número es...

Hanne sintió una sacudida por todo el cuerpo, una oleada de calor que se iniciaba en su cintura y se desplazaba hacia todos sus miembros. De pronto estaba completamente despierta. No llegó a llamar al doctor Flåbakk. Apagó el teléfono y recorrió los más de ciento veinte kilómetros que la separaban de Oslo en cincuenta y cinco minutos.

23

Cecilie estaba inconsciente, o al menos no se despertó cuando Hanne entró en la habitación seguida de la robusta enfermera que parecía no librar nunca.

—Le han hecho bastante efecto los analgésicos —dijo la enfermera—, no creo que se despierte antes de mañana. Si quieres hablar con el doctor Flåbakk, este me pidió que te dijera que puedes llamarle a su casa hasta las once de la noche. ¿Tienes el número?

Hanne negó con la cabeza. No tenía ganas de hablar con ningún médico.

—¿Qué ha pasado? ¿A qué hora ingresó?

—Llamó ella misma. Serían más o menos las once, creo. Se encontraba tan mal que mandamos una ambulancia.

Hanne sollozó e intentó evitar que sus lágrimas se desbordaran.

—Vamos, vamos.

La enfermera le pasó la mano por la espalda con mucho cuidado; tenía la mano ancha y cálida.

—Mañana puede estar mejor otra vez. Así es como funciona esta enfermedad, con altos y bajos, altos y bajos.

—¿Y si no mejora...? —susurró Hanne rindiéndose a las lágrimas que corrían por sus mejillas—. ¿Y si...?

—No adelantes acontecimientos —dijo la mujer con firmeza—. Cecilie solo necesita dormir un poco, y tú también parece necesitar

una noche de sueño. Voy a por una cama. ¿Has comido?

Se inclinó para mirar a Hanne a la cara.

—No tengo hambre —murmuró Hanne.

Se quedó a solas con Cecilie.

Por la mañana le había parecido que estaba muy animada. Las vacaciones de Semana Santa en Ula le habían sentado bien. Aunque habían vuelto un día antes, Cecilie parecía contenta mientras daba vueltas por casa. En un principio Hanne había estado preocupada por dejarla sola para irse a trabajar, pero Cecilie casi la había echado de casa. Dijo que tenía montones de visitas y que además lo que más le apetecía era tumbarse en el sofá con un buen libro. Insistió en que las medicinas acababan con los dolores.

—No tengo dolores —había dicho sonriendo resignada esa mañana cuando Hanne dudaba si marcharse—. Esta tarde vendrá Tone-Marit con el bebé, así a lo mejor me da tiempo de acabarme el libro de ese Knausgård antes de que llegue. Estoy bien. Venga, vete ya.

Seguramente Hanne no había sabido verlo. El rostro de Cecilie se había vuelto más difícil de interpretar desde que había enfermado. Tenía los rasgos más marcados, la boca más estrecha, los ojos más hundidos en sus cuencas. Era una cara que Hanne no acababa de reconocer y eso la desconcertaba.

Hanne se sentó con cuidado en el borde de la cama.

Cecilie dormía con la boca abierta. Una fina raya de sangre se dibujaba sobre su labio inferior reseco. Hanne cogió un bálsamo labial y se puso un poco en el dedo para extenderlo con cuidado sobre la herida. Cecilie hizo una leve mueca, pero no se despertó. Tenía sondas en la nariz y el dorso de la mano, además de una cánula en el cuello que era lo que más miedo le daba en aquella habitación extraña pintada de gris.

—¿Qué es eso? —susurró Hanne cuando la enfermera volvió con una cama—. Ese tubo del cuello, ¿qué es?

—Morfina. Te he traído un par de sándwiches. Intenta dormir, anda. Cecilie no despertará hasta mañana.

Al amanecer, la cama auxiliar seguía sin deshacer. Hanne Wilhelmsen estaba sentada muy cerca de Cecilie, con su mano entre las suyas. Le había hablado toda la noche, en voz baja y a veces inaudible. Cecilie dormía inmóvil, sin cambiar de postura, pero Hanne juraría que en algunos momentos un espasmo había recorrido su cara, lo que interpretó como una pequeña señal para que Hanne continuara hablando.

A las ocho de la mañana del miércoles 7 de abril Hanne escribió una breve nota, que dejó debajo del vaso de agua de la mesilla, y se fue a la comisaría de Grønlandsleiret 44.

En tres días apenas había dormido cuatro horas.

24

—Tienes un aspecto horrible.

Iver Feirand miró a Hanne Wilhelmsen de arriba abajo y arrugó la nariz.

—Pasa. Gracias, muy amable.

—No te lo tomes así.

Se sentó y siguió estudiando a Hanne con la mirada. Se puso de pie e intentó mirarle las piernas por debajo de la mesa.

—Pero, Hanne, tía. Si solías ser la poli más guapa del mundo. ¿Qué te ha pasado últimamente? Esos pelos que llevas... —Hizo un movimiento con las manos sobre su propia cabeza y chasqueó la lengua con gesto desesperanzado—. Además, has adelgazado. ¿Es por estrés o a propósito?

—Me alegro de que hayas venido —dijo Hanne cansada, y se sujetó el flequillo con una horquilla.

—¡Qué horror! —dijo Iver Feirand moviendo la cabeza—. Es demasiado cursi, quítatela.

Se la dejó puesta.

—¿Has decidido algo sobre la moto? —le dijo con insistencia.

Hanne negó con la cabeza.

—Pues avísame, ¿eh? Aún me interesa, creí que estabas ocupada con el caso Halvorsrud. —Cruzó las manos detrás de la nuca mientras balanceaba la silla—. ¿Qué quieres de mí?

A Hanne la molestaba su forma de sentarse, pero decidió no hacer ningún comentario.

—Supongo que los dos andamos mal de tiempo —dijo encendiendo el cuarto cigarrillo del día—. Así que iré al grano. Tenemos razones para creer que Evald Bromo abusó de niñas durante muchos años. ¿Sabes algo de eso?

—¿Evald Bromo?

Iver Feirand frunció el entrecejo y bajó los pies al suelo con brusquedad.

—¿El tipo del diario *Aftenposten* que decapitaron el sábado?

—Sí.

—¿Qué quieres decir con «razones para creer»?

Hanne volvió a sujetarse la horquilla que se había deslizado sobre su frente.

—¿Qué queremos decir habitualmente con algo así? —dijo desesperada—. Tengo una fuente, claro, una fuente jodidamente buena. No puedo decir nada más.

—¿Ni siquiera a mí?

Torció la boca en una mueca de decepción.

Esa misma mañana Hanne se había enzarzado en una discusión muy seria con Billy T. Cuando este supo de la existencia de Eivind Torsvik y su organización, quiso salir disparado a Sandefjord con las sirenas a tope y un equipo de veinte agentes.

—Joder, Hanne. ¿No ves que ese loco desorejado puede tener información que valga su peso en oro? —le gruñó cuando ella se negó—. Imagínate que Halvorsrud se folla a su hija, ¿eh? ¡Eso apesta a motivo de lejos! Un motivo es precisamente lo que nos falta, ¡demonios!

Hanne había objetado que era difícil ver la lógica de que Halvorsrud hubiera decapitado a su mujer porque él mismo abusaba de la hija, y Billy T. se había tranquilizado un poco. Huraño y arisco, había soltado un juramento de que no diría nada. Solo consintió después de que Hanne hubiera utilizado con cinismo el hecho de que volvía de una larga noche en vela en el hospital.

—¿Cómo está Cecilie? —preguntó Billy T. contrito, y así se zanjó el asunto; por esta vez harían las cosas a la manera de Hanne.

—Déjalo —le dijo ahora a Iver Feirand—, y contesta a mi pregunta. ¿Tienes noticias del tal Evald Bromo?

—Hubo un tiempo en que eras una tía muy agradable —dijo Feirand ofendido—. Guapa, popular, admirada. ¿Dónde ha quedado aquella chica encantadora?

Hanne cerró los ojos e intentó contar hasta diez. Cuando iba por el cuatro los abrió, golpeó la mesa con el puño y gritó:

—¡Déjalo ya, Iver! ¡Si alguien debería entender cómo son las cosas en este trabajo ese eres tú! —Se echó atrás de golpe, se arrancó la horquilla del pelo y la lanzó contra la pared—. Te pedí educadamente que vinieras aquí para ayudarme —dijo entre dientes— y hasta ahora te has limitado a ofenderme una y otra vez. Según tú soy fea, delgaducha y llevo el pelo hecho un asco. Vale. ¡Ahora mismo tengo cosas mucho más importantes en que pensar que mi aspecto! ¿Entiendes?

Berreaba de tal manera que la saliva salpicaba el escritorio cada dos palabras. Iver Feirand tenía la boca abierta y las palmas levantadas.

—¡Relájate, venga! ¡Por Dios! No era esa mi intención.

Sacudió la cabeza mientras se ponía de pie.

—Siéntate, por favor.

Hanne se peinó con los dedos y se obligó a sonreír.

—Lo siento. Últimamente no duermo. Quédate, por favor.

Iver Feirand parecía dudar. Volvió a tomar asiento, pero se quedó en actitud alerta, como si estuviera listo para salir corriendo a la menor señal de una nueva explosión.

—Nunca me he tropezado con Evald Bromo —dijo con voz neutra—. ¿Algo más que quieras saber?

Hanne se levantó para cerrar la puerta y se quedó con la mano derecha apoyada en la cadera mirando por la sucia ventana del despacho. Los atisbos de primavera del fin de semana de Pascua

se habían esfumado. Llovía a cántaros y parecía atardecer a pesar de que apenas era la hora de comer.

—Empecemos de nuevo, ¿vale? —Notó que le temblaba la voz—. Necesito hablar contigo. He sido tonta e irascible y lo lamento.

—Vale.

Ahora Feirand parecía sincero. Se puso cómodo, cruzó las piernas y se sujetó la rodilla con las manos.

—Yo también lo siento.

Hanne Wilhelmsen empezó por donde había querido empezar desde un principio. Le explicó que tenían motivos para investigar si Sigurd Halvorsrud abusaba de su hija. Hizo un resumen de los hechos que debía contarle. Estaba confirmado que Evald Bromo era pedófilo y había abusado de niñas durante muchos años. También había motivos para creer que el asesinato de Doris Flo Halvorsrud y el de Bromo habían sido cometidos por la misma persona, o al menos que los asesinatos estaban relacionados de alguna manera. La insistente teoría del fiscal suspendido de sus funciones de que un hombre llamado Ståle Salvesen era el asesino había quedado muy tocada por la aparición del cadáver del tal Salvesen en Skagerrak, con claras señales de haber estado en el mar varias semanas. Halvorsrud había enmudecido y estaría en prisión preventiva en los calabozos las próximas cuatro semanas. Las huellas dactilares del sótano de la calle Vogt 14 habían surtido efecto en el tribunal. La decisión se había tomado en veinte minutos y Halvorsrud ni siquiera había creído que mereciera la pena comparecer.

—Es evidente que Halvorsrud tiene una relación muy especial con su hija —concluyó—. Estamos acostumbrados a que la gente se sienta muy afectada cuando encarcelan a un familiar, sobre todo cuando es gente integrada en la sociedad, por decirlo así. Pero esa niña enloqueció totalmente y lo raro es que parecía estar más afectada por el hecho de que su padre estuviera en la cárcel que por el asesinato de su madre.

—A lo mejor solo es una niña de papá. De esas hay muchas.

—Sííí...

Hanne buscó una bolsita de té en el primer cajón, la puso en la taza y lanzó una maldición cuando vio que no quedaba agua caliente en el termo.

—Pero ¿no es verdad que los abusos a menores pueden tener otro efecto... que el niño puede sentirse más cerca del abusador que otros niños de sus padres?

—Hay que dejar muy clara una diferencia. —Iver Feirand asintió y robó un cigarrillo del paquete que había sobre la mesa—. Una cosa es sufrir abusos por parte de un extraño, y eso ocurre, claro. Es horrible, traumatizante, y en algunos casos tiene un desenlace fatal. Pero al niño le resulta más fácil hablar de ello. No sienten lealtad hacia el abusador, y aunque este les haya amenazado de muerte, es más fácil que se conozca la verdad. —Lanzó unas volutas de humo hacia el techo—. Pero la mayor parte de los abusos los comete alguien que el niño conoce, bien o de lejos. Desde encargados de campamentos, pasando por curas hijos de puta hasta un tío, hermanos o padres. Y eso es más complicado para los que nos ocupamos de esclarecer el delito.

Sonrió con amargura y apuró el cigarrillo. Miró a su alrededor en busca de un cenicero.

—Toma, usa esto.

Hanne le acercó una lata medio llena de Coca-Cola.

—Cuanto más cerca está el abusador del menor más fuerte suele ser la absurda fidelidad del niño hacia él. Algunos llaman amor a esa fidelidad. Puede que tengan razón. Todos sabemos que somos capaces de amar a personas que nos hacen daño. Pero aun así afirmaría que se trata de otro tipo de ataduras: fidelidad pero también dependencia. No olvides que la figura paterna tiene una capacidad casi ilimitada de influir en un hijo. Hemos tenido casos en los que el menor ha insistido contra viento y marea en que no había pasado nada, incluso cuando el abusador ya se había derrumbado y confesado. Influyen muchos factores: vergüenza, miedo y tal vez una especie de amor. Es complicado, si quieres te puedo prestar libros.

Hanne rechazó su ofrecimiento con un gesto de la mano.

—No tengo tiempo, ahora no.

La lluvia había arreciado. Gruesas gotas golpeaban los cristales y Hanne encendió el flexo del extremo de la mesa.

—Pero no te has puesto en contacto conmigo para que te diera una charla sobre un asunto del que seguro que ya sabes mucho —dijo Iver Feirand—. ¿Qué es lo que quieres?

—Dos cosas.

Hanne dejó caer un cigarrillo a medio fumar en la lata. La colilla siseó con fuerza y ella puso el pulgar sobre el agujero para que no saliera el humo rancio.

—Primero: ¿es raro que no hayas oído hablar nunca de Evald Bromo? Al fin y al cabo hacéis mucha vigilancia.

—Bueno, sí y no, no sé qué decirte. Bueno, en realidad no es tan extraño. Si supiera algo más que lo que me has contado me sería más fácil responderte. Tengo que saber más sobre cómo operaba y cosas así.

Hanne lo pensó unos instantes y prosiguió:

—Déjalo estar. Lo segundo que quería preguntarte es si podrías tomar declaración a Thea ante el juez. Será dura de roer y tú eres el mejor.

Iver Feirand rio a carcajadas.

—Gracias por tu confianza, pero esa chica ¿no tiene quince o dieciséis años?

—Dieciséis.

—Es mayor. La policía puede interrogarla como testigo según el procedimiento ordinario. Y tendrá que haber un tutor presente y toda esa película. Tendrán que asignarle uno, puesto que su mamá está muerta y papá entre rejas. Puedo hacerlo, claro, pero no será ante un juez.

Billy T. llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

—*Sorry* —murmuró cuando vio a Feirand.

—No pasa nada —dijo Feirand mirando su reloj—. Ya me iba. Oye...

Fue hacia la puerta y se giró hacia Hanne en el momento en que Billy T. se dejaba caer en la silla que él ocupaba hacía un instante.

—No dejes de llamarme si necesitas algo. Si vais a seguir una pista relacionada con lo que acabamos de comentar tendrás que contar con un plan endemoniadamente bueno. ¿No podríamos tener una reunión más oficial tú, yo y un par de jefes?

—Estupendo —dijo Hanne, y bostezó con ganas—, te llamaré.

—Nunca me ha gustado ese tipo —gruñó Billy T., y cogió un plátano de chocolate del cuenco esmaltado de azul—. ¡Puaj! ¡Está rancio!

Se lo echó en la mano y se quedó mirando el escupitajo entre amarillo y marrón.

—No he tenido tiempo de comprar chuches últimamente. Y, además, solo hay una razón por la que no te gusta Iver: es más guapo que tú. Incluso es más alto.

—De ninguna manera: él mide dos metros y yo dos cero dos, descalzo.

—¿Qué quieres?

Billy T. se secó las manos en un periódico viejo, luego se pasó los nudillos por la cabeza y resopló como un caballo.

—Tengo una propuesta —dijo por fin—. Estás agotada y yo estoy que me caigo, Jenny ha estado llorando toda la noche. Tone-Marit necesitaba dormir, ella se ocupó el día anterior. Supongo que tú querrás visitar a Cecilie esta tarde, pero luego podríamos sencillamente...

—¿Ir a mi casa, preparar algo de comer, discutir el caso y luego dormir?

Él puso los ojos en blanco.

—Y luego hay quien dice que no eres la de siempre. Eso es porque no te conocen. Me has leído el pensamiento. ¿Te apuntas?

Hanne volvió a bostezar, largo y tendido. Tenía lágrimas en los ojos.

—Me parece que hablaremos poco y comeremos menos, pero dormiremos mucho —dijo frotándose la cara—. Si a ti te da lo

mismo...

—¿Lo mismo? Es genial. Yo dormiré en el sofá y tú puedes ocupar toda la cama de matrimonio.

—Me parece que deberías acordarte de por qué estoy sola en esa cama —dijo con voz queda, y se frotó el hombro derecho con la mano izquierda.

Ladeó la cabeza y se inclinó hacia ella.

—Sabes bien que siento muchísimo lo de Cecilie —dijo en voz baja—, lo sabes muy bien. Pero los dos necesitamos dormir. La niña lleva tres noches seguidas berreando como una posesa. Tone-Marit ha estado de acuerdo en que duerma en tu casa, viendo lo que nos está machacando este caso.

—Vale —dijo Hanne—. Es verdad lo que dice la gente. No soy la de siempre. Nos vemos a las cinco, cinco y media como muy tarde.

25

—¿Un regalo? ¿Para mí?

Hanne Wilhelmsen miraba interrogante a Billy T., que había abierto la puerta del piso con unas llaves que no se explicaba de dónde había sacado.

—Sí. Ábrelo, ¿no?

Hanne arrancó el envoltorio.

—Un cenicero —dijo sin entonación alguna—. Qué bien.

—Bueno, rompí el de tu despacho, el día que estabas tan enfadada conmigo. ¿No te acuerdas? Me ordenaste que comprara otro.

—Ah, sí. Es verdad. Gracias. Es bonito, más bonito que el viejo.

—¿Cómo está Cecilie?

—Mejor.

Hanne se hundió en el sofá y puso los pies encima de la mesa.

—Estaba despierta y el médico dice que si todo va bien mañana podrá volver a casa. Oye, ¿de dónde has sacado esas llaves?

Debía de llevar un buen rato en su casa. Olía a comida casera, un aroma a algo que había estado cocinando un buen rato se había apoderado del ambiente y las ventanas de la cocina estaban cubiertas de vapor.

—La sopa de carne de Billy T. a la Puccini —dijo Billy T. satisfecho, y puso una gran olla sobre la mesa del comedor—; un

plato contundente para chicas y chicos fuertes.

—No me siento exactamente así —dijo Hanne escéptica, y levantó la tapa. Se había incorporado con mucho esfuerzo y ya no sabía si aún tenía apetito—. ¿Qué es esto?

—¡Sopa de carne! Siéntate de una vez.

Sirvió una generosa cantidad y se la plantó delante. El líquido marrón claro desbordó el plato hondo y una hoja de col cocida cayó en el regazo de Hanne. La recogió y sostuvo el trozo blando, casi transparente, entre el índice y el pulgar.

—Pero ¿qué es esto?

—Repollo. Come.

Hanne introdujo la cuchara en la sopa con cuidado. Estaba ardiendo y unas gotas resbalaron por sus labios cuando sorbió un poco.

—¿Bueno?

Billy T. ya se había comido la mitad de su plato.

—No está mal.

Ella comió un poco; aunque no era lo mejor que había probado en su vida, al menos calentaba. Se quitó el sabor con un vaso de agua y dijo que no quería más.

—Estás demasiado delgada —dijo Billy T., sorbiendo—. Come más.

—Las llaves. ¿De dónde las has sacado?

—Håkon. Hemos pensado que es mejor que las tengamos una temporada, mientras Cecilie esté entrando y saliendo del hospital y eso.

—Podrías haberlo consultado.

—Lo hemos hecho; Cecilie dijo que le parecía buena idea.

Hanne estaba demasiado cansada para protestar.

—El cadáver era Salvesen, tal y como suponíamos.

Tomó una cucharada de sopa con tal estruendo que Hanne se tapó los oídos.

—Disculpa. —Sorbió—. No hay manera de comerse esto con buenos modales.

—Podrías intentarlo, al menos. ¿Lo ha visto el dentista?

—Sí. No hay duda de que es Salvesen. De momento no pueden decir nada concreto de la fecha de la muerte, pero por la textura del cadáver bien podría haberse suicidado el lunes 1 de marzo.

—La textura del cadáver —repitió Hanne con asco.

—Tenías que haberlo visto.

—Gracias. Estamos comiendo. Tú estás comiendo.

—A mí me da lo mismo.

Se sirvió por cuarta vez.

—Y esta tarde ha llegado otro dato interesante —dijo de pronto—. Supongo que no te has enterado. Un hombre ingresó doscientas mil coronas suecas en una cuenta de un banco de la Ciudad Vieja justo antes de Navidad. Puedes adivinar a nombre de quién.

—No tengo fuerzas.

—Sigurd Halvorsrud.

Hanne rio, luego empezó a carcajearse y terminó por echar la cabeza hacia atrás mientras se desternillaba de risa. El sonido impactó en las paredes y Billy T. se quedó con un trozo rosado de carne de cordero a medio masticar en la boca abierta.

—Halvorsrud —gimió Hanne mientras se le escapaban las lágrimas—. Joder, era lo único que faltaba. ¡Doscientas mil!

Era incapaz de parar. Billy T. masticaba despacio y la miraba distante.

—¿Te falta mucho? —preguntó malhumorado.

—Pero ¿no lo ves? ¡Suecia! Es que tiene que ser un montaje. ¿Quién demonios ingresaría dinero negro en un banco sueco? Sus normas son las mismas que las nuestras. ¡Suecia! Si todavía hubiera sido en Suiza, o en las islas Caimán o algo por el estilo. ¡Suecia!

—Trampa o trampa —dijo Billy T. de peor humor aún y dejó la cuchara—. Has dado la lata con esa teoría tuya de un montaje una eternidad. Al principio me gustó, pero ahora que es seguro que Ståle Salvesen está muerto y lo ha estado desde antes de que mataran a la tal Doris, tu teoría no tiene fundamento alguno.

Hanne reía e hipaba intentando controlarse.

—Pero ¿no tienen grabado en vídeo al hombre que hizo el ingreso? —dijo conciliadora—. Supongo que en los bancos suecos tienen cámaras de vigilancia igual que aquí.

—Pues no está claro —dijo Billy T., y siguió hablando en tono ofendido—. Por lo visto solo conservan las grabaciones un tiempo. Hemos iniciado una investigación, digo yo que nos contestarán un día de estos.

Quitaron la mesa en silencio. Hanne cayó en la cuenta de que debería haber puesto una lavadora. La ropa sucia se salía de la cesta del pasillo y recogió a toda prisa una braguita que se había caído al suelo. Distraída, se la metió en el bolsillo. Estaba tan cansada que ya ni bostezaba.

—En realidad seguimos sin nada concreto —dijo Hanne, y se sentó en el sofá.

—¿Nada concreto?

Billy T. le tendió una de las dos tazas de café que había traído de la cocina.

—¿Tengo que recordarte que tenemos a un tipo en prisión preventiva?

—¿Y por qué está allí? —dijo Hanne desanimada, y decidió contestarse ella misma—. Basándonos en un montón de detalles que son raros y llamativos y que no pueden ser casualidad, pero que a la vez son indicios tan débiles que estamos a años luz de conseguir que condenen a Halvorsrud por asesinato. Ni por el de su mujer ni por el de Bromo. Si no fuera porque Halvorsrud se ha negado a declarar, dudo de que nos hubieran concedido la preventiva.

—Pero ¿y las huellas dactilares? ¿Qué demonios pintaba Halvorsrud en el sótano de la calle Vogt 14? Y además: si es inocente, ¿por qué se niega a declarar? Estamos hablando de un fiscal, Hanne. Sabe mejor que nadie que negarse a declarar es casi equivalente a reconocerse culpable. Además incumplió con su

obligación de personarse en la comisaría al día siguiente del asesinato. Muy llamativo, si quieres saber mi opinión.

Hanne no contestó. Le dolían las articulaciones. La voz de Billy T. sonaba distante, como si le hablara desde otra habitación. Se dio un suave masaje en la planta del pie con los pulgares. Dolorosos pinchazos subían desde el talón por sus pantorrillas.

—Lo que nos está desconcertando es ese rollo pedófilo — continuó Billy T.—. Sigo pensando que deberíamos concentrarnos en seguir la pista de la corrupción. Ahí al menos tenemos un montón de pruebas firmes a las que referirnos, como lo del dinero de Estocolmo, por ejemplo.

Echó cuatro terrones de azúcar en el café y lo removió con un bolígrafo.

—No —dijo Hanne—. No tenemos casi ningún indicio que nos oriente. Te lo he repetido hasta la saciedad: cada uno de los indicios que en este caso podrían hacer pensar que Halvorsrud es corrupto, es extraño. No tienen lógica. Son de aficionado, incompletos. Hay algo en este caso que... —Hizo una mueca al intentar incorporarse; un dolor le machacaba las lumbares—. En realidad, Ståle Salvesen es lo único que tenemos. Vale, se quitó la vida, no fue él quien mató a Doris. Pero para tratarse de un cadáver tiene una sorprendente capacidad para aparecer cada vez que nos damos la vuelta. El asesinato de Bromo y el de Doris solo tienen dos elementos en común. Los dos fueron decapitados, y luego está nuestro comodín, Ståle Salvesen. Si descubrimos cuál es su papel en todo esto tendremos la solución. Estoy segura. Y en cuanto a la relación de Evald Bromo con las niñas... —mojó un terrón de azúcar en el café y se lo puso sobre la lengua—, no es seguro que tenga que ver con el caso. Pero sí... Supongamos que Bromo y Halvorsrud son pederastas. ¿Qué sabemos de esa gente? Pues que tienen una sorprendente necesidad de estar en contacto entre sí, intercambiar material, fotos, experiencias...

—Así que, ¿Bromo y Halvorsrud podrían pertenecer a una especie de red pedófila?

Billy T. arrugó la nariz y se acercó al equipo de música. Rebuscó entre los CD y prosiguió:

—Pero ¿dónde encaja nuestro Ståle en todo esto? ¿Él también sería pedófilo o qué?

—No... o tal vez sí. No tengo ni idea. Pero veamos lo que sabemos con total seguridad. Este es Halvorsrud. —Plantó su taza de café en medio de la mesa y agarró la de Billy T.—. Y este es Evald Bromo.

Colocó un cuenco de plata con restos de cacahuets frente a las tazas formando un triángulo con ellas.

—¿Dónde está Doris?

—A la mierda con Doris —dijo Hanne cansada.

Señaló alternativamente la taza Halvorsrud y la taza Bromo.

—¿Qué tienen en común? Los dos han trabajado en temas económicos, los dos tienen carreras profesionales bastante exitosas y ninguno tiene antecedentes.

—Los dos son hombres de mediana edad —murmuró Billy T.—. Aquí tienes un montón de pop blandengue, como siempre.

Pasó impaciente el índice sobre los CD.

—Luego está la conexión con Salvesen —continuó Hanne—. Por favor, no pongas música, ahora no la soportaría. Salvesen era, al contrario que estos dos... —golpeó las tazas con el índice—, un hombre caído. Subió como la espuma en los ochenta y se desinfló como un globo en los noventa. La única conexión que conocemos entre él y los otros dos es la quiebra y la investigación a la que fue sometido. Halvorsrud era responsable de la investigación y Bromo escribió sobre ello.

—Hace diez años —dijo Billy T. enfurruñado antes de que se le iluminara la cara y colocara un CD en el reproductor—. ¡Schubert!

—Por lo menos ponlo bajito. Pero ¿y si...?

Billy T. subió el volumen aún más y se quedó parado con los ojos cerrados y una amplia sonrisa.

—Esto es lo que yo llamo música.

Hanne se metió los dedos en las orejas y observó intensamente los tres objetos que había dejado sobre la mesa.

—¿Y si Bromo sabía que Halvorsrud abusaba de su hija o de otros niños? —susurró para sí—. ¿Y si llegó a amenazar a Halvorsrud? Pero ¿por qué...? ¡Que bajes la música, coño!

Por fin, Billy T. obedeció. Hanne le miró fijamente y continuó:

—Si por alguna razón Halvorsrud quería matar a Bromo, ¿por qué iba a elegir un sitio como la calle Vogt 14? ¿Y por qué demonios iba a firmar su crimen decapitando al tipo? Tenía que saber que pensaríamos en él al instante...

—Imitador —dijo Billy T.

—Exacto.

—Alguien quería que se pareciera al asesinato de Halvorsrud.

—Eso es.

—Y ocurrió de noche, que es cuando casi nadie tiene más coartada que la persona junto a la que dormimos, si es que hay alguien.

—Exacto.

—Podría ser...

—Doris y Bromo han podido ser asesinados por personas distintas —dijo Hanne despacio y claro—. Si ninguna de esas personas es Halvorsrud... en ese caso hay no uno sino dos asesinos sueltos por ahí.

—Dos... —repitió Billy T. sin fuerzas—. Estoy muerto de sueño.

Hanne se llevó la taza Halvorsrud a los labios. El café se había enfriado.

—Creo que me voy a tomar una pastilla, estoy demasiado cansada.

Billy T. se dejó caer en el sofá a su lado. El concierto para piano de Schubert había llegado a un momento dramático y volvió a subir el sonido con el control remoto mientras le pasaba el brazo por los hombros a Hanne.

—Oye esto —le susurró—. Escucha este preciso momento.

Ella se relajó. Billy T. desprendía un leve aroma a hombre y a comida casera. Las fibras de lana de su jersey cosquilleaban sobre su mejilla. Estaba inmóvil, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. El peso de su brazo resultaba placentero. Le acarició la mano con delicadeza. Era grande, cálida y estaba completamente inmóvil a unos pocos centímetros del seno derecho de Hanne. Dejó correr sus dedos por las gruesas venas del dorso de su mano. Cuando levantó la mirada, él estaba sonriendo. Observó sus rasgos, tan familiares, su nariz grande y recta, los ojos azul pálido que ahora parecían grises y más profundos de lo que habían sido nunca, sus labios, que humedeció con la lengua antes de dejar de sonreír, poner la otra mano en su mejilla y besarla largamente.

26

Un hombre golpeaba con el puño una pared cubierta de azulejos.

—Mierda, mierda, mierda.

El agua ardiente caía sobre su cuerpo.

Nunca creyó que alguien descubriría que Evald Bromo abusaba de niñas. Bromo era el pederasta más cuidadoso que el hombre desnudo de la ducha se había encontrado nunca. Solo había sido imprudente en una ocasión, hacía muchos años, y el error había tenido arreglo.

—Mierda, me cago en todo.

Sentía la necesidad de llorar, pero se limitó a golpear la pared otra vez.

Solo había una conexión entre él y Evald Bromo, y había estado cien por cien seguro de que nunca se descubriría. Cien por cien.

Ahora no sabía qué hacer.

—¡Papá! —gritó una voz al otro lado de la puerta cerrada con pestillo—. ¡Vas a gastar toda el agua caliente! ¡Me toca, papá!

Si hubiera sabido que alguien estaba enterado, lo habría hecho todo de otra manera.

Cuando Hanne despertó el jueves por la mañana en un primer momento no entendió dónde estaba. La habitación se hallaba en penumbra y el aire cargado tenía un olor desagradable.

Estaba en casa, en su propia cama. Las cortinas no se movían con la brisa porque la ventana estaba cerrada. Siempre dormían con la ventana abierta, Cecilie y Hanne.

Billy T. estaba boca abajo a su lado. Seguía profundamente dormido y roncaba. Su brazo desnudo la presionaba contra el colchón. El edredón se había deslizado al suelo, y aunque el verano quedaba lejos, aún podía ver la marca del bañador donde el blanco trasero se le cruzaba con la espalda más oscura.

Hanne sintió una repentina angustia, un intenso dolor en todo el cuerpo. Billy T. murmuró algo en sueños y se dio la vuelta.

Hanne intentó moverse. Ya no la tenía atrapada; había girado el torso. Su columna vertebral la rozaba mínimamente. Con los brazos pegados a los lados de su cuerpo desnudo, casi no podía respirar.

Hoy era el día en que Cecilie volvería a casa.

Olga Bromo se estaba muriendo.

El auxiliar que la lavaba pensó que tal vez fuera la última vez. Lo raro era que la anciana había empeorado repentinamente la madrugada del domingo. El pulso que la había mantenido con vida durante los dos años en que había estado sin sentido, casi en coma, se había vuelto irregular y débil. El auxiliar había leído que su hijo había sido asesinado más o menos a la misma hora. En los días siguientes el corazón de Olga Bromo se había parado dos veces, pero la vida había vuelto como si, tozuda, se rebelara contra el alivio de sus cuidadores ante la idea de que la mujer demente de ochenta y dos años por fin iba a descansar.

—Estabais muy unidos —dijo el auxiliar con cariño y voz queda mientras escurría la esponja—; te visitaba casi todos los días. Hay poca gente que tenga tanta suerte.

Olga Bromo llevaba un camisón blanco de franela con una cinta rosa en el cuello. El auxiliar se había molestado en vestirla con algo suyo en lugar de la bata práctica y asexuada que solían poner a los pacientes.

Acababa de atarle el lazo del cuello cuando Olga Bromo murió. Un leve gorgoteo en su garganta fue todo lo que se oyó antes de que dejara de respirar. El auxiliar mantuvo varios minutos el dedo índice sobre el interior de la muñeca de la anciana.

A Hanne Wilhelmsen le costaba fijar la vista. Una membrana parecía haber cubierto sus ojos, y ella pestañeaba una y otra vez intentando deshacerse de una masa gris y pegajosa que se adhería a su córnea y le dificultaba la visión. El miedo le provocaba pinchazos cada vez que tomaba aire. Respiraba deprisa y de manera superficial.

—Lo siento —le dijo a Iver Feirand con el paquete de tabaco en la mano pero sin coger un cigarrillo—, a lo mejor necesito gafas.

—Estarás cansada, imagino. Entiendo cómo te sientes.

—¿Estamos descansados alguna vez?

—¿Descansados?

Hanne Wilhelmsen se frotó los ojos con fuerza con el índice y el pulgar.

—Tengo la sensación de llevar veinte años agotada —dijo en voz baja—. Cuanto más trabajo, más tengo que hacer, y cuanto más trabajo, menos... —Se enderezó de pronto y tiró media cajetilla de Marlboro light a la papelera—. Por lo menos esto lo tengo que dejar de todas todas.

—Muy sensata. Yo debería hacer lo mismo.

—Tú también parece estar al límite.

Iver Feirand le dedicó una pálida sonrisa, sacó un cigarrillo de su propia cajetilla y lo encendió.

—Si crees que vosotros tenéis mucho que hacer deberías ver cómo tengo yo el despacho. Mandé a la familia de vacaciones de Semana Santa sin mí a causa del trabajo. Todo se acumula y se hace más complicado, como si el sistema se hubiera vuelto más cobarde. Los jueces, los médicos, los empleados de las guarderías... El caso de las acusaciones falsas de Bjugn ha supuesto una catástrofe. Por un lado el número de denuncias se redujo muchísimo, supongo que no podía esperarse otra cosa. Luego volvió a incrementarse, pero lo peor ha sido que todo el mundo está muerto de miedo. Es... —Hizo una mueca y apagó el cigarrillo a medio fumar—. Yo también tengo que dejarlo, ni siquiera me sabe bien, joder. Thea va a ser dura de pelar. Ya he empezado a recoger algo de información del colegio y...

A Hanne la voz de Iver Feirand le resultaba cada vez más lejana; más aguda y monótona. Se le hacía cada vez más difícil distinguir unas palabras de otras. La cara de Feirand era borrosa, una mancha luminosa contra un fondo incoloro. Intentó respirar profundamente, pero le daban pinchazos en el estómago cada vez que tomaba aire. «Cecilie», pensó.

Cecilie. Cecilie.

Hubiera preferido levantarse de la cama y marcharse. Quería dejar a Billy T. allí tumbado, y desaparecer. Para siempre. Marcharse, dejarlo todo y olvidar el trabajo, Sigurd Halvorsrud, Evald Bromo, Billy T. y el comisario que la atosigaba y entendía mucho más de lo que ella quisiera. Todo el edificio de Grønlandsleiret 44 y todos los que allí se encontraban debían desaparecer de sus recuerdos, los borraría. No quería acordarse nunca más de Cecilie y su enfermedad, se iría a Río y viviría con los niños de la calle, podría olvidar quién y qué era.

Nunca había sentido una necesidad tan intensa de huir.

Con el paso de los años y mientras la vida se iba haciendo cada vez más difícil de manejar se había recluido en sí misma. Así se había hecho fuerte, desde que una tranquila noche, cuando tenía once años, se quedó tumbada en el tejado del viejo chalet mientras

todos los demás dormían. Todavía podía sentirlo, notaba las tejas clavadas en sus hombros, el aire frío de la noche de septiembre, los pesados árboles, la bóveda celeste con miríadas de estrellas que le contaban lo fuerte que sería si sabía estar sola. Siempre que nadie supiera qué hacía o cuáles eran sus pensamientos.

Y de esa manera Hanne Wilhelmsen se había defendido bien durante mucho tiempo. Al principio, ese principio que le trajo a Cecilie y la alejó de la familia y la infancia que luego había dedicado ímprobos esfuerzos a olvidar, todo fue sencillo. Eran tan jóvenes. Se sentía tan fuerte, las barreras que levantaba y que mantenían a los demás a raya y a ella en su lugar eran evidentes. Se dio cuenta de que la respetaban por el estilo de vida que llevaba: introvertida, siempre correcta, aplicada y trabajadora, había acertado con su elección. Era así como quería que fueran las cosas.

Cecilie era la primera persona a la que Hanne había amado, y su primera amante. Podía verla bajo el chamizo del patio del instituto en el que se refugiaban para fumar; Hanne llevaba observándola a escondidas casi dos años cuando por fin le dirigió la palabra en tono burlón, flirteando. No se conocían. Cecilie era popular y llamativa e iba con gente a la que Hanne no podía soportar. Hanne Wilhelmsen era una joven seria que escondía su cuerpo bajo grandes jerséis de punto y una vieja cazadora militar y fumaba tabaco de liar sin mezclarse con los demás. Hanne era buena estudiante y tal vez por ello Cecilie se acercó a ella un día que llovía tan fuerte que Hanne no tuvo más remedio que meterse bajo techo con los demás.

—Oye, tú —le dijo ladeando la cabeza de forma que Hanne se vio obligada a esconder la cara en las profundidades del pañuelo palestino—, dicen que eres buenísima en mates. ¿Te importaría ayudarme o qué?

Hanne había amado a Cecilie desde ese momento. Aún la amaba. Sentada en su despacho de la cuarta planta de la comisaría intentaba respirar y al mismo tiempo escuchar a un colega, pero solo era capaz de oír el eco de la voz de Cecilie: «Estoy enferma. Es grave».

Hanne Wilhelmsen siempre huía a su interior. Cuando se despertó aquella mañana con Billy T. a su lado y con la sensación de estar paralizada por completo supo que había llegado al límite. Ya no le quedaban más sitios a los que ir.

Cuando por fin fue capaz de levantarse se dio una ducha de un cuarto de hora. Se vistió y despertó a Billy T. gritando su nombre. Cuando él rezongó y quiso agarrarla, se zafó. Solo dijo que había que cambiar la ropa de cama. Él intentó conectar con ella, habló y perjuró, abrió sus enormes brazos, la amenazó y rogó, y le dificultó la tarea de quitar la sábana y la funda del edredón, meterlo todo a presión en la lavadora, ponerla a noventa grados, buscar un juego de sábanas limpio, hacer la cama, pasar la aspiradora, ventilar, ducharse otra vez e ir a trabajar. No había dicho ni una palabra, solo que había que cambiar las sábanas. Él salió del piso con ella y cuando hubieron cerrado la puerta Hanne le tendió la mano abierta. Por primera vez le miró a los ojos y cuando vio la desesperación que reflejaban bajó la vista y ordenó:

—¡La llave!

Billy T. puso un pequeño llavero en su mano. Eligieron caminos distintos para ir hasta Grønlandsleiret 44. Su espalda le pareció extrañamente estrecha mientras se alejaba por el césped de la parte de atrás del edificio. Hanne dio un rodeo por el parque de Tøyen.

—... con tanto cuidado como sea posible.

Hanne parpadeó.

—Mmm.

No tenía ni idea de lo que había dicho Feirand.

—Bien —murmuró—. Haz lo que te parezca más oportuno. ¿De cuánto tiempo estamos hablando?

Feirand la miró extrañado.

—Bueno, como te he dicho, hablaré con ella el sábado. Por lo que sé aún está recibiendo tratamiento y, por supuesto, todo se hará en colaboración con...

—Vale. —Hanne forzó una sonrisa. Que se marchara ya. Necesitaba estar sola, las náuseas atenazaban su garganta y la

boca se le llenó de saliva. Intentó tragar—. Hablamos, ¿vale?

—Vale. Te mantendré informada.

Al marcharse, Feirand se quedó mirándola un instante de más. Luego se encogió de hombros y salió cerrando la puerta.

Hanne Wilhelmsen vomitó brutalmente, ni siquiera tuvo tiempo de agarrar la papelera. La mesa y todos los documentos quedaron cubiertos de vómito y bilis.

Karl Sommarøy apareció en la puerta.

—Vaya, ¿estás enferma? ¿Quieres que te ayude?

—Déjame tranquila —murmuró Hanne—. ¿Podría tener un poco de paz por una vez? ¿Podría la gente aprender a llamar a la puerta?

Karl Sommarøy retrocedió y cerró dando un portazo.

—Deberías pararle los pies a esa amiga tuya. Esto ya ha ido demasiado lejos, coño.

Karl Sommarøy observaba a Billy T., que leía un periódico con una Coca-Cola en la mano en la cafetería de la séptima planta de la comisaría. Sommarøy hacía equilibrios con un bollo y un café en una mano y un cuenco de cereales y un vaso de leche en la otra.

—¿Has oído hablar de un objeto llamado bandeja? —dijo Billy T. malhumorado, y se concentró en el *Dagbladet* para ver si su colega se sentaba en otro sitio.

El local era enorme y estaba casi vacío. Karl Sommarøy no se dio por aludido.

—Una cosa es que la tía tenga mucho crédito —siguió impertérrito sentado frente a Billy T.—. La gente que lleva aquí más tiempo que yo dice que es prácticamente un genio, pero vaya manera de comportarse. Tendrías que ver lo que...

—Cierra la boca —dijo Billy T. arisco.

—Pero es que...

—¡Cierra la boca!

—Por Dios, ni que fuera contagioso.

Se llevó el cuenco de cereales a la boca y tomó varias cucharadas. Su débil barbilla casi se perdía detrás del cuenco.

—Uno tiene que poder decirle algo, ¿no? —dijo sorbiendo—. Alguien debería ponerla en su lugar. Es horrible cómo se porta con sus subalternos. Pero por lo que me dicen el director la tiene como una especie de mascota. No entiendo por qué. Tú...

Billy T. se tapó la cara con el periódico y pasó las páginas con rabia.

—Dicen que antes era un pedazo de tía —susurró Karl Sommarøy muy alto—. ¿Es verdad? Y que además es una... ¿desviada? Lesbiana, ¿no? No lo parece, pero...

Billy T. dobló el periódico, se inclinó sobre la mesa y agarró con fuerza la camisa de su colega. Solo veinte centímetros separaban sus caras cuando le espetó:

—Hanne Wilhelmsen es la mejor de esta casa. ¿Lo oyes? Lo que ella no sepa de la labor policial es que no merece la pena tenerse en cuenta. Conoce la diferencia entre el bien y el mal, sabe más derecho que la mayoría de nuestros abogados, trabaja tres veces más que los demás, y eso te incluye, y además es muy guapa. En este momento tiene demasiado trabajo y el amor de su vida puede morir en unos días, así que... —golpeó la mesa con la otra mano y los cereales rebotaron— tendrás que aguantarte, joder, si ahora mismo no es la persona más paciente del mundo.

Soltó a Sommarøy de golpe y le lanzó una mirada cargada de desprecio antes de terminarse su Coca-Cola.

—Pero oye... —dijo Sommarøy desconcertado, e intentó colocarse la camisa.

—No —berreó Billy T. agitando su enorme dedo índice—, oye tú. Lo que Hanne Wilhelmsen haga en su tiempo libre no te importa. ¿Entiendes? Si hay algo que quiere que sepas de su vida privada, esperas a que te lo cuente. Además hace falta ser imbécil para venir a hablarme mal de una persona que tal vez ya deberías haber comprendido que es mi mejor amiga.

—Vale, vale, vale. —Sommarøy hizo la señal de la paz con la mano derecha y bajó la cabeza—. En realidad no era de eso de lo que quería hablarte —dijo dócil—. Lo siento, de verdad. Siéntate.

Billy T. notó que temblaba y sintió ganas de llorar por segunda vez desde que era adulto. Desde esa mañana estaba intentando encontrar las palabras que le diría a Hanne, las frases que encapsularían la noche anterior hasta convertirla en algo que en realidad no había ocurrido. Debía decirle algo que hiciera posible conservar lo que tenían, lo que siempre habían tenido. Billy T. debía conservar a Hanne. Su vida sin ella parecía tan falta de sentido como lo sería sin sus hijos. Sus pensamientos habían ido de Hanne a Tone-Marit; debía contarle a su futura mujer lo que había ocurrido. Debía confesar su traición y recibir su perdón para que pudieran casarse cuanto antes, mañana, o mejor esa misma noche. Se casarían y él se pondría el anillo y jamás volvería a hacer nada parecido.

Billy T. sabía que nunca podría contarlo. Tone-Marit no lo sabría. Esa noche le sonreiría durante la cena, le preguntaría por las novedades de su trabajo y tal vez le contaría que Jenny le había regalado su primera sonrisa. Se acostaría junto a él, se dormiría cogiéndole la mano como había empezado a hacer tras el parto, como si la existencia de la niña fuera la prueba definitiva de que debían estar juntos. Billy T. nunca le contaría a Tone-Marit lo que había ocurrido cuando había ido a pasar la noche en casa de su mejor amiga para escapar del bebé que no paraba de llorar y poder dormir una noche entera.

—¿De qué se trata? —dijo dejándose caer sobre su silla.

—Voy a pasar por la calle Vogt 14 —dijo Sommarøy en tono jovial intentando sostener la mirada de su colega mientras masticaba un trozo de bollo—. La empresa telefónica ha confirmado que Salvesen tenía dos líneas, una era para internet.

—Internet —repitió Billy T.

—Sí, es curioso. No vimos ni rastro de un ordenador en el apartamento y además, ¿para qué demonios necesitaba un tipo así internet? Así que he pensado que voy a echar otro vistazo. ¿Te vienes?

Billy T. quería irse a su casa, tenía la sensación de que nunca volvería allí. Quería hablar con Hanne, pero ella no quería hablar con él. Había llamado a su puerta tres veces y las tres le había dado la espalda. No había abierto la boca, pero era imposible enfrentarse a sus hombros levantados y la mirada glacial que le había dedicado antes de volverse.

—¿Cuándo habías pensado ir? —dijo sin fuerzas.

—Hacia las cuatro, no me da tiempo antes. ¿Me acompañas?

—Nos vemos a las cuatro en el garaje. Ocúpate tú de pedir un coche.

Cuando Billy T. salió de la cafetería vio la espalda de Hanne Wilhelmsen, que entraba en el ascensor. Como no venía de la cafetería supuso que acababa de ir a ver al comisario, que tenía su despacho en esa planta. Billy T. se detuvo mientras las puertas metálicas del ascensor se cerraban. Bajó las escaleras muy despacio para asegurarse de que ella hubiera tenido tiempo de alejarse antes de que él llegara al cuarto piso.

Sigurd Halvorsrud estaba sentado en un camastro sin colchón en una celda de la parte trasera de la comisaría y se agarraba las rodillas con desesperación. Clavaba las uñas como si intentara atravesar la tela de sus pantalones vaqueros y tenía las puntas de los dedos entumecidas. Aflojó un instante y luego repitió la operación.

—Inocente —susurró al aire cargado de sudor—. Soy inocente, inocente, soy inocente.

El fiscal Sigurd Halvorsrud nunca había matado a nadie.

Que él supiera nunca había hecho nada peor que saltarse algún límite de velocidad. Si hubiera tenido la capacidad de pensar con claridad hubiera recordado que de hecho le multaron por pegar a un amiguito en una borrachera juvenil; la fiesta nacional, el 17 de mayo del año en el que cumplió los dieciséis.

Pero el cerebro de Sigurd Halvorsrud estaba recalentado. Durante su primera estancia en prisión preventiva, cuando todo ese absurdo era tan reciente que aún podía hacer uso de su agudeza mental, mantuvo la esperanza. Estaba en Noruega y en Noruega no se condenaba a inocentes. Cuando en alguna rara ocasión llegaba a suceder algo así se trataba de chusma, borrachos y criminales a pequeña escala, perdedores que a lo mejor no habían cometido el

crimen por el que se les acusaba pero que tenían la culpa de haberse puesto a tiro de la policía con su actitud.

Sigurd Halvorsrud formaba parte de un sistema en el que creía, una legalidad civilizada, apegada a la tradición, a la que no solo había dedicado su vida sino que era parte intrínseca de su personalidad, de su ego, de todo lo que él era. Por eso, su fe en sí mismo y en su fortaleza estaba en gran medida anclada en su confianza en el Sistema. Durante las primeras semanas las paredes amarillas parecían querer ahogarle y se peleaba con el personal que le custodiaba para que le dejaran darse una ducha por la mañana como era su costumbre. Se ponía traje y corbata como solía, se peinaba cuidadosamente con fijador y se cortaba las uñas una vez a la semana. En esa etapa todavía tenía fe en sí mismo y, por tanto, creía en el Sistema. La acusación por el asesinato de su esposa tenía que ser algo temporal. La verdad reluciría ante la policía tarde o temprano.

Así es como funcionaba el Sistema.

Paradójicamente fue al salir en libertad vigilada cuando se dio cuenta de que se equivocaba.

En un primer momento, cuando se leyó la resolución y Sigurd Halvorsrud levantó la mirada hacia el juez con cara de bulldog y se dio cuenta de que iba a irse a casa, la sensación de alivio e incredulidad estuvo mezclada con un orgulloso sentimiento de victoria: la justicia había triunfado.

Pero la primera noche que pasó en casa, cuando por fin Thea se hubo dormido, se dio cuenta de que todo era una ilusión. Su caso ya no era una cuestión de justicia; su vida, la de su hija y la de toda la familia Halvorsrud estaban en ruinas por efecto de una fuerza mucho más poderosa que la ciega diosa de la justicia. Sigurd Halvorsrud estaba estigmatizado, parecía llevarlo grabado en la frente. Mientras pasaba las páginas de las notas que había tomado se dio cuenta de que tenía que hacer algo. Eran hojas escritas con esmero con los hechos y el análisis de todo lo que había pasado desde el asesinato de Doris hasta su puesta en libertad.

Karen Borg tenía razón. El juez Bugge tenía razón. La policía estaba muy lejos de una acusación formal y les faltaba mucho más para conseguir una condena. Cuando Sigurd Halvorsrud analizaba los hechos concretos de su caso podía ver que era probable que nunca tuviera que comparecer ante un tribunal y eso le exaltaba, su sangre hervía y sus mejillas se congestionaban. Pero eso se acabó cuando empezó emocionado a pasar las páginas de los periódicos que su cuñada le había dejado sobre la mesa de la cocina ordenados por fecha.

Sigurd Halvorsrud había sido condenado.

Le acababan de soltar, pero aun así penaría de por vida. Cuando había estado en prisión preventiva sin posibilidad de visitas ni de comunicación con el exterior, tampoco había tenido acceso a la prensa o la radio. Había leído revistas viejas y *best sellers* mientras se temía lo peor. Pero eso era aún peor. Durante días su caso había hecho sombra a la guerra de Kosovo. Era como si su vida estuviera espachurrada sobre las páginas de los periódicos como un cuadro de Picasso, retorcido y deforme, desproporcionado y con colores que no reconocía. Pero se trataba de él, no había duda, de él. Los periodistas habían hurgado en todo su pasado. Sintió como una puñalada su foto, que ocupaba una página entera, con el birrete de estudiante, el rostro desnudo de un chico de dieciocho años con la barbilla adelantada y una sonrisa segura, como si nada pudiera impedirle llegar a lo más alto, mientras sus ojos desprendían una vulnerabilidad que todavía no había aprendido a ocultar. Compañeros de colegio anónimos, colegas invisibles, vecinos sin nombre: todos se habían lanzado con mal disimulado alborozo a dar su opinión sobre el asesino de su mujer Sigurd Halvorsrud, pletóricos por tener algo importante de lo que hablar. Fuerte y tozudo, astuto y malhumorado, listo e impredecible, familiar y sociable. Los adjetivos le quemaban la vista. Dobló los periódicos hasta convertirlos en rectángulos que tardó dos horas en quemar en la chimenea.

Sigurd Halvorsrud lo había perdido todo.

Solo tenía una forma de salvarse y de salvar lo que quedaba de su familia. No podía limitarse a quedarse quieto y esperar que nunca le condenaran. Tenía que librarse de ese estigma. Solo así recuperaría su honor. Era la única manera de conseguir que los periodistas revisaran los artículos que habían escrito hasta la fecha y volvieran a publicarlos dejando solo lo positivo. Solo así podría obligar a los periódicos a darse golpes en el pecho y decir: «Mirad, todo este tiempo hemos mantenido abierta la posibilidad de que este hombre fuera inocente. ¡Mirad! Dijimos que era un buen padre de familia y que sus colegas le respetaban cuando aún estaba en la cárcel».

Sigurd Halvorsrud tenía que encontrar al asesino de Doris, y sabía quién era: Ståle Salvesen.

Por eso había hecho un torpe intento de registrar el piso de la calle Vogt 14. No sabía lo que buscaba, cualquier cosa. Como la policía nunca había creído sus declaraciones era posible que hubieran pasado por alto algo importante. Para ellos Ståle Salvesen era el presuntamente fallecido receptor de una pensión de invalidez. Solo él consideraba a Ståle Salvesen un asesino.

En vista de que no tenía ninguna experiencia como delincuente había sido tan torpe que un viejo le había pillado en el sótano. Había bajado cuando no encontró nada más que alimentos descompuestos en el piso de Salvesen y quiso comprobar si tenía un trastero. Y por eso había dejado sus huellas dactilares en un lugar en el que unos días más tarde aparecería un cadáver. Un periodista decapitado cuyo nombre él conocía, claro, hacía años que el hombre escribía sobre su área de trabajo. Seguramente hasta habían hablado por teléfono, pero no recordaba que se hubieran visto en persona.

Y luego resultó que Salvesen sí que estaba muerto. Esa noticia había resultado demoledora. Salvesen no podía estar muerto, Ståle Salvesen debía encontrarse en una playa de algún lugar de la costa de Brasil saboreando una cerveza helada. Tenía que estar de excursión por los Andes solo, disfrutando de la impresionante

naturaleza con la que siempre había soñado. Tal vez estaría abrazando sudoroso a una prostituta en un callejón de Manila o habría aceptado un trabajo provisional como esquilador de ovejas en Nueva Zelanda.

Pero no, había aparecido en forma de cadáver putrefacto en Skagerrak.

La mente de Halvorsrud se nubló. Ahora solo era capaz de agarrarse a su inocencia. Se abrazaba a ella. No dejaba de repetirse una y otra vez:

—Soy inocente.

Cuando llegó el carrito de la cena se negó a servirse. El guardia de los calabozos se encogió de hombros y se marchó. Unas horas más tarde, cuando volvió para ofrecerle de nuevo algo de comer, Sigurd Halvorsrud estaba exactamente en la misma postura, erguido, con los brazos rodeando sus rodillas y oscilando de un lado a otro de manera casi imperceptible murmurando algo que el hombre uniformado no pudo entender.

Resultaba bastante siniestro y pensó que tal vez sería mejor avisar al médico; si el tipo no había mejorado lo llamaría al día siguiente.

A lo mejor al fiscal se le estaba yendo la olla.

—He hablado antes con este tipo. Yo me ocupo.

Karl Sommarøy no entendía por qué Billy T. había aceptado ir con él. Embutido en una vieja cazadora de cuero intentando protegerse del frío viento primaveral, no mostraba el más mínimo interés. O aquel tipo gigantesco estaba agotado hasta extremos que Karl Sommarøy nunca había visto o algo serio le atormentaba. Billy T. contestaba con monosílabos. Había manoseado un llavero durante todo el trayecto desde Grønlandsleiret hasta la calle Vogt, un movimiento repetitivo y enervante. Tenía los ojos inertes, y el rostro, que se había incendiado con una ira aterradora en la cafetería, aparecía plano y sin expresión. Además Billy T. olía al sudor provocado por el estrés y dejaba un rastro acre a su paso.

—El portero Karlsen es un cascarrabias, pero creo que no tiene maldad.

Llamaron al timbre por segunda vez.

—Sí —chisporroteó una voz en el interfono.

—Soy el inspector Karl Sommarøy de la comisaría de Oslo. Queríamos revisar... —Se calló al oír el zumbido que abría la puerta y le hizo a Billy T. un guiño conspirador. Abrió la puerta de un tirón—. ¿Lo ves?

—No hacía falta —murmuró Billy T.—. Tenemos las llaves.

Sostuvo el llavero entre el índice y el pulgar a la altura de sus ojos.

—Joder —dijo el inspector malhumorado—, podías haberlo dicho.

—Supuse que entenderías que no iba a venir a inspeccionar un piso cerrado si no tuviera llaves.

—¿Qué pasa?

El portero Karlsen estaba plantado en el portal con las piernas bien abiertas, sin calcetines y con unas zapatillas de un marrón amarillento. Llevaba pantalones beige con tirantes, la camisa tenía una gran mancha de grasa a la altura del bolsillo y Billy T. vio restos de comida en su cara mal afeitada.

—Todo en orden —dijo Billy T. enseñando su placa—. Solo vamos a echar una miradita al piso de Salvesen.

—Pues buena suerte, porque está vacío.

—¿Vacío?

Karl Sommarøy y Billy T. intercambiaron miradas.

—Lo vacié la semana pasada.

—¿Qué dices que hiciste?

—Lo vacié. El piso. Cogí todas las cosas de Ståle, seguro que dentro de poco lo ocuparán otros, no quería que nadie hurgara en sus cosas.

Billy T. miró al techo y movió los labios sin emitir sonido alguno. Luego tomó aire, bajó la cabeza y le dedicó al portero una amplia sonrisa.

—¿Sería usted tan exquisitamente amable como para acompañarnos al piso de Ståle? —dijo con un tono suave como la seda poniendo la mano sobre la espalda del anciano.

Karlsen medía cuarenta centímetros menos que Billy T. Se retorció al ser tocado y declaró en voz muy alta que estaba cenando. Billy T. cambió la mano de sitio. Agarró al portero por el antebrazo y lo arrastró con firmeza hacia el ascensor.

—¿A qué piso vamos?

—Al quinto —dijo Sommarøy.

—Suéltame —dijo Karlsen.

—Sí, en cuanto hayas aprendido unas normas elementales de educación. Mira.

Sonó una campanilla y el ascensor emitió unos profundos gemidos antes de detenerse. Los tres bajaron por el pasillo, Karl Sommarøy al frente con Billy T. y Karlsen a remolque.

—Mira esto —dijo Billy T., y puso un índice sucio sobre la cerradura en la que solo quedaban unos restos del precintado policial—. ¿Podría darse el caso de que fueras tú quien hubiera quitado esa cosilla?

Ole Monrad Karlsen intentó zafarse otra vez.

—Voy a denunciar esto —dijo iracundo cuando la mano que le sujetaba no hizo ademán de aflojar la presión—. Vaya que si lo denuncio.

—Bien —siseó Billy T.—, y yo me ocuparé de que te pongan una sustanciosa multa por esto.

Metió la llave en la cerradura y la hizo girar sin dificultad. Bajó con cuidado el picaporte y abrió. El aire estancado mezclado con el de algo putrefacto le dio en la cara. No pudo evitar dar un paso atrás y se quedó mirando una pequeña tarjeta escrita a mano que estaba sujeta al marco de la puerta con dos chinchetas. S. SALVESEN. Estuvo tanto tiempo absorto en sus pensamientos que Karl Sommarøy acabó por aclararse la garganta y darle una amistosa palmada en la espalda.

—¿Dejamos al portero que se vaya?

Billy T. echó una mirada de soslayo al viejo bajito y asintió con calma.

—Me parece muy bien. Así podrá sentarse en su casa y esperar a que acabemos, por si tuviéramos algo que preguntarle, ¿vale?

Los policías no llegaron a saber si su propuesta le parecía bien o no. El viejecillo se alejó por el pasillo arrastrando las zapatillas y murmurando algo incomprensible. Le siguieron con la mirada hasta que cerró la puerta del ascensor.

—Has estado un poco duro, ¿no? Fue marino de guerra y todo.

Sommarøy no esperó a escuchar su respuesta y entró en la vivienda de Ståle Salvesen. Cuando estuvo allí con Hanne Wilhelmsen, y de eso parecía hacer ya una eternidad, el piso les pareció deshabitado. Ahora estaba sencillamente vacío. En el recibidor se intuía una zona más clara en el laminado imitación a madera donde había estado la mesita del teléfono. Una raya sucia cruzaba la pared donde se había apoyado el respaldo del sofá. Apenas había otros vestigios de vida, salvo un aire de desolación general que impregnaba el lugar. Y la peste procedente de la cocina.

El portero Karlsen se había llevado todo lo que pudiera considerarse efectos personales de Ståle Salvesen. Los muebles espartanos, los pocos utensilios de cocina y la ropa bien doblada que quedaba en el piso después de que Salvesen hubiera recogido la vivienda antes de morir. Pero quedaba claro que la nevera era propiedad de las autoridades municipales. Karlsen no se había sentido llamado a llevarse un yogur, un cartón de leche, un queso de vaca que se había vuelto azul, además de algo que quizá alguna vez hubiera sido una lechuga y dos tomates.

—¡Mierda! Hanne y yo íbamos a llevárnoslo cuando estuvimos aquí. Está claro que se nos olvidó.

Sommarøy le dedicó unas muecas al frigorífico, que no olía mejor por haber tenido la puerta abierta mucho tiempo. Billy T. agarró el cartón de leche y el yogur.

—27 de febrero —leyó despacio—. Seguro que esta leche anda sola. Y 23 de enero. ¡Enero! Sería curioso abrir este yogur.

Se lo tendió a su colega. Sommarøy se echó hacia atrás y se tapó la nariz.

—Aquí no encontraremos nada parecido a un ordenador —dijo con voz nasal—. Vamos a echar un vistazo a la toma del teléfono.

Billy T. dejó los lácteos en su sitio y cerró la nevera, entreabrió la ventana y siguió a Sommarøy al pasillo. No había ventanas y estaba en penumbra. Pasó los dedos por el interruptor de la pared, junto a la puerta. La bombilla estaba fundida.

—Aquí solo hay una toma —gimió Karl Sommarøy en cuclillas esforzándose por ver—. Una salida de toda la vida con tres hembras.

Billy T. se puso de rodillas y siguió el cable con la mano desde la toma gris tirando a marrón por el rodapié hasta la puerta. Un cable, una toma. El espacio era escaso para los dos hombres y Karl Sommarøy perdió el equilibrio y se apoyó en las manos.

—Y aquí hay otra —dijo animado—. Una moderna con una de esas tapas de plástico.

Billy T. miró con los ojos entornados hacia el cuadradito de plástico que estaba fijado a la pared casi a la altura del suelo. Apartó a Karl y siguió el cable con los dedos.

—La entrada parece estar en el mismo sitio que la de la otra línea —dijo abriendo la puerta y observando la pared de un verde sucio junto al marco—. Eso es, los dos cables están metidos en este tubo, lo normal, los de la empresa de telefonía. Pero lo raro es... —Volvió a echar un vistazo a la vivienda—. La toma parece salir del piso.

Karl Sommarøy dejó escapar un pedo al ponerse de pie.

—Esto bien merece una fanfarria —comentó Billy T. rascándose el bigote—. Veamos si somos capaces de seguir el cable.

Era evidente que alguien se había esforzado por ocultarlo. Aunque era relativamente nuevo, como podía verse en el apartamento donde el blanco cable resaltaba sobre la pared oscurecida, alguien lo había tapado con pintura en su recorrido por el pasillo siguiendo un desgastado rodapié marrón. Al final del corredor desaparecía por un agujero. La ventana estaba deformada por la humedad y seguramente no la habían abierto en mucho tiempo. Cuando Billy T. empujó con el hombro para abrirla, uno de los ocho cristales en los que estaba dividida se rajó.

—Mira —dijo asomándose hasta donde se atrevió y volviéndose a meter a toda prisa—. ¿Ves? Parece que va hacia abajo. ¿Hasta dónde crees que llega?

—Imposible saberlo, continúa más allá de donde me llega la vista.

Cerraron la ventana.

—¡El sótano! —exclamaron los dos a coro.

—El sótano —repitió Billy T. con una sonrisa satisfecha—. Parece ser que vamos a necesitar la ayuda del portero.

Bajaron corriendo por las escaleras. El ruido que hacían las botas vaqueras con remaches metálicos de Billy T. restallaba contra las paredes y, cuando llegaron abajo, Ole Monrad Karlsen había cambiado las zapatillas de andar por casa por unos zapatos negros.

Tal vez Cecilie estaba tan bien que podía quedarse sola en casa, pero no lo parecía. Cuando Hanne llegó a casa sobre las cinco, la encontró tumbada en el sofá. Cansada y pálida, con una sonrisa que apenas le movía los labios y no se transmitía a sus ojos.

—Me ha traído Tone-Marit —dijo tendiéndole la mano a Hanne sin hacer ademán de levantarse—. Su madre ha cuidado de Jenny durante una hora para que Tone-Marit pudiera traerme a casa.

—Pero ¿por qué... por qué no me has llamado a mí? —tartamudeó Hanne.

—Te he llamado, pero la recepcionista, o quien fuera, no sabía dónde estabas.

—Pero ¿y el móvil?

Hanne casi gritaba mientras se daba golpecitos en el bolsillo de la cazadora de piel con flecos y bordados de perlas que Cecilie le había comprado por una fortuna cuando estuvieron en Estados Unidos.

—Joder, joder. —Se golpeó la frente con el teléfono—. Mierda, mierda, ¡mierda!

—Se te olvida encenderlo —susurró Cecilie—. Ven, siéntate conmigo.

Hanne se quitó la chaqueta y la dejó en el suelo. Apartó la mesa del salón y se puso de rodillas junto al sofá.

—Perdóname —dijo besando el interior de la muñeca de Cecilie—. ¡Lo siento mucho! Prometo no apagarlo nunca más. ¡Nunca! ¿Cómo te encuentras? ¿Un poco mejor?

Observó los rasgos de Cecilie. Llevaba todo el día temiendo ese momento. A Hanne la angustia de ver a Cecilie le producía dolor en el pecho, tenía el estómago contraído. Dejó que su índice dibujara con cuidado las líneas que rodeaban su boca, los labios grises, blancuzcos, con pasta de dientes seca en la comisura. Su dedo rodeó sus fosas nasales hasta llegar a las bolsas azuladas, casi transparentes, que tenía bajo los ojos.

—Te amo, Cecilie. No sé cómo seré capaz de vivir sin ti.

—No te va a quedar más remedio.

La voz de Cecilie sonaba herrumbrosa y tosió con cuidado. Luego puso la mano sobre la cabeza de Hanne y pasó los dedos por su cabello descuidado.

—¡No quiero! —Hanne intentó reprimir el llanto, dejarlo donde debía estar, en las profundidades de sus tripas, donde pudiera dolerle a ella sin lastimar a Cecilie—. No quiero estar sola.

—Nunca estarás sola. Si te haces mayor de una vez y entiendes que te quiere mucha gente, nunca tendrás que estar sola.

Hanne se apartó bruscamente, se quedó de rodillas observando a Cecilie y ya no pudo reprimir las lágrimas por más tiempo.

—Cuando tú mueras, no tendré a nadie.

Cecilie volvió a sonreír, esta vez de verdad. Algo brilló en sus ojos cuando atrajo a Hanne hacia ella de nuevo.

—¡Qué cría eres! Se te da muy bien sentir pena por ti misma. Oye, mi amor: no has cumplido los cuarenta, puedes vivir otro tanto. Por lo menos. Hay mucha gente que quiere ser parte de tu vida.

—No los quiero. Te quiero a ti. Siempre te he querido a ti.

Cecilie la besó en la frente un largo rato, de alguna manera sus labios parecían haber muerto ya. Fríos y secos, le rasparon la piel. Hanne sollozó y se inclinó hacia Cecilie.

—Peso demasiado para ti —hipó medio ahogada con la cara enterrada en la manta de lana—. ¿Te duele si me tumbo así?

Cecilie no olía como siempre. Hanne aspiró el olor desconocido a jabón y hospital y cerró los ojos para evitar el recuerdo repentino de Cecilie en su cuarto, inclinada sobre el libro de matemáticas, con el ceño fruncido y un mechón de su largo cabello metido en la boca, chupándose el pelo y quejándose en voz muy alta de que las integrales eran incomprensibles. Entonces olía tan bien... Un aroma a mujer joven, un suave olor corporal que atravesaba su perfume barato y había impulsado a Hanne a inclinarse hacia ella y besarla apenas un instante en la boca antes de apartarse y decir el primero de sus «Lo siento».

Cecilie se había reído aquella vez, hacía casi veinte años. Se rio bajito. El mechón de cabello húmedo se había pegado a la comisura de sus labios formando un arco, hasta que se lo había colocado detrás de la oreja y había besado a Hanne otra vez. Pero ahora mucho más rato y con mucho más atrevimiento.

Hanne le contaría a Cecilie lo que había pasado la noche anterior. Lo había decidido antes de volver a casa. Cecilie merecía conocer la verdad; Hanne no podía vivir con un secreto así.

Entonces percibió el olor a jabón y a hospital. Cecilie nunca lo sabría, no había nada que saber.

—¿Necesitas algo? —susurró mientras pasaba su mejilla con mucha delicadeza sobre el pecho de Cecilie bajo la manta de lana —. ¿Qué te apetece, mi amor?

—Yogur. Creo que me apetece un poco de yogur, si hay.

—¿Recuerdas el ejercicio que te costaba tanto resolver el día que empezamos a salir?

Hanne se había puesto de pie.

—¿Cómo?

—Aquel día que viniste a mi casa para que te ayudara con las matemáticas. ¿Sabes cuál era la integral que no te salía?

Cecilie colocó la manta con mucho cuidado, como si le doliera todo el cuerpo.

—No...

Hanne cogió un periódico atrasado y un boli de la estantería.

$$\int_0^3 (x^2 + 3x + 4) dx$$

—Esta —dijo sosteniendo el periódico frente a Cecilie.

Cecilie rio con ganas, mucho rato, casi tanto como lo había hecho aquella vez, diecinueve años antes, y cuando por fin acabó, movió la cabeza de un lado a otro y dijo:

—Eres rara, Hanne. Mira que eres rara. ¿De verdad te acuerdas con tanta precisión? ¿O es un farol?

—Es una integral determinada, la solución es 34,5.

Hanne aún podía oír la risa de Cecilie cuando abrió la nevera, cogió un yogur natural y comprobó la fecha de caducidad. Aún le quedaban cuatro días. Al quitar la tapa se quedó pensativa.

—¿Hanne? —Debía de llevar varios minutos allí parada sin decir nada—. Hanne, ¿qué haces?

—Voy —dijo sacando una cucharilla del cajón. Echó el yogur en un cuenco y le puso un poco de mermelada de fresa antes de dejarlo en la mesa del salón—. Tengo que hacer una llamada —dijo en tono despreocupado—. Será un momento.

Mientras intentaba comer un poco, Cecilie pudo oír la voz más oficial de Hanne que llegaba desde el recibidor.

—Aquí la detective Wilhelmsen. Quisiera comprobar una información relativa a un coche robado. Sí. Se trata de un...

Un dolor intenso y repentino hizo que a Cecilie se le cayera la cucharilla. El yogur y la mermelada se estrellaron contra el suelo y le temblaron las manos cuando intentó evitar que el cuenco siguiera el mismo camino. Con mucho cuidado sacó el dispensador de morfina que llevaba en la cadera. Se puso una dosis extra y mientras iba desapareciendo el dolor se relajó.

—Dime que no tienes que irte a trabajar ahora —dijo cuando Hanne regresó—. Por favor.

—Claro que no —dijo Hanne con suavidad, y fue a buscar una bayeta para limpiar el suelo—. Puede esperar a mañana. Pero, oye,

¿abro el sofá para que podamos dormir juntas? He comprado tres vídeos nuevos, a lo mejor podríamos ver algo esta noche.

—Fenomenal, me apetece mucho. Me gustaría que pudieras pasar más tiempo en casa a partir de ahora.

Hanne cogió su rostro con las dos manos y la besó levemente en los labios.

—Si soy tan lista como dicen todos, no faltará mucho para que pueda librar —susurró—, librar de verdad, para que podamos estar juntas todo el tiempo, solas tú y yo.

—Uy, eso suena muy nuevo y un poco aterrador.

—Deja que te ayude a levantarte. Voy a abrir el sofá.

Cecilie eligió *Casablanca*. Hanne lloró toda la segunda parte; siempre le había parecido que Cecilie se parecía a Ingrid Bergman.

El pasillo del sótano de la calle Vogt era largo y no muy estrecho. Billy T. se sorprendió al descubrir que podía estar de pie sin problemas en esa especie de túnel de quince metros de largo. Al abrir los brazos sus dedos apenas rozaban las paredes. A lo lejos, en el otro extremo, un cuadrado de luz escapaba por un ventanuco y se dibujaba sobre el suelo. Una bombilla desnuda colgaba de un casquillo cerca de la escalera y permitía ver algo en esa parte del sótano.

—Los trasteros no están identificados —dijo Ole Monrad Karlsen con amargura—, pero estos dos son míos.

Golpeó las dos primeras puertas con la palma de la mano.

—Y en esos no vais a hurgar sin una orden de registro. Sé qué derechos tengo. Ahí no hay nada que os importe.

—¿Y cuál pertenecía a Ståle Salvesen? —preguntó Billy T. impaciente—. La verdad, me importa una mierda lo que tengas aquí almacenado. Enséñame el trastero de Ståle.

Karlsen fue arrastrando los pies por el pasillo en penumbra. En el momento en que Billy T. pasaba junto a la bombilla, tapó la luz. Karlsen refunfuñó y se quejó en voz alta. Por fin llegaron a una puerta de sencillas planchas de madera sujetas por un aspa de metal y con un candado corriente.

—Aquí.

El portero Karlsen golpeó la madera con el puño. Billy T. puso los ojos en blanco y le pidió que fuera tan amable de abrir la puerta.

—No tengo llave.

El viejo escupió mirando al suelo. Un escupitajo marrón con tabaco de mascar cayó junto a las botas de Billy T.

—¿Y dónde has dejado todas las cosas de Salvesen?

—Pues a ti no te importa, pero si te empeñas en saberlo, la mayoría están ahí, en mis trasteros.

—Mientes —dijo Billy T. sin mirar a Karlsen—. Por supuesto que tienes llave. —Le hizo una señal a Karl, que se colocó a su lado con el hombro apoyado en la endeble puerta—. Uno, dos... y tres.

La puerta cedió al primer intento. Los policías esperaban que ofreciera más resistencia y entraron en tromba en el estrecho almacén. Karl se tropezó con un par de esquíes y cayó de cabeza.

—¡Demonios! ¡Joder! ¡Ayúdame!

Por fin consiguió ponerse de pie y se quitó porquería y telarañas de su cazadora impermeable que a lo mejor había estado de moda cuando él tenía quince años; era de un azul cielo y muy estrecha, por lo que bien podía ser de aquella época.

El trastero estaba casi vacío. Aparte de los esquíes de eslalon con los que Karl Sommarøy se había tropezado, el cubículo rectangular no contenía nada más que la estructura de una bicicleta sin ruedas ni asiento, una bolsa de plástico negra con ropa vieja y unos neumáticos de verano amontonados en un rincón.

—¿No se puede dar más luz aquí dentro?

Irritado, Billy T. pasó por encima de la ropa e intentó arrancar una plancha de contrachapado que estaba clavada sobre lo que podría ser una ventana.

—Karlsen, ¿tienes un gato?

—Ten —dijo Karl—, toma mi linterna.

Encendió una linterna de medio metro de largo que había cogido del coche. Billy T. dirigió el potente chorro de luz hacia la ventana tapada del sótano.

—Bingo —dijo en voz baja.

Karl miró con los ojos entornados hacia el lugar que Billy T. señalaba. Podía ver claramente el agujero. Se agachó y Billy T. iluminó el suelo.

—Cemento fresco —dijo el agente satisfecho, se humedeció el dedo y lo puso sobre el polvo—. Este agujero no lleva aquí mucho tiempo.

—Y aquí está nuestro cable —añadió Billy T.—, pero ¿adónde va?

Los dos policías siguieron el delgado cable por la pared. Allí abajo ni siquiera estaba bien sujeto a la pared, sino que colgaba flojo hasta llegar al otro extremo, donde volvía a desaparecer por otro agujero.

—¿Quién es el propietario del trastero de al lado?

Karlsen estaba intentando salvar los restos de la puerta que habían forzado. Había sacado el destornillador de una navaja suiza y trataba de desprender la madera de las bisagras retorcidas. Se tomó su tiempo para contestar.

—Ese trastero no es de Ståle Salvesen, eso es seguro, así que ahí no pueden entrar.

Billy T. y Karl intercambiaron una mirada. El hombre tenía razón, les esperaba una montaña de enrevesado papeleo si querían abrir la puerta contigua. Una alternativa más sencilla era pedir permiso al dueño, claro.

—Pero ¿de quién es? —repitió Billy T.

—De Gudrun Sandaker. Está de vacaciones.

El viejo siguió dándole vueltas al destornillador sin dignarse mirarles.

—¡Billy T.! —Karl agarró la linterna y apuntó con la luz a la esquina—. Mira. Las tablas son viejas y están gastadas, pero ¡fíjate en las cabezas de los clavos!

Los clavos eran nuevos, la madera que los rodeaba estaba recién astillada y su color más claro se distinguía muy bien del resto, oscura y sucia.

—Dame ese destornillador —ordenó Billy T.

El portero dejó de arreglar la puerta rota y le entregó la navaja protestando.

Las primeras tablas fueron las más difíciles. La pared resultó estar aislada con fibra desde el interior, algo que al principio extrañó a Billy T. Por qué iba alguien a molestarse en aislar una pared interior en un trastero, no tenía sentido. Al fin consiguieron quitar cuatro tablas enteras y Karl ayudó a Billy T. a sacar la primera plancha de aislante.

La pared ocultaba una habitación secreta que no tendría más de medio metro de ancho. Estaba aislada por todas partes y ahora ya no era difícil comprender por qué. El zumbido característico de un ordenador se extendió por el trastero. Tiraron el resto del tabique en silencio.

—Un ordenador —dijo Karl con voz queda—, un ordenador normal y corriente.

—Pero sin pantalla ni teclado —dijo Billy T., y apartó el último rollo de aislante.

—No hace falta, no es para que lo use nadie.

—Y entonces ¿para qué coño es?

Billy T. se agachó para ver de cerca la luz verde que confirmaba que el aparato estaba encendido.

—No tengo ni idea, pero apuesto a que contiene algo muy interesante. ¡No!

Karl Sommarøy agarró a su colega por el brazo y le apartó a lo bruto. Billy T. estaba a punto de arrancar el cable del enchufe que parecía recién montado.

—Pero tenemos que llevárnoslo —dijo molesto tirando del brazo—, alguien tiene que decirnos lo que contiene.

—Tendrán que hacerlo aquí, podría estar programado para destruir toda la información en el momento en que se quede sin corriente.

—Pues llama a los expertos —dijo Billy T.—. Yo me quedo aquí, no pienso moverme hasta que alguien me diga qué es lo que contiene este ordenador.

Karl Sommarøy asintió con la cabeza y miró al portero Karlsen.

—Y tú te vienes conmigo, me parece que tenemos bastante de que hablar.

Billy T. oyó los murmullos furibundos del portero hasta que cerraron la puerta del sótano. Luego se sentó sobre el montón de tablones y aislante, apoyó la espalda en la pared y se quedó dormido.

El hombre a quien Evald Bromo conocía como Kai estaba haciendo la maleta. Había sacado un traje, dos jerséis, cuatro camisas y un pantalón vaquero que dobló con esmero. Encima colocó ropa interior y un neceser. Había comprobado que no hubiera nada en los bolsillos que delatara su identidad. Sacó de la cartera todo lo que le podía identificar: fotos de los niños, un recibo de IKEA, el carnet de conducir y otras tarjetas. Lo cortó todo en trocitos y lo introdujo en una bolsa que tiraría en un lugar donde no llamara la atención.

Luego volvió a llenar la cartera y se metió el pasaporte nuevo en el bolsillo interior de la chaqueta. Ahora tenía otro nombre. Conservaba la sangre fría. Tenía la cabeza fría. La desesperación que le había tenido casi paralizado los últimos días había desaparecido. Solo quedaba una sensación de estar decidido, lo hecho hecho estaba y no tenía otra salida que huir. Había desterrado brutalmente el recuerdo de los niños para siempre al cortar las fotos. No podía pensar, no podía permitirse sentir nada, tenía que actuar y hacerlo rápido.

Iría en coche hasta Copenhague y allí cogería un avión con un destino lejano, un lugar donde tenía amigos. Él tenía amigos.

Durante todos aquellos años había protegido a unos pocos elegidos, siempre porque le hacían falta. Nunca porque se sintiera amenazado. Solo había una excepción: Evald Bromo.

Cerró la maleta, salió de casa y la dejó en el maletero del coche. Esa noche se marcharía. Tenía muchas ganas de largarse en ese mismo instante, pero era demasiado arriesgado; su mujer daría la voz de alarma en cuanto pasaran un par de horas y no hubiera vuelto del trabajo.

Marchándose hacia las tres de la madrugada ganaría varias horas de ventaja. No necesitaba mucho más. Abrió el capó, quitó la tapa del delco y la dejó en una estantería en la trasera del garaje. Diría que el coche estaba averiado, así no se arriesgaría a que su mujer se diera una vuelta y encontrara la maleta.

Karl Sommarøy era de los pocos ocupantes de la gran comisaría gris que había hecho un serio intento de volver acogedor su despacho. Su mujer le había cosido unas cortinas azul marino, y él había puesto sobre la mesa fotos de sus hijos enmarcadas en rojo y macetas con plantas verdes en las estanterías. De una de las paredes colgaba un gran cartel que reproducía una obra de Gustav Klimt y en otra había un collage de dibujos de los niños tras un cristal. Era como si la mitad inferior del rostro de Karl Sommarøy, que parecía el de una niña, no solo fuera una broma malvada de la naturaleza, sino la prueba de una clara veta femenina de su carácter en un cuerpo por lo demás tan varonil. Una jarapa de alegres colores amortiguaba los ruidos y el bote para lápices hacía juego con el vade de piel clara. Y para compensarlo todo con un toque masculino, había colgado una especie de reloj de cuco. A las horas en punto asomaba un policía uniformado que levantaba la porra y decía «Queda usted arrestado» con voz metálica.

—Mi abuelo estuvo en la marina mercante durante la guerra — dijo Karl Sommarøy desde su silla ergonómicamente correcta.

Ole Monrad Karlsen emitió un gruñido y se movió intranquilo.

—Era el segundo piloto del *M/T Alcides* de la naviera Skaugen. Salió de Abadan cargado de gasolina hacia Freemantle. Lo torpedearon en el océano Índico en julio del 43.

—Vaya —dijo Karlsen poniéndose un poco más firme—, o sea que se lo cargaron los japos.

—Sí, mi abuelo estuvo prisionero de los japoneses el resto de la guerra.

—Menudos tiempos —dijo Karlsen moviendo la cabeza—. Los chicos que cayeron en manos de los amarillos fueron los que peor lo pasaron. A mí me torpedearon dos veces, pero nunca me cogieron.

Observaba al agente con otra expresión, se mordía el labio inferior y ya no parecía tan hostil.

—Noruega se ha portado muy mal con los que navegasteis durante la guerra —dijo Sommarøy compasivo—. ¿Café, Karlsen? —Llenó una taza amarilla decorada con mariquitas antes de que el portero pudiera contestar. Le acercó la taza y sonrió todo lo que pudo—. Pero a ti no te han ido mal las cosas. ¿Y jubilarte, Karlsen? Debes de tener... —miró al techo mientras calculaba—, ¿setenta y seis años?

—Setenta y cinco. Me embarqué en las navidades de 1939, tenía quince años. Me dejan seguir en la portería. No me pagan un duro, ya lo sabes, pero la vieja propietaria de todo el tinglao me deja quedarme en el piso a cambio de que haga un poco aquí y allá. Barato para ella, bueno para mí. Antes era mejor, cuando no había tanta chusma en la casa. Cuando el Ayuntamiento compró mogollón de pisos se presentó un montón de gente rara. Ese colega tuyo, el alto... —Karlsen levantó el brazo con la palma de la mano abierta sobre su cabeza—, no es buen tipo. No respeta.

—Tendrás que disculpar a Billy T. Anda muy estresado.

—Pues no debería portarse como un canalla por eso, siendo poli, aunque no tiene pinta.

Karlsen miró escéptico las mariquitas de su taza y probó un sorbo del café.

—Tú conocías a Ståle Salvesen. —Sommarøy se puso las manos en la nuca—. ¿Erais amigos?

Ole Monrad Karlsen chasqueó la lengua y dejó la taza sobre la mesa mientras se rascaba la sien con la mano derecha.

—No está prohibido hablar con la gente —dijo recuperando el tono agresivo.

—De ninguna manera. Yo creo que Ståle Salvesen en el fondo era un buen tipo, uno al que el mundo había tratado mal.

—En sus tiempos fue un hombre de negocios —dijo Karlsen—. ¿Lo sabías?

—Sí. Hubo un lío con una investigación y una quiebra o algo así.

—Eso es. ¡Para sospechar les faltó tiempo! Investigar y publicar y arruinarle la vida, para eso sí valían. Pero ¿qué quedó? Nada, todo quedó en nada. Y ahí estaba Ståle, solo y abandonado. La mujer se piró y el chico nunca volvió de América. Un maldito desagradecido. Si fue su padre el que le pagó los viajes y estudios y todo. Ståle estaba casi como yo, ¿vale? Cuando volví de la guerra y me habían ofrecido un...

Karl Sommarøy comprendió que aquello iba a llevar su tiempo. Se disculpó un momento y volvió con unos bollos y dos botellas de refresco de manzana. Cuando en el plato solo quedaban migas y las dos botellas estaban vacías, se encontraba al límite de su paciencia.

«Queda usted detenido», gritó siete veces el policía del reloj de cuco.

—Vaya, menudo susto me acaba de dar —dijo Karlsen volviéndose hacia el reloj.

—Ese equipo informático del sótano —dijo Karl en tono despreocupado—, sabías que estaba allí, ¿verdad?

—No va contra la ley tener cosas de ordenadores en el sótano de uno.

—De ninguna manera. ¿Cuánto hace que está ahí?

—¿Por qué lo preguntas?

Karl Sommarøy tomó aire, se puso de pie y le dio la espalda a Karlsen mientras fingía observar con detenimiento los dibujos infantiles de la pared.

—Escucha —dijo despacio con la palma de la mano apoyada en lo que parecía ser un coche de carreras—, estamos inmersos en un caso muy complicado y todo nos resultaría más sencillo si pudieras

contestar a lo que te pregunto. Entiendo que no tienes un gran aprecio por las autoridades, pero eres un hombre honrado y, que sepamos, nunca has hecho nada malo. Sigue así. —De pronto se volvió hacia el portero—. Ayúdame, por favor.

—Desde febrero —murmuró Karlsen—, febrero.

—¿Dijo Ståle por qué quería esconder el ordenador?

—No.

—¿Le ayudaste a montar la pared?

—Sí.

Ole Monrad Karlsen le miraba fijamente con una expresión tozuda. Pero parecía haberse ablandado, casi parecía más un anciano que un hombre mayor.

—Vale.

Sommarøy volvió a sentarse.

—¿Sabes algo más de ese equipo?

Karlsen negó con la cabeza.

—¿Hay algo más? Cualquier cosa que pueda explicarnos por qué Ståle se quitó la vida. Tú hablabas mucho con él, tiene que haber...

—Si ya lo he dicho. A Ståle no le quedaba nada en esta vida. Todo lo perdió. Si ya lo dije.

—¿Eso quiere decir que sabías que iba a suicidarse?

A Karlsen le temblaba el labio inferior. Su cara se contrajo un instante. Su afeitado irregular parecía indicar que no veía bien. Sommarøy no había visto a Karlsen llevando gafas en ningún momento.

—No sabía nada —dijo en voz tan baja que Sommarøy se inclinó hacia él—. La primera vez que vinisteis no entendía nada. Creí que se había ido de viaje sin decírmelo, pero entonces... —Le temblaban las manos y se secó los ojos con el índice—. Pero a lo mejor tendría que haberlo entendido cuando me dio el paquete ese.

—¿Paquete?

—Me dio un paquete marrón con una dirección, con sellos y todo. Solo tenía que meterlo en el buzón, me dijo, si a él le pasaba

algo. Que esperara dos o tres semanas o así, después de verle por última vez, digo. Y entonces yo le pregunté si había pensado hacer un viaje y me dijo que no, y luego hablamos de otra cosa. Ni me acordé del paquete hasta mucho más tarde, y entonces pensé que el paquete era su manera de decirme adiós, vale. Confiaba en mí, Ståle.

Karl Sommarøy se miraba las manos aferradas al borde de la mesa. Los nudillos estaban blancos.

—¿Echaste el paquete al buzón?

—Sí, claro, tenía que hacerlo. No tengo cabeza para acordarme de la dirección, pero el nombre...

Ole Monrad Karlsen levantó la cabeza y miró al agente. Un reguero marrón caía por la comisura de sus labios y de la barba que rodeaba su nariz colgaba una lágrima.

—Pero el nombre era Evald Bromo, eso sí. Eso no se me ha olvidado. Ese era el que apareció sin cabeza en mi sótano.

El policía gritó «Queda usted detenido». En esta ocasión ocho veces.

Los padres de Margaret Kleiven llevaban muertos muchos años y no tenía otros parientes. Era cierto que le quedaba una hermana cuatro años menor, pero nunca habían tenido una relación de confianza. Ya desde niñas eran llamativamente distintas. Margaret, introvertida, tímida y precavida; su hermana, expresiva y encantadora. Cuando su hermana se casó con un inglés y se fue a vivir a Manchester acabaron por perder el contacto. Incluso las felicitaciones navideñas, que se enviaban a finales de noviembre, habían cesado los seis últimos años.

Evald era la vida de Margaret Kleiven. Evald y su trabajo como profesora de historia y francés. Sabía que los alumnos no la apreciaban mucho, era demasiado aburrida y se atenía al temario, pero tampoco le tenían manía. Los alumnos hasta cierto punto apreciaban su estilo anticuado y sabían que podía venirles bien. El curso anterior dos alumnos se habían cambiado de grupo para tener a la profesora Kleiven en francés. Y los dos sacaron diez en el examen. Cuando se publicó la nota le dejaron un pequeño ramo de flores silvestres envueltas en celofán naranja en la sala de profesores. Experiencias como esa le permitían sentir un vago optimismo ante el curso siguiente.

Margaret Kleiven no estaba acostumbrada a los grandes sentimientos. Cuando se casó con Evald era lo bastante mayor

como para no esperar demasiado. Poco a poco había alcanzado una pálida satisfacción con su existencia. La vida con Evald era tranquila. Con los años se fueron quedando cada vez más aislados, pero tal y como lo veía Margaret, se querían y estaban bien a pesar de que no llegaran los hijos.

Evald se había ido.

Al cabo de veinticuatro horas el shock había dejado paso a una desesperación paralizante. Ahora hacía cuatro días que la policía de mirada huidiza le había contado que Evald estaba muerto, y que probablemente había sido asesinado. Era la mañana del jueves 9 de abril de 1999 y Margaret Kleiven estaba furiosa.

Solo eran las seis de la mañana y no había pegado ojo.

No le interesaba saber quién había matado a Evald.

En el recibidor, junto al mueble zapatero, estaban los diarios *Dagsavisen* y *Aftenposten* de los últimos cuatro días y ni siquiera los había ojeado. El lunes publicaron una foto de Evald en la portada del *Aftenposten*, una foto antigua de un hombre que corría con la boca rodeada de saliva y al que le costó reconocer. Todas las mañanas recogía los periódicos del felpudo, los dejaba en el suelo y volvía a meterse en la cama.

Evald estaba muerto y nada cambiaría eso.

Las misteriosas circunstancias que rodeaban el asesinato y que según la policía con algo de sobrepeso se habría producido en Torshov, le recordaron a Margaret que en la vida de Evald había zonas en sombra a las que nunca le dio acceso. Ella lo sabía, claro. Había algo, algo que le pesaba y de lo que nunca llegaba a deshacerse del todo. Al principio se preguntaba qué sería, y en un par de ocasiones intentó hablar con él. Su iniciativa solo le había llevado a él a correr más y a hablar aún menos. Así que dejó el tema. Ahora ya nunca lo sabría.

Margaret Kleiven estaba enfadada con su difunto marido. Había salido a correr de noche a pesar de sus constantes advertencias; nunca se lo perdonaría. Se levantó y anduvo titubeante. Junto a la puerta del baño había un pequeño arcón con la tradicional pintura

de rosas. En realidad era casi una cajita. Cuando llamaron de la residencia para decirle que Olga había muerto no sintió nada, nunca había sentido nada por ella; de hecho, hacía dos años que no la veía, desde que estaba senil le pareció innecesario visitarla por obligación cuando Evald iba por allí casi todos los días. Pero en la residencia no tenían otro contacto, así que llamaron a Margaret, y ella acudió. Olga Bromo no tenía más posesiones que un aparador con ropa de cama y unas cucharillas de plata. Y un pequeño arcón con su nombre escrito en azul en la tapa. El auxiliar miraba al suelo cuando carraspeó y le dijo que necesitaban la habitación cuanto antes, había ancianos y enfermos en lista de espera y confiaba en que no se tomara a mal si le preguntaba qué debían hacer con los efectos personales de su suegra.

Margaret Kleiven se llevó el arcón y dejó que hicieran lo que quisieran con el resto. Ahora, iluminada por la luz que se abría paso por una rendija de las cortinas y vestida con una bata rosa, metió la llave forjada en la cerradura.

Cuando levantó la tapa se sobresaltó. Era como si un aire rancio le confirmara lo que siempre había sabido: en realidad no le conocía. Con cuidado, sacó dos viejos boletines de notas. En una caja había un camafeo que nunca había visto. Una cartilla de ahorro de la Caja Postal, tiesa y manchada, estaba a nombre de Evald a pesar de que las fechas de los ingresos eran de cuando era un niño que no podía saber lo que significaba ahorrar.

Cuando Margaret Kleiven acabó de revisar el contenido del pequeño arcón con letras azules en la tapa, se le habían dormido las piernas. Las sacudió y bajó despacio al primer piso y encendió la chimenea. No le llevó mucho tiempo, la leña estaba seca y tenía periódicos junto al zapatero del pasillo. Subió al dormitorio para buscar el arcón de su suegra. Cogió los objetos que contenía uno a uno y los fue echando a las llamas. Algunas cosas ardían bien, como los boletines de notas o una vieja caja de cartón con un mechón de cabello. Otras se quedaban mucho tiempo en el fuego, como el camafeo o una ancha alianza de oro. Poco a poco los

objetos de metal también se ennegrecieron, y sabía que si los dejaba donde estaban acabarían por desaparecer.

En el fondo del arcón había una funda de CD. Margaret dudó. Todo lo que contenía el arcón era viejo, muy viejo, pero el CD parecía muy nuevo. Por un momento pensó abrirlo, pero algo le dijo que era mejor dejarlo estar.

Lo tiró a la chimenea.

Chisporroteó, y alrededor del plástico surgió una llama azul claro. La cubierta se dobló con el intenso calor y la peste a plástico quemado le irritó la nariz. Un papel asomó un instante cuando la tapa se rajó, un segundo después también se había quemado. Margaret Kleiven cerró la puerta de la chimenea. Seguía igual de enfadada con Evald y se tomó tres pastillas para dormir antes de irse a la cama.

Evald Bromo:

Tú seguro que me habrás olvidado. En tu búsqueda de nuevas víctimas no tendrás tiempo para detenerte y pensar sobre lo que haces con las personas a las que persigues. Pero si buscas en tus archivos encontrarás mi nombre. Muchas veces. Es cierto que tendrás que retroceder mucho en el tiempo. En los últimos años no se ha hablado de mí en ningún periódico, pocos saben ya quién soy.

Yo dirigía una empresa que se llamaba Aurora Data. Era un negocio prometedor. No voy a molestarte con la historia de cómo levanté una empresa informática de éxito, con futuro, de la nada. Si te molestas en rastrear en tu memoria recordarás la historia.

El final de los años ochenta fue un tiempo difícil. A principios de los noventa fueron muchos los hombres de mi talla que se hundieron. Las empresas como Aurora Data cayeron como moscas. Pero nosotros no, hasta que la unidad de delitos económicos recibió una denuncia de un expleado, un traidor a quien habíamos hecho un gran favor solo echándole. Debería haberle denunciado a la policía, claro, puesto que se había apropiado de más de doscientas mil coronas.

Yo no había hecho nada ilegal. Aún no.

Afirmaban que mi hijo había comprado acciones de una empresa en la que yo estaba en la junta directiva, poco antes de que hicieran pública la firma de un gran contrato que duplicó el valor de las acciones en muy poco tiempo. La UDEF sospechó que había utilizado información privilegiada y tardó mucho tiempo en confirmar algo que podía

demostrarse desde el primer momento: el acuerdo con los americanos no se conocía cuando mi hijo compró acciones. Pero la UDEF ya se había puesto en marcha. Pusieron Aurora Data bocabajo. Y a mí. Mi enemigo, nuestro ex empleado, había inventado tantas historias, mezclado tanta información y mentido con tanta contundencia que tardaron varios años en archivar el caso. Mientras tanto, encontraron alguna que otra pequeña irregularidad, no puedes examinar bajo microscopio una empresa como Aurora Data sin encontrar nada. Nimiedades, claro, y nada que pudiera relacionarse conmigo. Nada de ello daría para más que un correctivo, una pequeña multa a lo sumo. Pero con eso los investigadores tuvieron suficiente para seguir adelante.

Tú escribiste sobre el caso y otros medios te siguieron, pero tú y tu diario llevabais la delantera. Los otros citaban lo que tú escribías, tú eras el que importaba.

Yo podía soportar que me investigaran. Aún hoy, después de todo lo que ha ocurrido, entiendo que la fiscalía tuviera que hacer algo con las graves acusaciones que se hicieron contra mí. Lo que no aguanté fue que me condenaran de antemano.

Tú me condenaste con lo que publicabas y Halvorsrud me condenó dándote información.

CUATRO VECES te llamé para explicarte la verdad. Me escuchaste y fingiste que mi historia te interesaba, pero tus artículos estaban empapados de las suposiciones de la policía, acusaciones y afirmaciones sin fundamento.

A Sigurd Halvorsrud le envié SEIS CARTAS. No contestó a ninguna. Le pedí que se reuniera conmigo, pero se limitó a dejar que me interrogaran sus subalternos. Nunca pude ver al hombre a quien citabas con tanto entusiasmo y que creía saber tanto de mí y de mi vida.

Conseguisteis vuestro objetivo.

Aunque nunca se me acusó de nada, lo perdí todo. Aurora perdió importantes contratos y acabó quebrando. A mí me fueron dando la espalda la mayoría de mis contactos en el mundo empresarial, gente que había confiado mucho en mí y en Aurora Data. Trabajé día y noche para evitar la catástrofe, pero no sirvió de nada. Mi mujer me dejó, mi hijo se alejó de mí, un padre al que ya no podía admirar y al que solo despreciaba, y yo me quedé sin nada. Cuando archivaron mi caso lo despachaste en dos líneas.

Bueno, pues no me he quedado sin recurso alguno. Cuando todo empezó a desmoronarse a mi alrededor tuve la sangre fría de esconder unos cuantos cientos de miles en efectivo. Yo ya estaba marcado y me habían arrojado a las fieras. No podía gastarme el dinero en mí. Era imposible.

Durante varios años intenté recuperarme. Había creado un milagro empresarial en los ochenta y «todo el mundo» sabía de lo que yo era capaz. Nadie se había enterado de que mi caso había quedado en nada, por lo que nadie quería tener nada que ver conmigo. Terminé por rendirme. Y fue entonces cuando decidí acabar contigo y con Sigurd Halvorsrud. El empleado traidor que inició mi persecución tuvo la suerte de morir en un accidente de coche en 1995. Vosotros no habéis tenido tanta fortuna. Os he seguido durante tres años. De lejos, pero aun así más de cerca de lo que podríais pensar. Me he movido en las sombras y espiado las vidas que llamáis vuestras. Durante tres años apenas he hecho otra cosa que vigilaros.

Fue fácil descubrir tu punto débil, Evald Bromo. El caso de Halvorsrud fue más complicado. Por eso os trato de forma diferente.

Adjunto encontrarás un CD-ROM. Como no entiendes de informática te explicaré lo que quiere decir ROM: «Read Only Memory». Eso quiere decir que no puedes manipular, modificar o cambiar nada de lo que contiene. El CD incluye una grabación en vídeo mía en la que explico lo que he hecho; entre otras cosas, queda claro que Halvorsrud es inocente del asesinato de su mujer. Tengo intención de matarla yo. No solo voy a asesinarla, sino que voy a quitarle la vida de la manera más espectacular. Halvorsrud va a experimentar cómo funcionan los medios. Decapitando a Doris Flo Halvorsrud conseguiré que los titulares sean demoledores, la prensa le destrozará, igual que hicieron conmigo.

Si todo sale bien, y así habrá sido si lees esto, habrá tantos indicios que apunten a Halvorsrud que, cuando menos, la sospecha le perseguirá el resto de su vida. Así fue como destrozó mi vida y quiero compartir mi destino con él. Salvo que tú decidas salvarle. Supongo que habrá intuido el infierno que crean las acusaciones falsas, un conocimiento que le hará pensar y que tal vez le marque para el resto de su vida.

Serán solo unas semanas, si tú estás dispuesto a sacrificarte. Me divierte muchísimo ponerte a ti ante un dilema moral. ¿Tiene moral un

hombre que abusa de niñas al amparo de un trabajo respetable? No lo recordarás, pero la cuarta vez que te llamé hablaste de deber. Tenías el deber de escribir sobre la investigación, tenías la obligación de publicar lo que la policía creía, sentía e intuía. ¡Deber!

En el CD relato mis numerosas acciones para aterrorizar y destruir a la familia Halvorsrud; las llaves que le robé al menor mientras entrenaba, el ordenador de la mujer al que le cambié el disco duro una noche, solo para intranquilizarles, el dinero que ingresé a su nombre, etcétera, etcétera.

Pero también te delato a ti. Cuento los delitos de los que has sido culpable una y otra vez los últimos años, te sorprendería todo lo que sé. Un buen policía no tendrá que investigar mucho para conseguir que te condenen. La elección es tuya.

Cuando te decidas, no olvides la promesa del viejo Cara de Póquer de mandar un paquete al redactor jefe el 1 de septiembre. Puede que Cara de Póquer mienta, puede que no. Como yo soy Cara de Póquer, conozco la verdad.

Sin embargo, tú solo puedes adivinar.

Me lo quitasteis todo. Me condenasteis a la muerte en la que ahora me he refugiado. Como premio, os he mandado a los dos al infierno.

Ståle Salvesen

Erik Henriksen fue el primero en acabar. Dejó las hojas impresas sobre la mesa moviendo la cabeza de un lado a otro.

—El octavo mandamiento —dijo con voz grave—: no levantarás falso testimonio. Te puede salir jodidamente caro.

El ruido del papel dio paso a un zumbido de voces cada vez más alto. Hanne Wilhelmsen presidía la mesa en la sala de emergencias operativas y tenía al jefe del departamento a un lado y al director Mykland al otro.

—Karianne —dijo levantando la mano para calmar los ánimos.

—Bueno —empezó Karianne Holbeck—. Este es el único documento que pudimos rescatar del disco duro. Estaba borrado, pero fue fácil encontrarlo. Salvesen ha debido de utilizar otro ordenador para preparar el CD del que habla en la carta.

—¿Eso quiere decir que no tenemos ni idea de cuál es el contenido del CD?

Billy T. intentó captar la mirada de Hanne, pero tuvo que rendirse. Observó a Karianne, que tenía delante un ordenador portátil y las mejillas muy rojas.

—Está descrito con mucho detalle en la carta, pero si no encontramos el equipo de Salvesen... Bueno, en ese caso... Podríamos tener la suerte de encontrar el CD, o una copia. Los chicos están registrando a fondo la calle Vogt 14. Llevan toda la noche sin encontrar nada interesante, así que parece difícil.

—Joder —dijo Billy T. entrechocando los puños.

—No nos hace falta —dijo Hanne en tono seco.

—No, pero ¡imagínate! Sería jodidamente interesante tener más detalles. Nunca en mi vida había oído hablar de un montaje semejante. El tío ha dedicado años de su vida a vengarse.

Volvió a mirar a Hanne. Quería mostrarle su admiración, su respeto. Hanne Wilhelmsen había creído en la inocencia de Halvorsrud desde el primer momento, había defendido su teoría con lógica y calma ante quien la quisiera escuchar, sin dejarse influenciar por las tozudas afirmaciones del resto. Billy T. sentía un dolor en el pecho; miraba a Hanne allí de pie, pálida, casi gris, sin maquillar y aparentando más edad que nunca, sus manos huesudas que toqueteaban un rotulador y una mirada que no se cruzaba con la suya, por mucho que él la buscara. Quería recuperarla, quería que le perdonara como él la había perdonado a ella. La noche siguiente, al irse a la cama, estuvo despierto hasta las dos. Escuchó los sonidos de bebé de Jenny, ante los que Tone-Marit cambiaba la expresión de su rostro dormido. Al sentir su mano en la suya, buscándole en sueños, se perdonó y perdonó a Hanne. Sabía que todo volvería a ser como antes si ella hacía lo mismo.

Se negaba a mirarle.

—El yogur de la nevera —dijo de pronto volviéndose hacia la pizarra—. ¿Por qué iba Ståle Salvesen a tomarse tantas molestias

para ordenar su vida y el apartamento, para luego olvidar alimentos con fecha de caducidad en el frigorífico?

Dibujó una tarrina de yogur y un cartón de leche. No se parecían mucho: el yogur recordaba a un cubo roto y el cartón a una casa de campo danesa.

—Porque quería reforzar el eslabón más débil de su plan —se contestó ella misma—. Salvesen no se suicidó el lunes 1 de marzo. Es cierto que estuvo junto al puente de Staure. Aparcó su coche, subió a lo más alto y esperó a que hubiera alguien lo bastante cerca como para verle, pero no tanto como para darse cuenta de que nunca desapareció en el mar. Fingió saltar, se metió debajo del puente, y volvió a la ciudad por otros medios.

—Exactamente lo que tú pensabas —dijo Billy T. arrepintiéndose en el mismo instante de haberlo dicho; se sentía como un cachorrito que movía el rabo y le lamía las comisuras de los labios a una perra vieja y arrogante.

—Nunca sabremos cómo —dijo Hanne sin darse por aludida por la adulación absurda. Dibujó un coche—. Sin embargo, no había pensado en la posibilidad de que... —se llevó un vaso de plástico a los labios y bebió agua— Ståle Salvesen no se hubiera ido al extranjero. No se escapó a Sudamérica ni a ningún otro lugar con poco control en la frontera y sin acuerdos de repatriación con Noruega.

—Es seguro que se quitó la vida, pero no sin antes haber matado a Doris —dijo Erik despacio, y escupió tinta. El bolígrafo que había estado masticando tenía una gran fuga—. Era genial. Halvorsrud parecería un loco al afirmar que un hombre muerto había asesinado a su mujer.

—Eso es.

Hanne le dibujó ruedas azules al coche.

—El domingo 7 de marzo apareció un Volvo robado en el aparcamiento del puente de Staure —continuó Hanne—. Al dueño se lo quitaron el jueves 4 por la tarde. La noche del asesinato de Doris. El propietario vive en Grünerløkka.

—A cinco minutos de la calle Vogt —dijo Karl Sommarøy—. Salvesen mató a Doris, joder, fue hasta Staure en un coche robado y al final se tiró al mar. ¡Madre mía!

—Pero fue una apuesta muy arriesgada —objetó Erik—. Si hubiera aparecido en los primeros días habría sido fácil constatar que no había estado en el agua desde el lunes 1. ¿Y dónde se escondió mientras tanto? Desde el lunes hasta el jueves por la tarde, quiero decir. ¿Y si le hubieran pillado conduciendo el coche robado...? ¿Y si alguien le hubiera visto el jueves por la noche cuando se tiró al mar de verdad?

—Muy arriesgado, sí. Eso es seguro. Y me temo que hay bastantes cosas que nunca sabremos.

Hanne Wilhelmsen infló las mejillas y dejó salir el aire despacio entre los dientes.

—Pero ¿qué podía perder este hombre? A Salvesen ya no le quedaba nada. Su vida no tenía sentido. Hace unos días conocí a un hombre extraño que me dijo que no había nada que una persona que se sintiera seriamente amenazada no pudiera hacer.

Hanne no dijo más. Parecía que hacía siglos, y Eivind Torsvik carecía de interés, solo era un rodeo camino de casa. Cerró los ojos unos segundos y se preguntó si había sido producto de su fantasía.

—Y aún debe de ser más fácil transgredir los límites si te has perdido a ti mismo —añadió con voz serena—. La idea de vengarse mantuvo a Salvesen a flote durante mucho tiempo; pensar que Evald Bromo y Sigurd Halvorsrud iban a intuir al menos un poco del infierno en el que él había vivido. Claro que no podía saber cuándo encontrarían su cadáver, pero podía tener la esperanza de que llevaría tiempo, cuantos más días transcurrieran más difícil sería precisar la fecha de la muerte. Cuanto más tiempo pasara menos razón tendría la policía para dudar de la observación que había hecho un testigo el lunes 1 de marzo. El yogur y el cartón de leche eran solo una ficha minúscula, un atrezzo, un detalle sofisticado del que nadie se dio cuenta pero que estimuló nuestro subconsciente para que viéramos la imagen que Ståle Salvesen deseaba transmitir.

—Muy agudo lo de los correos electrónicos retrasados —dijo Karianne pulsando unas teclas del ordenador portátil—. Creó un pequeño programa, muy práctico, que enviaba mensajes a Bromo mucho después de que Salvesen ya estuviera muerto. El buzón de correos enviados desde el ordenador del sótano estaba lleno de mensajes, todos enviados con un intervalo de unas veinticuatro horas. Había escrito un par de ellos a la redactora jefe del diario *Aftenposten*, por cierto.

—Tienes los labios azules, Erik.

Hanne se pasó un dedo por los suyos para indicarle dónde.

—Ve a lavarte antes de que se fije el color.

—Pero... —dijo Erik frotándose con la manga de la camisa en un intento de eliminar la tinta— ¡acuérdate de todo ese dinero! ¡Cien mil coronas en el sótano y doscientas mil en el banco sueco! ¿Se ha desprendido de una pequeña fortuna solo para hacer recaer sospechas sobre Halvorsrud?

Hanne Wilhelmsen se encogió de hombros e intentó sujetarse el pelo detrás de la oreja.

—¿Para qué querría Salvesen dinero? Al fin y al cabo no era una fortuna lo bastante importante como para instalarse en el extranjero, empezar de nuevo, huir de todo. Era bastante para intranquilizar al entorno de Halvorsrud. Por supuesto que escogió Suecia, la misma razón por la que decidió dejar el dinero en el sótano. Debíamos encontrarlo. Si hubiera ingresado el dinero en un banco suizo nunca habríamos descubierto ni una corona.

—Y así llegamos a un punto superimportante que no entiendo. —Karl Sommarøy manoseaba exaltado un termo que alguien se había dejado olvidado el día anterior. El tapón se soltó de pronto y el café amargo se derramó en su regazo—. Halvorsrud no iba a ser condenado —dijo sin darse por enterado de que tenía la entrepierna empapada—. Tú lo has dicho todo el tiempo, Hanne, que no había pruebas suficientes para una condena.

—Correcto —dijo el comisario Mykland con una sonrisa reservada—. Y esa puede ser la explicación de que Salvesen

estuviera dispuesto a dejar libre a Halvorsrud si Evald Bromo se sacrificaba. El objetivo de Halvorsrud nunca fue que lo condenaran al fiscal. Los disquetes que encontramos, por ejemplo. Karianne ha insistido desde el principio en que no resultaban muy «policiales». —Mykland dibujó unas comillas en el aire—. Es probable que Salvesen se haya limitado a pegar información sacada de la prensa, todos los casos fueron muy mediáticos. Seguro que era consciente de que en algún momento podríamos dudar de todos los indicios. Pero eso no era importante. Su objetivo era que Halvorsrud supiera lo que se sentía al ser un inocente bajo sospecha. Y que la prensa te condenara de antemano. Salvesen no era ningún tonto.

—Ve a quitarte esa tinta, Erik —dijo Hanne Wilhelmsen algo irritada—. Pareces un payaso y te puedes intoxicar.

—Vale, mamá —respondió este malhumorado—. Pero una última cosa: ¿esto quiere decir que todo el rollo de los pedófilos era una tontería? ¿Que muy probablemente Thea Halvorsrud solo sea una niña de papá?

—Sí, es muy posible.

—¿Sí? Pero entonces ¿qué pasa con Evald Bromo? ¿Él era pedófilo o eso también era una chorrada? ¿Y quién... quién coño mató a Evald Bromo?

Nadie dijo nada. El silencio era tal que Hanne pudo oír con claridad que el hambre hacía sonar las tripas de Hasse Fredriksen, un técnico que estaba sentado al otro lado de la mesa y que, avergonzado, contuvo la respiración, como si eso fuera a servirle de algo. El aire rancio del despacho rectangular era casi insoportable. Hanne sintió que sus mejillas ardían y la membrana pegajosa había vuelto a cubrir sus ojos.

Evald Bromo no le concernía. El destino de Evald Bromo nunca había llegado a importarle. Le sucedía a veces, con más frecuencia que el año anterior. Antes, cuando era más joven, más fuerte, probablemente más ingenua, sentía que cada asesinato, cada violación sangrienta, cada maldito caso de violencia era un ataque contra ella, algo personal. Los asesinatos la afectaban, las

violaciones le dolían profundamente, el uso de navajas le provocaba. Por eso había dedicado veinte años de su vida a una tarea que en el fondo sabía imposible: poner límites a la violencia en Oslo. Una certeza atenazó su garganta como una garra de hierro y tuvo náuseas: había empezado a clasificar a la gente. Hanne Wilhelmsen había estado obsesionada por la idea de aclarar el asesinato de Doris Flo Halvorsrud. Doris era una profesional respetada, madre y esposa. Su marido era un prestigioso jurista. Hanne quería y debía solucionar el caso. Por el contrario, el caso de Evald Bromo era un deber; Evald Bromo era un pederasta que abusaba de niñas indefensas.

—Me empieza a dar todo igual —susurró para sí misma, y tomó aire con fuerza antes de sentarse.

—¿Estás bien? —preguntó Mykland en voz baja cubriendo su mano con la suya—. ¿Estás enferma?

Hanne no contestó. Hizo un esfuerzo sobrehumano para controlarse, cerró los ojos en busca de sus últimas fuerzas. Tenía que concluir la reunión, acabar con el asunto allí mismo, dar por zanjado el caso Halvorsrud y pasarle la responsabilidad del crimen de Bromo a alguien que estuviera capacitado para llevarlo. En cuanto acabara la reunión podría librar, coger una excedencia, estar en casa con Cecilie día y noche, el tiempo que hiciera falta, mientras se tuvieran la una a la otra, mientras Cecilie viviera.

Tenía que aguantar hasta el final de la reunión.

Volvió a levantarse, se quedó inclinada con las palmas de las manos sobre la mesa, y se lanzó:

—La muerte de Evald Bromo no debe de tener nada que ver con Halvorsrud —dijo en voz innecesariamente alta—. Sigo creyendo que era un pederasta y que su asesinato puede tener que ver con su perversión sexual. Pero en nuestro primer caso, el asesinato de Doris Flo Halvorsrud, Evald Bromo solo ha sido un rodeo. Claro que faltan muchos detalles por aclarar, como por ejemplo qué hacían las huellas de Halvorsrud en el sótano de la calle Vogt. Mi teoría es que, en un ataque de desesperación, intentó encontrar algo que pudiera

demostrar su inocencia. Una tontería y una torpeza, desde luego. Pero por otro lado...

—Pensad cómo lo ha tenido que pasar —interrumpió Annmari Skar, que había estado callada toda la reunión mientras pasaba las páginas de lo que a Hanne le había parecido una novela—. Ha dicho la verdad todo el tiempo y nadie le ha creído del todo, ni siquiera tú, Hanne. —Miró retadora a la detective—. Si de verdad te hubieras creído la historia de Halvorsrud hubieras hecho más. No por el tiempo que has dedicado, todos sabemos que te has dejado el culo.

—Literalmente —murmuró Erik; sus labios se habían quedado de un tono azul claro tras su visita al baño y miró a Karianne, que escondía su sonrisa con la mano.

—Pero habrías argumentado con más intensidad, insistido más. Te habrías negado a tenerle en el calabozo semana tras semana si de verdad le hubieras creído. Y él se daba cuenta, claro. Estaba completamente solo. Cada vez estaba más aislado, la situación se hacía cada vez más absurda. Como si él...

—Además ha tenido que soportar el hecho de haberle fallado a su mujer —dijo Hans Christian Mykland—. En medio de todas esas falsas acusaciones habrá sido quien se juzgara con más dureza. Permitted que la mataran. No la protegió.

—Lo dejamos aquí —dijo Hanne con brusquedad.

Parecía que las paredes habían empezado a inclinarse hacia dentro. Volvió a llevarse el vaso de plástico a la boca, pero estaba vacío.

—Pero, Hanne —insistió Erik, peleón—, ¿no podemos estar seguros de que Halvorsrud no mató a Bromo! Vale que Salvesen asume el asesinato de Doris *post mortem*... pero el hecho es que las huellas del fiscal estaban en el sótano junto al cadáver, no tenía coartada, no se presentó en la comisaría como...

—Annmari tiene razón —dijo Hanne con dureza, y clavó la mirada en su colega más joven con esa ridícula boca color azul cielo en contraste con la piel blanquísima y el cabello de un rojo intenso

— No hice suficiente por Halvorsrud, así que lo haré ahora. Es inocente, todos lo sabemos. El asesinato de Evald Bromo fue un intento patético de copiar el otro crimen. ¡Es elemental!

Abrió los brazos y se rodeó el cuerpo con ellos como si tuviera frío en aquella habitación recalentada.

—Los asesinatos en serie y los de autor son fáciles de reconocer. Las víctimas tienen algo en común, puede ser difícil descubrirlo, pero ahí está. ¿Y cómo sabemos que un asesinato es un intento de camuflarse como un eslabón de la cadena de crímenes de un asesino en serie? ¡La víctima no cuadra! Evald Bromo y Doris Flo Halvorsrud no tenían nada más en común que su, suponemos, nacionalidad noruega.

Empezó a recoger sus cosas, metió dos carpetas y un viejo estuche de piel en su mochila negra. Los demás la seguían con la mirada.

—Y hablando de Noruega —dijo sin sonreír mientras señalaba a Erik Henriksen—, tu careto parece una bandera: roja, blanca y azul.

Nadie se rio. Las patas de las sillas se arrastraron sobre el suelo, la gente hablaba en voz baja y las voces se mezclaban en un zumbido sin sentido que fue desapareciendo por la puerta. Billy T. se quedó esperando unos instantes con la esperanza de que Hanne fuera tras él, pero cuando vio que el director de la policía le había puesto la mano en el antebrazo a su amiga, desistió.

—¿Qué quieres hacer ahora? —le preguntó Hans Christian Mykland en voz baja—. Dime qué quieres.

—Gracias —dijo Hanne con voz queda.

—¿Qué?

—Gracias por protegerme últimamente. Estoy segura de que habrá habido quejas.

Mykland esbozó una gran sonrisa y se echó el pelo hacia atrás.

—Tres. Las tengo en el fondo del cajón, y ahí seguirán mientras yo pinte algo.

Hanne se apoyó en la mochila de nailon que estaba sobre la mesa. De pronto se inclinó hacia el director y le abrazó.

—Muchas gracias —dijo contra su hombro—. No entiendo por qué eres tan bueno conmigo, tan paciente. Prometo que cuando esto haya pasado y Cecilie...

—Calla —dijo él en voz baja, y le pasó la mano por la espalda.

No quería soltarla, lo notaba. Cuando ella quiso apartarse no la dejó marchar y, sorprendentemente, le agradó.

—Deja que otro se haga cargo del asesinato de Bromo. —Ella notaba el aire que salía de su boca en la oreja—. Tómame unos días libres, Hanne. Te lo has merecido de sobra.

—Lo haré. Pero antes tengo que ocuparme de un par de cosas.

—Que no sean demasiadas —dijo él, y la dejó ir.

—No —respondió mientras se ponía la mochila a la espalda—. Solo dos cosillas.

—Oye... Hanne.

Ya había bordeado la mesa y se volvió hacia él.

—¿Sí?

—¿Quién debería hacerse cargo del caso Bromo?

Hanne se encogió de hombros.

—Pues supongo que alguno de los otros detectives.

—He pensado darle la responsabilidad a Billy T. ¿Qué te parece?

Ella se colocó mejor la mochila y se puso en movimiento.

—Me da lo mismo —dijo con voz inexpresiva dándole la espalda—. Me da completamente igual lo que hagas con Billy T.

El cenicero que le había regalado Billy T. no pegaba. Seguro que era caro, parecía de Alessi o algo así, un recipiente negro y sencillo con un platillo de acero que podía voltearse para vaciarlo después de cada cigarrillo. Su despacho era demasiado anodino, nunca se había llegado a instalar. Nunca se había tomado la molestia de hacer acogedora su nueva oficina. No tenía tiempo. En el pasado se había esforzado más, no solo por ella misma, sino porque los sospechosos y los testigos se tranquilizaban si se les interrogaba en una habitación que no recordara tanto a una celda como en el fondo lo hacían estos despachos.

Manoseó el cenicero y estuvo dándole vueltas al platillo una y otra vez. Como había dejado de fumar, no lo necesitaba. Lo dejó en la papelera con la esperanza de que la señora de la limpieza lo viera y tal vez se lo llevara a su casa.

Llamaron con cuidado a la puerta.

—¡Adelante!

El agente Karsten Hansen le sonreía. Hacía mucho que había cumplido los cincuenta y ya no iba a ascender. Movi6 su cuerpo redondo como un barril en direcci6n a la silla de las visitas mientras resoplaba pesadamente. A Hanne Wilhelmsen siempre le resultaba dif6cil imaginar que Karsten Hansen hab6a sido delgado y m6s o menos 6gil alguna vez. Hab6a aprobado las pruebas de acceso a la

academia de policía como todos los demás. Hansen trabajaba en el departamento de Tráfico y Medio Ambiente y estaba contento así, año tras año.

—¿Cómo estás? —dijo sonriente mientras se secaba el sudor de la frente.

—Bien, ¿y tú?

—Bien, bien, me va estupendamente. Pero verás, es que hace una hora o así me he tropezado con algo.

Hanne Wilhelmsen no tenía ningún interés en saber qué había descubierto el agente de tráfico. Quería irse a casa.

—Sabes, las cajas esas —continuó sin inmutarse—, los radares.

—Mmm.

—Iba a ayudar al personal administrativo a revisar algunas de las grabaciones para mandar multas y cosas así y ¿qué me encuentro?

—No lo sé, la verdad.

—Tú sabes, Wilhelmsen, que no es muy agradable que aparezcan colegas en esas imágenes.

Estaba incómodo e hizo un intento de colocar su rotundo cuerpo en otra postura sobre la estrecha silla. Hanne sintió que se sonrojaba y, desesperada, intentó recordar si había sido tan imprudente como para conducir con exceso de velocidad al pasar una de las cámaras. Como sabía dónde estaban situadas solía reducir la velocidad justo a tiempo. La vuelta de Sandefjord, pensó de pronto. Había ido como una flecha hasta el hospital de Ullevål.

—Lo lamento mucho, Hansen —tartamudeó intentando controlar su sonrojo—. No tengo excusa alguna, claro... ¿a qué velocidad iba?

—¿Tú? —Dudó un momento y se echó a reír—. Pero, Wilhelmsen, que no hablo de ti. ¡Mira!

Sacó una foto de un sobre mediano y la dejó frente a ella. Hanne aún tenía el pulso acelerado, un exceso de velocidad podía ser una infracción grave para un policía, sobre todo si era del calibre del día en que batió su récord personal en el trayecto de Sandefjord a Oslo.

—El exceso es solo de cuatro kilómetros hora —dijo Hansen—. Ir a sesenta y cuatro cuando el límite es de sesenta antes de llegar al cruce de Tåsen en dirección oeste. Pero lo que me sorprende... —Plantó un grueso dedo índice en la cara del conductor.

La foto era de baja resolución y poco nítida, pero aun así era posible identificar al conductor.

—Ese es Iver Feirand, ¿verdad? Al menos el coche es suyo, ya lo he comprobado.

Hanne Wilhelmsen no contestó. Hansen tenía razón. Era interesante, incluso espectacular. Hanne ya había visto quién era el pasajero.

—¿De cuándo es esta foto? —dijo acercando el dedo a una franja de la foto donde figuraba la hora.

Martes, 30 de marzo de 1999, a las 17. 24.

Hanne agarró la foto y se la acercó a la cara; no debía equivocarse, no podía equivocarse.

—Y, bueno, me pareció muy, muy raro, ¿no?, cuando vi que el colega es ese Evald Bromo al que se cargaron el otro día. Han salido montones de fotos tuyas en el periódico. Y es que no me acababa de cuadrar que el tipo vaya de excursión con un poli un martes y luego le corten la cabeza un sábado. Pero luego pensé que puede haber muchas cosas de ese caso de las que yo no tenga ni idea, a lo mejor está todo en perfecto orden. Pero yo soy un poco anticuado... —sonrió con timidez—, y es mejor quedar como un tonto preguntando que no hacer nada cuando hay algo que te extraña. Eso me parece a mí.

—Eres maravilloso.

Agitó la foto, cogió su mano y se la apretó.

—Eres increíble —dijo mordiéndose el labio—. Tengo que hacer una llamada. No te vayas, ni se te ocurra.

Sacó un post-it amarillo que había dejado bajo el vade y marcó el número que había anotado unos pocos días antes.

—Eivind Torsvik —oyó por fin después de que el teléfono hubiera sonado una pequeña eternidad.

—Hola, soy Hanne Wilhelmsen. Me gustó conocerte el otro día.

—Igualmente, gracias.

Ni siquiera tenía preparada una estrategia. La foto de Evald Bromo junto a un hombre que afirmaba que nunca le había visto la había llevado a lanzarse tras una pista que podría estropearlo todo si no tenía cuidado.

—Estoy en un aprieto terrible —dijo con sinceridad después de un incómodo silencio—. Tú no quieres sacar a la luz nada del material que habéis reunido y debo respetarlo. Pero tienes que contestarme a una pregunta, una sola pregunta. ¿Puedes?

—Depende. Te he prometido darte todo lo que tenemos cuando hayamos terminado nuestro trabajo. Cuando tengamos pruebas suficientes, antes no.

—Pero tienes que...

Echó una mirada a la papelera donde había un cenicero nuevecito y media cajetilla de Marlboro light. Se agachó, sacó las dos cosas y Hansen, que escuchaba extrañado una conversación de la que no entendía nada, le dio fuego.

—El policía de tu lista —preguntó mientras retenía el humo de la primera calada en sus pulmones todo el tiempo del que fue capaz.

—Te sorprendería saber cuántos delincuentes sexuales hay en la sociedad. ¿Sabías que hay gran presencia de pederastas en profesiones en las que uno es responsable de menores o tiene mucho contacto con ellos? Médicos, colaboradores de oenegés en países en vías de desarrollo, profesores de educación infantil, directores de campamentos, sacerdotes que preparan para la primera comunión, entrenadores...

—¡Lo sé, Eivind!

Nunca le había llamado por su nombre de pila. Nunca le había llamado de ninguna manera. Eso le hizo callar.

—No puedo decir nada —dijo por fin. Parecía que estaba en movimiento, la respiración era entrecortada—, aún no, pero ya falta poco, te lo prometo.

—Eivind. Hazme caso...

Hanne se escuchaba como si fuera otra persona la que hablaba. Decidió que si Eivind Torsvik no contestaba le iba a mandar a todos los expertos en informática que hubiera. Ella misma se pondría al frente de la operación, asaltarían la cabaña de Hamburgkilen y lo pondrían todo patas arriba.

—Tienes que contestar. Hay vidas en juego.

Hansen la miró preocupado. Ella tapó el auricular con la mano y susurró:

—Una fuente un poco difícil. Tengo que exagerar.

—Sí.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—Sí, tenemos un policía en la lista, y dos profesores, un dentista, dos sacerdotes que además son padres de acogida...

—¿Se llama Iver Feirand?

El silencio era absoluto. Hanne cerró los ojos para oír mejor, parecía que Eivind Torsvik había salido de la casa con el teléfono inalámbrico. Creyó oír gritos de gaviotas y el lejano zumbido de una lancha a motor.

—Sí —dijo sin fuerza—. Se llama Iver Kai Feirand. Fue él quien tardó tres años en investigar el caso de mi padre de acogida. Fue Iver Kai Feirand quien me sabotó.

—Iver K. Feirand —dijo Hanne Wilhelmsen despacio—. Gracias. Eivind Torsvik ya había colgado.

40

El hombre que ahora era titular de un pasaporte con el nombre de Peder Kalvø iba a bordo de un avión de Lufthansa que acababa de despegar del aeropuerto de Copenhague. Tomaría tierra en Frankfurt en poco más de una hora. De allí volaría a Madrid, donde tenía intención de permanecer unos días, a lo sumo cuatro.

Siempre había previsto que esto podía pasar.

Hacía años que disponía de un pasaporte falso y cuenta bancaria en el extranjero. En los últimos años había cambiado algo la vía de escape, pero no mucho. Iver Kai Feirand era un policía altamente cualificado, y sabía qué hacía falta.

Se había sentido atraído por niños pequeños desde que llegó a la madurez sexual. Hombres no, nunca hombres. Si tenía que mantener relaciones sexuales con adultos, cosa que procuraba evitar, era con mujeres. Nunca niñas. Si quería un niño, algo que necesitaba a intervalos regulares, siempre eran de sexo masculino. Tenía dos hijas y nunca las había tocado, no de esa manera.

Claro que era un investigador de delitos sexuales eficaz. Sabía qué era lo que estaba buscando. Lo veía en los ojos de los sospechosos. Le llevaba segundos saber si eran culpables o inocentes. De forma metódica y estratégica había maniobrado para llegar al puesto que ahora ocupaba; desde el momento en que se

presentó la posibilidad a principios de los ochenta supo a qué se iba a dedicar.

Le daba poder, le excitaba.

Y le ofrecía una posibilidad inmejorable para saber adónde debía ir para encontrar lo que necesitaba.

Siete años atrás un coche patrulla había recogido a dos niñas de doce años en el barrio chino. Iban horriblemente pintadas y una de ellas lloraba tanto que una agente la había llevado a ver a un médico. La otra se quedó en el despacho de Iver Feirand, con gesto descarado y mascando chicle, esperando a la representante de la protección de menores que estaba de guardia.

No se podía interrogar a los niños custodiados sin la presencia de un tutor. Pero nadie podía impedir a Iver Feirand que charlara un poco con ella. Tal vez ya estaba tan estropeada que su descaro fuera espontáneo. Al menos había hecho muchos esfuerzos para negociar su salida de comisaría. Ella no le negaría nada si él quisiera ir con ella a un piso que conocía y que estaba desocupado.

Cuando la mujer de la protección de menores se llevó a la cría, vio una tarjeta de visita en la silla en la que se había sentado el culito que acababa de salir contoneándose por la puerta. La tarjeta de Evald Bromo. Iver Feirand quería saber qué había hecho aquel hombre con una prostituta de doce años y convocó al periodista para conversar con él.

Bromo se derrumbó por completo.

No se explicaba de dónde podía haber sacado la niña su tarjeta. Feirand supuso que el tipo había sido lo bastante idiota como para perderla en cuanto lo dominó la excitación provocada por los delgados muslos infantiles. Le extrañó mucho. Todo lo que Evald Bromo le contó indicaba que era extremadamente cuidadoso y que había gozado de impunidad durante una cantidad de años poco frecuente. Pero Feirand no dijo nada, se limitó a apretarle las tuercas. Iver Feirand era capaz de hacer cantar a la mayoría en media hora escasa.

Evald Bromo habló demasiado.

Evald Bromo mencionó un contacto del que Iver Feirand no quería saber nada. Un latinoamericano con una especie de sucursal en Copenhague. Era el contacto privado de Iver Feirand; Evald Bromo conocía el refugio sexual de Iver Feirand.

Iver Feirand tenía una perspicacia única para entender la psicología de los pederastas. Su punto de partida era el de un policía excelente, dotado de intuición e inteligencia. Además se conocía a sí mismo y durante quince años había recibido la mejor formación complementaria que la policía europea y norteamericana podían ofrecer. Lo sabía todo de organizaciones pedófilas, redes, clubes y particulares. Nunca había estado ni de lejos en peligro de ser descubierto. Nunca, hasta que Evald Bromo le hizo ver que había más gente que conocía a Pedro Díez y su sótano de la capital danesa.

El interrogatorio fue por nuevos derroteros.

Bromo era débil. Bromo era de los que vivían en permanente tensión entre el paralizante temor a ser descubierto y el deseo subyacente de que le detuvieran para que dejara de hacer algo que entendía que estaba mal. Cuando por fin se vio en la comisaría confesó y dio nombres, direcciones y fechas por un tubo.

Si Iver Feirand seguía adelante con la investigación contra Bromo más gente conocería el nombre de Pedro Díez. Bromo tenía tanto que contar que daría trabajo a cuatro detectives durante mucho tiempo. El sótano de Copenhague saldría a la luz, ¡qué se le iba a hacer! Iver Feirand tenía otros contactos, otros nombres y direcciones, más lejanos y más seguros.

Lo peligroso era que Evald Bromo lo contara todo. Evald Bromo le daría a la policía una pista que podría conducir al propio Iver Feirand. Si la policía danesa se presentaba en la sucursal de Díez en el viejo y noble edificio de Sørerne, la identidad de Iver Feirand podría desvelarse. No con su nombre real, claro, siempre había viajado indocumentado, pero no podía saber qué descripciones proporcionarían. Su cuerpo atlético de dos metros de altura y su

cabello rubio, casi blanco, podrían causarle problemas. Lo mejor sería dejarlo estar.

Así que permitió que Evald Bromo se marchara.

Peo no le dejó escapar sin más, sino que se preocupó de atarle corto, siempre sabía dónde le tenía. Iver Feirand, con un vaso de plástico con coñac en la mano, sobrevolando los campos arados de la Unión Europea, podía ver a Evald Bromo. Agotado, de pie junto a su mesa, felizmente sorprendido de que Iver Feirand, después de pensarlo mucho, le hubiera dejado ir por esta vez. Quizá, en el fondo, había entendido por qué. Evald Bromo era un hombre inteligente, y además periodista de profesión. Claro que le resultaba sospechoso que un policía le dejara marchar después de lo que había contado. Pero Iver Feirand conocía la psicología del pederasta. En ese momento Evald Bromo salía de la comisaría como un hombre libre, sin antecedentes, y ya había iniciado el proceso de quitarle importancia, racionalizarlo, alejar el delito de sí.

—No lo he entendido —tartamudeó mientras le daba la mano a Iver Feirand, agradecido—, no me he quedado con su nombre.

—Kai. Puedes llamarme Kai. Si quieres algo, puedes llamarme a este número. No estoy casi nunca en la oficina, pero siempre llevo el móvil encendido.

Evald Bromo cogió el papelito y se marchó.

Había sido un error mayúsculo matar a Evald. Pero ¿qué otra cosa podía haber hecho?

En Sognsvann, al amparo de una furgoneta, comprendió que no habría manera de convencer a Evald. De pronto estaba sereno, decidido, era alguien muy distinto a aquel tipo desesperado y roto que había entrado en su oficina siete años antes.

Pero no podía dejar que Evald fuera a la policía. Aunque el peligro que representaba el sótano de Díez ya no era tan grande, Feirand se había buscado otras fuentes. Evald contaría que Feirand le había dejado marchar en aquella ocasión. No por maldad ni por chivarse, probablemente aún creía que la decisión de apiadarse de él en lugar de hacer justicia había sido correcta. Evald Bromo quería

contarlo porque deseaba confesar, soltarlo todo, cada detalle, cada hecho.

Tal vez Feirand podría librarse del asunto con una explicación, y tal vez no. En todo caso estaría en el punto de mira. Si algo había aprendido en tantos años como investigador era que si un caso empezaba a aclararse siempre acababa por estallar del todo.

Como creía que la policía no tenía noticia de Evald Bromo se había sentido seguro. Estresado y desesperado por pararle los pies a Bromo, sí, pero seguro de que nadie, absolutamente nadie podría relacionarle con el asesinato.

Cuando Hanne Wilhelmsen le dio la información que tenía fue como si le hubiera arrastrado un alud de nieve. Le costaba respirar, estaba en caída libre sin encontrar nada a lo que agarrarse. Había sido capaz de mantener una cierta apariencia de calma y le vino bien que ella también pareciera estar bastante alterada.

La investigación de la muerte de Evald Bromo no apuntaría a Sigurd Halvorsrud, como había sido su intención. Cuando Iver Feirand había seguido a Sigurd Halvorsrud, y había visto que entraba en la calle Vogt 14 en mitad de la noche había cerrado los puños en señal de triunfo. Estuvo esperando en un portal cercano una media hora hasta que el fiscal salió en tromba perseguido por un viejo. Al día siguiente Feirand buscó al anciano, tenía que averiguar en qué parte del edificio había estado Halvorsrud. Cuando más tarde supo que había huellas dactilares en el sótano, casi no pudo creerse la suerte que había tenido. Hasta que Hanne Wilhelmsen le contó lo que sabía.

Debían estar sobrevolando Alemania, miró la hora y le pidió otra copa a la azafata.

La investigación partiría del hecho de que el tipo era un pederasta.

Iver Feirand ya no podía arriesgarse a creer que se libraría. Estuvo despierto dos noches analizando el caso desde todos los puntos de vista. Al final su mujer protestó. Se movía tanto que no le dejaba dormir. Pasó el resto de la noche sentado a la mesa de la

cocina. Empleando la pura lógica era capaz de creer que no tenía nada que temer. O no mucho. A pesar del accidente de la tarjeta de visita siete años antes, Evald Bromo había sido extremadamente prudente. Era más que posible que la policía no llegara a ninguna parte si enfocaban la investigación por el lado de su pedofilia. Por otra parte, Bromo no había tenido el cuidado necesario puesto que alguien sabía, alguien le había dado a Hanne Wilhelmsen la información de la que disponía.

Una fuente, dijo. Debía de ser muy buena, solo Dios sabía qué más podía tener. La idea de que alguien estaba tan bien informado, hasta el punto de conocer a Evald Bromo, le hizo tomar una decisión a las seis de la mañana del último día que pasó en casa con su mujer e hijos.

Debía hacer caso de su intuición y huir. Y lo había conseguido.

Era la última hora de la tarde del jueves 9 de abril y nadie daba con Iver Kai Feirand. Su mujer confirmó que tanto él como su coche habían desaparecido, y que se había llevado una maleta.

Hanne Wilhelmsen sentía que le traía sin cuidado. La muerte de Evald Bromo ya no era asunto suyo. Iba a coger una excedencia por tiempo indefinido y quería irse a casa. Solo le quedaba una cosa por hacer y no sabía si le apetecía o no.

—Hablaré con él a solas —le dijo al guardia de los calabozos que le había abierto la celda en la que Sigurd Halvorsrud se balanceaba despacio de lado a lado sentado sobre un camastro—. Puedes irte, no eches la llave a la puerta.

Entró en la celda. El hombre murmuraba una especie de mantra. Se puso en cuclillas y cogió su mano con mucho cuidado. Notó lo tenso que estaba, los afilados tendones de la mano le rozaron la palma.

—Ya acabó todo, Halvorsrud, lo hemos aclarado todo.

El fiscal levantó un poco la cabeza.

—¿Qué dices?

Ella esbozó una sonrisa y repitió:

—Lo hemos aclarado todo. Tenías razón, fue Salvesen quien asesinó a tu mujer y la muerte de Evald Bromo no tiene nada que ver contigo.

Por unos instantes creyó que Sigurd Halvorsrud iba a morir. Su cara se oscureció, bajo los ojos y la piel en torno a la boca adquirió un color entre azul y morado. Cerró los ojos y luego liberó su mano y se puso de pie. Acomodó los tirantes y se llevó las manos al pecho de la camisa.

Hanne había visto el interior de los calabozos infinidad de veces; no le gustaban, pero tampoco había sentido nunca el malestar que ahora la invadía. Vio la mirada que Halvorsrud echó a la puerta abierta, como si estuviera considerando la posibilidad de escapar. Le vio moverse con pasos minúsculos, de lado, hacia la salida, para detenerse de repente y taparse la cara con las manos.

—¿Qué te hemos hecho? —susurró Hanne Wilhelmsen intentando tocarle, un gesto sin sentido, de consuelo.

El hombre se apartó y el llanto sacudió su cuerpo mientras pegaba los codos al cuerpo e inclinaba la cabeza.

—¿Qué os hemos hecho a ti y a tu familia? —repitió, esta vez de manera inaudible.

Se lo preguntaba a sí misma.

Epílogo

Hanne Wilhelmsen llevaba dos meses en excedencia. Tal y como estaban las cosas dudaba de si alguna vez volvería a la policía. De momento, el director de la policía había dicho que podía volver cuando quisiera, pero entendía que incluso él tendría que atenerse a las normas tarde o temprano. Tendría que tomar una decisión muy pronto.

Aún no habían cogido a Iver Feirand. Les llevó poco tiempo constatar que había viajado a Madrid, con escala en Frankfurt, con un pasaporte falso. En España su pista se perdía. Estaba en busca y captura internacional y Hanne estaba convencida de que le capturarían, tarde o temprano.

Solo había pasado por su despacho en una ocasión, hacía cinco semanas, y solo porque Eivind Torsvik la llamó a casa e insistió en verla. No aceptó la idea de hablar con otro investigador. En vista de que estaba dispuesto a viajar a Oslo por su propia voluntad, debía de tratarse de algo importante.

El material que le había entregado proporcionó a la policía de Oslo el mayor triunfo de su historia en la lucha contra los delitos sexuales contra menores. La Operación Ángel se había puesto en marcha tan solo una semana después de que Eivind Torsvik pusiera sobre la mesa cinco archivadores y veinte disquetes. La información era tan detallada, concienzuda y verificable que la policía no tardó

más que dos días en revisarla. Erik Henriksen, comisario en funciones con responsabilidad sobre delitos sexuales, había estado a la altura de las circunstancias. Se había revestido de un aire nuevo, más serio. Era demasiado joven para el puesto, solo tenía treinta y tres años, pero Hanne siempre creyó que era muy capaz. Ella tampoco era mucho mayor cuando la nombraron.

Los periódicos se habían refocilado en la Operación Ángel. Había mucho donde elegir. Se habían producido nueve arrestos solo en Noruega. Entre otros había en prisión preventiva un político muy conocido y dos médicos de reconocido prestigio. El caso estuvo en las portadas de los periódicos durante varios meses. Pero llegó el fin de semana de Pentecostés con un sangriento triple asesinato en Sørum, unas decenas de kilómetros al nordeste de la capital, y la comisaría de Oslo disfrutó de un merecido descanso de la intensa, y a veces agotadora, atención de los medios.

La guerra de Kosovo también había pasado a la historia.

Era miércoles 9 de junio de 1999 y se acercaba la medianoche. Cecilie había estado entrando y saliendo del hospital desde que Hanne pidió la excedencia. A veces pasaba unos días bastante buenos para después empeorar tanto que Hanne estaba convencida de que había llegado el final. Entonces se recuperaba de forma sorprendente, y volvía a casa una semana, más o menos.

Pasaban todo el tiempo juntas.

Con frecuencia recibían la visita de amigos, en casa y en el hospital. Hanne nunca hablaba con ellos, les saludaba como de paso y se marchaba. Cecilie lo dejaba estar. Tal vez les había advertido algo a los demás, porque ya nunca intentaban retenerla. Ni siquiera Billy T.

Lloviznaba.

Hanne había dado un largo paseo por los alrededores del hospital, hacia Tåsen, por el cruce donde un radar había descubierto a Iver Kai Feirand, por Nordberg y hasta el lago de Sogn. Llevaba fuera casi dos horas y se sentía intranquila.

—¿Estás segura de que no quieres que llame a nadie? —le dijo muy seria la robusta enfermera cuando volvió.

Se llamaba Berit y era la única persona, aparte de Cecilie, con la que Hanne había hablado de verdad en mucho tiempo.

—¿No hay nadie que quieras tener aquí esta noche?

Hanne negó con la cabeza.

Cecilie estaba inconsciente. Hanne lo comprendió en cuanto se sentó junto a la cama. Cecilie ya no llegaba a los cuarenta y cinco kilos y no le quedaban fuerzas.

Hanne habló con Cecilie toda la noche, le acariciaba el cabello con mucho cuidado y le contaba cosas que nunca antes había tenido el coraje de decirle. Ni a Cecilie, ni a nadie.

Al llegar la mañana, Cecilie Vibe murió.

No emitió ningún sonido, solo un pequeño temblor de los ojos y todo hubo terminado.

Hanne sostuvo la mano de su amada una hora más. Entró Berit y soltó sus manos con sumo cuidado, mientras intentaba que Hanne se pusiera de pie.

—Ya ha pasado todo —dijo en voz baja y maternal—. Vamos, Hanne, es hora de dejarla ir.

Cuando Hanne salió al pasillo con las piernas entumecidas encontró allí sentados a los padres de Cecilie. Lloraban en silencio cogidos de la mano.

—Gracias —dijo Hanne mirando a la madre de Cecilie un instante.

La mujer mayor se parecía mucho a su hija. Tenía los mismos ojos rasgados y las cejas anchas, el mismo nacimiento del cabello, el mismo arco en el labio superior que hacía que a Cecilie le fuera difícil pintárselos.

—Gracias por dejarme a solas con ella.

Hanne Wilhelmsen salió del hospital sin tener ni idea de adónde ir.



ANNE HOLT (Larvik, Noruega, 1958). Creció en Lillestrøm y Tromsø, y se trasladó a Oslo en 1978 donde vive actualmente con su pareja Anne Christine Kjær y su hija Iohanne.

Holt se graduó en leyes en la Universidad de Bergen en 1986, y trabajó para *The Norwegian Broadcasting Corporation* (NRK) en el periodo 1984-1988. Después en el Departamento de Policía de Oslo durante dos años. En 1990 ejerció como periodista y editora jefe de informativos de un canal televisivo noruego. Anne Holt abrió su propio bufete en 1994, y fue ministra de Justicia de Noruega durante un corto periodo (Noviembre/1996-Febrero/1997). Dimitió por problemas de salud.

Hizo su debut como novelista en 1993 con la novela de intriga *La diosa ciega* (*Blind gudinne*, 1993), cuya protagonista era la detective de policía lesbiana Hanne Wilhelmsen, sobre la que ya se han publicado ocho títulos. Dos de sus novelas, *En las fauces del león*

(*Løvens gap*, 1997) y *Sin eco (Uten ekko*, 2000) fueron escritas en colaboración con Berit Reiss-Andersen.

Con *Castigo (Det som er mitt*, 2001), protagonizada por la *profiler* Inger Johanne Vik y el comisario Yngvar Stubø inicia una nueva serie («Vik y Stubø») de la que han sido publicados cinco títulos.

Sus novelas, inteligentes y emocionantes la han convertido en uno de los referentes de la novela escandinava.